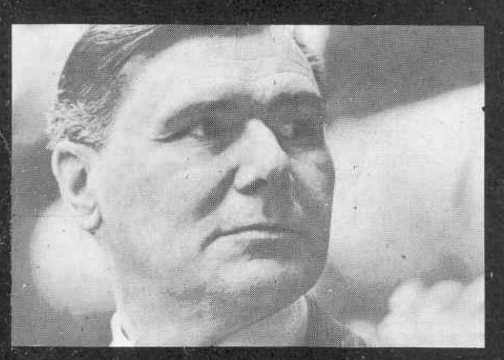

Geoffrey Jukes
Stalingrado
La batalla decisiva
SAN MARTIN
HISTORIA DE LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL
batallas
libro n.° 4

Equipo editorial de la Historia Ilustrada de la II Guerra Mundial



El autor de Stalingrado: Geofrey Jukes

El autor, especialista en asuntos soviéticos, gran conocedor de la historia y estrategia militar, ha trabajado en el Ministerio inglés de Defensa. Autor en el Foreign Office y para el Instituto de Estudios Estratégicos como miembro del Comité Consultivo en Asuntos Soviéticos. En 1967 ingresó en la Universidad Nacional Australiana, en el Departamento de Relaciones Internacionales.



Director Editorial: Barrie Pitt

Autor de muy importantes obras históricas sobre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales. Colaborador de la "Enciclopaedia Britannica" sobre temas de guerra naval; asesor histórico del "Sunday Times Magazine"· director de la "Purnell's History of the Second World War"; asesor consultivo de la serie de películas que la BBC produjo sobre la Primera Guerra Mundial.



Asesor Militar: capitán Sir Basil Liddell Hart

Entre las dos grandes guerras realizó un papel fundamental, abogando por el desarrollo del poder aéreo, las fuerzas acorazadas y la estrategia anfibia. Muchos jefes famosos de la II G. M. fueron sus "discípulos", incluso el general Guderian, creador de las fuerzas "panzer" alemanas. Autor de más de 30 libros, fue uno de los mejores expertos de la II G. M.



Prologuista y Presentador: Vicente Talón

Es un gran experto en temas político-militares. Como corresponsal del diario "Pueblo", ha visto los más importantes sucesos bélicos que se han producido en el mundo los últimos años. Tras realizar cursos de información, ha obtenido diplomas en varios centros militares y ha escrito dos libros histórico-militares: "Los rusos en el Mediterráneo" y "Arde Guernica".

Stalingrado:

Presentación

Pocos nombres significan tanto, en la historia de la Segunda Guerra Mundial, como el de Stalingrado. Y se comprende, ya que la gran ciudad, asomada sobre las aguas anchurosas del Volga, no sólo fue el escenario de una tenaz resistencia, magníficamente explotada por los dirigentes rusos para enervar patrióticamente a su pueblo, sino que, además, con el posterior copo y destrucción del Sexto Ejército alemán, infligieron a los ocupantes hitlerianos un golpe de proporciones devastadoras. En adelante, el nombre de Stalingrado sería como una droga estimulante para los soldados de Stalin, mientras que para los alemanes, por el contrario, encarnaría la más negra de las pesadillas y la más torva de las amenazas. Es a partir de Stalingrado, y ello no tiene nada de habitual, cuando la propaganda comunista hace fuerte mella en los prisioneros germanos y cuando comienzan a potenciarse las organizaciones de «oficiales libres», en las que incluso acaba ingresando el propio comandante en jefe del destruido Sexto Ejército: el mariscal von Paulus.

Detalle que no podemos dejar de subrayar: en Stalingrado combatieron algunos de los soviéticos que, en calidad de asesores del ejército republicano, «hicieron» la guerra de España. Entre ellos cabe destacar al mariscal Zhukov, que pasó callada, pero eficazmente por los frentes ibéricos, y que rompería el cerco alemán de Stalingrado para establecer contacto con la escogida Trece División de la Guardia, que mandaba uno de los ex combatientes de Guadalajara, el mariscal Rodimtsev. También murieron varios españoles en la defensa de Stalingrado, dos de los cuales llevaban apellidos famosos. Uno era el joven Santiago de Paul Nelken, hijo de Margarita Nelken, quien cayó junto a su pieza de artillería, al intentar rechazar un ataque de los panzer germanos. El otro se llamaba Rubén Ruiz Ibárruri, y era hijo de Dolores Ibárruri, más conocida por «Pasionaria». Combatiente en el sector de la estación de Kotluban, durante lo más virulento de la batalla, el teniente Ruiz resultó herido el día mismo en el que compañía fue aniquilada y falleció, al poco, en el hospital de campaña. Hoy, sus restos reposan en el túmulo de Mamayev, en la plaza de los caídos de Stalingrado, junto con cientos de sus compañeros de armas.

VICENTE TALON



Stalingrado, La batalla decisiva

Geoffrey Jukes



Director Editorial: Barrie Pitt
Asesor Militar: Sir Basill Linddell Hart

Director Artístico: Peter Dunbar
Director Gráfico: Robert Hunt
Ayundantes de Dibujo: Gibson/Marsh
Cubierta: Denis Piper
Ayudante de Investigación: Yvonne Marsh
Cartógrafo: Richard Natkiel
Dibujos Especiales: John Batchelor

Prologuista y Presentador de la Edición
Española: Vicente Talón

Las fotografías de este libro han sido seleccionadas especialmente de los archivos siguientes: de izquierda a derecha, págs. 12-13, Ullstein; 18-19 Suddeutscher Verlag; 22-23 Sado Opera Mundi; 25 Sado Opera Mundi; 26 Sado Opera Mundi; 27 Sado Opera Mundi; 29 Sado Opera Mundi; 31 Kystone; 36-17 Sado Opera Mundi; 38-39 Sado Opera Mundi; 42 Sudd Verlag/Ullstein; 46 Ullstein; 47 Sado Opera Mundi/Sudd. Verlag/Sado Opera Mundi; 48-49 Ullstein; 49 Sado Opera Mundi; 50 Sado Opera Mundi; 52 Sado Opera Mundi; 54 Sado Opera Mundi; 57 Bibliothek fur Zeitgeschichte/Sudd. Verlag; 58-59 Sudd. Verlag/Bibliothek fur Zeitgeschichte; 62 Imperial War Museum; 64 Bibliothek fur Zeitgeschichte/Sado Opera Mundi; 66 Novosti; 68 Sado Opera Mundi/Bibliothek fur Zeitgeschithte; 70 Ullstein; 71 Sudd. Verlag/Sado Opera Mundi; 72-73 WM; 74-75 Sado Opera Mundi/Ullstein; 77 Sado Opera Mundi; 78 VHU Praha; 79 Sado Opera Mundi; 80 Sado Opera Mundi; 81 VHU Praha; 82 Sado Opera Mundi; 83 VHU Praha; 87 Ullstein/Novosti/IWM; 88 VHU Praha; 88-89 VHU Praha; 89 VHU Praha; 91 Sudd. Verlag/Ullstein; 92 Sado Opera Mundi; 93 Sado Opera Mundi; 94-95 Ullstein; 97 Sado Opera Mundi/Bundesarchiv; 98 Bibliothek fur Zeitgeschichte/Sado Opera Mundi; 100 Bundesarchiv; 101 Sudd. Verlag; 104-105 Sudd. Verlag; 107 Novosti/IWM/VHU Praha; 110 Sado Opera Mundi; 111 Sado Opera Mundi; 112 Novosti/Sudd. Verlag; 113 Ullstein; 114 IWM; 115 IWM; 116-117 Sudd. Verlag; 118-119 Zennaro; 120 VHU Praha; 121 VHU Praha; 125 Zennaro/VHU Praha; 126-127 Novosti; 128 VHU Praha; 131 Sado Opera Mundi; 133 Bibliothek fur Zeitgeschchte/VHU Praha; 135 Novosti; 137 Sado Opera Mundi; 139 Novosti; 140 IWM/Sado Opera Mundi; 143 Ullstein; 144 Bibliothek fur Zeitgechichte/Ullstein; 145 Ullstein; 146 Ullstein; 147 Zennaro; 148 Ullstein/Novosti; 148-149 VHU Praha; 150-151 Novosti; 153 Novosti/Sudd. Verlag; 156-157 Novosti; 158-159 Sudd. Verlag.

Traductor: José Luis García
Primera edición publicada en Estados Unidos,
por Ballentine

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14

Printed in Spain - Impreso en España
GREFOL

Depósito Legal: M. 11491-1972

Indice

Stalingrado, La batalla decisiva

Introducción por el Capitán Sir Basil Linddell Hart

Stalingrado fue la batalla más prolongada de la Segunda Guerra Mundial, y su resultado tuvo una influencia decisiva sobre el curso de la guerra. Geoffrey Jukes, que se ha distinguido como experto en el Frente Oriental, ha escrito un relato de esta lucha trascendental que justifica el título.

Después del intento de Hitler de invadir Rusia en 1941, intento que estuvo a punto de triunfar, el Ejército alemán carecía de la fuerza y los recursos para realizar una nueva ofensiva a la misma escala que la del año 1941, pero Hitler se resistía a mantenerse a la defensiva mientras consolidaba sus posiciones. Por consiguiente, estudió una solución ofensiva que le permitiera, con recursos limitados, conseguir un éxito de mayor trascendencia. Sin fuerzas ya para atacar a lo largo de todo el frente, concentró sus esfuerzos en la zona del Sur, con el propósito de capturar el petróleo del Cáucaso —que ambos contendientes necesitaban para garantizar la plena movilidad de sus ejércitos—. Si lograba dominar esos yacimientos, a continuación podría volverse hacia el Norte sobre la retaguardia de los inmovilizados ejércitos rusos, que cubrían Moscú, o incluso lanzar sus ataques contra las industrias bélicas rusas, que se habían establecido en los Urales. La ofensiva, sin embargo, suponía una acción cuyo resultado era aun más incierto que la del año anterior, porque, caso de que fuera rechazada, el largo flanco de esta penetración quedaría expuesto a contragolpes en cualquiera de los puntos a lo largo de una distancia superior a mil quinientos kilómetros.

Inicialmente, la técnica alemana de la guerra relámpago consiguió un nuevo éxito —era su quinta notable y significativa victoria desde la conquista de Polonia en 1939—. En el sector Kursk-Jarkof tuvo lugar un vertiginoso avance, y a continuación el Primer Ejército Panzer irrumpió, como un torrente, a lo largo del corredor entre los ríos Don y Donetz. Surgiendo, a través del Bajo Don, la puerta del Cáucaso, en tan sólo seis semanas, alcanzó los yacimientos petrolíferos más occidentales de Maikop.

La resistencia rusa se había desmoronado totalmente bajo el impacto de la guerra relámpago, y Kleist apenas había encontrado oposición en las últimas fases de su avance. Rusia atravesaba su momento de mayor debilidad. Sólo uno de los reemplazos de sus ejércitos, de reciente formación, se encontraba listo para entrar en acción, e incluso ese reemplazo estaba deficientemente equipado, especialmente de artillería.

Afortunadamente para Rusia, Hitler había dividido sus fuerzas entre el Cáucaso y Stalingrado, sobre el río Volga, puerta de entrada al Norte y a los Urales. Además, al ser rechazados los primeros ataques efectuados por el Sexto Ejército de von Paulus contra Stalingrado, a mediados de julio —aunque tímidamente—, Hitler, de forma ya continuada, redujo sus efectivos en el Cáucaso para reforzar el ataque divergente contra Stalingrado. Según indicaba su nombre, esta era "la ciudad de Stalin", y, por consiguiente, Hitler no podía tolerar la vejación de verse desafiado aquí, lo cual terminó por convertirse en una obsesión para él. Desgastó sus fuerzas en el prolongado esfuerzo que hubo de realizar para intentar su captura, dejando en el olvido lo que era su objetivo primordial: los vitales suministros de petróleo del Cáucaso. Conforme Kleist avanzaba desde Maikop hacia los principales yacimientos, su ejército tropezó con creciente resistencia de las tropas locales, las

cuales luchaban por la defensa de sus hogares, mientras que, por otro lado, veía cómo se reducían sus efectivos a favor de Paulus, en su intento de captura de Stanligrado.

En Stanligrado la resistencia rusa se creció con el repetido castigo de los atacantes, mientras que la claridad de los objetivos que se perseguían con los ataques simplificó al Mando supremo ruso el problema de conjurar la amenaza. Al mismo tiempo la continuada concentración de las fuerzas alemanas contra Stalingrado agotaba las reservas del flanco de protección, que ya se encontraba bastante debilitado al tener que extenderse a lo largo de casi seiscientos cincuenta kilómetros, desde Voronezh, sobre el río Don, hasta el punto donde se aproxima al Volga, en Stalingrado, y desde allí hasta Terek, en el Cáucaso. Dándose cuenta de los riesgos, el Estado Mayor alemán informó a Hitler que sería imposible mantener la línea del Don como flanco defensivo durante el invierno. Pero el aviso fue ignorado por Hitler, obsesionado como estaba con la captura de Stalingrado.

La posición de los defensores rusos en aquel lugar resultaba cada vez más peligrosa, desesperada, incluso, conforme se estrechaba el cerco y los alemanes se acercaban al corazón de la ciudad. El momento más crítico se produjo el 14 de octubre. Los rusos se encontraban entonces tan aprisionados junto al Volga que carecían de espacio para intentar las tácticas de amortiguación, cediendo terreno para ganar tiempo. Pero de forma menos visible, algunos factores comenzaron a actuar en su favor. Las fuertes pérdidas alemanas comenzaban a mellar la moral de los soldados, que se sentían frustrados, convirtiéndose así en fruta madura para el contraataque que preparaban los rusos, con nuevos ejércitos, contra los flancos alemanes, defendidos por las tropas rumanas y aliadas, de inferior clase. La contraofensiva se lanzó el 19 de noviembre.

En varios lugares de los flancos se abrieron varias brechas, con el fin de aislar al Sexto Ejército de Paulus. El día 23, se había completado el movimiento envolvente, y más de un cuarto de millón de soldados alemanes y de fuerzas aliadas habían quedado aislados. Hitler no permitía la retirada, y fueron rechazados varios intentos de liberar a estas fuerzas durante el mes de diciembre. Incluso entonces, Hitler se resistía a permitir que el Sexto Ejército intentara escapar hacia el Oeste antes de que fuera demasiado tarde, y los suministros por aire resultaron inadecuados.

Y llegó el fin —el fin de una batalla de más de seis meses de duración—, con la rendición de Paulus y gran parte de los restos de su agotado y hambriento ejército, el 31 de enero, aunque un resto aislado en una bolsa, más al Norte, mantuvo la resistencia durante dos días.

El libro de Geoffrey Jukes se beneficia de sus extensos conocimientos de las fuentes rusas de información, especialmente los seis volúmenes de la Historia de *Great Patriotic War of the USSR*, así como las memorias publicadas de algunos líderes militares.

Esa historia oficial facilitó pruebas más objetivas que los relatos puramente propagandísticos, publicados durante la época de guerra y de la posguerra, e inmediatamente después. Corregía la idea exageradamente absurda de la influencia dominante de Stalin sobre la lucha, la cual había prevalecido anteriormente. Pero deberá tenerse en cuenta que el relato revisado se publicó durante el mandato de Kruschev, y con su apoyo —por consiguiente, tiende a realzar, una y otra vez, su influencia en la lucha de Stalingrado, al mismo tiempo que minimiza la de Stalin—. Además, la influencia del mariscal Zhukov, que había quedado relegado a último término durante los días de Stalin, y que comenzaba a sonar de nuevo después de su muerte, quedó de nuevo sumida en las sombras gracias a Kruschev y sus aduladores. Desde el derrocamiento de Kruschev, se ha reconocido a Zhukov su participación en el éxito, con la publicación, en 1965, de una historia en un volumen que al mismo tiempo que resumía los seis volúmenes, revisaba considerablemente su contenido y conclusiones. Además, al propio Zhukov se le permitió, o mejor dicho, se le alentó, para que publicara sus memorias, las cuales, de forma significativa, contradicen muchas de las aseveraciones aparecidas en el relato de la Batalla de Stalingrado, obra del mariscal Chuikov.

Este largo proceso, que intenta forzar la historia, enfocándola para fines propagandísticos, deberá tenerse en cuenta al estudiar los relatos y declaraciones basados en fuentes rusas. También requiere cautela al tratar cualesquiera cifras de las fuerzas o las pérdidas que puedan aparecer en los mismos, aunque puedan parecer más objetivas que las cifras más amplias publicadas anteriormente.

¿Por qué Stalingrado?

La gran llanura de Europa se extiende desde la costa del canal de la Mancha, a través de los Países Bajos, Alemania, Polonia y la Unión Soviética, hasta las estribaciones de los Urales. De cuando en cuando, como si fueran a cambiar sus características, se ondula, formando pequeñas colinas, pero siempre vuelve a su monótona llanura. Limitada al Norte por el mar y al Sur —por lo menos hasta Ucrania— por montañas, ha sido durante siglos el escenario en que, pri-



mero, las tribus de Europa, los celtas, teutones y eslavos, después, los fanáticos de la religión y, finalmente, los más formales, pero no menos aguerridos ejércitos de los estados modernos, ha servido de escenario a los dramas ensangrentados en que de forma tan deporable abunda la historia de Europa.

Inevitablemente, en ausencia de alturas de importancia, las barreras defensivas de mayor relieve a lo largo de la llanura son los grandes ríos —el Rhin, el Elba, Oder, Vístula, Bug, Dvina, Dniester, Nieppe, Don, Volga y sus afluentes—, que corren de Norte a Sur. Y fue en la ribera del más poderoso de éstos, el Volga, y su casi igual en importancia, el Don, donde tuvo lugar un gran complejo de batallas históricas, conocidas con el nombre de "Stalingrado". Los hechos ocurrieron a finales de 1942 y principios de 1943. Aquí donde los inmensos trigales de Ucrania se desvanecen, cediendo el paso a los barrancos y torrenteras de la cuenca del Volga, los ejércitos de dos ideologías militantes se enfrentaron en dura lucha, disputándose el control de una ciudad, que en principio no se consideraba de importancia vital, pero que, a causa del simbolismo de su nombre y a la tenacidad de su defensa, llegó a dominar los esfuerzos de ambos lados, y precipitó hacia la ruina el intento nazi de establecer un imperio en el Este.

No es que fuera ésta la primera ocasión en que el Ejército Rojo había conseguido detener el avance alemán. Las fuerzas alemanas, como si fueran una marea irresistible, habían inundado la Rusia europea en el verano de 1941, repetiéndose el fenómeno producido sobre la Europa ocicdental el año anterior, y una división tras otra del mal equipado, mal preparado y mal dirigido Ejército Rojo experimentaron el mismo destino de las divisiones polacas, francesas, holandesas, belgas, yugoslavas y griegas, viéndose sitiadas primero y capturadas después. Tuvieron que soportar, además, la cruz del barbárico trato a manos de sus captores, puesto que la Unión Soviética no era uno de los países signatarios de la Convención de Ginebra, referente al trato de los prisioneros de guerra. Por si fuera poco, los rusos compartían el último lugar, junto con los judíos, en la escala racial de los nazis, en la cumbre de la cual figuraba la *Herrenvolk*: la raza elegida, la ale-


El camino hacia Stalingrado: los panzer alemanes en su avance hacia el Don.

mana, naturalmente. Por consiguiente, el respeto alemán por la legalidad, que aseguraba en los mejores casos el correcto trato de las personas en la Europa occidental y en Escandinavia, pero que, en el peor de los casos, mostraba una tendencia a exaltar el cumplimiento de la letra, y no el espíritu, de la Ley, tenía un sentido completamente distinto en el Este impío.

No había impedimentos jurídicos para la aplicación del nazismo a las masas indefensas de prisioneros rusos, y en los campos de concentración murieron ciento de millares de los capturados. Aproximadamente, cinco millones y medio de oficiales y soldados del Ejército Rojo fueron capturados en el curso de la guerra, el setenta y cinco por ciento de esta cifra en 1941. Unos cuatro millones de estos hombres habían muerto antes de que concluyera la guerra. El trato a la población civil fue algo mejor, especialmente una vez que el Ejército alemán hubo continuado su marcha hacia el Este, siendo sustituido por la administración civil, con su aparato de Gestapo, equipos especiales (de ejecución) y campos de concentración.

El resultado fue que en las zonas ocupadas se ahogó el entusiasmo que pudieran sentir por el nazismo como una liberación de los horrores del régimen de Stalin, mientras que en las no ocupadas se fortaleció la voluntad de resistencia, porque, al menos, la severidades draconianas del stalinismo estaban adornadas con la promesa de un mejor futuro, y ya habían comenzado a observarse los primeros síntomas en la forma de la revolución industrial, forjada conforme con los Planes Quinquenales. Stalin les castigaba con látigos, y Hitler, con escorpiones. Además, lo único que ofrecía el nazismo a los eslavos era el trabajo de peones en las colonias agrícolas alemanas, que debían establecerse en el Este como granero del "Imperio de los Mil Años".

Aunque fueron muchas las personas que individualmente colaboraron con los alemanes, porque creían que la victoria alemana era inevitable, o a causa del mal trato que habían padecido bajo el comunismo de Stalin, o para alimentar a sus familias o deshacerse del yugo ruso (esta última consideración tenía gran importancia entre algunas de las minorías no rusas que constituyen más de la tercera parte de la población soviética), para la gran mayoría de los rusos, la dictadura casera era el mal menor; y como las pruebas de las atrocidades alemanas fueron hábilmente explotadas y dadas a conocer por el Partido Comunista, y se hicieron concesiones para alentar el patriotismo y conseguir nuevos adictos a la causa, la resistencia soviética se endureció, y la población se agrupó en torno a la figura de Stalin como nunca lo había hecho anteriormente en tiempos de paz.

Por consiguiente, a pesar de las brillantes victorias en los campos de batalla a lo largo del verano y el otoño de 1941, los alemanes se encontraron con que el Ejército Rojo y el régimen de Stalin continuaban en pie cuando llegó el invierno. De los tres principales objetivos —Leningrado, Moscú y Kiev—, al llegar el invierno no se habían alcanzado los dos primeros, y lo que era más amenazador, la dirección de las tropas soviéticas, por parte de sus más altos jefes, mejoraba de forma notable conforme los veteranos mandos militares stalinistas eran desplazados por hombres más jóvenes que tenían una visión más moderna y una mejor preparación profesional en las artes militares.

Entre estos nuevos militares, la figura más notable era, sin duda, la del ex jefe del Estado Mayor, el general del Ejército de Tierra, Georgy Konstantinovich Zhukov, y por su decisión y su habilidad para llevar la impronta de su personalidad a los acontecimientos llegó a alcanzar un primer plano. En octubre de 1941, Stalin le envió a Leningrado, donde, en tres días de vertiginosa actividad, implantó el orden y acabó con el caos en la organización defensiva, e impuso una solución que, ejecutada por otros, permitió resistir un sitio de más de novecientos días. Desde allí fue trasladado urgentemente a Moscú, que se encontraba amenazado de una inminente captura, y aquí sus acciones y consejo como comandante del Frente Occidental (el Grupo de Ejército que defendía la ciudad) y como miembro del Stavka (el Cuartel General), no sólo consiguió rechazar los ataques alemanes contra la capital, sino que, explotando el tiempo y el agotamiento alemán, improvisó una contraofensiva que obligó a huir a la Wehrmacht, puso al borde de la desintegración al Grupo Central del Ejército e infligió a Alemania la primera gran derrota en tierra de toda la guerra. Después de este golpe, nunca jamás pudo el Ejército

El general Georgy Konstantinovich Zhukov.





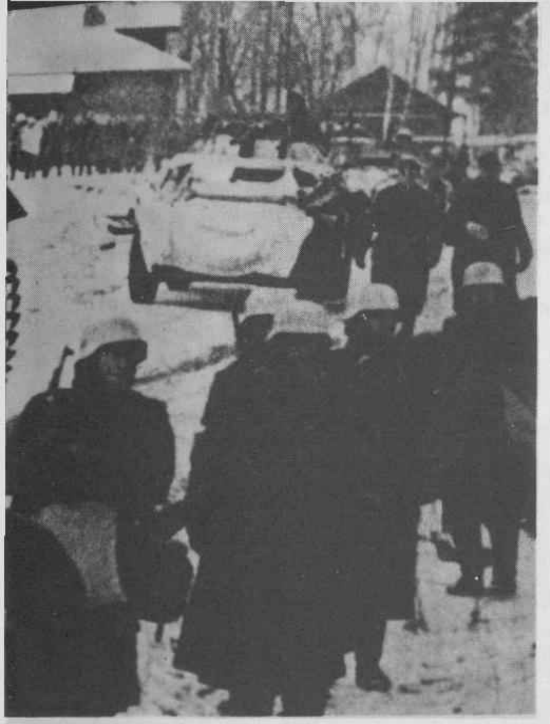
El primer invierno en Rusia sorprendió a los soldados alemanes equipados con ropa de poco abrigo.

alemán montar una ofensiva estratégica a lo largo de todo el frente como en 1941.

Pero, finalmente, la ofensiva de Zhukov se fue desvaneciendo por falta de recursos, y ambos bandos se tomaron una pausa para recuperar energías. Los generales alemanes parecieron no haber aprendido la lección. Podían justificar la derrota como motivada por las vacilaciones, en cuanto a señalar las prioridades, o al barro del otoño, a la nieve y el hielo del invierno, como si la lluvia del otoño y la nieve del invierno no hubieran caído por igual para los *Herrenvolk* y los *Untermensch* (la raza superior y las castas inferiores); como si al enviar a las tropas alemanas a la lucha en un tiempo que congelaba, hasta el punto de solidificar los lubricantes de tal forma, que los vehículos no podían moverse, y que no era posible hacer fugeo con las armas, hasta que cada proyectil y cartucho hubiera sido limpiado, uno por uno, de la grasa congelada que los hacía demasiado grandes par la recámara del cañón, todos estos factores, ¿no representaban, acaso, la negación de un buen mando, del cual eran ellos directamente responsables?

Si las tropas soviéticas estaban vestidas adecuadamente para el invierno, mientras que no ocurría así con las alemanas, la culpa de esto era de alguien. Es como si Stalin, con su pasión por mantener todo secreto, hubiera conseguido ocultar no sólo la potencia de las reservas del Ejército Rojo, sino también la severidad del invierno ruso; de todos modos, cuando llegara la primavera con su buen tiempo para la lucha, todo sería diferente. No había sido la buena estrategia del mando soviético la que había ganado la batalla de Moscú, había sido "el General Invierno", con alguna ayuda del Führer; y mientras tanto, las tropas alemanas habían conseguido alguna útil experiencia de la lucha defensiva, de la cual carecían debido a que su preparación había estado siempre orientada al ataque continuado.

Tan seguros estaban los generales alemanes, que no aprendieron la principal lección de la campaña de invierno —que todo el éxito de la campaña en el Este dependía de una completa victoria sobre el Ejército Rojo antes de que desarrollara la habilidad para hacer frente a las divisiones acorazadas, de rápido desplazamiento y maniobra, y que la esencia de ello consistía en vencer a dicho Ejér-



cito antes del invierno de 1941 . Y ya había pruebas de que los costosos intentos soviéticos de mantenerse firmes en su puesto, con las consecuencias inevitables de quedar sitiados, habían sido abandonados bajo la influencia de mejores ideas, estimuladas por la escasez de hombres, y que cuando los rusos hubieron asimilado completamente las lecciones del verano (Zhukov, con toda seguridad, las había aprendido, como se demostró por el orden desplegado durante la contraofensiva de Moscú, en el curso de la cual prohibió categóricamente los ataques frontales contra los puntos fuertes, utilizando, en cambio, tácticas envolventes), el Ejército Rojo resultaría más difícil de capturar y vencer en la siguiente campaña.

Por su parte, los líderes soviéticos, y Stalin, en particular, sobrestimaron el significado del cambio del equilibrio estratégico, al igual que los alemanes lo subestimaron, y planearon replicar al éxito de Zhukov con una ofensiva estratégica a lo largo de todo el frente; y fue el 5 de enero de 1942 cuando se inició realmente una cadena de decisiones que forjaron de forma inevitable la batalla de Stalingrado. Ese día, Zhukov fue llamado a su cuartel general del Frente Occidental (en la jerga militar soviética, "Frente" significa un Grupo de Ejército), para que asistiera a una reunión del Stavka, en el curso de la cual se consideraron las futuras operaciones; y aquí Stalin expuso un plan para realizar una ofensiva general a lo largo de todo el frente, entre Leningrado y el Mar Rojo.

Zhukov sabía que, aunque los alemanes habían recibido una fuerte derrota en el centro y una menos importante en el Sur, todavía eran un enemigo fuerte y peligroso, y él defendió la tesis de una fuerte ofensiva, pero limitada tan sólo al centro, donde el Grupo Central del Ejército alemán se encontraba en gran desorden. Pero Stalin ya había tomado la decisión, y, al final de la reunión, el jefe del Estado Mayor, mariscal Shaposhnikov, dijo a Zhukov:

"Estaba usted perdiendo el tiempo con la discusión; el Supremo ya había tomado la decisión. De hecho, ya se han cursado las órdenes..."

"Entonces, ¿por qué quería saber nuestras opiniones?"

"Lo ignoro, mi querido amigo; lo ignoro", dijo Shaposhnikov mientras lanzaba un suspiro. El tampoco era partidario de la ofensiva general.

Unos días más tarde se lanzó la ofensiva pero en ninguno de los sectores tenía fuerza suficiente para alcanzar el éxito. Falló en todos los puntos, y en algunos fue un completo desastre, desmoronándose varios ejércitos y quedando el Ejército Rojo, en general, más débil para hacer frente al verano. Y lo que era peor, la moral, poco fuerte, del Ejército alemán quedó restablecida conforme luchaba sus primeras acciones defensivas de gran escala de la guerra, adquiriendo una experiencia que no habían recibido en su preparación eminentemente ofensiva. Por consiguiente, el Ejército Rojo perdió la oportunidda de realizar el avance en el centro, siendo inevitable con esta circunstancia una nueva campaña de verano en territorio soviético. Ambos bandos comenzaron a planear sus ofensivas, y ambas eligieron el sector Sur del frente para realizar sus ataques más importantes.

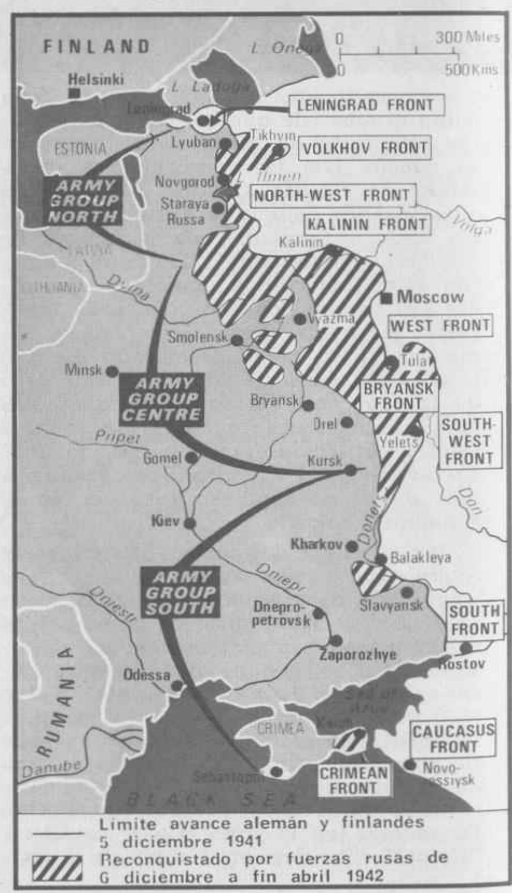
La lucha durante el invierno había dado por resultado una línea de frente un tanto irregular: Leningrado estaba cercado, parte de Crimea se encontraba todavía en manos soviéticas, y al Sur de Jarkof existía una gran prominencia en la línea del frente, que se conocía como "el saliente de Barvenkovo". Por consiguiente, el plan del Stavka consistía en romper el sitio de Leningrado, así como la liberación de la fortaleza

sitiada y base naval de Sebastopol, en Crimea, junto con un ataque procedente del saliente de Barvenkovo y del Norte del mismo, el último de los cuales debería ser la pieza central de la ofensiva de verano y tendría por objetivo recapturar Jarkof. Deberían intervenir en el ataque dos Grupos de Ejército —en los frentes del Sudoeste y del Sur—, bajo el mando del mariscal S. M. Timoshenko, un veterano de la Guerra Civil, que había sido designado Comisario del Pueblo para la Defensa después del fracaso de la guerra de invierno contra Finlandia, y que había realizado una inexorable reorganización del Ejército Rojo.

La ofensiva lanzada desde el saliente de Barvenkovo debía tomar la forma de un movimiento de pinza por parte del Sexto Ejército (teniente general A. M. Gorodnyansky), que debería atacar desde el lado Norte del saliente, dirigiéndose hacia Jarkof. Desde la zona de Volchansk, al nordeste de la ciudad, el Veintiocho Ejército del teniente general D. I. Ryabishev, con algunos elementos del Veintiuno y Treinta y Ocho ejércitos, situados en las inmediaciones, se dirigirían hacia el Sur para reunirse con el Sexto Ejército. Un grupo de combate, mandado por el general de división L. V. Bobkin, debería atacar desde el saliente, con dirección hacia Krasnograd, a fin de proteger la retaguardia del Sexto Ejército, mientras este último se dirigía hacia el Norte. Y, a fin de mantener ocupadas a las fuerzas alemanas, situadas al Sur del saliente, el Noveno Ejército (del general de división F. M. Kharitonov) y el Cincuenta y Siete Ejército del teniente general K. P. Podlas, deberían montar pequeñas ofensivas, cuya finalidad era distraer al enemigo.

Era posible prever el plan con bastante claridad, dada la forma de la línea del frente y la importancia de Jarkof, que era al mismo tiempo la segunda ciudad soviética en importancia en manos de los alemanes, así como el principal centro de comunicaciones alemanas y suministro en el Sur. Esto, sin embargo, no era un factor necesariamente fatal que debiera influir en el resultado de la operación. Muchos otros ataques, realizados con poca imaginación, habían tenido un feliz término al contar con las condiciones adecuadas. El factor que lo hizo completamente fatal fue el que cuadrara perfectamente en los planos alemanes.

El plan de acción de Hitler para el verano era mucho más ambicioso que el de Stalin, pero antes de que pudiera llevarse a la práctica, la Wehrmacht tenía que efectuar algunas operaciones preliminares. Había que eliminar la cabeza de puente soviética en Crimea, y lo mismo cabía decir del saliente de Barvenkovo. Por consiguiente, conforme Timoshenko comenzaba a concentrar fuerzas de asalto en el saliente (entre ellos, 600 carros de combate, que constituían las dos terceras partes de sus fuerzas acorazadas), el propio mariscal de campo Fedor von Bock, que mandaba el Grupo de Ejército del Sur, concentraba la mayor parte de su Sexto Ejército (coronel-general Friedrich von Paulus) contra la parte Norte y reunía a su Primer Ejército Panzer (coronel-general Ewald von Kleist) frente a la parte Sur de Barkenkovo. En resumen, las mejores armas de Timoshenko, sus carros de combate pesados KV-1 y medios T-34, superiores a cualquier carro alemán, quedaban comprometidos al lanzar un golpe al aire contra el ligeramente fortificado frente



La mayor ventaja de Rusia fue la superioridad en la calidad de los vehículos blindados. La capacidad del T-34 fue una desagradable sorpresa para los alemanes en las primeras fases de Barbarossa. Después. el KV-1 había de resultar igualmente eficaz.

T-34 Medio. Arriba:
Peso: 32 toneladas. Velocidad: **53 kilómetros por hora.** Blindaje **(máximo): 45 milímetros a 60°.** Tripulación: **4.** Armamento: **un cañón de 76 milímetros. Ametralladoras: dos, de 7,62 milímetros.**

KV-1. Abajo:
Peso: **52 toneladas.** Velocidad: **35 kilómetros por hora.** Blindaje **(máximo): 11,2 milímetros, delante.** Tripulación: **5.** Armamento: **un cañón de 76 milímetros. Ametralladoras: tres, de 7,62 milímetros.**



oriental del saliente, mientras que la auténtica amenaza se desarrollaba detrás de ellos con la llamada "Operación Fridericus", consistente en aislar el saliente.

Ninguno de los dos comandantes tenía conocimiento de los planes del otro, y si Bock hubiera estado listo para el ataque antes de que los carros fueran lanzados al vacío, su Grupo de Ejército Sur se hubiera encontrado con graves problemas; pero, de hecho, Timoshenko lanzó su ofensiva el 12 de mayo de 1942, una semana antes de que Bock estuviera listo. Al principio, la parte Sur del movimiento pinza de Timoshenko parecía ir bien (aunque la parte Norte tuvo dificultades desde el primer momento), y el único inconveniente, desde el punto de vista de Timoshenko, fue que sus brigadas acorazadas no encontraban mucha oposición. ¿Dónde estaban los alemanes?

Tuvo la respuesta el 17 de mayo, cuando regresaron las patrullas de exploración, que habían sido enviadas para establecer la identidad y potencia de las fuerzas alemanas en el flanco Sur. Estas patrullas traían consigo algunos prisioneros del Primer Ejército Panzer. Timoshenko se dio cuenta de que había caído en una trampa y que cada hora que pasaba aumentaba el peligro que corrían sus ejércitos. Telefoneó al Stavka y pidió permiso para reducir el ritmo de la ofensiva, dando tiempo a que sus ejércitos se reagruparan, para poder hacer frente a la nueva amenaza. Se le negó el permiso, insistiendo en la orden de que era necesario reconquistar Jarkof.

La ofensiva soviética había tenido su efecto sobre la trnaquilidad de ánimo de Bock. La "Fridericus" se había planeado como una operación normal de dos puntas, con ataques desde el Norte y el Sur, para dejar aislado el saliente. Pero ya no podía llevarse a efecto como se había planeado, porque en la zona Norte, en Balakleya, que era defendida por la 54 División de Infantería (una división vienesa del antiguo Ejército austríaco), se encontraba sometida a muy fuerte presión soviética. No había seguridad de que pudieran defender su posición, y, desde luego, había que descartar la posibilidad de que se pudiera lanzar una ofensiva desde allí.

Con cierta precaución, Bock se decidió a realizar una operación "Fridericus", pero de una sola punta, realizada únicamente por el Primer Ejército Panzer, desde el lado Sur del saliente, pero con apoyo de infantería del Diecisiete Ejército. Por consiguiente, se agruparon al Sur de Barkenkovo una fuerza formada por dos divisiones Panzer, una de ellas motorizada, y ocho divisiones de infantería, y desde allí fueron lanzadas a la lucha durante la mañana del 17 de mayo, un día antes de la fecha fijada para la "Fridericus" de dos puntas. Al principio hubo algunas dificultades para conseguir avanzar a través de las posiciones soviéticas, pero para la tarde del día 22, la 14 División Panzer había llegado a la ribera Sur de la parte Norte del Donetz, en Bayrak, frente a los austríacos de la 44 División, que estaban sometidos a gran presión. Se cerró la bolsa y en su interior quedó atrapada la mayor parte de la fuerza de asalto de Timoshenko, porque, aunque el día 19 había conseguido el permiso del Stavka para abandonar la ofensiva y había destacado a su segundo, el general Kostenko, para organizar la retirada, Kleist se le había anticipado.

Algunas de las unidades del Ejército Rojo habían conseguido escapar, luchando hacia el Este, pero la mayoría de las fuerzas acorraladas en la bolsa fueron aniquiladas. Quedaron destruidas 29 divisiones soviéticas y otras muchas sufrieron severo castigo. Tres ejércitos de-



saparecieron del mapa: el Sexto, Noveno y Cincuenta y Siete, junto con sus respectivos comandantes, salvándose Kharitonov y su Cuartel General del Noveno Ejército, que fueron evacuados por avión en el último momento. Kostenko resultó muerto; habían dejado de existir Bobkin y su fuerza de asalto, se echaría mucho de menos al Noveno Ejército, que, bajo el mando de Kharitonov, había conseguido el otoño anterior un historial formidable en las batallas defensivas, en la prolongada defensa que se avecinaba; se habían perdido las dos terceras partes de los carros de combate.

Y esto era sólo una operación de limpieza; ¡todavía no se había lanzado la principal ofensiva alemana!

Muchos de los generales alemanes se habían opuesto a la invasión de la Unión Soviética, especialmente a la vista de que tenían a su espalda a los indomables británicos y la posibilidad de que Gran Bretaña se convirtiera a su debido tiempo en una base de lanzamiento para la invasión del Continente, lo que equivaldría a tener que luchar en dos frentes, idea que les horrorizaba. Como quiera que el ambicioso plan de 1941, con su ofensiva a lo largo de todo el frente, no había dado por resultado ni la prometida aniquilación del Ejército Rojo ni el desmoronamiento del régimen de Stalin, los planificadores tenían que estudiar detenidamente los factores militar, político y económico de la guerra antes de decidir montar su mayor ofensiva con fuerzas ahora más limitadas. Hitler, también, estaba preocunpado con las realidades políticas y económicas, puesto que el fracaso de la "Guerra Relámpago", inevitablemente, comprometía a Alemania a una guerra prolongada, en la que tenía que enfrentarse a tres grandes potencias industriales, entre ellas el mayor coloso: los Estados Unidos.

En el verano y el otoño de 1941, el régimen de Stalin había soportado ya conmociones mayores de las que habían derrocado al régimen de los zares durante la Primera Guerra Mundial. Aparte de las razones ya mencionadas, y quizá más aparente a Hitler que a sus generales, figuraba el hecho de que la industrialización había dado a Stalin los recursos para la guerra que jamás tuviera ningún zar. Gran parte del nuevo gran poderío industrial de Rusia —en especial las grandes acerías de los Urales, como las de Magnitogorsk— se encontraba fuera del alcance de Alemania, dentro de un futuro previsible, y la habilidad soviética para fabricar carros de combate quedaba suplementaria por la maquinaria evacuada de las zonas industriales del Oeste antes de que llegaran los alemanes. Además, la producción aeronáutica soviética crecía progresivamente.

Por consiguiente, como las tácticas de la *Blitzkrieg* habían fracasado en 1941, cuanto más tiempo permaneciera vivo el Gran Oso ruso, más posibilidades tendría de vencer a su oponente, especialmente ahora que contaba con el apoyo de gran parte del poderío de América.

Pero el gran coloso económico ruso tenía un muy marcado talón de Aquiles: el petróleo soviético se encontraba principalmente en el Cáucaso, y desde los yacimientos petrolíferos de Maikop, Grozny y Bakú, había solamente un puñado de rutas, a través de las cuales se podía llegar a los centros de distribución y, finalmente, hacer que funcionaran las ruedas y cadenas del Ejército Rojo. Había el enlace ferroviario a través de Rostov. Además, existía otro que, en primer lugar, salía de Tikhoretsk y llegaba hasta Stalingrado, y, finalmente, un tercero, que corría a lo largo de la costa occidental del mar Caspio, desde Bakú y Grozny, y de allí hasta Astrakán, donde conectaba con una línea hasta Rusia central. Por último, la más importante de todas las rutas, era el poderoso Volga, a lo largo del cual surcaban las grandes barcazas de petróleo saliendo desde Bakú.

Con la captura de Rostov quedaba cortada la primera ruta. Con la conquista de Maikop y Grozny, situadas al Norte de los montes Cáucaso, quedarían cortadas la segunda y la tercera ruta. Con sólo establecer tropas a lo largo de la ribera izquierda del Volga se anularía la cuarta ruta, destruyendo la economía soviética y paralizando el Ejército soviético. Pero aun mejor, se cruzaría el Cáucaso y se conquistaría Bakú, de forma que el petróleo soviético serviría para mover las ruedas alemanas y haría posible que este país pudiera soportar una guerra prolongada, sin necesidad de depender de los yacimientos petrolíferos de Ploesti, en Rumania —vulnerables, como eran, al ataque de los bombarderos soviéticos procedentes de Crimea (hasta que se eliminara la cabeza de puente soviética, allí establecida), o los aviones británicos o americanos de mayor radio de acción que volaban desde el Oriente Medio.

De por sí, estas razones tenían fuerza suficiente para que Hitler pusiera todo

el énfasis de su campaña de 1942 en el Sur; pero, además, había otras. Alemania se encontraba firmemente establecida en la parte occidental de la zona industrial de Jarkof, pero la parte oriental —con el carbón y el acero de Donbass— estaba todavía bajo control soviético. Una penetración hacia el Volga permitiría su penetración a través de ella, anexionándola a los recursos del poderío militar e industrial de Alemania.

Además, podían recogerse grandes beneficios políticos de seguro éxito en el Sur. Sería posible convencer a Turquía para que abandonara su neutralidad, porque aunque la política de su Gobierno era básicamente pro-aliada, existía abundante buena voluntad hacia Alemania, buena voluntad que tenía su origen en el compañerismo de armas de la Primera Guerra Mundial. Al derrotar al sempiterno enemigo de Turquía, haciendo acto de presencia en la frontera turco-soviética; más aun, al cortar la ruta de suministro desde América hasta la Unión Soviética, que pasaba por el Irán, poniendo en peligro así el control anglo-soviético del país, Alemania se convertiría en una potencia del Oriente Medio, capaz, si los turcos aceptaban el juego, de amenazar toda la posición británica en esa parte del mundo al avanzar sobre los yacimientos petrolíferos del Golfo Pérsico y sobre el canal de Suez, sorprendiendo al Octavo Ejército británico por la retaguardia.

Estas, naturalmente, eran consideraciones a largo plazo. A principios de 1942, la tarea con que habían de enfrentarse los planificadores militares alemanes era más modesta, aunque todavía constituía un problema formidable, y consistía en ganar posiciones que le permitieran fructificar las brillantes perspectivas que ya se agitaban en la rica aunque desordenada imaginacón de Hitler. Las fuerzas de Alemania tenían que extenderse considerablemente para mantener la línea de frente existente, después de las pérdidas durante las batallas del invierno. Una penetración hacia el Sudeste,. contra el Cáucaso, significaría que tendrían que extenderse aun más; las fuerzas enviadas a aquella zona no estarían disponibles para despliegue en caso de producirse alguna situación peligrosa en cualquier otro punto del frente, además, siempre quedarían expuestas sus líneas de retaguardia a cualquier contraataque soviético que pudiera tomar la forma de un avance de Norte a Sur, a lo largo del Don y hasta Rostov.



Stalingrado: ... el lugar ideal para echar el ancla del extremo oriental del flanco de la línea de defensa...

Caso de ocurrir esto, se verían aisladas o tendrían que replegarse precipitadamente, abandonando Kubán y el Cáucaso. Por consiguiente, era necesario establecer un flanco en la retaguardia que las protegiera contra este peligro, y la cuestión consistía en elegir el lugar para esta protección, teniendo en cuenta que las fuerzas de Alemania tenían que cubrir una muy amplia zona y que sus aliados, Rumania, Italia y Hungría, con sus fuerzas, pobremente equipadas, mal entrenadas y con dudoso entusiasmo, habrían de participar en la operación.

Una simple ojeada al mapa permite establecer inmediatamente la línea ideal. Al Sur de Voronezh, el mayor centro de comunicaciones, el Don comienza a serpentear hacia el Este. Continúa en la misma dirección hasta alcanzar el Este de Serafimovich, donde gira hacia el Sur antes de reanudar, finalmente, un curso hacia el Oeste, hasta la desembocadura en el mar de Azov. El Volga, por otro lado, se dobla hacia el Oeste entre sus desembocadura en Astrakán y Stalingrado. Por consiguiente, cualquier línea defensiva basada en el Don debería de tener delante de sí el río hasta un punto al Este de Serafimovich, y de allí al Volga hay menos de ochenta kilómetros. Solamente a lo largo de este trecho podría atacar el Ejército Rojo, evitando efectuar el cruce, con oposición, de un río importante. De ahí que el lugar ideal para asentar el extremo oriental del flanco defensivo fuera el Volga, en la zona de Stalingrado.

Aquí el río tiene, aproximadamente, kilómetro y medio de anchura. Podría desbaratarse el tráfico sobre el río mediante bombarderos aéreos o de artillería, y cualquier intento soviético de atacar a través del río tendría que vencer el obstáculo que presentaba la barrera de agua. No había necesidad de conquistar la ciudad; aislada del Norte, accesible tan sólo por las barcas del río, que se verían sometidas a continuo fuego de artillería, pronto estaría indefensa.

Por consiguiente, no se hicieron planes especiales para su conquista. Como Kleist confesó después de la guerra, "Al principio, Stalingrado sólo era para nosotros un nombre en el mapa", y la forma en que la ciudad fue ganando prominencia en el drama, hasta el punto de alcanzar un primer plano, aparece con claridad en las declaraciones de Hitler, y en las órdenes cursadas conforme avanzaba el año, y los factores políticos, eco-



nómicos y militares luchaban por la supremacía en su mente, brillante, pero retorcida.

El plan básico para el verano, redactado durante el invierno anterior por el Alto Mando del Ejército (*Oberkommando des Heeres*), había anticipado solamente una modesta campaña en el Sur. La operación más importante debía tener lugar al Norte, con la captura de Leningrado y su entrada en contacto con los filandeses. Se rechazó este plan, pero la operación de Leningrado continuó apareciendo en todos los proyectos que siguieron, y este hecho, a su debido tiempo, tuvo influencia sobre la lucha muy lejos de allí, en el Volga.

El 28 de marzo, el jefe del Estado Mayor del Cuartel General, coronel-general Franz Halder, un brillante estratega, e insólito en el sentido de que era un militar no del Estado Mayor prusiano, sino del antiguo ejército bávaro (quizá más insólito aun era el hecho, que Hitler desconocía, que había sido una figura clave en un golpe frustado para asesinarle en 1938), presentó el plan revisado de operaciones para la ofensiva de verano en la conferencia celebrada en el Cuartel General de Hitler (*Wolfs-schance*, Guarida del Lobo), en el corazón de las tristes forestas de Prusia Oriental, cerca de Rastenburg. Se la bautizó con la clave *Fall Blau* (Caso Azul; se había vuelto al empleo de colores para los nombres en clave después del fracaso de la gran excepción "Barbarrosa"), y se proyectaba una ofensiva de dos fases.

Era poco común el que esta ofensiva se montara desde una línea atrasada e inclinada, y, por consiguiente, las primeras fuerzas que iniciarían el movimiento serían las situadas en el punto más occidental. Estas fuerzas se moverían con dirección sudeste, a lo largo del Don, desde la zona de Kursk-Jarkof, empujando a los ejércitos de Timoshenko lejos del río y colocándose a su retaguardia. Y entonces, llegado el momento, las fuerzas situadas en el extremo meridional y oriental de la línea se moverían hacia el Este, partiendo del río Mius, empujando al Frente Soviético Sur hacia el Norte y el Oeste. Las dos fuerzas se encontrarían al Oeste de Stalingrado, envolviendo y borrando por completo a los Frentes Soviéticos del Sur-Oeste y el Sur, haciendo así que la primera fase de la operación concluyera satisfactoriamente. Tan sólo entonces las fuerzas se moverían hacia el Sur, hacia el Cáucaso y sus yacimientos.

Hitler aceptó el plan, pero rechazó la orden en que se reflejaba dicho plan, insistiendo en redactarla personalmente, lo cual hizo de forma más detallada de lo normal (una orden, normalmente, fijaba los objetivos, pero dejaba a los comandantes respectivos los detalles para conseguirlos); pero Hitler desconfiaba de sus generales, especialmente desde el desastre del invierno.

Por consiguiente, la Orden número 41 de 5 de abril de 1942, es un buen reflejo de la forma de pensar de Hitler en ese momento. En ella decía: "es fundamentalmente necesario unir todas las fuerzas disponibles para la realización de



Fall Blau: **A la izquierda, la versión de Halder, y, a la derecha, la de Hitler.**

la operación principal en el sector Sur, con el objetivo de destruir al enemigo al Oeste del Don, para posteriormente capturar las regiones petrolíferas del Cáucaso, y cruzar su cordillera". También decía: "de todos los modos, debe intentarse llegar a Stalingrado, o por lo menos eliminarlo de la lista de centros indutriales y de comunicación, sometiéndolo a la acción de nuestras armas pesadas...". El énfasis estaba claro. Era "fundamentalmente necesario" destruir las fuerzas soviéticas en el Sur, y a continuación ocupar los yacimientos petrolíferos; pero debe "intentarse" la toma de Stalingrado o *colocarlo al alcance de la artillería pesada o los bombarderos.*

Bock recibió fuerzas formidables para la operación. Para la pinza al Norte, a lo largo del Don, tenía el Cuarto Ejército Panzer (coronel-general Herman Hoth) y el Sexto Ejército (coronel-general Paulus); para el Sur, el Primer Ejército Panzer (Kleist), y el Dieciocho Ejército (general Richard Ruoff). También estaría disponible el Once Ejército (coronel-general Erich von Manstein), una vez que hubiera terminado las operaciones en Crimea y capturado la fortaleza de Sebastopol. Las fuerzas satélites, bajo el mando del Grupo de Ejército Sur, estarían formadas por los ejércitos rumanos, Tercero y Cuarto; el Octavo italiano, y el Segundo, húngaro, y las fuerzas totales, bajo el mando de Bock, alcanzarían la cifra de 89 divisiones, nueve de las cuales serían acorazadas.

A principios de mayo de 1942, los dos "Ejes" soviéticos (cuarteles generales que controlaban más de un Grupo de Ejército). situados en el Sur —Suroeste y Norte del Cáucaso—, contaban, entre ambos, con 78 divisiones (14 de las cuales eran de caballería) y 17 brigadas acorazadas, que, en teoría, era una fuerza inadecuada para defender este territorio.

Pero es necesario poner cierto cuidado al interpretar estas cifras. En primer lugar, una división soviética completa tenía una fuerza entre las dos terceras partes y las tres cuartas partes de una división del Eje. En segundo lugar, en todos los aspectos, excepto en el del valor personal, la infantería soviética y sus oficiales más jóvenes eran inferiores a los alemanes. En tercer lugar, las tácticas soviéticas eran esteriotipadas y de bajo rendimiento. En cuarto, las fuerzas blindadas soviéticas carecían de la experiencia de los alemanes en cuanto a profundas penetraciones en el territorio enemigo; la *Blitzkreig* era algo que habían leído en los libros, mientras que los comandantes alemanes habían estado utilizando de forma continuada y con éxito estas batallas desde 1939, y su familiaridad, en cuanto al manejo y suministro de columnas de carros de combate e infantería motorizada de rápido movimiento, con mucho compensaba su inferioridad en la calidad de las fuerzas blindadas. En cuanto a los vehículos blindados, los carros alemanes, especialmente los PzKw Mark III y IV, eran notablemente inferiores a los carros pesados rusos KV-1, y especialmente a los carros medianos T-34 (los carros de mayor éxito construidos durante la Segunda Guerra Mundial), en cuanto a blindaje, armamento y movilidad.

Además, la inferioridad soviética había quedado acentuada por el desastre del saliente de Barvenkovo, en mayo, en el que resultaron destruidas 20 divisiones de infantería y las dos terceras partes de los carros de combate, bajo el mando de Timoshenko, dejándole en inferioridad de número de carros, de ocho a uno, al iniciarse el ataque alemán; y la captura alemana de Crimea borró del mapa a otros cinco ejército soviéticos, con un total de, por lo menos, quince divisiones. Por consiguiente, el relativo equilibrio favorable de fuerzas a prncipio de mayo se había dispiado a finales de junio, y los pronósticos para lanzar una gran ofensiva alemana en el Sur eran sumamente favorables.

Resultaría aburrido intentar explicar la historia del equilibrio de hombres en detalle a través de todas las batallas que precedieron a la batalla de Stalingrado; baste decir que cuando el Grupo de Ejército soviético, conocido como "Frente de Stalingrado", se formó el 12 de julio con 38 divisiones de infantería, 14 de esas divisiones tenían menos de 1.000 hombres cada una, y otras seis, menos de 4.000, en lugar de los 15.000 hombres a plena fuerza. Tres ejércitos que habían luchado en la ofensiva de Jarkof, en mayo (el Veintiuno, Veintiocho y Treinta), tenían entre sí 21 divisiones, todas ellas clasificadas oficialmente como "restos", y el Cuarto Ejército acorazado, formado el 22 de julio, tenía 80 carros de combate; para el 10 de agosto no tenía ninguno. Aquí no había vapor para la apisonadora soviética, y, francamente, el Ejército Rojo se encontraba en precaria situación a causa de la derrota del saliente de Barvenkovo.

«Los rusos están acabados»

El 28 de junio, Bock puso en marcha la ofensiva y lanzó al Cuarto Ejército Panzer contra Voronezh, una ciudad clave en el sistema lateral de comunicaciones soviético, detrás de la línea del frente. Dos días después puso en movimiento al Sexto Ejército, dirigiéndolo hacia el Noreste, contra el mismo objetivo, con el fin de formar una bolsa situada en Stary Oskol, en la que quedarían atrapados los ejércitos soviéticos Sexto, Veintiuno y Cuarenta. Los dos ejércitos alemanes se encontrarían a su retaguardia y el Segundo Ejército húngaro se encontraría al Oeste. De esa forma la ofensiva comenzaría con un estallido.

Timoshenko, sin embargo, se negó a colaborar. Las fuentes soviéticas no indican si había recibido información sobre estos planes, aunque muy bien pudiera haber ocurrido así, puesto que el 19 de junio, el oficial de operaciones de la 23 División Panzer, comandante Reichel, había realizado un aterrizaje forzoso en las inmediaciones de las líneas rusas cuando volaba al cuartel general de un cuerpo de ejército situado en las proximidades. Reichel llevaba consigo algunos documentos, entre ellos los objetivos para la primera fase de "Casco Azul", que no se recuperaron. Por esta razón, el general Stumme y su comandante de división, el general von Boineburg-Lengsfeld, fueron destituidos de sus cargos y, posteriormente, juzgados en consejo de guerra por infringir las normas de seguridad.

Parece sumamente probable que los documentos cayeran en manos soviéti-



El 28 de junio, Bock puso en marcha la ofensiva y lanzó al Cuarto Ejército Panzer contra Voronezh, una ciudad clave en el sistema lateral de comunicaciones soviético, detrás de la línea del frente. Dos días después puso en movimiento al Sexto Ejército, dirigiéndolo hacia el Noreste, contra el mismo objetivo, con el fin de formar una bolsa situada en Stary Oskol, en la que quedarían atrapados los ejércitos soviéticos Sexto, Veintiuno y Cuarenta. Los dos ejércitos alemanes se encontrarían a su retaguardia y el Segundo Ejército húngaro se encontraría al Oeste. De esa forma la ofensiva comenzaría con un estallido.

Timoshenko, sin embargo, se negó a colaborar. Las fuentes soviéticas no indican si había recibido información sobre estos planes, aunque muy bien pudiera haber ocurrido así, puesto que el 19 de junio, el jefe de operaciones de la 23 División Panzer, comandante Reichel, había realizado un aterrizaje forzoso en las inmediaciones de las líneas rusas cuando volaba al cuartel general de un cuerpo de ejército situado en las proximidades. Reichel llevaba consigo algunos documentos, entre ellos los objetivos para la primera fase de "Casco Azul", que no se recuperaron. Por esta razón, el general Stumme y su comandante de división, el general von Boineburg-Lengsfeld, fueron destituidos de sus cargos y, posteriormente, juzgados en consejo de guerra por infringir las normas de seguridad.

Parece sumamente probable que los documentos cayeran en manos soviéticas, pero si los soviéticos los consideraron auténticos o no, eso es otra cuestión. En la guerra es frecuente el "pasar información al enemigo" de esa forma, y entre 1939 y 1945 se miró detenidamente el diente de muchos caballos regalados. De todas formas, dada la inferioridad soviética de fuerzas en el sector Sur del frente y la desfavorable disposición del Stavka para desplazar a sus ejércitos de reserva desde el sector central (en ese momento todavía se creía que la principal ofensiva alemana inevitablemente estaría dirigida a Moscú), que Timoshenko no tuvo otra alternativa que retirarse tan pronto como se pusieron en movimiento las divisiones Panzer. Se habían lanzado a acorralarlo y destruirlo tan pronto como hubieran logrado penetrar en las posiciones soviéticas. Mantenerse firme e intentar resistir era hacer el juego al Ejército alemán.

Pero era necesario defender Voronezh, porque su caída pondría en peligro las comunicaciones laterales soviéticas; peor aun, los alemanes podrían optar por atacar hacia el Norte, por detrás del Frente de Bryansk, hacia Moscú. El Stavka no sabía que Moscú, definitivamente, había quedado fuera de los planes germanos



para 1942, y el hecho de que Voronezh fuera el primer objetivo alemán, serviría para demostrar la creencia de aquellos que consideraban los documentos de Reichel como parte de un plan para confundirlos. Por consiguiente, las reservas del Stavka iniciaron su marcha a Voronezh: una combinación de dos ejércitos de infantería y uno blindado comenzaron a tomar posiciones en la ribera oriental del Don, mientras que otro ejército blindado, del ala derecha del adyacente Frente de Bryansk, fue desplegado hacia una zona al Sur de Yelets, con órdenes de atacar al Cuarto Ejército Panzar por el costado y la retaguardia. Fue una decisión difícil, porque el Cuarto Ejército Panzer ya había alcanzado el ferrocarril Kastornoye-Stary Oskol la tarde del 2 de julio, lanzando un anzuelo hacia el flanco izquierdo del Cuarenta Ejército, listo para envolverlo, mientras que el Sexto Ejército, lanzado a la batalla el 30 de junio, se encontraba tan sólo a 30 kilómetros de Stary Oskol, al caer la noche del 2 de julio, y se preparaba para sitiar los ejércitos Veintiuno y Veintiocho.

Por lo menos en esta ocasión el Stavka había reaccionado con rapidez. De forma apresurada, el teniente general F. I. Golikov estableció un nuevo cuartel general en Voronezh, con un grupo de mandos del Estado Mayor, para tener un control directo. El propio jefe del Estado Mayor, coronel general A. M. Vasilevsky, voló inmediatamente desde Moscú al Cuartel General del Frente Bryansk. Todo estuvo listo a tiempo. Los alemanes montaron una cabeza de puente a través del Don el 6 de julio, pero al enfrentarse con tropas soviéticas atrincheradas, no consiguieron realizar ningún progreso, y mientras llamaban a las puertas de Voronezh, corrían el peligro de quedar sorprendidos por los flancos, cuando las fuerzas de reserva del Frente de Bryansk lanzaron su contraataque desde el Sur de Yelets el mismo día. Fue necesario destacar el XXIV Cuerpo de Ejército Panzer y tres divisiones de infantería para evitar este nuevo peligro, salvándose Voronezh. Para su captura se necesitaría una ofensiva importante.

Esto creó el primer problema de decisión con que hubieron de enfrentarse los líderes alemanes. La tozudez con que el Ejército Rojo defendió Voronezh se debió al temor del Stavka de que su caída fuera el preludio de un avance sobre Moscú, pero como quiera que los propios alemanes no tenían intención de seguir hacia el Norte, la captura de la ciudad tenía una prioridad secundaria al cerco de los ejércitos de Timoshenko. Y mientras que las divisiones del Cuarto Ejército Panzer luchaban en su intento de conquistar la ciudad —una tarea para la que no estaban preparados y que desperdiciaba su principal ventaja, que era la movilidad—, los ejércitos del Sur-Oeste, sigilosamente, se deslizaban por detrás de las fuertes retaguardias, en buen orden, y con todo su equipo pesado.

En general, Hitler no era adverso a tomar la decisiones que debían tomar sus propios generales, pero en esta ocasión mostró una timidez poco frecuente. El 3 de julio, llegó al Cuartel General de Bock, pero se limitó a decir que "ya no insistía" en la captura de Voronezh, pero Bock estaba bajo la influencia por el hecho de que sus patrullas se encontraban ya en los alrededores de Voronezh, y persistió en la empresa. Conforme las reservas soviéticas se concentraban en la ciudad y se establecía un nuevo Grupo de Ejército (Frente de Voronezh), se hacía peligroso suavizar la presión sobre la ciudad ante el temor de que las cuantiosas fuerzas soviéticas lanzaran un contraataque contra el flanco y la retaguardia de Bock, y, por consiguiente, el Cuarto Ejército de Panzer quedó comprometido allí hasta el 13 de julio; incluso entonces no pudo conquistar la parte oriental de la ciudad, o cortar las líneas de suministro al Norte del Don, y, mientras tanto, los ejércitos de Timonshenko escapaban penosamente a través de la estepa, sin ser molestados prácticamente. Finalmente, Hitler perdió la paciencia, destituyó a Bock, y después le culpó del fracaso de la ofensiva, así como del desastre de Stalingrado, en que culminó la misma seis meses más tarde.

Incluso antes de destituir a Bock, Hitler había intentado dividir el Grupo de Ejército del Sur en dos: uno (el A) debería ocuparse del avance hacia el Cáucaso, y otro (el B), avanzar hacia el Volga; al efectuarlo, trasladó el Cuartel General desde Rastenburg a Vinnitsa, en Ucrania, y se embarcó en una revisión radical del programa de operaciones, que culminaron en la Orden 45, el 23 de julio. Pero antes de considerar esta orden, es necesario tener en cuenta la situación militar, como él la veía, y también como era en realidad.

No hay duda de que la debilidad


LOS PRIMEROS MOVIMIENTOS

Las columnas blindadas, en la parte exterior...

la infantería motorizada, en el interior.

de la resistencia soviética durante el avance hacia el Este de los Cuarto y Sexto ejércitos Panzer había sorprendido a Hitler. Sus tropas avanzaban por los interminables trigales de Ucrania a marchas que recordaban a las de las primeras semanas de la invasión, durante el verano anterior. Y las nubes de polvo que marcaban su progreso apenas eran más espesas que las estupideces seudosociológicas levantadas por los ideólogos como loa anticipada de la inminente caída de los *Untermensch* rusos. Incluso sus generales, que, a veces, intentaban que Hitler fuera realista, parecían haber caído en el ambiente de euforia reinante. Halder, quizá el más escéptico de todos ellos, no supo qué decir cuando Hitler le comunicó, el 20 de julio: "Los rusos están acabados". Todo lo que se le ocurrió fue: "Debo de reconocer que así lo parece".

Era innegable que la retirada del Ejército Rojo en el Sur alcanzaba velocidades que se aproximaban a una huida pavorosa. Pero su obsesión por evitar la lucha y el ser sitiados, así como su negativa a abadonar su equipo pesado, mostraba que estaban realizando una retirada apresurada, pero con organización, hasta una línea en que la defensa fuera más viable. El general Warlimont, segundo jefe del Estado de Operaciones del cuartel general de Hitler, OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas), afirmaba posteriormente: "todavía estamos esperando conseguir una auténtica gran victoria; nos parecía que todavía no se había dado la batalla al enemigo en ningún sitio, como atestiguaba el pe-





Arriba. Izquierda: **El fácil avance... los rusos se negaban a presentar batalla.** Abajo. Izquierda: **Todo lo que los invasores vieron del enemigo fue unos pocos desafortunados prisioneros.** Arriba: **Y los inútiles trofeos, abandonados por un ejército que se retiraba hábilmente.**

queño número de prisioneros y de equipo capturado". Tenía razón; pero nada parece sugerir que él o sus superiores, excepto Halder, hacían otra cosa que esperar esa victoria en silencio.

Hay que reconocer que Hitler, hasta mucho después de Stalingrado, se mostraba reacio a escuchar cualquier sugerencia de que el Ejército Rojo no se encontraba acabado, y cuando, meses más tarde, su imperio artifical se desmoronaba, hizo que el jefe de los "Ejércitos Extranjeros del Este" (la sección de Inteligencia Militar, responsable de la estimación de los efectivos del Ejército Rojo) fuera internado en una clínica mental, después de estudiar las cifras que el Führer consideraba exageradas. Por consiguiente, se necesitaba ser fuerte de corazón y un desprecio hacia las posibilidades de su propia carrera para sugerir al "Señor Supremo de la Guerra" que el enemigo todavía no estaba agonizante. Sin embargo, resulta bastante extraño que a nadie le preocupara lo suficiente el enfrentarse con los sueños eufóricos de Hitler y su séquito. Porque la situación real no era tan de color de rosa.

No todo marchaba bien para el Ejército Rojo. Había profundo pesimismo entre la opinión pública soviética, a causa de la retirada, aparentemente sin fin, y la falta de consistencia de los hombres en el Sur, que contrastaba con la firmeza de los defensores de Leningrado y Moscú. Esto produjo tensiones entre los generales destacados al Sur, y los hombres allí enviados por el Stavka, polémica que ha llegado hasta nuestros días, porque después de todo si a Timoshenko se le hubiera permitido abandonar su ofensiva del mes de mayo, sus fuerzas hubieran estado en situación mucho mejor para hacer frente al ataque germano. El Stavka y Stalin fueron los auténticos villanos de la obra, y los generales del Sur lo sabían; pero no ocurría lo mismo con el público en general. Todo lo que el público sabía, y lo mismo puede decirse del soldado raso, es que, día a día, la riqueza industrial soviética, levantada tan recientemente y con tantos sacrificios, se abandonaba como botín para los alemanes.

El ánimo de la infantería soviética, conforme caminaba hacia la gran curva del Don, se mostraba deprimido e incierto, y no mejoraba nada a pesar de las declaraciones de exhortación de los entusiastas organismos civiles que se encontraban muy a retaguardia. La moral estaba muy baja, y son muchos los militares soviéticos que relatan cómo en esos sombríos días del mes de julio, durantes la batalla de Stalingrado, tuvieron que apostarse en un puente o una encrucijada, y, pistola en mano, organizar a los que vagaban en desorden en unidades *ad hoc*, al mismo tiempo que escuchaban las ingeniosas razones por las cuales no podían detenerse por el momento.

Sin embargo, la retirada estuvo bien organizada, en líneas generales, quedando explicada su duración. El lugar evidente para detenerse y hacerse fuerte era en la parte oriental de la gran curva del Don, y la sincronización de la retirada estuvo regida por el ritmo con que podían desplegarse las reservas del Stavka hacia el Sur. Como se recordará, estos ejércitos habían sido trasladados hacia el centro, con el fin de que estuvieran disponibles para la defensa de Moscú, en caso de necesidad; se encontraban al Norte de una línea entre Borisoglebsk a Saratov, y no comenzaron a moverse hacia el Sur hasta principios de julio.

Lo lógico era desplegarlos detrás de la zona donde estaba situada la gran curva del Don, detrás de las tropas de Timoshenko, que se retiraban, y eso era pre-

cisamente lo que estaba haciendo el Stavka. Haberlas llevado a la lucha sin sistema, probablemente hubiera tenido mayor sentido, aunque, naturalmente, también significaba que no estaban identificadas en el frente, y esto servía para confirmar la creencia de los alemanes de que el Ejército Rojo carecía de reservas. Las acciones alemanas resultantes de este error habían de ser catastróficas para la Wehrmacht, porque, en lugar de haber quedado aniquilados, lo que sucedía es que los rusos "todavía no habían comenzado a luchar".

Al principio, Hitler se preocupó de que con el inminente colapso del Ejército Rojo se produciría una acción dramática por parte de los británicos y americanos, en forma de una invasión de la Europa occidental. Durante los meses de mayo y junio había sacado doce divisiones del Oeste, que había trasladado a Rusia para la ofensiva de verano. Entonces mantuvo apartada del campo de batalla a la élite formada por la División de Granaderos SS Panzer "Liebstandard Adolf Hitler", y el 9 de julio ordenó que se trasladara al Oeste. Posteriormente, ordenó seguir a las fuerzas de choque formadas por la División de Infantería Motorizada "Gross Deutschland". A continuación comenzó a mostrarse preocupado por la posibilidad de una acción soviética de diversión contra el Grupo de Ejército Centro, y envió como refuerzo a la 9.ª y 11.ª divisiones Panzer.

El 11 de julio, Hitler dio una nueva orden, la 43, con instrucciones para que el Once Ejército de Manstein, que acababa de capturar Sebastopol, cruzara el estrecho de Kerch y tomara parte en la invasión del Cáucaso. Poco después modificó las instrucciones, y envió a todo el ejército, excepto un cuerpo, al Norte, donde su experiencia en la captura de fortalezas podría ser de utilidad para la rendición de Leningrado (una operación que continuaba desde su inclusión en el primer proyecto de una ofensiva de verano, con buen sentido, pero que no debía haber sido incluido en el último plan, porque se había cambiado el énfasis, pasándolo al Sur).

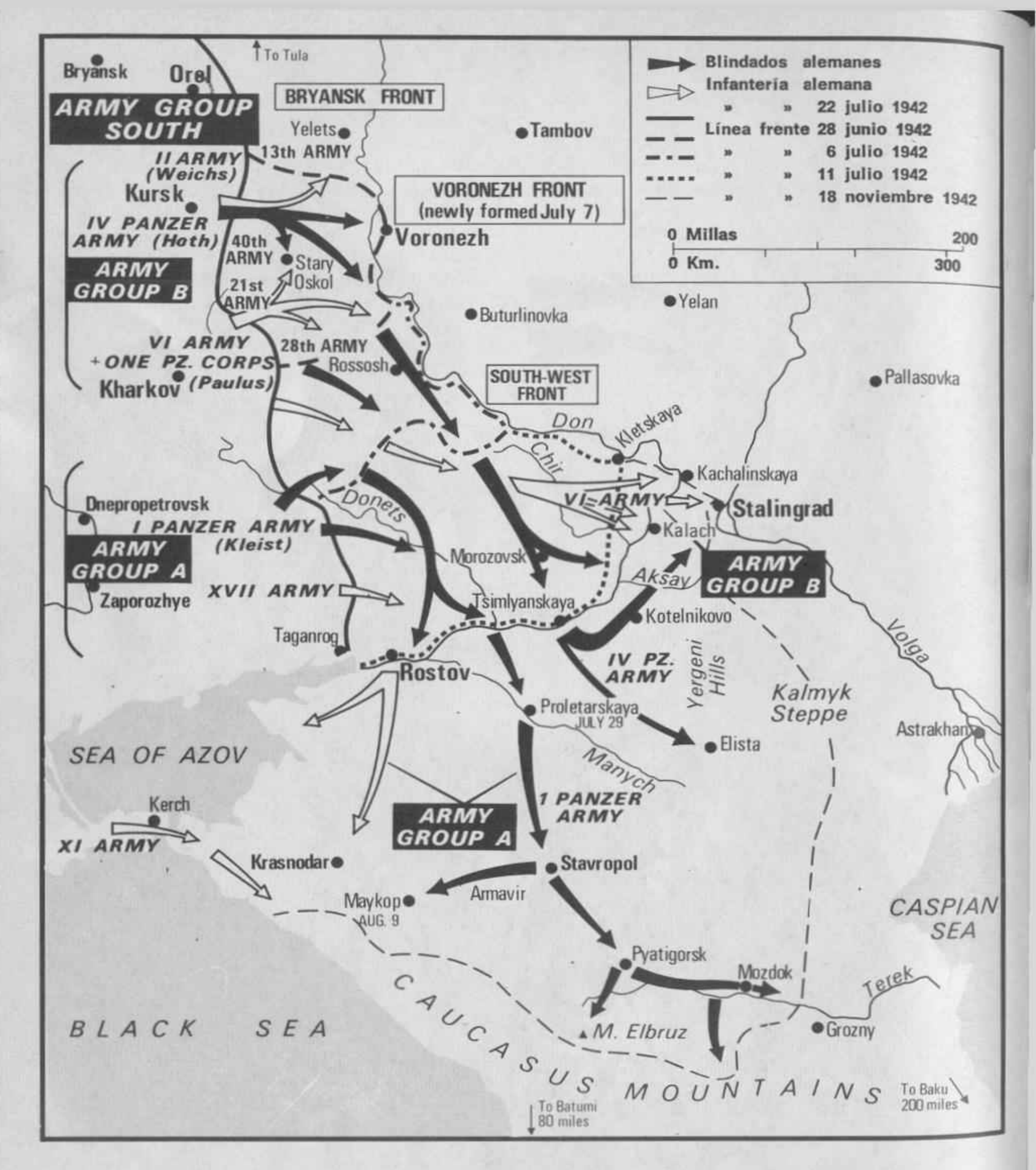
Y sumando locura sobre locura, el 13 de julio Hitler dio órdenes para que el Cuarto Ejército Panzer, que avanzaba sobre Stalingrado, se dirigiera hacia el Sudeste, y apoyara al Primer Ejército Panzer, de Kleist, en su tarea de ocupar posiciones al otro lado del Don inferior, al Este de Rostov. El Cuarto Panzer acababa de ser autorizado para que abandonara el ataque contra Voronezh y cumpliera las instrucciones dadas en la orden original. Ahora, sin embargo, le fue encomendada una nueva tarea, consistente en ayudar a Kleist, cuyas fuerzas (desplegadas en la punta inferior de la pinza) se habían puesto en movimiento tan sólo cuatro días antes.

Para empeorar las cosas, Kleist no necesitaba ninguna ayuda, porque ese mismo día el Stavka ordenó una retirada general del Frente al Sur, sobre el Don, excepto en Rostov, de forma que Hoth se encontró con una bolsa prácticamente vacía, y llegó a los cruces del Don encontrándolos prácticamente indefensos y las carreteras de acceso congestionadas con los efectivos de Kleist, estorbándose unos a otros, e impidiendo la marcha de Kleist hacia el Cáucaso. Después de la guerra, Kleist afirmó que si el Cuarto Panzer no hubera sido desviado de sus objetivos en esa forma, habría tomado Stalingrado sin necesidad de lucha a finales de julio. Esta afirmación es debatible, porque las divisiones Panzer no son especialmente adecuadas para la captura de grandes ciudades, y, además, la gran cantidad de reservas del Stavka —especialmente los ejércitos Sesenta y Dos y Sesenta y Cuatro estaban desplegados en aquella zona—, es muy probable que se hubieran enviado a la defensa de la ciudad si hubiera sido amenazada por un ejército Panzer, en lugar de la agobiada infantería del Sexto Ejército.

Pero cualesquiera que sean los méritos de la aseveración de Kleist, no hay duda de que el Cuarto Ejército Panzer no era necesario en la zona de Kleist, y por lo menos una alta autoridad soviética (el mariscal Yeremenko) ha llegado a calificar esta desviación como un "grave error de cálculo estratégico". De nuevo, no hay pruebas de que ninguno de los generales alemanes se opusiera entonces a esta decisión, a pesar de lo que hayan dicho después, pues desconocían una orden del Stavka, de una retirada general, y esperaban infringir severas pérdidas a las divisiones soviéticas —aunque hasta entonces no habían tenido suerte—. Incluso cuando la pinza Sur (Primer y Diecisiete ejércitos Panzer) había comenzado a movilizarse, no había hecho nada más que empujar el Frente Sur delante de sí mismos, porque, al igual que en el caso del Frente Sur-Oeste había girado sobre Voronezh,

Mariscal S. K. Timoshenko.





el frente Sur estaba girando sobre Rostov, fallando así otro intento de aislar a los soviéticos.

El Alto Mando, sin embargo, todavía permanecía aferrado a la creencia de que el Ejército Rojo estaba aniquilado, y en este punto, el 23 de julio de 1942, Hitler dio la orden número 45. En vista de la situación, constituía un documento sorprendente. Se había abandonado la secuencia ordenada del plan original —primero el Volga y después el Cáucaso—, y ahora había que alcanzar ambos objetivos simultáneamente. Tampoco era suficiente bombardear Stalingrado —era necesario su conquista—. Y en cuanto a los yacimientos del Cáucaso, no era suficiente apoderarse de Maikop y Grozny, a pesar del hecho de que la captura de Grozny haría posible cortar los suministros soviéticos de petróleo por ferrocarril desde los principales yacimientos de Bakú. Era necesario conquistar los propios yacimientos, incluso



El coronel general Hermann Hoth, comandante del Cuarto Ejército Panzer.

si para ello se precisaba cruzar la cordillera del Cáucaso —una importante barrera defensiva, con pocos puertos, y los existentes, situados a alturas superiores a los 3.000 metros, en estrechos desfiladeros, donde un puñado de defensores con determinación podían mantener a raya a toda una división.

El Cuarto Ejército Panzer se movía en masa por los cruces del Don, y a pesar de que su presencia era necesaria más al Norte, hubieron de pasar todavía seis días antes de que se modificaran las instrucciones. El 29 de julio, Hoth consiguió colocar sus primeros carros de combate al otro lado del río; tan pronto como lo hubo conseguido, recibió instrucciones. Debía dejar tras de sí una división, para mantener contacto con Kleist, y hacer pasar el resto sobre el río Aksay, para conquistar Stanlingrado desde el Sur. La ciudad había comenzado a ser una obsesión en la mente alemana.

El Ejército Rojo se había mantenido sentado y con los brazos cruzados a la espera de que los alemanes decidieran su próximo paso, porque, aunque la importancia de Stalingrado pudiera fluctuar en las mentes de Hitler y sus generales, no había duda del valor que tenía para la mística soviética. El nombre significa "la ciudad de Stalin", y los nombres pueden ser mportantes. ¿Acaso no había cambiado Hitler el nombre del acorazado de bolsillo *Deutschland* por los posibles efectos que pudiera tener sobre la moral del pueblo, caso de hundirse un barco llamado "Alemania"? Pero aun más que eso, en 1920, el propio Stalin había jugado un papel importante al derrotar a los ejércitos Blancos del general Denikin en este lugar (que entonces se llamaba Tsaritzyn).

En los años siguientes, la ciudad había sido elegida como una pieza de exposición de la Unión Soviética, y se había convertdo en un gigante industrial, extendéndose a lo largo de treinta kilómetros sobre la orilla occidental del Volga. La población de Stalingrado alcanzaba los 600.000 habitantes, con sus factorías —tres de las cuales, la acería el "Octubre Rojo", la de pertrechos de guerra "Barricadas" y la factoría de "Tractores Stalingrado", formaban una larga hilera sobre el río, en la parte Norte de la ciudad, que con sus "Urbanizaciones de Obreros", situadas inmediatamente a poniente de las mismas, iban a jugar una parte importante en la batalla que se avecinaba.

Aunque la ciudad, como un símbolo especial del favor de Stalin, estaba sobrecargada de una arquitectura tipo "tarta de boda", que tanto le agradaba a él, sin embargo era motivo de orgullo para sus habitantes. Tenía numerosos parques y paseos a lo largo de la ribera del río, así como barrancas y torrenteras, que iban a parar al Volga. Existían igualmente, en el centro de la ciudad, muchos signos precursores de un futuro más espacioso, al que todos aspiraban. El propio Volga, que aquí tenía una anchura de casi kilómetro y medio, con numerosas islitas en su corriente; su ribera occidental era alta y muy inclinada, con voladizos en algunos lugares, y con muchas cuevas por debajo de los voladizos. En el interior de la ciudad había algunas suaves colinas, en una de las cuales se encuentra situado el Mamayev Kurgan, de más de 45 metros de altura ("El Foso de Enterramiento de Mamay"), y desde el que se contempla una excelente vista del centro de la ciudad. Aunque no existían puentes sobre el Volga, había notables transbordadores de ferrocarril y transportes por carretera, y el puerto fluvial, cuya importancia creció con la caída de Rostov y sus enlaces ferroviarios, el 25 de julio. El Ejército Rojo no hubiera abandonado fácilmente esta ciudad.

Se realizaron una serie de cambios en

la organización de la defensa de la ciudad. Se suprimió el Frente Sur-Oeste, y los grupos de ejército pasaron a quedar directamente a las órdenes del Stavka, mientras que el nuevo Frente de Voronezh, formado para frenar a Bock en el Norte, había sido puesto bajo el mando del segundo jefe del Estado Mayor, general N. F. Vatutin. Por otro lado, su inmediato al Norte, el Frente Bryansk, quedó bajo el mando de otro antiguo segundo jefe del Estado Mayor, el general F. I. Golikov. Estos dos nombramientos reflejaban la influencia de Zhukov, porque ambos hombres habían servido a sus órdenes en el reciente pasado y los dos iban a jugar papeles importantes más tarde, en la Batalla de Stalingrado, conforme Zhukov comenzó a tomar parte más activa en la misma. Una vez suprimido el Frente Sur-Oeste, conforme las fuerzas se retiraban hacia el recodo del Don, deberían quedar absorbidas en el nuevo Frente de Stalingrado, que se estaba formando con los ejércitos de reserva del Stavka.

Rostov. Después de su caída, el 25 de julio, aumentó la importancia de Stalingrado para la defensa rusa.



El nuevo Frente quedó oficialmente constituido el 12 de julio, y al principio estuvo bajo el mando de Timoshenko. Pero pronto quedó claro que tendría que dejar el puesto, no porque hubiera caído en desgracia a causa de su total retirada hacia el recodo del Don, que se había realizado con bastante habilidad y pocas pérdidas, sino porque el nuevo Frente era muy importante para estar bajo el mando de un general que olía a fracaso; de todas formas, pertenecía a las generaciones más antiguas de comandantes del Ejército Rojo que cedían el paso a hombres instruidos con ideas más modernas, vinculados directamente, bien con el propio Zhukov, o con el antiguo jefe de Zhukov, el gran mariscal Tukhachevsky, a quien Stalin había "purgado" y ejecutado, acusado de conspirar a favor de Alemania y en contra del estado soviético. Por consiguiente, el 22 de julio, Timoshenko recibió el nombramiento para un alto cargo en el importante, pero, por el momento, menos agitado sector Noroeste del frente, y su lugar fue ocupado por el general V. N. Gordov, que tan sólo tres días antes se había hecho cargo de la jefatura del Sesenta y Cuatro Ejército, una de las for-



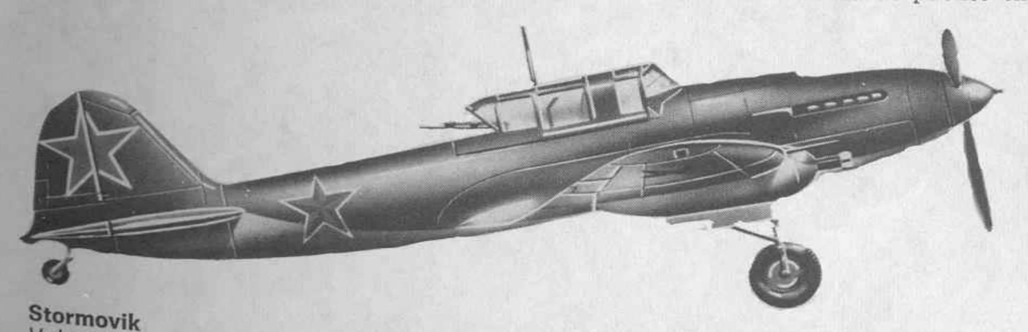


maciones de reserva del Stavka, que había sido desplegado en el recodo del Don, y se encontraba a punto de ocupar sus posiciones.

El Grupo "B" del Ejército había formado tres subgrupos para el ataque contra Stalingrado, asignándoles las siguientes tareas: el Grupo Norte, consistente en dos divisiones Panzer, dos motorizadas y cuatro de infantería, debería atacar el 23 de julio desde la zona de Golovsky-Perelazovsky, con el objetivo de capturar el gran puente sobre el río Don, en Kalach, detrás de las fuerzas soviéticas, desplegadas al Oeste del Don. La fuerza central, una división Panzer y dos de infantería, deberían atacar el 25 de julio, lanzándose desde la zona Oblivskaya - Verkhne - Aksenovsky, también hacia Kalach, y mientras estos dos grupos formaban una barrera frente a las fuerzas soviéticas del recodo del Don, el Sexto Ejército debería lanzarse desde el Oeste y arrollarlas, dejando así el camino abierto para llegar al Volga. Esta oportunidad debería ser explotada entonces por un tercer grupo (al Sur), una división acorazada, una motorizada y cuatro de infantería, que deberían haber cruzado el Don, a la altura de Tsimiyanskay, el 21 de julio, y establecido una gran cabeza de puente. Partiendo de allí, deberían avanzar sobre Stalingrado desde el Sur, mientras que los otros dos grupos, una vez terminado su cometido en el recodo del Don, deberían avanzar hacia el Volga desde el Oeste y el Noroeste de la ciudad.

Para la realización de este plan, el comandante en jefe del Grupo "B" del Ejército, el coronel-general Freiherr von Weichs, tenía una fuerza total equivalente a 30 divisiones —aunque menos de las dos terceras partes de las mismas eran alemanas— y más de 1.200 aviones, superando en número a las fuerzas soviéticas estacionadas en el recodo del Don en la prooprción de dos a una. Sin embargo, para una operación defensiva como la que tenían que luchar los comandantes soviéticos, esta proporción no era desesperadamente desfavorable. Para ellos, la inferioridad más importante era la del equipo, porque, a causa de las pérdidas sufridas en la ofensiva de Jarkof, la proporción en el número de carros y cañones era de dos a uno, y de tres a uno en el caso de aviones. La desigualdad se acentuaba aun más, puesto que casi 300 de los 400 aviones de que disponía la Octava Flota del Ejército del Aire eran tipos anticuados. Los mejores de los nuevos aviones, los cazas Yak-1, los bombarderos ligeros Pe-2 y los excelentes Il-2 para ataque contra tierra (los Sturmovik), estaban disponibles en número muy reducido. Esto significaba que, en la práctica, los alemanes tenían, en realidad, una superioridad completa en el aire en toda aquella zona.

Del total de sus treinta divisiones, Weichs podía desplegar unas 20 contra las fuerzas soviéticas en el recodo del Don (casi todas ellas, alemanas y una rumana), a las que podía añadir un cuerpo más desde principios de agosto, cuando el Octavo Ejército italiano comenzó a llegar para hacerse cargo de su sector sobre el Don, a ambos lados del Veshenskaya. Las fuerzas soviéticas estaban formadas por los ejércitos Sesenta y Dos y Sesenta y Cuatro, y contaban con el apoyo del Primer Ejército Acorazado (que tenía 160 carros) y del Cuarto Ejército Acorazado, que contaba con 80 unidades, mientras que, en el extremo septentrional de recodo, se encontraba el Primer Ejército de Guardias, que no jugaba ningún papel específico en la batalla, aparte de mantener una cabeza de puente en



Stormovik
Velocidad: **400 kilómetros por hora.** Armamento: **dos cañones de 23 milímetros, dos ametralladoras de E7,62 milímetros y una (atrás) de 12,7 milímetros.** Carga máxima: **650 kilos de bombas.** Tripulación: **2.**

Stalingrado los atrajo. Arriba: **Los panzer se despliegan.** Abajo: **Columnas de infantería alemana llenan las carreteras entre el Don y el Volga.**




la parte Sur del río, en Kremenskaya. Pero todos los ejércitos que habían de soportar el peso principal del ataque eran de reciente formación, y los dos ejércitos de carros estaban formados por novatos, ya que su creación se remontaba tan sólo al 22 de julio.

Aparte de algunas pequeñas escaramuzas entre el XIV Cuerpo Panzer y los elementos avanzados del Sesenta y Dos Ejército a lo largo del río Chir, que se produjeron a partir del 17 de julio, no se produjo ninguna acción de importancia hasta el 23 de julio, cuando cinco divisiones alemanas atacaron el ala derecha del Sesenta y Dos Ejército al Norte de Manoylin, mientras que el Sesenta y Cuatro Ejército se encontró sometido a un ataque en el río Tsimia. Después de tres días de lucha, el XIV Cuerpo Panzer consiguió penetrar en las defensas del Sesenta y Dos Ejército y avanzó sobre Kamensky, en el río Don, sorprendiendo al Sesenta y Dos en uno de los flancos desde el Norte.

El Primer Ejército Acorazado, que estaba desplegado detrás del Sesenta y Dos intentó rechazar a las fuerzas alemanas atacándolas desde el Norte y por su retaguardia, mientras que el Cuarto Ejército Acorazado intentó un ataque de frente desde el Norte del saliente alemán, pero como quiera que ambos ejércitos acababan de formarse y como los dos estaban formados por una mezcla heterogénea de carros e infantería no motorizada, todavía se encontraban parcialmente equipados y bajo el mando de militares de infantería carentes de experiencia para operar con vehículos blindados, era poco probable que sus ataques concluyeran felizmente, especialmente teniendo en cuenta que no estaban coordinados en forma alguna, y que recibieron pobre apoyo de artillería y casi ningún apoyo aéreo.

Al mismo tiempo que este ataque mal dirigido se encaminaba hacia su inevitable final, el XXIV Cuerpo Panzer abría una brecha, entre el Sesenta y Dos y el Sesenta y Cuatro ejércitos, conforme se dirigía hacia Kalach desde el Sur-Oeste, a lo largo de la ribera Oeste del Don. El Stavka comenzó a dar muestras de inquietud por esta penetración en el Sur, y el 28 de julio dio instrucciones a Gordov para que fortaleciera las defensas al Sur de la zona entre los ríos, desde Logosvky, sobre el Don, hasta Raygorod, sobre el Volga. Por consiguiente, el 1 de agosto desplegó su Cincuenta y Siete Ejército y algunas de sus

unidades de reserva a lo largo de la línea en cuestión, y se puso bajo su mando al Cincuenta y Un Ejército, que debía desplegarse al Sur de la curva del Don, desde los lagos Sarpa hasta el punto donde la línea del frente se desvanecía en la estepa de Kalmyk, hacia Rostov. Como consecuencia de todo esto, el Frente de Stalingrado tuvo una longitud de 700 kilómetros, y en vista de las dificultades para controlar una línea del frente de tal longitud, se decidió establecer un nuevo Grupo de Ejército, en el Frente Sudeste, que habría de hacerse cargo del sector meridional de la línea de Gordov. Inmediatamente comenzó la búsqueda del jefe adecuado para su mando.

Mientras tanto, la situación en el frente formado por la curva del Don se había calmado en parte, y aunque las fuerzas motorizadas alemanas habían alcanzado el Don y realizado profundas penetraciones en ambos flancos del Sesenta y Dos Ejército, las inexpertas tropas que constituían la reserva del Stavka se habían compenetrado bien, y ni el Sexto ni el Cuarto ejércitos Panzer se encontraban en situación de poder forzar la línea del Don, o sitiar al Sesenta y Dos Ejército sin realizar una pausa para reagruparse. La mayoría del Cuarto Panzer había regresado de su inútil expedición de cruce del Don en el Sur, y el 31 de julio, Hoth lo utilizó para la ofensiva en la zona de Tsimlyanskaya contra el excesivamente desplegado Cincuenta y Un Ejército, que con cinco divisiones de infantería debilitadas intentaba cubrir un frente de 200 kilómetros, desde Verkhne-Kurmoyarskaya hasta Orlovskaya.

El golpe de Hoth penetró en las defensas del Cincuenta y Un Ejército, que tuvo que emprender una rápida retirada hacia el ferrocarril Tikhoretsk-Krasnoarmeysk, de forma que, para el 2 de agosto, había alcanzado Kotelnikovo, encontrándose a sólo 130 kilómetros de Stalingrado, con sólo unos pequeños obstáculos naturales en su camino, siendo los principales los ríos Aksay y Myshkova.

Se habían producido varios cambios en el mando del Frente de Stalingrado: el general A. I. Lopatin se había hecho cargo del Sesenta y Dos Ejército, mientras que el comandante en funciones del Sesenta y Cuatro Ejército, el teniente general A. I. Chuykov, que había entregado su ejército al general M. S. Shumilov, regresó para informar al cuartel general de frente, en Stalingrado, discutió violentamente con Gordov (cuyas cualidades como comandante del Frente le merecían poco respeto) y volvió al Sesenta y Cuatro Ejército para preparar un informe escrito sobre la retirada de algunas de las unidades del ejército a través del Chir, cuando todavía estaban bajo su mando. En la mañana del 2 de agosto, Shumilov le mandó llamar y le informó del avance de Hoth, que amenazaba con flanquear a todo el ejército e incluso podría poner en peligro todo el frente, y el sugirió que fuera al sector Sur y se hiciera cargo de él.

Chuykov se sintió muy contento por no tener que escribir el informe para Gordov y partió inmediatamente. Al llegar al sector Sur descubrió dos divisio-

Material rodante ferroviario... ametrallado, y los refuerzos desperdigados.



nes soviéticas de infantería, parte del Cincuenta y Un Ejército, deambulando por la estepa, camino de Stalingrado, para reunirse con su ejército, con el cual habían perdido contacto. Llevaban consigo dos regimientos de morteros *Katyuska,* y mostraban huellas de desmoralización a causa de las tremendas pérdidas que habían sufrido desde el ataque de Hoth. Iban sin radio. Chuykov les mandó, llevándoles hasta emplazarlos detrás del río Aksay, y colocó detrás de ellos una brigada de infantes de marina para dar una "inyección de fortaleza" a su resistencia. Entonces contactó al Cuartel General del Frente y comuni-

có lo ocurrido. A continuación le informaron que la 208 División de Infantería, procedente de Siberia, debía abandonar el tren en el que viajaban, dentro de su zona, y también debía quedar bajo su mando, caso de que pudiera establecer contacto con su Cuartel General, cuyo paradero se desconocía.

Después de varias horas de búsqueda, encontró que la división había comenzado a descender del tren el día anterior, pero que cuatro convoyes habían sido ametrallados por la aviación alemana y que los supervivientes se encontraban desperdigados. Un poco más allá, en la estación de Chilekov, encontró otros varios convoyes de tropas de la misma división, pero, inesperadamente, 27 aviones alemanes aparecieron y bombardearon la estación, produciendo grandes pérdidas y dejando su radio fuera de acción. Maldiciendo a Gordov por no haber asegurado la protección aérea para la división, Chuykov continuó agrupando a los soldados perdidos, organizándolos en unidades y asignándolos tareas inmediatamente después.



Con esta fuerza improvisada, organizó una defensa a lo largo del Aksay, envió patrullas de reconocimiento que decubrieron que el grueso de las fuerzas de Hoth daba un amplio rodeo hacia el Este —evidentemente, con intenciones de atacar Stalingrado desde el Sur. Las propias fuerzas que Chuykov tenía en el Aksay fueron atacadas el 6 de agosto, pero hizo que la infantería alemana y rumana retrocediera, y, de hecho, mantuvo sus posiciones hasta el 17 de agosto, en que recibió órdenes de retirarse de acuerdo con una retirada general de toda la línea. Había aprendido algunas útiles lecciones en cuanto a la forma de romper los ataques alemanes, y las puso en práctica posteriormente en momentos más importantes y en varias fases cruciales de la batalla.

En el frente principal de la curva del Don la posición del Ejército Rojo había empeorado, como resultado del fracaso de los contraataques. El Cincuenta y Dos Ejército había perdido la mayoría de sus ocho divisiones de infantería, que lograron escapar, luchando en pequeñas unidades, pero dejaron gran parte del equipo detrás de sí. Además, habría de pasar algún tiempo antes de que pudieran reorganizarse y reequiparse. Por otro lado, había ganado algunas de las divisiones del Primer Ejército Acorazado, que había sido disuelto, así como una división que pertenecía al Cincuenta y Cuatro Ejército, el cual había sido empujado hacia el Norte, a causa de la penetración alemana entre los dos ejércitos. El gran puente de Kalach había sido capturado intacto por el audaz golpe de mano de un pequeño grupo de asalto de ingenieros alemanes, y los carros alemanes podían comenzar a cruzar hasta el itsmo de tierra entre el Don y el Volga. Gordov había comenzado mal como comandante de Frente, y no había duda de que no podría mantener las posiciones mucho más tiempo.

Para el 16 de agosto se había abandonado la última cabeza de puente, situada en el trecho del Don, que corre de Norte a Sur, entre Kamesnky y Verkhne-Kurmoyarskaya, pero más al Norte, a lo largo del tramo Oeste-Este del Don, antes de alcanzar la gran curva, el Primer y el Veintiún ejércitos de Guardias conservaban las posiciones en varios tramos de la ribera Sur comprendida entre Kletskaya y Serafimovich, mientras que los rumanos del Tercer Ejército se mantenían imperturbablemente a la defensiva. Estas olvidadas cabezas de playa, acerca de las cuales nadie parecía preocuparse, ni el Alto Mando de la Wehrmacht, ni el Cuartel General Supremo o el Grupo de Ejército "B", fueron decisivas cuando el calor y el polvo del mes de agosto cedieron el paso a las nieves de noviembre.

Yeremenko asume el mando

Al principio, a Stalin le preocupaba no la necesidad de encontrar un sustituto para Gordov, sino el nombramiento de comandante para el nuevo Frente Sudeste, pero en vista de los ulteriores acontecimientos, originados por la forma insatisfactoria en que Gordov había hecho frente a la batalla de la curva del Don, era preciso conceder gran importancia al nombramiento del hombre que habría de hacerse cargo del nuevo Grupo de Ejército.

El 1 de agosto, un macizo general soviético discutía con su médico en la habitación de un hospital de Moscú, donde se restablecía de una herida en la pierna, su segunda herida grave en el curso de la contienda. Intentaba convencer al doctor que se encontraba en condiciones de volver a su puesto, y después de una áspera discusión sobre los derechos de los médicos y sus pacientes para decidir cuándo un hombre estaba en condiciones de salir, el doctor, enfurecido, le sometió a una prueba práctica para que le demostrara su capacidad para andar sin bastón. Después de media docena de pasos, el sudor perló la frente del general, y su pierna comenzó a embotarse.

"¡Basta, basta!" —gritó, triunfante, el médico. Ahora está claro, querido general, quién está equivocado en cuanto al estado de la herida. Todavía tiene que producirse una cicatrización fundamental."

Tímidamente, el general confesó que personalmente ya había comunicado al Stavka que estaba listo para volver al frente.

"Peor para usted" —replicó el médico. Sin una nota del doctor encargado de usted ni siquiera mirarán su informe".

Al ver fracasar su truco, el general recurrió al sentimentalismo:

"Dígame, profesor, con la mano en el corazón, si usted sufriera de una herida como la mía, y se encontrara en su fase actual, ¿podría usted sentarse tranquilamente sabiendo que cientos de personas morían de sus heridas mientras le esperaban? ¿Podría usted, sabiendo que sólo su ayuda, y no la de otra persona, podría salvarles?"

El profesor pensó sobre lo que había escuchado, pero no dio una respuesta directa. Al final, dijo:

"Está bien. Si usted me da su palabra de honor de seguir estrictamente el régimen que le prescriba, no pondré inconveniente a darle de alta."

El general pasó el resto del día intentando caminar sin bastón, mientras esperaba una llamada telefónica. Finalmente, se produjo a medianoche. Llamaba la Secretaría del Comisario del Pueblo para Defensa. "Hemos examinado su informe. Venga al Kremlin inmediatamente."

Dejó el bastón en el antedespacho de Stalin y caminó con cuidado y seguridad hasta la sala de reuniones de la Comisión de Estado para la Defensa. Stalin, que estaba terminando una llamada telefónica, se volvió hacia él, le miró cuidadosamente a los ojos, y dijo:

"Bien, ¿se encuentra ya restablecido?"

"Sí. Ya me he recuperado" —dijo el general.

Uno de los miembros del Comité comentó su cojera, pero él hizo un gesto quitándole importancia, e insistió en encontrarse mucho mejor de lo que en realidad estaba.

"Bien", continuó Stalin; entonces le consideramos listo para volver a las filas. Ahora mismo usted nos es muy necesario. Vamos a tratar del asunto. En las circunstancias actuales de Stalingrado no podemos seguir adelante sin tomar medidas para fortalecer este muy importante sector. Se ha decidido dividir en dos el recientemente formado Frente de Stalingrado. El Comité de

Estado para la Defensa proyecta nombrarle a usted jefe de uno de ellos. ¿Qué opina usted?"

"Yo estoy siempre dispuesto a ir a cualquier lugar que ustedes consideren necesario enviarme", respondió el general. Su nombre era Andrey Ivanovich Yeremenko; su rango, coronel-general, y tenía treinta y nueve años.

Yeremenko era un especialista en resolver problemas difíciles, y gozaba del favor de Stalin. Ya se le habían asignado algunas misiones difíciles en el pasado, aunque no había resuelto todas de forma satisfactoria. Pero tenía cierto don para la estrategia y era un sempiterno optimista, a quien le guestaban las situaciones difíciles. Quizá, a veces, su optimismo era excesivo, y mostraba la tendencia a creerse como un hombre providencial. Pero la verdad es que la situación no era para pusilánimes, y que nadie le había acusado jamás de este defecto. Partió inmediatamente para el edificio del Estado Mayor, a fin de familiarizarse personalmente con la situación en el Sur, y volvió al despacho de Stalin esa tarde. Después de conversar con Stalin sobre la conveniencia de mantener un solo frente en la zona (dando por descontado que estaría bajo su mando en lugar de Gordov), se inclinó ante la decisión de Stalin, y entonces pidió el mando del sector Norte de los dos frentes, señalando que el extenso flanco alemán, a lo largo del Don, sería muy vulnerable a un contraataque, lo cual era más adecuado a su temperamento que la defensa. Stalin le escuchó, y replicó:

"Su propuesta merece atención, pero es una cuestión para el futuro; por el momento tenemos que detener la ofensiva alemana."

Hizo una pausa para volver a llenar su pipa, que Yeremenko aprovechó para asentir apresuradamente.

"Usted comprende correctamente", continuó Stalin, "que esa es la razón por la que le enviamos a usted al Frente Sudeste, para frenar y detener al enemigo, que ataca desde la zona de Kotelnikovo hacia Stalingrado. Es necesario crear el Frente Sudeste, empezando desde el principio, y con rapidez. Usted ya tiene experiencia en esto; usted estableció el Frente de Bryansk partiendo de cero (en 1941). Por consiguiente, vaya, mejor dicho, vuele mañana a Stalingrado y establezca el Frente Sudeste.

Yeremenko llegó a Stalingrado en la mañana del 4 de agosto, en cuyo aeropuerto le esperaba un automóvil que había enviado su "comisario del Consejo Militar", el hombre responsable de supervisar el Departamento Político del Frente, responsable también de la indoctrinación, propaganda, moral y bienestar de las tropas, de asegurar la máxima colaboración entre las autoridades del Partido en la localidad, y de conseguir la colaboración del Partido y del gobierno en Moscú. Y por si fuera necesario (y discretamente), asegurar que desde el punto de vista político Yeremenko seguía siendo "fiel". El "comisario del Consejo Militar" no era ningún extraño en el Sur; era el primer secretario del Partido ucraniano, y ya había servido, con Timoshenko, en la misma capacidad que ahora le correspondía con Yeremenko. Su rango como comisario era igual al de un teniente general, y era un hombre bajo, rechoncho, con una personalidad extrovertida, que después de la guerra sería muy conocida por todo el mundo. Su nombre era Nikita Sergeyevich Kruschchev.

Yeremenko tuvo cuatro días para establecer su Frente Sudeste, y tomó el mando el 9 de agosto. La línea divisoria entre sus responsabilidades y las de Gordov iba directamente desde Kalach y descendía hasta el valle del río Tsaritsa a el Volga, de forma que dividía la ciudad en dos. Su cuartel general se encontraba en una instalación subterránea, la Tsaritsyn Bunker, que había construido especialmente a principios del año. Tan pronto como comenzó a organizar su cuartel general, sus reacciones se vieron sometidas a prueba, puesto que el 7 de agosto, los Panzers de Hoth (que Chuykov había observado, dejando a un lado la línea de Aksay durante el 5 y el 6) se acercaron a Stalingrado desde el Sur, penetraron en el flanco izquierdo del Sesenta y Cuatro Ejército y se aproximaron a 30 kilómetros de la ciudad. No podía esperar ayuda del Frente de Stalingrado, cuyas fuerzas estaban totalmente entregadas a la lucha, y sus otros ejércitos (Cincuenta y Uno y Cincuenta y Siete) se encontraban muy debilitados. Por ejemplo, el Cincuenta y Uno sólo disponía en aquella zona del equivalente a una división completa; los restos de otras dos se encontraban todavía en la línea de Aksay, con Chuykov, demasiado lejos para poder recurrir a ellas.

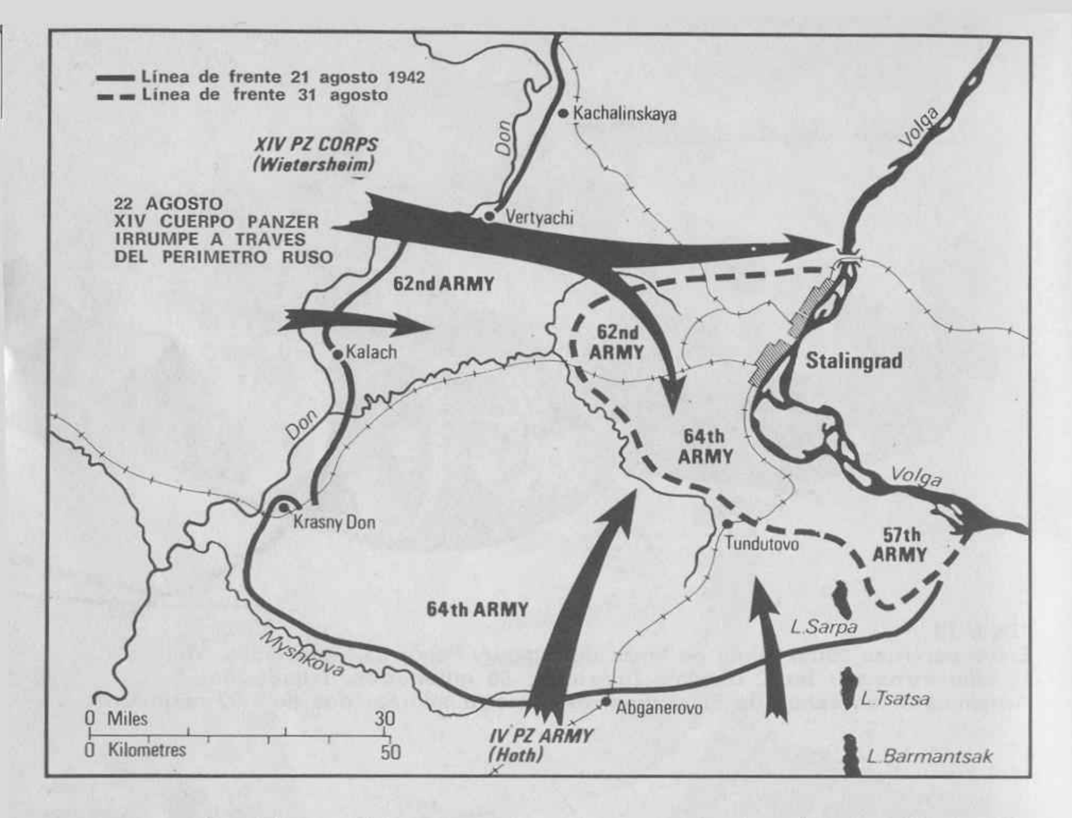
El pánico corrió por la ciudad, y fue necesario tomar medidas draconianas para mantener a la población civil apartada de las carreteras que debían estar li-

Arriba: **El coronel general Audrey Ivanovich Yeremenko.** Abajo: **Su comisario político, el teniente general Nikita Sergeyevich Kruschev.**



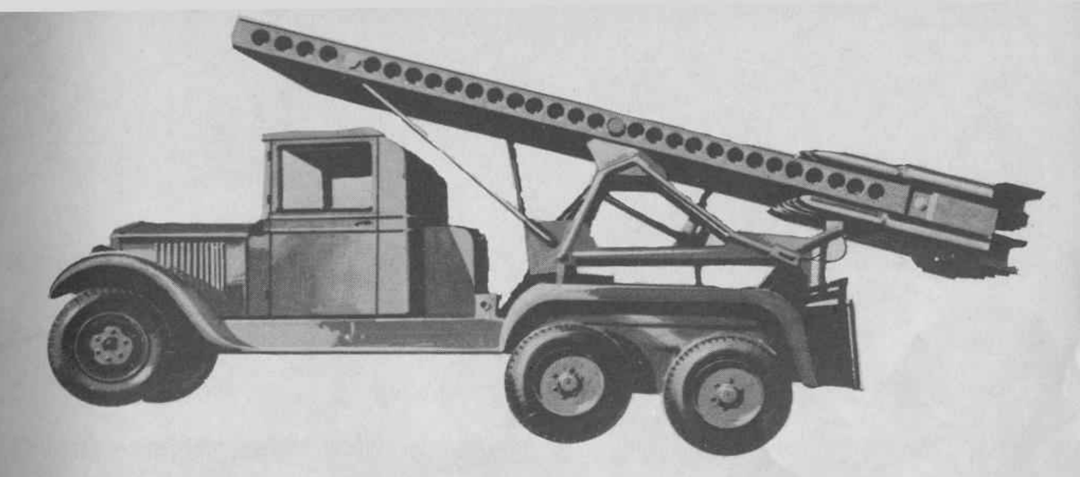
PZKW III
Estos servirían como punta de lanza del ataque. Peso: **25,4 toneladas.** Velocidad: **45 kilómetros por hora. Blindaje (máximo): 50 milímetros. Tripulación: 5.** Armamento: **un cañón de 50 milímetros.** Ametralladoras: **dos de 7,92 milímetros.**

7.62 mm.
Estos cañones mantendrían a raya el enemigo. Peso: **1.800 kilos.** Alcance **(techo): 1.500 metros.** Munición: **proyectiles de 6,5 kilos.**



bres para el tráfico militar. Después agrupó una fuerza improvisada, compuesta de carros, cañones anticarros, morteros *Katyuska*, que fue enviada apresuradamente a enfrentarse con Hoth, en Abganerovo. Durante varios días una lucha encarnizada siguió al primer encuentro del 9 de agosto, y, finalmente, se detuvo el avance de Hoth y abandonó, por el momento, su intento de penetrar desde el Sur. Por consiguiente, Yeremenko había pasado satisfactoriamente su primera prueba, pero todavía le esperaban algunas más duras, empezando por la del día 10 de agosto, mientras la lucha en Abganerovo se encontraba en su punto álgido.

Ese mismo día se presentó una situación de gravedad en el ala izquierda del Frente de Stalingrado, inmediatamente adyacente al ala derecha de Yeremenko, cuando el Cincuenta y Dos Ejército del general Lopatin, al contraatacar con tres de sus divisiones se encontró con dificultades inesperadas. Aunque infligieron fuertes pérdidas a los alemanes, quedaron sitiados por tres lados y tan sólo pudieron escapar después de grandes dificultades y graves pérdidas. Se detuvo el avance alemán sobre la orilla izquierda del Don, pero la situación continuó siendo crítica debido a que la línea natural del avance hacia Stalingrado se encontraba directamente a través de la línea de demarcación entre los frentes de Stalingrado y el Sudeste, con todas las dificultades que llevaban consigo la coordinación de operaciones entre dos comandantes de igual rango, especialmente en lo relativo al movimiento de las reservas, de las cuales carecía, por el momento, Yeremenko, viéndose obligado, por consiguiente, a apoyarse en las de Gordov (con quien la mayoría de los altos mandos del Ejército soviético habían tenido siempre dificultades para poder colaborar y quien, en muchas ocasiones, estaba también carente de reservas). Yeremenko informó de las dificultades a el Stavka, con el resultado, quizá, inesperado de que, a última hora de la tarde del 13, fue nombrado comandante de ambos frentes, quedando Gordov como su segundo para el Frente de Stalingrado y Golikov (que anteriormente había luchado en el Frente Bryansk) cumpliendo las obligaciones del mismo cargo, con respecto al Frente Sudeste.



Artillería de cohetes. Las baterías de morteros-cohetes, tipo Katyuska, ayudaron a rechazar el primer ataque en Abganerovo. Disparaban en andanadas.

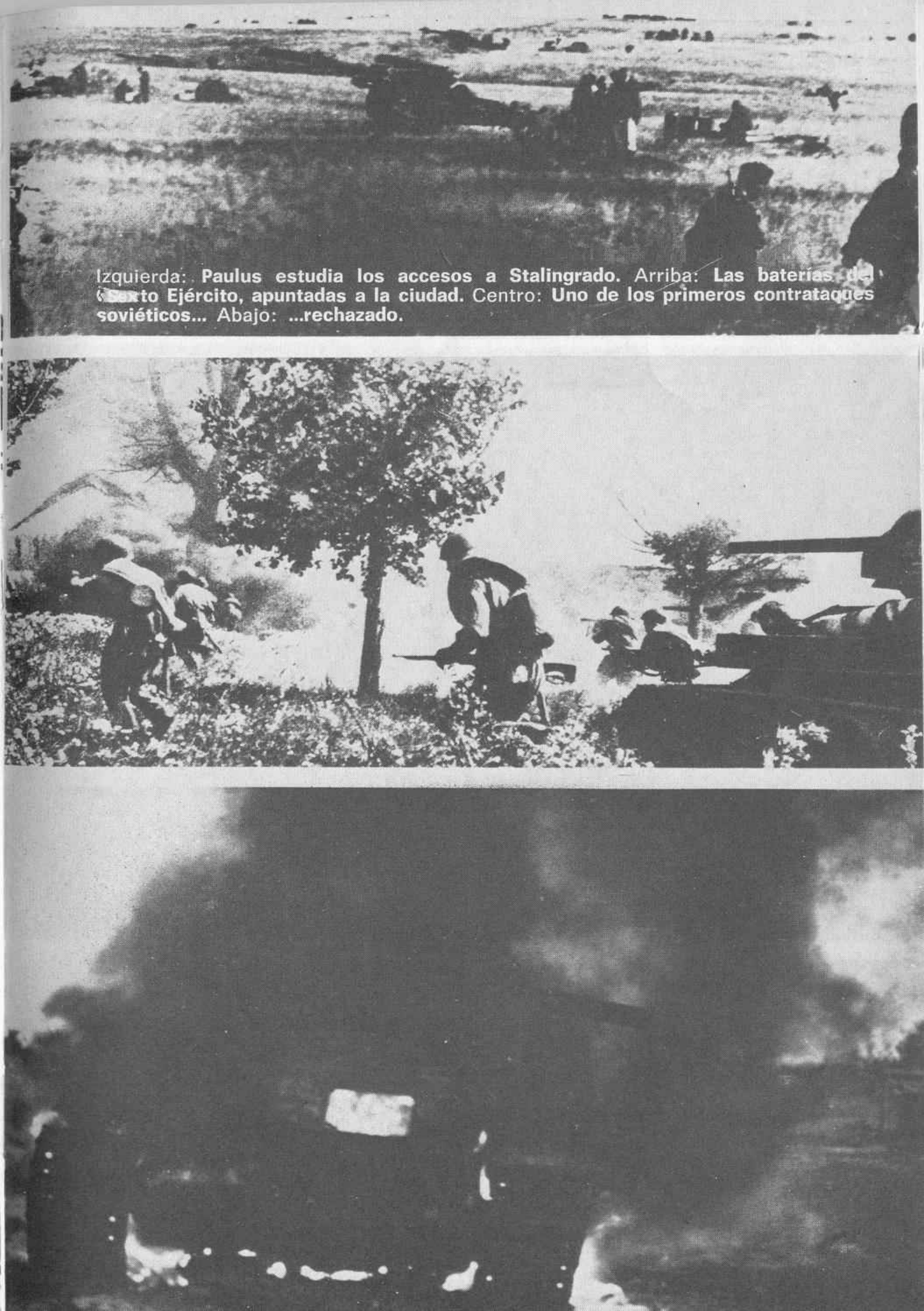
Por consiguiente, se convirtió en el comandante supremo en el mismo teatro de lucha, y aunque, con frecuencia, los miembros del Stavka visitaban su Cuartel General, él tomaba personalmente cualquier decisión rápida que se necesitara. Pronto se puso a prueba su facultad para tomar decisiones inmediatas, porque Paulus se disponía a montar la mayor amenaza hasta ese momento, en la forma de un ataque contra la ciudad, lanzado desde el Norte, Oeste y Sur.

Hitler se mostraba un tanto inquieto por el retraso de sus generales en capturar Stalingrado, y Paulus se encontraba deseoso de satisfacer los deseos de su dirigente. Se había fijado la fecha del 25 de agosto como la fecha tope para la conquista de la ciudad, y se aproximaba ese día. Por consiguiente, el 19 de agosto, el Cuartel General del Sexto Ejército dio orden de operaciones para la captura de la ciudad, fijándose las 04,30 del 23 como la hora del comienzo de la ofensiva. La primera fase consistía en una punta de lanza móvil, formada por la 16 y la 3 divisiones Panzer, y la 60 División Motorizada, bajo el mando del teniente general Hube. Su objetivo era abrir un pasillo a través del corredor entre el Don y el Volga, partiendo desde cabezas de puente a ambos lados de Vertyachi. Una vez alcanzado los suburbio Norte de Stalingrado (Spartakovka, Rynok y Latashinka), se aprestarían a continuar el avance hacia el Sur, mientras que fuerzas de refresco consolidarían y ampliarían el pasillo capturado por las primeras. El Cuarto Ejército Panzer, entonces caería sobre la ciudad desde el Sur, una vez que hubiera quedado aislada en su lado Norte, y el LI Cuerpo de Ejército del general von Seydlitz - Kurzbach se dirigiría al Este desde Kalach, manteniendo contacto en su flanco Norte con la segunda oleada de fuerzas del pasillo de Hube, y teniendo como objetivo descargar el golpe contra Stalingrado en el punto de reunión de los ejércitos Sesenta y Dos y Sesenta y Cuatro, con el fin de separarlos.

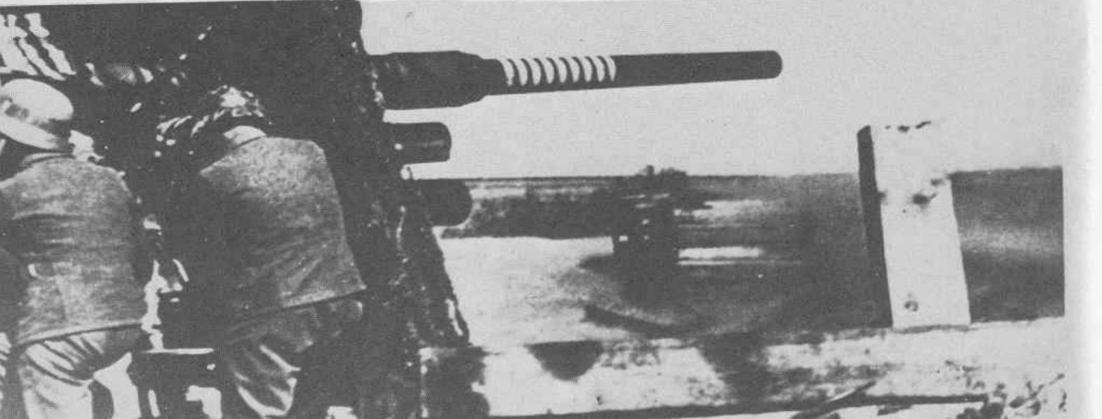
A la hora señalada, la fuerza de Hube emprendió la marcha arrollando las defensas soviéticas en virtud de su fuerza, velocidad y eficacia. Desde varios kilómetros al Sudeste, podían verse las nubes de humo que se levantaban de Stalingrado conforme la ciudad ardía bajo el impacto de los ataques de la Cuarta Flota Aérea, que aquel día efectuó 2.000 vuelos como parte de una campaña de terror, similar a la de Varsovia y Rotterdam. A media tarde, los hombres de Hube tenían la ciudad a su vista, y conforme se acercaba la noche destruían y atravesaban la improvisada defensa establecida por las mujeres trabajadoras de la factoría de "Barricadas", que servían a los cañones antiaéreos, y continuaron hasta la orilla occidental alta del Volga, al Norte de Rynok. Allí pasaron la noche, preparándose para la batalla del día siguiente, en la cual seguramente sería conquistada la ciudad. Pero sin que ellos lo supieran, Yeremenko estaba a punto de realizar un acto de comadrona, dando a la luz una fortaleza de lo que era una ciudad muerta.

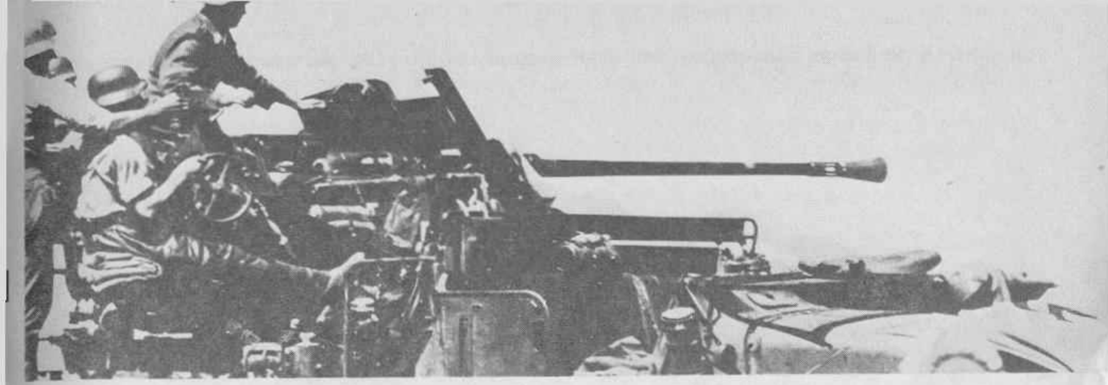
Se había levantado temprano aquella mañana ante las noticias del avance ale-

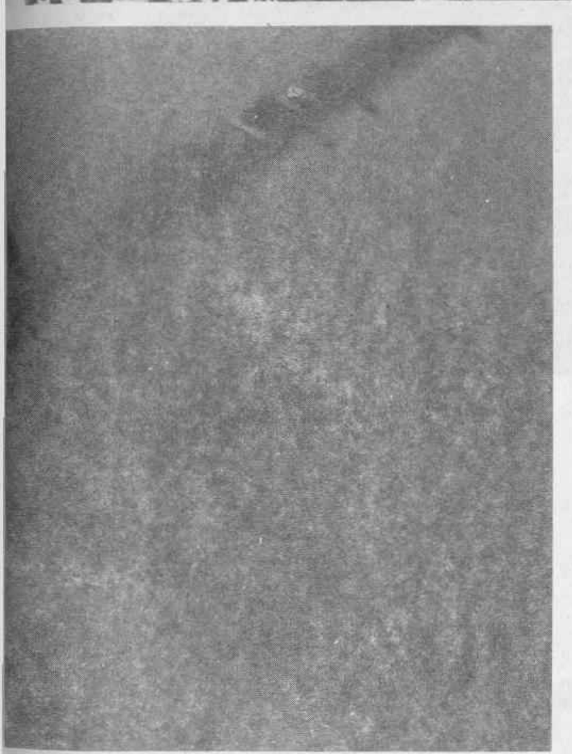




Izquierda: **Paulus estudia los accesos a Stalingrado.** Arriba: **Las baterías del Sexto Ejército, apuntadas a la ciudad.** Centro: **Uno de los primeros contrataques soviéticos...** Abajo: **...rechazado.**











PREPARATIVOS PARA LA BATALLA

1. Los cañones anticarro marchan hacia el frente.
2. Despliegue de la artillería ligera móvil.
3. La Luftwaffe acosa a los defensores.
4. El cuerpo de transmisiones coloca las líneas.
5. Los poderosos 88...
6. ... y los incansables Panzer.

La cortina de fuego con que se inicia el ataque. Abajo: Los primeros prisioneros.



mán contra el punto de reunión de los ejércitos acorazados Sesenta y Dos y Cuarto (el Cuarto Acorazado disponía ahora solamente de infantería; había perdido todos sus carros en la batalla de la curva del Don); por consiguiente, de madrugada puso sobre aviso al coronel Sarayev, el comandante de la 10 División de tropas de la NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos). Fundamentalmente, estas tropas eran fuerzas de seguridad interna, los parientes uniformados de la policía secreta, y, por consiguiente, no tenían armamento pesado, tal como artillería; pero a pesar de esto, la defensa del perímetro de la ciudad, de 50 kilómetros de longitud, estaba en sus manos, puesto que las formaciones del ejército regular no podían ocuparse de esta tarea

A las 08,00 horas, Yeremenko telefoneó al Cuartel General del Sesenta y Dos Ejército, pidiendo un informe de la situación. La respuesta no le dejó lugar a dudas de que los alemanes se dirigían directamente hacia la ciudad a toda velocidad. A las 09,00, telefoneó el jefe del Estado Mayor de la Octava Flota Aérea, general Seleznev. "Los pilotos, al regresar de los vuelos de reconocimiento, informan que existe lucha encarnizada en la zona de Malaya Rossoshka. Todo cuanto allí existe está en llamas. Los pilotos observaron dos columnas de, aproximadamente, 100 carros cada una, seguidas por densas columnas de infantería, transportadas en camiones. Se mueven hacia Stalingrado. Las cabezas de las columnas atraviesan la línea Malaya Rossoshka. Grandes formaciones de aviones enemigos bombardean nuestras fuerzas para dejar libre el camino a las columnas alemanas.

Yeremenko no perdía el tiempo con palabras: "Mi decisión es que salgan inmediatamente todos los aviones disponibles en el Frente de Stalingrado. Que asesten un poderoso golpe a las columnas de carros enemigos e infantería motorizada". A continuación telefoneó al comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas del Frente Sudeste, que era el general de división T. T. Khryukin, y le dio instrucciones para que dirigiera todo el ataque de sus aviones contra tierra sobre la columna de Hube. A continuación mandó llamar al jefe de sus fuerzas blindadas, general Shtevnev, y al jefe de Operaciones, general Rukhle.

El teleéfono sonó de nuevo. Era Kruschev. "¿Qué hay de nuevo?"

¿Nada agradable"

"Voy al Cuartel General inmediatamente."

Y el teléfono sonó otra vez. Ahora era el comandante del cuerpo antiaéreo, el coronel Raynin, informando que sus detectores de sonido en Bolshaya Rossoshka habían captado el ruido de los carros de combate de Hube. Yeremenko le dio instrucciones de estar listo y utilizar sus cañones contra los carros y los aviones, puesto que era inminente el bombardeo de la ciudad.

Ya habían llegado Shtevnev y Rukhle, y ordenó a Shtevnev que agrupara los restos de dos cuerpos de ejército de carros, que iban a ser enviados a retaguardia para su reorganización y reequipeo. Debían bloquear el avance alemán para un contraataque (una empresa desesperada, porque entre los dos cuerpos de ejército no llegaban a reunir 50 carros, la mayoría de ellos anticuados, del tipo T-70). Rukhle fue enviado a preparar las órdenes adecuadas.

Eran las once, y Kruschev había llegado para informar que las organizaciones del Partido y las formaciones de obreras estaban listas para unirse a la defensa, y esperaban que se les encomendaran tareas. Prevalecía en el Cuartel General un ambiente de nerviosismo, y se necesitaba un gran esfuerzo de voluntad por parte de Yeremenko para mantener el semblante pleno de calma, a pesar de la frenética actividad que le rodeaba. El teléfono volvió a sonar. El jefe de Comunicaciones, general de división Korshunov informaba, con tono preocupado, que todo un tren de municiones, alimentos y refuerzos había sido volado por la artillería alemana.

"Los carros enemigos están entrando en Stalingrado. ¿Qué hacemos?"

"Cumplir con su obligación. Mantenga la calma", contestó Yeremenko con brusquedad.

El coronel Sarayev, de la NKVD, entró.

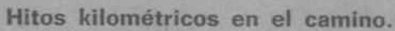
"Los carros enemigos se encuentran a unos 15 kilómetros de Stalingrado, y avanzan rápidamente hacia la zona Norte de la ciudad", dijo Yeremenko.

"Lo sé", contestó Sarayev en un susurro.

"¿Qué medidas ha tomado usted?"

"De acuerdo con sus anteriores instrucciones, he ordenado a los dos regimientos que ocupan las defensas al Norte y Noroeste, que estén listos para la batalla."

Yeremenko ordenó que el regimiento



Hitos kilométricos en el camino.

de reserva del suburbio de Minina fuera enviado también a la factoría de "Barricadas", en la zona amenazada.

Ahora era su segundo en el Frente del Surdeste el teniente general Golikov, el que llamaba. La conjura se hacía cada vez más clara. El Cuarto Ejército Panzer había comenzado a atacar desde el Sur a las 07.00 horas; al mediodía habían capturado la estación de Tinguta y la vía muerta que existía en el kilómetro 75. La 38 División de Rifles había quedado parcialmente rodeada, pero en otros lugares los alemanes habían sido rechazados, y se preparaba un contraataque en Tinguta. "Bien, adelante. Ordene a la 56 Brigada Acorazada de la reserva del Sudeste que se apreste para la acción inmediata."

Trajeron de comer, pero no había tiempo. El segundo jefe del Estado Mayor estaba en el teléfono. Llamaba desde Moscú y quería conocer la situación. Mientras Yeremenko hablaba con él, se le comunicó que el comandante del Sesenta y Dos Ejército, general Lopatin, quería hablarle inmediatamente por teléfono.

"Informa Lopatin. Hasta 250 carros de combate y unos 1.000 camiones de infantería motorizada, con muy fuerte apoyo simultáneo aéreo, han eliminado un regimiento de la 87 División de Rifles, así como el flanco derecho de la 35 División de Rifles al Norte de Malaya Rossoshka."

"Lo sé. Tome medidas para cerrar la brecha y rechace al enemigo desde el perímetro medio. Restaure la situación."

Ahora era el coronel Raynin el que informaba que sus cañones luchaban contra los carros al Este de Orlovka, y habían sufrido algunas prédidas, y el coronel Sarayev vino para informar que el 282.º Regimiento de la 10 División del NKVD había trabado combate con los carros e infantería motorizada enemigos al Este de Orlovka. Yeremenko comenzó a pasar nota mental del estado de sus reservas; tenía algunas unidades extraordinariamente buenas, que ya habían demostrado su valía, pero no eran

muchas —una brigada de carros, una de infantería motorizada, poco más de una de cañones móviles anticarros y una brigada de infantería, que se encontraba en camino. El teléfono interrumpió sus pensamientos. Esta vez no era un militar, sino Malyshev, el representante del ministro de la Producción de Carros, en el Comité de Defensa de Estado, que hablaba desde la factoría de "Tractores de Stalingrado", que era una importante planta de carros de combate.

"Desde la factoría podemos ver cómo se lucha en el Norte de la ciudad. Los cañones antiaéreos disparan contra los carros (estos eran los cañones servidos por las trabajadoras y que la columna de Hube arrolló a últimas horas de la tarde). Algunos proyectiles han caído en la zona de la factoría. Los carros enemigos avanzan sobre Rynok. Estamos preparando la voladura de los objetivos más importantes."

"No vuelen nada todavía. Defiendan la factoría a cualquier precio. Que se apreste a la lucha el destacamento de obreros y mantenga al enemigo fuera de la factoría. Fuerzas de socorro se encuentran en camino."

Malushev entregó el teléfono al general de división Feklenko. "Estoy en la escuela de entrenamiento de carros. Cuento con unos 2.000 hombres y unos 30 carros. He decidido defender la factoría."

"Una decisión correcta. Le nombro comandante del sector. Organice la defensa de la factoría con fuerzas de la escuela y los destacamentos de obreros inmediatamente. Dos brigadas caminan hacia la factoría, una de carros y otra de rifles."

Ahora, el ingeniero jefe del Frente Sudeste, acompañado de su oficial de suministros, llegaron para informar orgullosamente de que habían terminado la construcción de un puente de pontones, a través del Volga, desde la factoría de tractores, en diez días, dos menos de los programados. El puente tenía tres kilómetros de longitud.

"Muy bien. Den las gracias a los hombres que lo construyeron y a los oficiales responsables de la supervisión, especialmente al camarada Stepanov, así como a los otros. Y en cuanto al puente, ordeno su destrucción."

Los dos técnicos cambiaron una mirada entre sí, preguntándose si Yeremenko se había vuelto loco.

"Sí, sí, destrúyanlo. E inmediatamente." Y a continuación les explicó, brevemente, las razones que lo justificaban. Después salieron para realizar su cometido.

Conforme salían, los especialistas de artillería, generales de división Degtyarev y Zubanov, llegaron para informar que los alemanes se hallaban muy próximos a los principales depósitos de municiones. Se les instruyó que trasladaran la mayor cantidad posible de municiones a un lugar seguro.

Ahora llegaban noticias mejores. El coronel Gorokhov entró para informar de la llegada de sus tropas, la 124.ª Brigada de Rifles, a la ribera opuesta. "Que cruce su brigada con toda rapidez y se dirija a la factoría de tractores. Preséntese al comandante Fekleko allí; él le dará instrucciones."

De nuevo Yeremenko intentó tomar su desayuno (eran casi las seis de la tarde), pero de nuevo sonó el teléfono. El coronel Raynin informó: "Grandes formaciones de bombarderos alemanes se aproximan a Stalingrado desde el Oeste y el Sudoeste. Estarán sobre la ciudad en tres o cinco minutos. Se ha dado la alarma aérea, así como la orden de combate, y los cazas están despegando."

"Está bien. Adelante", dijo Yeremenko, con toda la calma posible, mientras su corazón comenzaba a latir violentamente, y la frente se llenaba de sudor. "Grandes formaciones", eso quería decir treinta o cuarenta aviones en cada formación; por lo menos cien aviones (de hecho, la cifra quedaba multiplicada por seis, puesto que muchos de los aviones realizaron varias incursiones). Al mismo tiempo que llegaron los aviones, la columna de Hube comenzó a atacar hacia el Sur, desde Rynok. En primer lugar, tuvieron que enfrentarse al fuego de los morteros y de los cañones anticarros, después, los batallones de cañones anticarros, armados con rifles anticarros, y, de forma apresurada, tomaron posiciones en el pequeño valle de Sukhaya Mechetka, un kilómetro al Norte de la factoría de tractores. Después de unas horas de encarnizada lucha, los carros de Hube se retiraron para repostar, realizar reparaciones y tomar municiones para el día siguiente. Mientras esto hacían, los agobiados defensores de la factoría de tractores recibían refuerzos.

Por fin, Yeremenko pudo tomar su desayuno.

La muerte de una ciudad

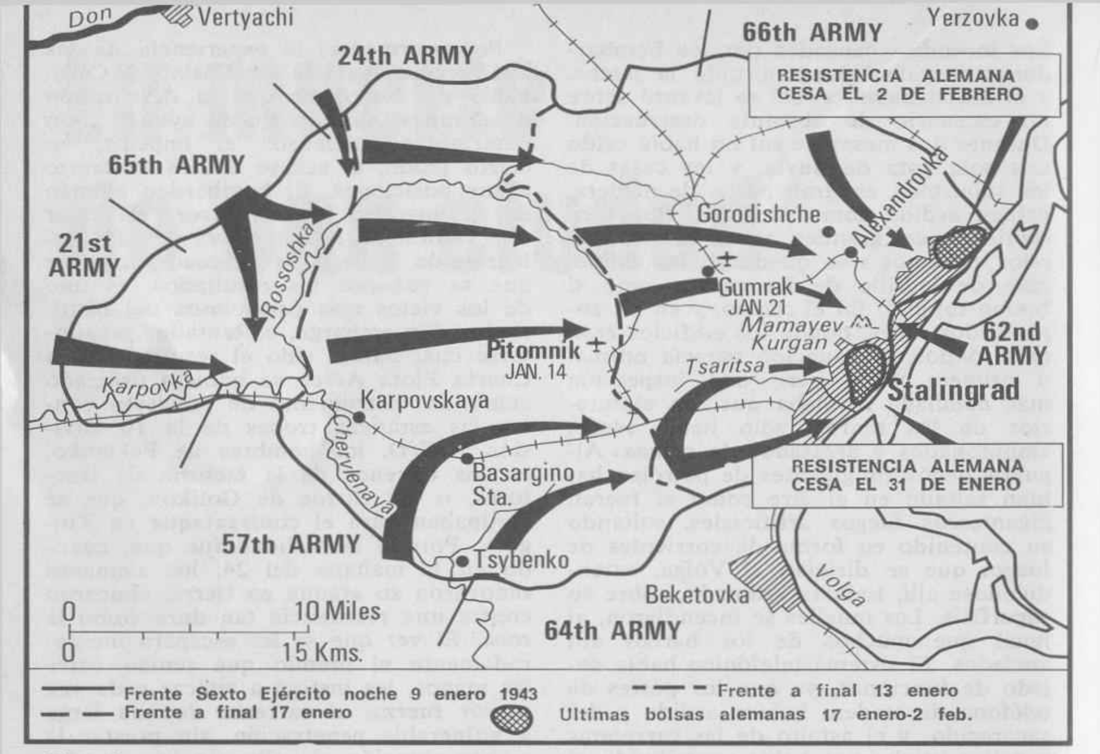


Los incendios causados por los bombarderos alemanes duraron toda la noche, y al día siguiente el sol se levantó sobre un escenario de absoluta destrucción. Durante dos meses de sol no había caído una sola gota de lluvia, y las casas de los suburbios, en gran parte, de madera, habían ardido como la yesca. Por consiguiente, en grandes zonas de los barrios extremos sólo quedaban las chimeneas de ladrillo de las casas, como si fueran tumbas. En el centro, y en las zonas industriales, donde los edificios eran más sólidos, la situación parecía normal a primera vista, pero una inspección más detallada revelaba que, en el interior de los muros, sólo había restos amontonados y arrasados de ruinas. Algunos depósitos gigantes de petróleo habían saltado en el aire como si fueran gigantescos fuegos artificiales, soltando su contenido en forma de corrientes de fuego, que se dirigían al Volga, extendiéndose allí, todavía ardiendo, sobre su superficie. Los muelles se incendiaron, al igual que muchos de los barcos allí anclados. El sistema telefónico había dejado de funcionar, ya que los postes de teléfono de madera habían ardido y desaparecido, y el asfalto de las carreteras y calles igualmente había contribuido al holocausto. Los primeros bombardeos habían dejado sin agua a la ciudad, por consiguiente, los bomberos habían contemplado, impotentes, cómo disminuía el chorro de sus mangueras primero, hasta desaparecer por completo después.

Debido a la proximidad de sus respectivos aeródromos, los bombarderos pudieron efectuar varios vuelos cada uno, y durante el día Stalingrado había recibido lo que era equivalente a un ataque de dos mil bombarderos. A la mañana del 24 la ciudad estaba en ruinas, y millares de sus habitantes habían muerto. Aunque después de la guerra muchos autores alemanes han afirmado que durante las incursiones sólo se habían perseguido objetivos militares, primordialmente había sido un ataque de terror. Es cierto que el bloqueo de las calles por los edificios derrumbados dificultó el movimiento de las tropas de Yeremenko hasta los sectores amenazados de la línea del frente, y es cierto igualmente que siempre existía la posibilidad de haber dejado fuera de acción al Puesto de Mando; pero había muy pocas fuerzas soviéticas en la zona central de la ciudad, ya que la mayoría de ellas se encontraban desplegadas fuera, en los perímetros de defensa exterior.

Posteriormente, la experiencia de los aliados occidentales en Casino y Caen, había de demostrar que la destrucción de grandes edificios puede ayudar a un determinado defensor al impedir, en cierto grado, el acceso de los atacantes a sus posiciones. El bombardeo alemán de Stalingrado fue un error. El hacer una valoración retrospectiva de cuál hubiera sido la decisión adecuada, una vez que se conocen los resultados, es uno de los vicios más perniciosos del historiador. Sin embargo, es tentador preguntarse cuál habría sido el resultado si la Cuarta Flota Aérea se hubiera utilizado como un instrumento de precisión contra las estáticas tropas de la 10 División NKVD, los hombres de Feklenko, en los terrenos de la factoría de tractores, o los carros de Golikov, que se agrupaban para el contraataque en Tinguta. Porque la realidad fue que, cuando en la mañana del 24, los alemanes renovaron su ataque en tierra, chocaron contra una resistencia tan dura como la roca. El ver que se les escapara inesperadamente el premio que tenían entre las manos, les instigó a aplicar cada vez mayor fuerza, al extremo de una larga y vulnerable penetración, sin prestar la menor atención al peligro a que quedaba expuesto su flanco Norte a lo largo del Don.

Tampoco había ninguna necesidad vital de actuar así, puesto que el 23 de agosto los hombres de Hube habían alcanzado los objetivos establecidos en el plan original: establecer una línea desde el Don al Volga, en el lugar donde ambos estaban más próximos, así como hacer que Stalingrado y el Volga quedaran bajo su fuego. Además, habían partido el Frente de Stalingrado en dos, y habían cortado sus líneas de ferrocarril, de las que dependían notablemente sus comunicaciones laterales. Sin embargo, el pasillo alemán a través del istmo comprendido entre el Volga y el Don, era todavía muy estrecho, y Yeremenko tenía la esperanza de cortarlo, a fin de restablecer la integridad de su frente. Cuando los carros y la infantería motorizada de Hube atacaron a lo largo de Sukhaya Mechetka, en la mañana del 24, encontraron tan fuerte oposición de los mezclados refuerzos de Feklenko, compuestos por unidades tan heterogéneas, como la brigada de infantería de Gorokhov y los batallones de la milicia de Stalingrado, que, lejos de realizar ningún progreso esa mañana, fueron rechazados. Por la tarde, tuvieron que soportar un contraata-



Plan de ataque.

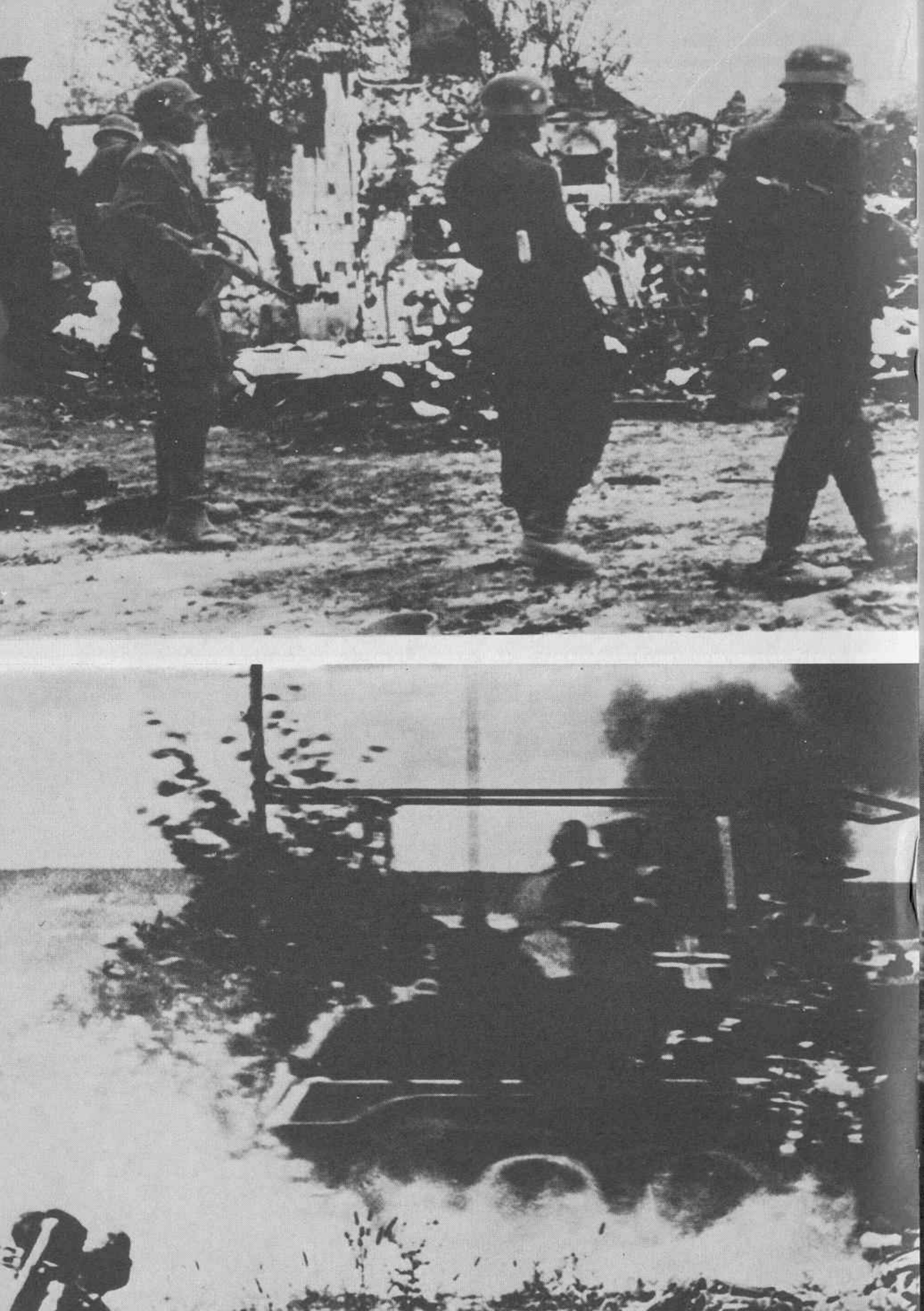
que y, finalmente, perdieron dos kilómetros de penetración.

Mientras tanto, los bombarderos continuaban realizando la mayoría de sus ataques, no contra las posiciones soviéticas en el vital sector Norte, sino contra la zona de la ciudad. Esto no facilitaba en absoluto la tarea de Yeremenko o de Krushchev, puesto que se viehon obligados a improvisar la evacuación de las mujeres, los niños y los viejos a través del Volga. Además, el desorden y la confusión reinante entre la población civil obligó a Yeremenko a declarar la ley marcial el día 25; pero cada bomba que caía sobre la ciudad era una bomba menos dirigida contra la fuerza de Feklenko, al Norte de la factoría de tractores, y sus hombres sacaron el máximo partido del respiro que se les daba.

Bruscamente detenido en el Norte, el Sexto Ejército intentó ahora penetrar desde el Oeste. Con el amparo de las nieblas de la mañana, el 25 de agosto un grupo de 25 carros y una división de infantería cruzó el Don, al Sur de Rubezhnoye, y comenzó a avanzar sobre la zona central de Stalingrado. Su avance fue detenido por un grupo de combate de una brigada de carros (la 169.ª), y una división de infantería (la 35 de Guardias), bajo el mando del segundo de Yeremenko, en el Frente de Stalingrado, el general de división Kovalenko. El grupo de combate se abrió camino, luchando hasta la parcialmente sitiada 87 División de Rifles, en Bolshaya Rossoshka, a la que socorrió. Un grupo de 33 soldados de la 87 División de Rifles, todos ellos procedentes de Siberia y el Lejano Oriente, al igual que tantos de los mejores soldados rusos, realizaron una prodigiosa hazaña al mantener su posición durante dos días contra 70 carros alemanes, que los tenían sitiados, y de los cuales destruyeron 27 mediante el buen empleo de un arma improvisada, conocida en todo el mundo como "cóctel Molotov", pero (debido a su desafortunada asociación con la invasión soviética de Finlandia, en 1939), que los autores soviéticos describen de forma más prosaica como "una botella con una mezcla inflamable". A pesar del hecho de que la mayoría de estos hombres nunca había entrado en acción anteriormente, su total de bajas fue un herido. Desde luego, esto no era de ninguna forma representativo de las operaciones soviéticas en que, con frecuencia, el número de bajas era innecesariamente elevado a causa de la naturaleza primitiva de las táctica empleadas por las pequeñas unida-



La embestida: Ataque de terror lanzado contra la zona de la ciudad.
Abajo: Aumenta la violencia del bombardeo.







des. Por otro lado, fue una clara indicación en cuanto a la forma de lucha en que debía desarrollarse la batalla en el interior de la ciudad.

Con los alemanes, temporalmente rechazados, en los alrededores de la ciudad, los pensamientos de Yeremenko se tornaron al contraataque, que tanto deseaba. Su objetivo era forzar al XIV Cuerpo de Ejército Panzer a que abandonara su pasillo a través del Volga, o, con suerte, destruirlo. Y los medios con los que esperaba conseguir este objetivo consistían en la destrucción de sus líneas de comunicación, utilizando los Ejércitos de Guardias Veintiuno y Primero, en el Norte (una formación soviética de "Guardias" era aquella que se había distinguido en la lucha. Recibía mejor clase de equipo, y la paga de sus hombres también era mejor. Sin embargo no estaba formada con hombres especialmente seleccionados, como las unidades de "Guardias" en otros ejércitos).

El día 24, dos divisiones del Veintiún Ejército habían sometido ya a prueba las posiciones alemanas en Serafimovich y Kletskaya, y parte del Primero de Guardias había atacado en las proximidades de Novo-Grigoryevskaya; extendió su cabeza de puente en la orilla derecha del Don, pero las fuerzas empleadas no eran bastante fuertes para cercar a las fuerzas de Hube. El 25, varias divisiones del Sesenta y Tres Ejército atacaron desde la línea de Yelanskaya-Zimovsky, avanzando sobre el Sur y capturando otra cabeza de puente a través del Don. Para entonces, el grupo de combate del general Kovalenko había sido reforzado por dos divisiones más de rifles y algunos carros, y el 26 montó otro contraataque fuera de la zona de Samofalovka, con el objetivo de desplazar a los alemanes de algunas posiciones dominantes, pero el apoyo de la artillería fue insuficiente, el ataque estuvo mal coordinado y la Luftwaffe, demasiado fuerte; por consiguiente, constituyó un completo fracaso.

A continuación, el general Shtevnev lanzó un ataque en las proximidades de Gorodishche y Gumrak, con fuerzas del Sesenta y Dos Ejército. Este ataque consiguió bloquear por algún tiempo los intentos de penetración desde el noroeste

Arriba: **Las tropas de la Luftwaffe avanzan a través de los pueblos de las proximidades.**
Abajo: **Vehículos blindados en las orillas del Volga.**

de la ciudad, pero de nuevo careció de la fuerza necesaria para conseguir algo más. Por tanto, el proyecto que había contemplado Yeremenko de lanzar un ataque contra el flanco Norte del Sexto Ejército tuvo que ser abandonado por falta de éxito. Yeremenko no sabría, hasta después de la guerra, cuando se divulgó, que el comandante en jefe del XIV Cuerpo del Ejército Panzer, general von Wietersheim, se había pueso tan nervioso, en cuanto a la suerte de las columnas de Hube, cercadas en la orilla del Volga, y que, a veces, contaban tan sólo con los suministros lanzados desde el aire, que decidió su retirada, aunque su decisión fue revocada por la del comandante en jefe del Grupo de Ejército "B", coronel general con Weichs.

Sin embargo, una nueva amanaza se presentó en el sector Sur. Desde el día 19 de agosto, el Cuarto Ejército Panzer había estado intentando penetrar en la parte Sur de las defensas de Tundutove. Sus intentos no habían tenido éxito y habían sufrido graves pérdidas, especialmente la 24 División Panzer, puesto que las defensas soviéticas sobre el terreno elevado entre Beketovka y Krasnoarmeysk, sobre el Volga, eran muy completas, estaban bien proyectadas y contaban con varias divisiones del Sesenta y Cuatro Ejército soviético, con apoyo de carros. Por consiguiente, Hoth había cancelado el ataque, y mientras Yeremenko se ocupaba activamente en lanzar contraataques al Norte y al Nordoeste de Stalingrado, los carros del Cuarto Ejército Panzer y la infantería motorizada se movían sigilosamente del sector Sur al Sudoeste, reagrupándose en Abganerovo. Desde allí fueron lanzados, la madrugada del día 29, contra la 126 División de Rifles del Sesenta y Cuatro Ejército. Era intención de Hoth abrir una brecha en el centro del Sesenta y Cuatro Ejército, y realizar a continuación un giro a la derecha hacia la retaguardia de las posiciones soviéticas, entre Beketovka y Krasnoarmeysk, evitando así los puestos fortificados, que inútilmente había intentado reducir en los ataques frontales, y conquistando la orilla del Volga y las alturas al Sur de Stalingrado, al mismo tiempo que asislaba el ala izquierda del Sesenta y Cuatro Ejército.

El ataque alemán se encontroó con un éxito inesperado. La 24 División Panzer del general von Hauenschild consiguió atravesar las líneas soviéticas en Gavrilovka, en parte, gracias al eficaz apoyo de los cazabombarderos Stuka de la Cuarta Flota Aérea, penetrando hasta las zonas de vanguardia de ambos ejércitos, el Sesenta y Dos y el Sesenta y Cuatro. De pronto, la situación cambió totalmente. Un intento de aislar el ala izquierda del Sesenta y Cuatro Ejército se convirtió en una posibilidad de alcanzar un premio mucho mayor: el ala *derecha* del Sesenta y Cuatro Ejército y, quizá, también, la totalidad del Sesenta y Dos Ejército. Todo lo que se necesitaba era que el Cuarto Ejército Panzer abandonara su proyectado giro hacia la derecha, y continuara hacia el Norte, mientras que el Sexto Ejército debería dirigirse hacia el Sur, para reunirse ambos. Si la acción tenía éxito, Stalingrado caería en esta ocasión por falta de tropas que pudieran ocuparse de su defensa; pero el Grupo de Ejército "B" tenía que actuar con rapidez porque Yeremenko ya había presentido algo.

El general Weich, al frente del Grupo de Ejército "B", reaccionó con rapidez ante la nueva situación, y al mediodía del 30 de agosto transmitió una orden al Sexto Ejército, en la que decía: "todo depende ahora de que el Sexto Ejército concentre el mayor número de fuerzas posible... lance un ataque totalmente dirigido hacia el Sur... destruya las fuerzas enemigas al Oeste de Stalingrado, en colaboración con el Cuarto Ejército Panzer...". Al día siguiente volvió a instarle para que avanzara. "Es importante una rápida reunión de ambos ejércitos, a la que debe seguir una penetración en el centro de la ciudad."

Pero Paulus no avanzaba. Aunque los contraataques de Yeremenko no hubieran tenido el éxito por él esperado, lo mismo Wietersheim que Paulus estaban convencidos de que el Frente Norte se encontraba en situación precaria. Los contrataques soviéticos no se habían apagado totalmente, y Paulus consideraba que si destacaba sus fuerzas con rapidez para avanzar hacia el Sur, su frente Norte podría desmoronarse. Hasta el 2 de septiembre no cedió la presión soviética contra las fuerzas de Paulus; entonces envió sus carros inmediatamente para que establecieran contacto con las fuerzas de Hoth. El 3 de septiembre, la infantería de Seydlitz había establecido contacto también con las unidades más avanzadas del Cuarto Ejército Panzer, habiéndose realizado una cuidada operación envolvente. Pero sólo había un fa-

llo: el Ejército Rojo había escapado de nuevo. ¿Qué había ocurrido?

Yeremenko no se había dado cuenta de que Hoth sólo pretendía el ala *izquierda* del Sesenta y Cuatro Ejército, y de forma intuitiva se había anticipado al cambio del plan de los alemanes, antes de que éstos pesaran en ello. Por tanto, cuando Weichs y Hoth modificaron su plan y decidieron sacar provecho del inesperado éxito, dirigiéndose al Norte, el Cuartel General del Frente de Stalingrado febrilmente daba un torrente de órdenes que equivalían al abandono del perímetro exterior de las defensas de Stalingrado. El ala derecha del Sesenta y Cuatro Ejército comenzó a retirarse durante la noche del 29 al 30 de agosto, situándose en su mayor parte en la línea media de defensa, mientras que dos divisiones (la 29 y la 204) pasaban a formar parte de la reserva del Ejército, y el Sesenta y Dos Ejército comenzó a retirarse a la noche siguiente, tomando posiciones en la zona media de defensa, al Norte del Sesenta y Cuatro. No fue exactamente una victoria, sino más bien un "nuevo Dunkerque", porque había sido necesario abandonar "el cordón sanitario" en torno a la ciudad, y los alemanes ejercían ahora presión sobre la ciudad desde todas las direcciones.

Pero mediante una mezcla de prematuro optimismo y especie de vaticinio, Yeremenko había conseguido salvar el habían constituido un fracaso, en líneas grueso de sus fuerzas. Sus contraataques generales, a excepción del hecho vital de que habían mantenido inmovilizadas a las tropas de Paulus los decisivos días comprendidos entre el 30 de agosto y el 2 de septiembre; su vaticinio de las intenciones de los alemanes no había sido correcto cuando éste se produjo, pero, en efecto, él había descubierto la gran oportunidad antes que los propios alemanes; por consiguiente, los ejércitos Sesenta y Dos y Sesenta y Cuatro se salvaron para continuar la lucha. ¿Pero cuánto tiempo podría durar? En esta ocasión se habían salvado milagrosamente, y la renovada presión alemana en el sector Sur obligó a una retirada inmediata de las zonas intermedia e interior de defensa, el día 2 de septiembre. Aquí, por primera vez, los alemanes utilizaron cañones autopropulsados, y aunque Yeremenko dice que no alcanzaron los objetivos que perseguían, se apresuró a señalar que inmediatamente pidió a Stalin el envío de algunos de estas unidades. Era evidente que le preocupaba el efecto de estas armas sobre la moral de las tropas, que nunca las habían visto anteriormente, y cuyo espacio para maniobrar era cada día más reducido.

La ciudad presentaba entonces un aspecto terrible de destrucción. Prácticamente, había estado sometida a continuos ataques aéreos desde el 23 de agosto, y el bombardeo del 2 de septiembre fue particularmente duro. Era posible distinguir desde la estepa, a muchos kilómetros de distancia, los fuegos de Stalingrado; peor aun desde el punto de vista militar, los numerosos transbordadores del Volga, que a partir de ese momento eran el único medio para el envío de suministros a las fuerzas soviéticas, estaban sometidos a continuos bombardeos de la aviación y la artillería. Por la noche, los alemanes iluminaban el río con bengalas, creando nuevos problemas al mando soviético, que se había visto obligado a abandonar el transporte de transbordadores durante el día. Pero, afortunadamente, el viento, a veces, arrastraba las bengalas demasiado lejos, a veces, estaban muy bajas, o muy altas, o muy inmediatas, o muy lejos, para que su luz pudiera ser utilizada por los artilleros del Sexto Ejército. Y de una forma u otra, continuó llegando una corriente de municiones, alimentos y refuerzos; los ejércitos Sesenta y Dos y Sesenta y Cuatro, prácticamente, habían estado en continua acción desde mediados de julio, e inevitablemente estaban faltos de hombres y equipo a principios de septiembre. Además, la siguiente fase de la batalla —la lucha en la línea interior de defensa— estaba a punto de comenzar.

Todo alemán debe sentirse como si viviera bajo la amenaza del cañón de un arma rusa



A partir de este momento sería vago describir la parte Norte del área de Yeremenko como "Frente de Stalingrado", puesto que se hallaba aislado de la ciudad, a excepción del Sesenta y Dos Ejército. Por consiguiente, se colocó a este Ejército bajo la jurisdicción del Frente Sudeste, a fin de que hubiera un Grupo de Ejército al Norte de la brecha alemana: el Frente de Stalingrado se extendía unos 400 kilómetros, desde Babka, en el Don, hasta Yerzovka, en el Volga, con cinco ejércitos (el Primero de Guardias, Veintiuno, Veinticuatro, Sesenta y Tres y Sesenta y Seis) y uno al Sur, el Frente Sudeste, con cuatro ejércitos (el Sesenta y Dos, en la ciudad, el Sesenta y Cuatro, el Cincuenta y Siete, al Sur, y más al Sur, el Cincuenta y Un Ejército, defendiendo el relativamente tranquilo sector situado detrás de los lagos de Tsatsa, Ba nantsak y Sarpa, más abajo de los cuales la línea del frente se desvanecía en la estepa de Kalmyk, donde tan sólo penetraba, de cuando en cuando, alguna patrulla de los dos bandos. Era, quizá, imposible e imprudente dirigir una operaciéón militar del tal magnitud desde el refugio subterráneo de la garganta de Tsaritsa, a tan pocos kilómetros de distancia de la línea del frente, y, por consiguiente, Yeremenko y Kruschev atravesaron sigilosamente el Volga, se trasladaron unos 40 kilómetros al Norte y volvieron a cruzarlo a la orilla Oeste, donde establecieron su cuartel general en el pueblo de Malaya Ivanovka. Una vez allí recibieron a los altos mandos del Stavka, a principios del mes de septiembre, representado por el segundo comandante supremo (el formidable general Zhukov) y el jefe del Estado Mayor, coronel general Vasilevsky. Hicieron preguntas, investigaron, visitaron la línea del frente e incluso examinaron las cabezas de puente sobre el río Don, aunque no explicaron a nadie la razón de su interés, ni siquiera a Yeremenko. En realidad, antes de salir de Moscú, Stalin les había dicho que examinaran la posibilidad de utilizar las cabezas de puente, como las bases, para una gran contraofensiva, y, naturalmente, guardar el secreto del proyecto. En 1920, las fuerzas Blancas del general Danikin habían sido derrotadas en este mismo lugar gracias a una maniobra similar, y, en gran parte, el plan había sido obra de Stalin. Por consiguiente, comenzaban a agitarse antiguos recuerdos en la mente del jefe rojo conforme examinaba los planes del Estado Mayor y el amplio flanco Norte de Paulus.

Pero cuando observó el mapa con la situación de las fuerzas, el 2 de septiembre, la idea de un gran golpe de mano desapareció por un momento de su mente. Para ello se necesitaría tiempo y, conforme parecían estar las cosas, Stalingrado no podría resistir mucho para hacer los preparativos. Por consiguiente, envió un mensaje a Zhukov, que se encontraba en Ivanovka:

"La situación en Stalingrado está empeorando. El enemigo se encuentra a unos tres kilómetros de Stalingrado. Stalingrado puede caer hoy o mañana si el grupo Norte de las fuerzas no le presta ayuda inmediata. Exija a los jefes de las fuerzas desplegadas al Norte y al Nordoeste de Stalingrado que ataquen al enemigo inmediatamente, y que vayan en ayuda de Stalingrado. No se permiten demoras. Cualquier demora equivale a un crimen. Lance toda la aviación en ayuda de Stalingrado. En el propio Stalingrado quedan muy pocos aviones.

Acuse recibo de estas instrucciones e indique sin demora las medidas tomadas.—J. Stalin."

La palabra "Stalingrado" se repite como un redoble de tambor a lo largo del mensaje. Con frecuencia, los más altos jefes de Stalin podían discutir con él. Pero no en esta ocasión quería acción inmediata con dos ejércitos (Veinticuatro y Sesenta y Seis), que acababan de llegar a la zona de Samofalovka-Yerzovka-Loznoye, procedentes de la reserva del Stavka. Es cierto que no estaban plenamente adiestrados y que, en su mayor parte, estaban formados de viejos reservistas (todavía se sufrían los efectos de la forma pródiga en que se habían derrochado los soldados soviéticos durante 1941 y en las operaciones como la ofensiva de Jarkof, en mayo de 1942), pero llevaban poco tiempo en acción y, naturalmente, se encontraban más fuertes que los soldados destacados más al Sur; por consiguiente, fueron conducidos al ataque el 5 de septiembre, en un nuevo intento de destruir el saliente alemán entre el Don y el Volga.

No tuvieron éxito, pero los alemanes se vieron obligados a desviar parte de su atención de los esfuerzos dirigidos hacia el Norte para rechazar los ataques, y esto alivió ligeramente la situación de los ejércitos Sesenta y Dos y Sesenta y Cuatro conforme intentaban organizar algún tipo de línea de defensa en torno al perímetro de Stalingrado. La "línea de

Arriba: **Los últimos espacios abiertos antes de llegar a la ciudad.**

Abajo: **Panzer desplegados para hacer frente a la amenaza procedente del Norte.**





defensa interior" *sonaba* bien, pero en muchos lugares era poco más que una línea marcada sobre el mapa de Yeremenko. Era necesario hacer todo: tender cables, colocar minas, cavar trincheras y fosos de protección, y muchas cosas más. Tampoco sobraban los hombres, puesto que muchas de las divisiones de rifles apenas igualaban en número a una compañía completa: a la 87.ª le quedaban 180 hombres, a la 112.ª le quedaban 150, y la 99.ª Brigada Acorazada no tenía carros, aunque sí 120 hombres.

Esta situación afectó, finalmente, al comandante del Sesenta y Dos Ejército, el general Lopatin. Su pesimismo había crecido de forma continuada, conforme avanzaba la batalla, aunque se había batido con distinción hasta entonces. Pero con el Volga a su espalda y con fuerzas enemigas superiores frente a él, su voluntad comenzó a debilitarse. Decidió que era imposible mantener Stalingrado y comenzó a retirar sus unidades sin tener instrucciones para ello: lo único que podía hacerse con él era deponerlo. De momento, su jefe de Estado Mayor, el general de división N. I. Krylov, se hizo cargo del mando. Pero resulta tan difícil encontrar un buen jefe de Estado Mayor como un buen comandante. Por consiguiente, ésta era una solución temporal, y Yeremenko comenzó a buscar entre los generales a sus órdenes.

En el Cuartel General del Sesenta y Cuatro Ejército no había problemas de mando. El general de división N. S. Shumilov había estado al frente del ejército desde el 30 de julio. Era un jefe competente, tranquilo, sin altibajos, no dado a extremos de optimismo o pesimismo. Tenía como su segundo al teniente general Vasily Ivanovich Chuykov, quien precisamente había sido comadante del Sesenta y Cuatro Ejército cuando formaba parte de la reserva y se agrupaba y entrenaba cerca de Tula, y que igualmente había sido su comandante desde su llegada a Stalingrado hasta que Shumilov se hizo cargo de la comandancia. No era, de ninguna forma, "la quinta rueda del automóvil", pero como quiera que el mando del ejército estaba en las muy capaces manos de Shumilov, era posible prescindir de él, y por esa razón fue elegido comandante del Sesenta y Dos Ejército, convirtiéndose así a los ojos del público soviético en la figura destacada de la defensa de Stalingrado.

Chuykov tenía entonces cuarenta y

dos años. Había sido agregado militar en China, al comienzo de la guerra, y sólo había regresado a su país en 1942. Hasta el mes de julio no había entrado en acción, pero desde entonces no le había faltado experiencia. Era un hombre de decisión, concienzudo y optimista. Naturalmente, Stalin tenía que ratificar el nombramiento, pero la única pregunta que hizo a Yeremenko fue: "¿Le conoce usted bastante bien?". Yeremenko contestó que sabía que Chuykov era un líder en quien uno podía confiar, y Stalin confirmó la propuesta de darle el mando del Sesenta y Dos Ejército, del que se hizo cargo el 12 de septiembre.

Chuykov, según su propia confesión, había estudiado las tácticas alemanas en el campo de batalla durante sus pocas semanas de acción. Aunque admiraba la forma brillante en que coordinaban sus acciones la aviación, carros e infantería, no se sentía impresionado, porque consideraba que, con frecuencia, estas tácticas eran lentas y carecían de determinación. Al hacerse cargo de un ejército que pronto quedaría aislado a su izquierda y a su derecha, con un amplio río a sus espaldas, y su inmediato comandante a distancia suficiente par que le fuera imposible supervisar cada una de sus acciones, tendría mayor libertad de acción de lo normal en un comandante del ejército soviético, y, por consiguiente, son de particular interés sus opiniones acerca de la forma en que debía luchar su ejército.

Creía que los métodos alemanes conseguían principalmente sus éxitos gracias a la excelente coordinación de elementos —aviones, carros e infantería—, que en sí no eran de notable calidad. En los combates sobre los ríos Don y Aksay había observado que los carros de combate atacaban hasta que los aviones de la Luftwaffe se encontraban sobre las posiciones soviéticas, y que la infantería no se movía hasta que los carros habían alcanzado sus objetivos. Por consiguiente, el problema consistía, según lo veía, en romper uno de los eslabones de la cadena por cualquier medio; también había observado cierta aversión de la infantería alemana al combate cuerpo a cuerpo, y observó que abrían fuego con armas automáticas a distancias de unos ochocientos metros.

Considerando estos dos factores —dependencia de la coordinación y aversión al combate cuerpo a cuerpo—, llegó a la conclusión de que la forma correcta de luchar era mantenerse tan cerca del enemigo como fuera posible. De esa forma la Luftwaffe se vería imposibilitada de atacar a las fuerzas soviéticas sin hacer correr peligro a sus propios soldados. Por consiguiente, se rompería el primer eslabón de la cadena, y la infantería se vería obligada a combatir cuerpo a cuerpo contra un enemigo que no había sido debilitado por la acción de los bombarderos ni de los carros. Como expresó posteriormente: "Cada soldado alemán debe sentirse como si viviera bajo la amenaza del cañón de un arma rusa". Creía que en el interior de la ciudad podrían aplicar estas tácticas con facilidad, y los alemanes se verían desprovistos de su baza más fuerte: la Luftwaffe. La única forma en que podrían aplicarse era, naturalmente, con la buena disposición de sus tropas a estas tácticas.

La presentación de Chuykov a su ejército no tuvo ni buenos auspicios ni debió infundirle esperanzas de que jamás pudiera llevar sus ideas a la práctica. Para empezar, nadie sabía a ciencia cierta dónde estaba su propio cuartel general. Yeremenko creía que se encontraba en el refugio de Tsaritsyn, el mando subterráneo, en el barranco de Tsaritsa, que él mismo había ocupado hasta recientemente, como comandante del Frente. Pero no era así. Por consiguiente, Chuykov deambuló por la ciudad, maravillado al contemplar las improvisadas barricadas en las calles, incapaces de detener a un camión, y mucho menos a un carro de combate. Finalmente, encontró un oficial que sabía dónde se encontraba el puesto del mando del Cincuenta y Dos Ejército. Llevó a Chuykov hasta el pie de la Mamayev Kurgan, y el nuevo comandante trepó por la colina hasta el escondrijo de Krylov, donde encontró al jefe del Estado Mayor hablando por teléfono y echando una reprimenda al comandante de una formación acorazada, quien, sin órdenes, se había retirado a la orilla del Volga, desde la colina 107,5 (la costumbre soviética era designar las colinas por la altura indicada en los mapas del ejército), colocando así su cuartel general detrás de aquel del ejército.

Ciertamente, si se permitía que continuara ese estado de cosas, sería el fin de los planes de Chuykov, de luchar contra los alemanes cuerpo a cuerpo. Por consiguiente, el desafortunado general al mando de las fuerzas acorazadas fue llamado a la presencia de Chuykov, quien personalmente le dijo que era culpable de cobardía, que cualquier acto similar



sería considerado traición y deserción, y le dieron hasta las 04,00 para restablecer su puesto de mando en la colina 107,5. Cuando llegó el segundo comandante del frente, el general Golikov, el comandante de las fuerzas acorazadas tuvo que soportar que le leyeran la cartilla una vez más.

La primera petición que Chuykov hizo a Golikov fue que le entregaran algunas divisiones más. Tenía que enfrentarse con una cifra estimada entre once y catorce divisiones alemanas, con refuerzos, apoyadas por, aproximadamente, 1.000 aviones de la Cuarta Flota Aérea. Para ello, el Sesenta y Dos Ejército contaba con una multicolor mezcla, compuesta por tres brigadas acorazadas, que tenían un carro de combate, entre las tres (las dos sin carros fueron pronto trasladadas a través del Volga para ser reformadas y reequipadas), varias divisiones de infantería, con un número de soldados similar al de un batallón completo, la 10.ª División de NKVD, del coronel Sarayev (casi completa, pero carente de armamento pesado) y dos brigadas de infantería casi completas. La fuerza aérea de apoyo estaba completamente dominada por la Cuarta Flota Aérea, que hacía que los germanos disfrutaran de una completa hegemonía. Y para colmo, el ex comandante del Sesenta y Dos Ejército, general Lopatin, todavía deambulaba por los cuarteles contagiando a sus antiguos colegas con su propio pesimismo.

Chuykov logró convencerle para que desapareciera del campo de batalla. Pero ya había producido su daño, porque pronto los segundos del comandante en las armas de Artillería, Blindados e Ingeniería adujeron encontrarse enfermos y desaparecieron a través del Volga. El trabajo intensivo por parte de las organizaciones del Partido Comunista, por el Departamento Político, por los propios generales, así como el alentador mensaje de Yeremenko y Kruschev, hicieron algo por restaurar la hundida moral, aunque algo más se necesitaba. Las peticiones hechas a Golikov habían surtido efecto, y se encontraba en camino una corriente de refuerzos, formada por no menos de diez divisiones de infantería, dos cuerpos acorazados y ocho brigadas acorazadas, que tenían programada su llegada, procedentes del Stavka, en la quincena iniciada el 13 de septiembre.

El teniente general A. I. Chuykov, en el mando.

La mitad de la infantería había sido asignada al Sesenta y Dos Ejército. En efecto, había de recibir 10.000 hombres y 1.000 toneladas de suministros en los próximos tres días.

Para asegurar la llegada a salvo de estos refuerzos, era esencial proteger las muy vulnerables fases de desembarque, que en ese momento se encontraban muy a tiro del alcance de los cañones alemanes. La cabeza de puente del Sesenta y Dos Ejército tenía solamente una anchura de cinco kilómetros, en su punto más estrecho. Además, un ataque favorecía al temperamento de Chuykov, puesto que mantendría a sus hombres en estrecho contacto con los alemanes y dificultaría la acción de la Luftwaffe contra ellos. Conforme con su forma de pensar, la tierra de nadie no debería ser más ancha que el trecho necesario para lanzar una granada de mano.

El y Krykov se quedaron hasta las 02,00 de la madrugada planeando el ataque. El ejército, de forma activa, defendería sus flancos izquierdo y derecho, mientras que en el centro atacaría, intentando recuperar la estación de Razgulyayevka y en la línea de ferrocarril, situada al Sudoeste, llegando hasta la fuerte curva cerca de Gumrak, donde se consolidaría, utilizando el terraplén de la vía como obstáculo anticarros. A continuación avanzaría sobre Gorodishche y Alexandrovka. La reagrupación de las fuerzas se realizaría inmediatamente y se lanzaría el ataque al día siguiente, el 14 de septiembre.

Consciente de un trabajo bien realizado, Chuykov se fue a la cama. A las 06,30 horas era despertado por las explosiones de las bombas y proyectiles. Los alemanes se le habían anticipado.

Lo que había sucedido es que el LI Cuerpo de Ejército de Seydlitz había lanzado un ataque de dos puntas contra la parte central de Stalingrado, saliendo al Sudeste hacia Gorodishche y al Nordeste desde Peschanka, con dos divisiones Panzer, una motorizada y tres divisiones de infantería. Para la tarde, las defensas soviéticas de vanguardia habían sido arrolladas, y se había capturado la Estación de Máquinas-Tractores, su bloque de viviendas y el del aeródromo, mientras que el extremo Sur apenas había sido detenido en Kuporosnoya y la orilla del Volga. Peor aun era que Chuykov sólo tenía una muy vaga idea de los acontecimientos, ya que su puesto de mando había estado sometido a continuo bombardeo

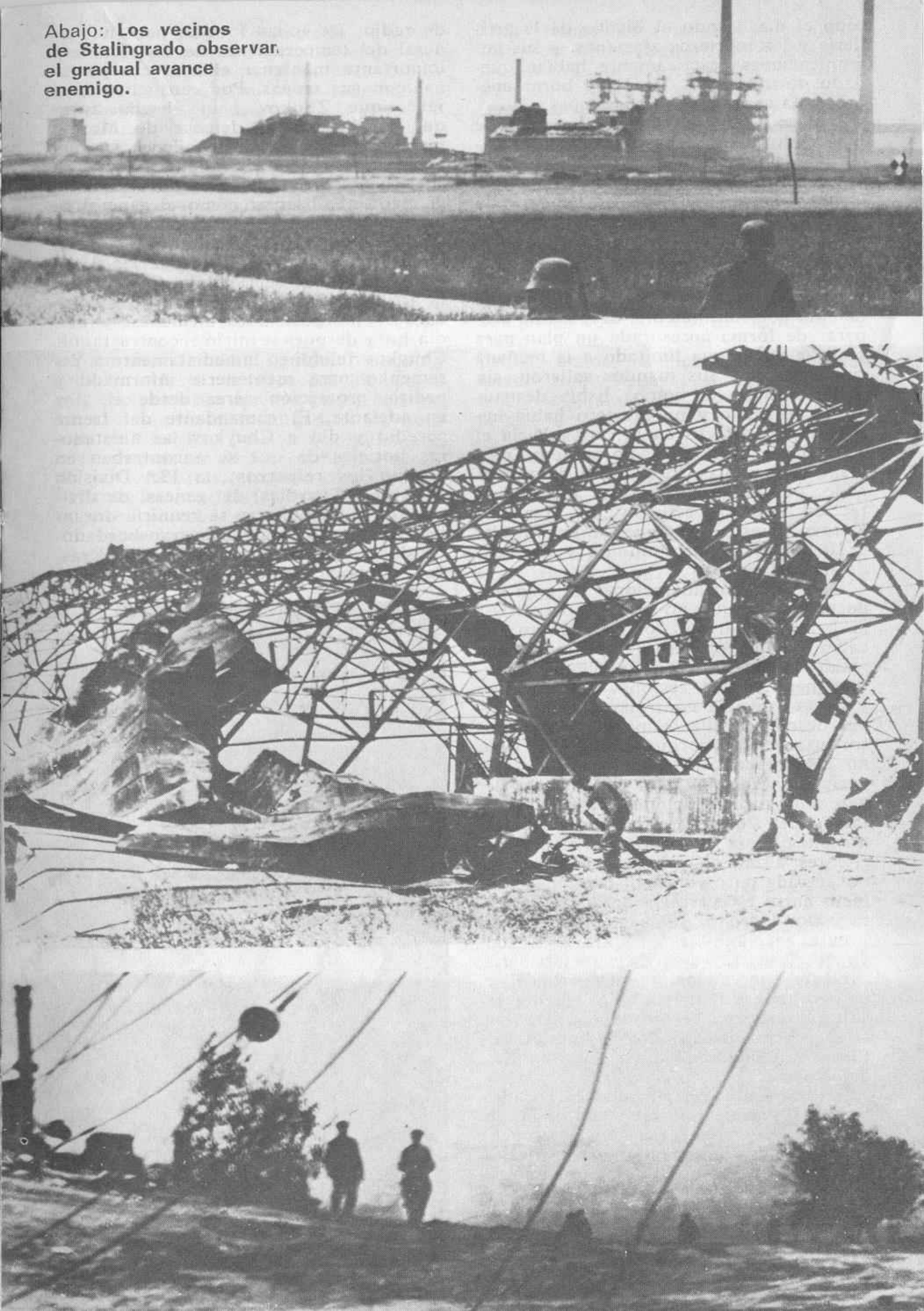




Izquierda: **La cortina de fuego.** Izquierda. Abajo: **La infantería avanza.** Abajo: **La primera penetración.**



Las tropas de la Luftwaffe limpian un refugio.
Arriba derecha: **Las fábricas eran el principal objetivo.**
Centro: **Un hangar destruido por el fuego. El aeródromo pronto estuvo en manos alemanas.**



Abajo: **Los vecinos de Stalingrado observan el gradual avance enemigo.**

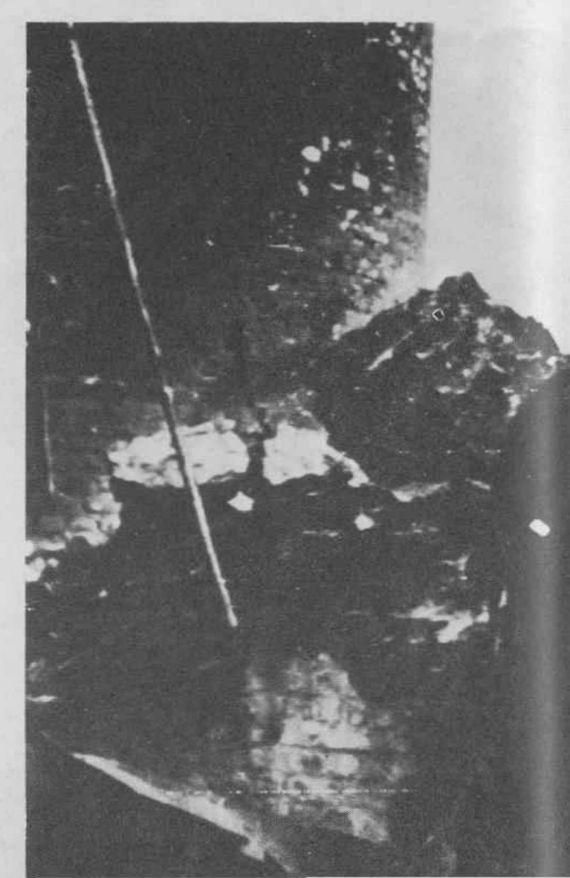
todo el día, siendo el blanco de la artillería y los morteros alemanes, y sus comunicaciones prácticamente habían quedado destruidas. A las 16,00 horas apenas tenía contacto con sus tropas.

Incluso Chuykov, un hombre que de forma estudiada menospreciaba la gravedad de las situaciones, describe la situación como "algo inquietante". Aunque él no lo sabía, los alemanes habían sido rechazados en el extremo occidental de "Barricadas" y de las casas de los obreros de las factorías "Octubre Rojo". Todo lo que sabía es que era imposible dirigir la batalla desde este puesto de mando, por consiguiente, después de preparar de forma apresurada un plan para realizar un ataque limitado a la mañana siguiente, él y sus mandos salieron, sin haber comido (la bomba había destruido el desayuno y un mortero había hecho blanco directo en la cena), hacia el refugio Tsaritsyn. Allí sólo pudieron permanecer tres días, lo cual era desafortunado, porque ofrecía mucha mejor protección que los refugios de Mamayev Kurgan, puesto que aquel se encontraba a 10 metros de profundidad y disponía de mayor espacio.

Estas eran consideraciones de gran importancia, porque no era posible dirigir la batalla mediante control remoto. La cabeza de puente era tan estrecha que resultaba indispensable reaccionar inmediatamente a las acciones del enemigo y no era posible controlar las operaciones desde la orilla lejana del Volga, entre otras cosas, porque el Ejército Rojo no disponía de cables impermeables especiales, necesarios para poder hacer llegar sus comunicaciones telefónicas a través del Volga, y el cuerpo de transmisiones tenía que utilizar cables corrientes aislados, que era necesario renovar cada pocos días. El mantener contacto entre el cuartel general del Sesenta y Dos Ejército, el Cuartel General del Frente, en Ivanovka, y las armas de apoyo del Sesenta y Dos Ejército (artillería, aviación e intendencia), en la orilla Este, ya resultaba difícil, por consiguiente resultaría excesivo el esfuerzo necesario si el cuartel general del Sesenta y Dos Ejército hubiera pasado a la orilla Este del Volga.

Naturalmente, todavía quedaba la radio, pero era posible interferir sus ondas, o, peor aun, el eficiente servicio de escucha alemán podía interceptar los mensajes. Además, era tan difícil conseguir una radio como cable telefónico impermeable: la mayoría de los carros no disponían de radio. De todas formas, para un general del temperamento de Chuykov era importante mantener el contacto personal con sus tropas. Por consiguiente, al igual que Zhukov había hecho antes que él durante la defensa de Moscú, mantuvo su puesto de mando en la zona amenazada, a fin de que la moral de sus fuerzas no se viera adversamente afectada al observar cómo el general se marchaba.

El Estado Mayor del Cuartel General llegó al refugio poco antes de las 03,00 horas del 14 de septiembre. A las 03,00, la artillería del ejército comenzó a bombardear las posiciones alemanas, y media hora después se inició el contraataque. Chuykov telefoneó inmediatamente a Yeremenko para mantenerle informado y pedirle protección aérea desde el alba en adelante. El comandante del frente accedió y dio a Chuykov las alentadoras noticias de que se encontraban en camino los refuerzos; la 13.ª División de Rifles (Guardias) del general de división A. I. Rodimstsev se reuniría durante el día en el terminal de transbordadores del Volga, en la proximidad de Krasnaya Sloboda. Inmediatamente, Chuykov



envió a un grupo de oficiales de su Estado Mayor a que fueran a recibir a la división, y a continuación, él y Krylov, pusieron manos a su obra inmediata, el contraataque.

Las noticias eran malas; el contraataque había fracasado y los alemanes avanzaban de nuevo, dirigiéndose hacia la Estación Central (Stalingrado 1). Si lograban ocuparla existía el grave peligro de que pudieran dividir el Sesenta y Dos Ejército y capturar la plataforma central de desembarque antes de que pudiera llegar la división de Rodimtsev. De nuevo se mantuvo indeciso el destino de Stalingrado conforme camiones cargados de infantería alemana llegaban al centro de la ciudad, siguiendo a los carros. En efecto, muchos era los alemanes que pensaban que ya podía considerarse conquistada la ciudad, y los hombres de Chuykov "vieron a los alemanes borrachos saltar de los camiones, tocando sus armónicas, gritando como locos y bailando en las calles". La línea del frente se encontraba, poco más o menos, a un kilómetro del Cuartel General del Ejército y corría peligro el terminal de los transbordadores.

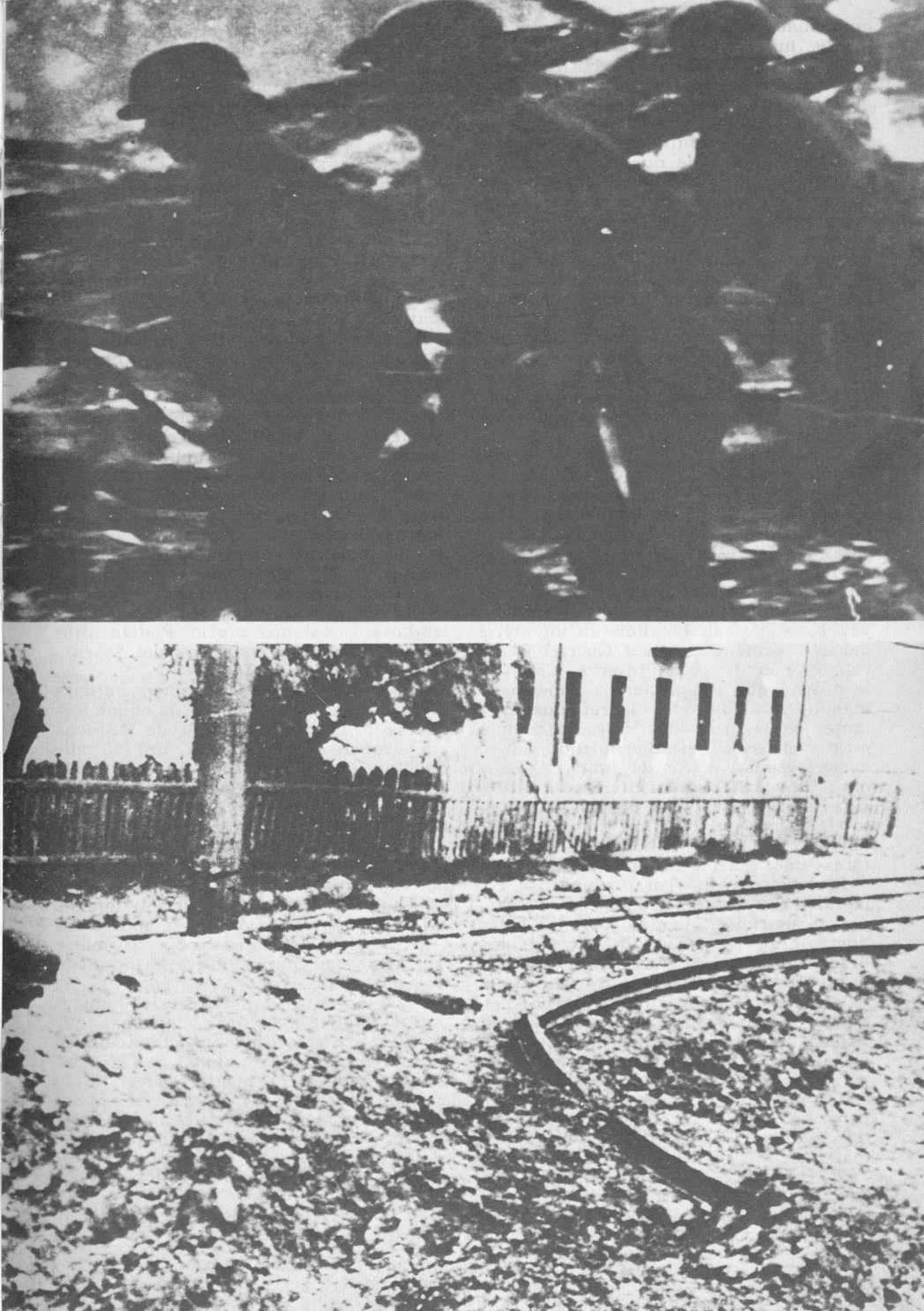
La última reserva de 19 carros de Chuykov se encontraba en los suburbios del Sur de la ciudad. Dio órdenes para que un batallón —nueve carros— fueran al puesto de mando, y mientras esperaban su llegada, Krylov formó dos grupos de asalto con oficiales del Estado Mayor y los guardias del Cuartel General. Cuando, dos horas más tarde, llegaron los carros, seis de ellos, con uno de los grupos de asalto, fueron enviados a bloquear las calles que conducían desde la estación de ferrocarril hasta la plataforma de desembarco, y los otros tres, con el segundo grupo, a reconquistar un núcleo de edificios conocido como "las casas de los especialistas", donde los alemanes habían instalado ametralladoras pesadas, que cubrían la plataforma de desembarco y el río.

Rodimtsev llegó a las 14,00 horas, después de un peligroso recorrido, a través de la ciudad, desde la plataforma de desembarque, para informar y recibir instrucciones. Su 13.ª División de Guardias disponía prácticamente de todos sus efectivos, con unos 10.000 hombres, aunque con escasez de armas y



El mando de Chuykov se hizo más fuerte y la defensa rusa cobró cuerpo.

Anticipo de lo que iba a ser la batalla.



municiones. En particular, aproximadamente, mil de sus hombres no tenían rifles, y aunque Golikov había dado las instrucciones necesarias para que las armas fueran entregadas en la zona de Krasnaya Sloboda para esa tarde, no había ninguna garantía de que llegara el armamento antes de que la división comenzara a cruzar la ciudad. Chuykov dio órdenes inmediatamente para que las armas, pertenecientes al personal de intendencia del Sesenta y Dos Ejército, situado en la orilla Este, fueran recogidas y entregados a los guardias de Rodimstsev, e igualmente dio órdenes al propio Rodimstsev para que trajera sus cañones anticarros y sus morteros, pero que dejara el resto de la artillería en la orilla derecha, desde donde podía realizar su trabajo con mayor seguridad, bajo la dirección de observadores situados en la ciudad.

A Rodimstsev se le asignó el sector comprendido entre Mamayev Kurgan, en el Sur, hasta el río Tsaritsa, en el Norte, así como las tareas de limpiar de soldados alemanes el centro de la ciudad, las casas de los especialistas y la estación de ferrocarril, utilizando dos de sus regimientos, mientras que un tercero debería defender las posiciones de Mamayev Kurgan y un batallón de infantería debería permanecer en el Cuartel General del Ejército como reserva. Chuykov le ordenó que estableciera su puesto de mando en alguno de los refugios existentes en la orilla del Volga, y cuando puso reparos al establecimiento de su cuartel general detrás de aquél del Ejército, Chuykov, suavemente, le dio seguridades de que podría colocar su puesto de mando en posición más avanzada tan pronto como hubiera resuelto las tareas que le había encomendado.

Rodimstsev salió para cumplir su cometido. Su división comenzaría a cruzar al anochecer, dentro de unas cinco horas. Eran las 16,00 horas y las quebrantadas divisiones de Chuykov tendrían que continuar en la brecha durante otras diez o doce horas. Ya no quedaban reservas, e incluso los mandos del Estado Mayor y los guardias del Cuartel General estaban en acción. La única posibilidad que quedaba la constiuía la división del coronel Sarayev, de la NKVD, pero no estaba formada por hombres del Ejército, y entre Sarayev y el comandante del Ejército existía una marcada antipatía. Por otro lado, Chuykov menospreciaba las "fortificaciones" —blocaos y barricadas— que Sarayev, como "comandante de la guarnición de Stalingrado", había levantado, mientras que Sarayev, por su parte, trataba a Chuykov como uno del mismo rango, no como a un superior, hasta que, finalmente, Chuykov tuvo que colocarle en su sitio. "¿Se ha enterado usted que su división ha sido incorporada al Sesenta y Dos Ejército? Tiene que aceptar la autoridad del Consejo Militar del Ejército sin discusiones. ¿Quiere usted que telefonee al Cuartel General del Frente para que le aclaren la posición?"

Sarayev recogió velas. "Me considero un soldado del Sesenta y Dos Ejército", contestó.

Ese punto había quedado aclarado, pero continuaba sin solución el problema principal de las reservas. Era evidente que las tropas de la NKVD no tenían exceso de hombres; sin embargo, Sarayev tenía bajo su mando a cierto número de policías armados, bomberos y obreros de las factorías. Estaban faltos de armas, pero totalizaban unos 1.500 hombres. Por consiguiente, Chuykov dio órdenes a Sarayev para que eligiera algunos de los edificios más sólidos, especialmente en el centro de la ciudad, los fortificara, instalara en cada uno de ellos entre 50 y 100 hombres, y los defendiera a cualquier precio. Podían utilizar las armas y suministros del Sesenta y Dos Ejército.

Esporádicamente, se recibían noticias del frente, y con frecuencia, la mejor forma de calibrar el progreso de la lucha era acercarse a la salida de la calle Pushkin y escuchar. No se necesitaba tener excelente oído porque la 71.ª División de Infantería alemana se encontraba a 500 metros, aproximadamente, del refugio. La línea del frente parecía resistir, aunque se limitaba a eso. Uno de los comandantes de los regimientos de Chuykov había desaparecido aquella mañana, y la cuestión de la moral era tan delicada, que no podía afirmarse o negarse que quizá hubiera abandonado a sus hombres.

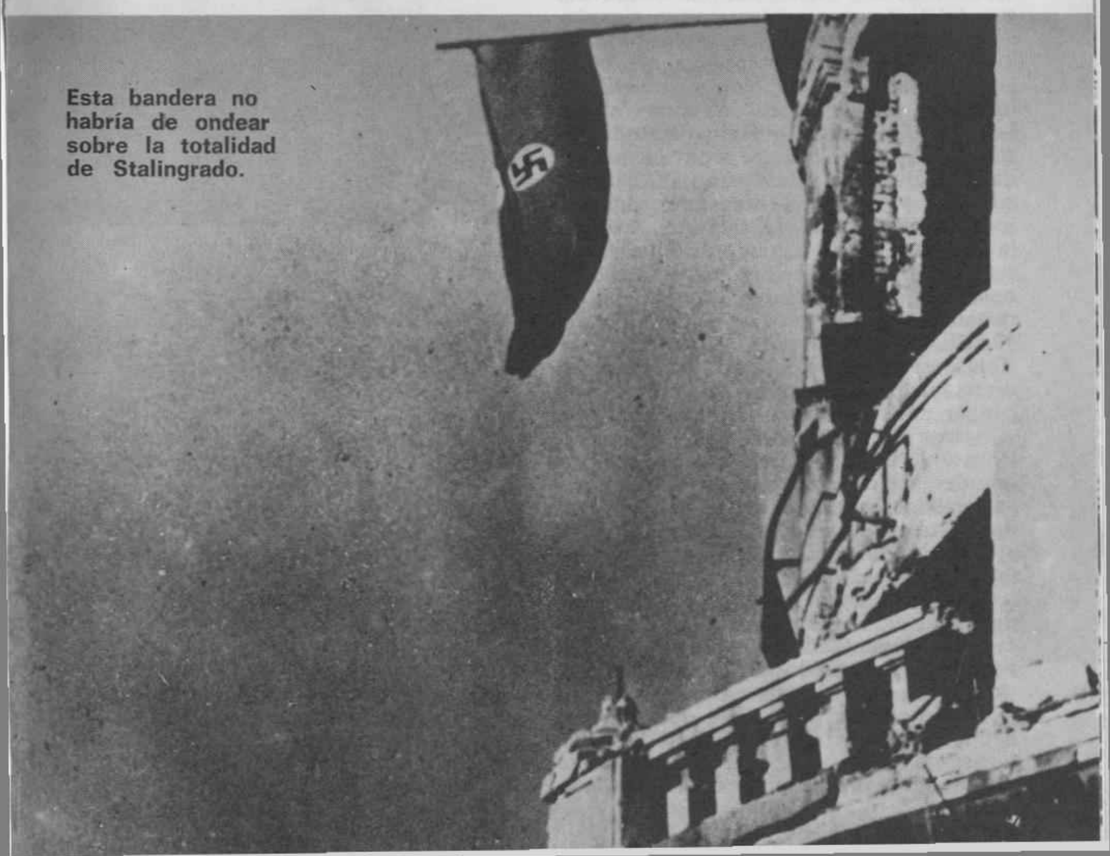
Poco antes del anochecer, el comandante Khopko llegó para informar que su último carro había quedado fuera de acción en las proximidades de la estación. Chuykov le mandó volver a su puesto, con órdenes de continuar allí con el centenar de hombres que le quedaban, y el carro —que podía disparar, aunque no moverse—, hasta que fuera relevado por los hombres de Rodimstsev "o la muerte...".

La lucha comenzó a menguar con la

caída de la noche, de forma que Chuykov y su estado mayor pudieran pasar revista a la situación. Los alemanes habían avanzado hasta el Mamayev Kurgan y la línea del ferrocarril, y habían llegado a la Estación Central del Ferrocarril, aunque todavía no la habían capturado. Habían ocupado muchos edificios en el centro de la ciudad; prácticamente, habían barrido las unidades del Sesenta y Dos Ejército en el centro, y también habían destruido el puesto de observación, en el Mamayev Kurgan. En el sector Sur, sus ataques habían sido rechazados, pero todo parecía indicar que pensaban reanudarlos.

Durante toda la noche, el Cuartel General del Sesenta y Dos Ejército se mantuvo en plena actividad. Los oficiales entraban y salían. Algunos iban a luchar, otros, a descubrir las posiciones de los alemanes en las casas de los especialistas y alrededor de la estación, con el fin de mantenerlos ocupados y evitar que pudieran interferir en el desembarco de las tropas de Rodimtssev, otros, iban y venían hasta la plataforma de desembarco para recibir a los batallones que llegaban, y llevarlos hasta la línea del frente.

A pesar de sus esfuerzos, fue imposible conseguir que toda la división atravesara el Volga esa noche, pero poco más de las dos terceras partes fueron transportadas e inmediatamente ocuparon sus posiciones, justamente a tiempo: los alemanes reanudaron el ataque a la mañana siguiente, con participación de elementos de tres divisiones (71.ª, 76.ª y 295.ª), lanzándose contra la estación y el Mamayev Kurgan, mientras que en el sector Sur, como se temía, se materializó el ataque alemán, montado por unidades Panzer de las divisiones 14.ª y 24.ª, así como de la 94.ª de Infantería. La Luftwaffe se mostró sumamente activa, y las tropas de Rodimstsev se vieron envueltas en la lucha antes de poder orientarse siquiera. La estación de ferrocarril cambió de manos cuatro veces durante el día, pero había vuelto a manos soviéticas antes de que cayera la noche, aunque en otros lugares la lucha



Esta bandera no habría de ondear sobre la totalidad de Stalingrado.

fue más favorable a los alemanes. Consiguieron mantener sus posiciones en las casas de los especialistas, a pesar de los furiosos y repetidos ataques a cargo del 34.° Regimiento de la División de Rodimstsev, con el apoyo de los carros, manteniendo así su posibilidad de ametrallar la plataforma central de desembarco. E igualmente infligieron graves pérdidas a la brigada de infantería del coronel Btrakov y a los elementos de la División NKVD, que les acompañaban, obligándolos a retirarse a la estación del bosque, mientras que la División de Guardias de Dubyansky se vio obligada a retirarse a los suburbios, al Oeste de la ciudad, al Sur del río Tsaritsa.

Durante todo el día se disputó la batalla por el Mamayev Kurgan, con varios cambios de fortuna. Este insignificante montículo, marcado como la colina 102,0, lo mismo en los mapas soviéticos que en los alemanes, dominaba todo el centro de la ciudad. Por consiguiente, ambos bandos podían beneficiarse grandemente con su posesión, y justamente hasta el final de la Batalla de Stalingrado se luchó por su conquista, con tal fiereza, que se mantuvo sin nieve todo el invierno —las explosiones de los proyectiles y las bombas aumentaron la temperatura de tal forma, que hacía imposible que cuajara la nieve allí—. Los guardias de la División de Rodimstsev lucharon a muerte con elementos de tres divisiones alemanas (la 22.ª Panzer, 71.ª y 295.ª de Infantería), durante todo el día 15 de septiembre, y hacia la tarde se tuvo la impresión de que sería desplazada de sus posiciones, por consiguiente, Chuykov ordenó que el restante regimiento de la División (el 42.°) fuera transportado al otro lado del Volga esa misma noche y que marchara directamente al Mamayev Kurgan para ocupar sus posiciones antes del alba.

Aparte de los problemas del frente, Chuykov dirigía la defensa, sometido a grandes dificultades físicas, porque los ametralladores germanos habían avanzado hasta el valle del Tsaritsa y tenían el Cuartel General del Ejército en las miras de sus armas, por lo cual resultaba peligroso intentar salir. Los Guardias del Cuartel General estaban en acción en las proximidades del refugio y los heridos eran llevados a su interior. Los problemas de la congestión se vieron agravados por el hecho de que los más débiles de carácter, hacia el final de la tarde, comenzaron a mostrar su flojeza cuando gran número de oficiales y soldados se inventaron excusas para entrar en el refugio, aduciendo "asuntos urgentes", pero en realidad buscando protección contra el incesante bombardeo y fuego del enemigo. El refugio no tenía sistema de ventilación y la atmósfera en su interior se hizo irrespirable, por consiguiente, Chuykov ordenó que se estableciera un segundo puesto de mando en la orilla del Volga, frente al extremo Sur de la isla de Zaitevsky, cuya misión sería la de ayudar a controlar las unidades del ala derecha del ejército en la parte Norte de la ciudad.

De nuevo, la lucha cedió durante la noche. El 42.° Regimiento cruzó el río y ocupó las posiciones al pie del Mamayev Kurgan, junto a los hombres de la debilitada 112.ª División de Rifles. De madrugada, la artillería machacó las posiciones alemanas durante diez minutos, y a continuación, el 42.° Regimiento, con uno de la 112.ª División, avanzó, atra-





Arriba: **Una patrulla rusa corre hasta un punto amenazado.** Abajo: **Una fortificación entre los escombros.** Arriba derecha: **Cuando los carros podían avanzar, siempre ganaban la primera batalla.** Abajo derecha: **Cuando los carros quedaban bloqueados, los cañones ligeros anticarro destruían los edificios.**

vesando una lluvia de fuego de morteros y bombas. Después de una breve, pero cruenta lucha cuerpo a cuerpo, la suerte del combate quedó decidida, y las tropas soviéticas comenzaron a atrincherarse en la cumbre una vez más. La lucha había sido muy violenta, y cuando el primer pelotón llegó a la cumbre, sólo quedaban seis de los treinta hombres que habían iniciado el ascenso. Las pérdidas de las formaciones que quedaban detrás de ellos habían sido igualmente elevadas. Sin embargo, tuvieron éxito en rechazar el contraataque alemán que se produjo inmediatamente después, manteniendo las posiciones en tan vital montículo. El énfasis pasó entonces a la estación de ferrocarril Stalingrado 1.

Aquí se había instalado un batallón de los Guardias de Rodimstsev, después de cruzar el río en la noche del 14 de septiembre, y en la mañana del 17 se vieron sometidos a un fuerte ataque





alemán, por parte de una fuerza de rifles automáticos, con el apoyo de unos 20 carros, que los desalojaron de la estación y de los edificios inmediatos. Se reagruparon, contraatacaron y recuperaron el terreno perdido, del que fueron desolojados otra vez. En total, la zona cambió de manos en cuatro ocasiones en el curso del día, pero, al caer la noche, estaba en manos soviéticas, sembrada de numerosos carros en llamas y los cadáveres de cientos de combatientes de ambos bandos. El agotamiento mutuo y la caída de la noche pusieron fin momentáneamente a la lucha en la estación.

Esa noche, con su cuartel general todavía sometido al hostil fuego de las ametralladoras de la División de Infantería alemana, Chuykov salió de su refugió de Tsaritsyn para trasladarse a un nuevo puesto de mando. Pero intentar atravesar las calles infestadas por las ametralladoras alemanas y los carros era demasiado peligroso. El grupo, por consiguiente, atravesó el Volga, hasta Krasnaya Sloboda, continuó su marcha hacia el Norte, por carretera hasta el Ferry 62, y a continuación se trasladó a una lancha acorazada, para volver a cruzar el río hasta el nuevo puesto. Al salir de Krasnaya Sloboda, Gurov, "Miembro del Ejército en el Consejo Militar", le ofreció una comida y un baño, pero mientras el Comandante del Ejército se entretenía saborenado una taza de té, la noche quedó atrás, y con ella la oportunidad de atravesar a la otra orilla, puesto que los transbordadores sólo funcionaban ahora durante la noche. Se produjo entonces una carrera alocada hasta el embarcadero, y Chruykov consiguió saltar desde la orilla hasta el último transbordador, que, de hecho, ya había emprendido la marcha. A su llegada al nuevo puesto de mando pasó revista a la situación y se encontró con que varios de sus más altos mandos habían "desaparecido" mientras se encontraban en la orilla oriental. ¡Tan baja estaba la moral!

El nuevo puesto de mando se encontraba bajo un saliente de la orilla del Volga, justamente debajo de unos depósitos de petróleo. Un número de barcazas hundidas yacían en las aguas poco profundas de las proximidades, parte de las embarcaciones sobresalían sobre la superficie del agua, y en éstas se instalaron los mandos del estado mayor, mientras que el Consejo Militar y el jefe de Estado Mayor se instalaron en algunas trincheras abiertas. Todos, por el momento, se encontraban al aire libre, pendientes de la construcción de refugios, que los zapadores comenzaron a excavar rápidamente. Nadie sabía si los depósitos de petróleo estaban llenos o no. Las nuevas instalaciones eran ma-

las, comparadas con las del refugio de Tsaritsyn, auténtico fuera de serie, pero aquel refugio había dejado de ser "seguro", si es que esta palabra podía aplicarse con justicia a algún lugar de la cabeza de puente, y por lo menos el nuevo puesto se encontraba a unos dos kilómetros de la línea del frente.

Al amanecer, la Lutfwaffe volvió a hacer acto de presencia una vez más, reanudándose la lucha. Pero a las 08,00 horas desaparecieron los aviones de Richthofen; el Frente de Stalingrado, al Norte de la ciudad, había iniciado un ataque de sondeo. Sin embargo, pronto se desvaneció, y a las 14,00 horas, gran número de aviones alemanes volvieron al ataque. Durante su ausencia, las tropas del flanco derecho del ejército habían mejorada sus posiciones, y las del Mamayev Kurgan habían ganado unos cien metros. En el centro, la situación había empeorado ligeramente, y la estación de ferrocarril, que había cambiado de manos quince veces en cinco días, finalmente, en la tarde del día 18, fue conquistada por los alemanes. Ya no quedaba reservas para intentar reconquistarla, puesto que la magnífica 13.ª División de Guardias había quedado reducida a un esqueleto.

Su sacrificio no había sido en vano, porque, sin lugar a dudas, habían salvado a Stalingrado el 14 de septiembre, e incluso todavía algunos soldados aislados o grupos de dos o tres hombres continuaban la lucha en los sótanos, detrás de los andenes o debajo de los vagones, y seguirían luchando así durante algún tiempo. Con su determinación y sacrificio cambiarían todo el carácter de la batalla y darían vida a la sentencia de Chuykov, de que "todo alemán debe sentirse como si vivieran bajo la amenaza del cañón de un arma rusa". Pero habían dejado de existir como una gran formación de infantería después del castigo a que había sido sometida durante sus primeros días de lucha en el frente.

Cayó Kuporosnoye, en la zona al Sur de la ciudad, dando a los germanos una salida al Volga, al mismo tiempo que ponía en sus manos otra posición. Se completaba así el aislamiento del Sesenta y Dos Ejército, se dificultaba aún más el trabajo de los transbordadores y se creaba una amenaza a los servicios de intendencia y artillería que congestionaban la orilla lejana del río; la artillería había alcanzado particular importancia porque la gradual reducción de la cabeza de puente hacía cada vez más difícil mantener los regimientos de artillería de campaña en la propia ciudad, y Yeremenko se vio obligado a agrupar los fragmentos de las unidades retiradas hasta la orilla oriental, transformándolos en una fuerza defensiva que cubría el sector entre Sredne - Pooromnoye y Gromki, frente a las secciones de la orilla en manos de los alemanes.



Inevitablemente, el avance se hizo más lento conforme se aproximó a las fábricas...

La posición del Sesenta y Dos Ejército parecía desesperada, y con el intento de aliviar la presión a que se veía sometido, Yeremenko lanzó un ataque a gran escala el 19 de septiembre, cuyo objetivo era abrirse camino a través de las defensas alemanas en la zona de Gumrak-Gorodische y establecer contacto con el Sesenta y Dos Ejército, que debía participar en la lucha atacando con tres divisiones de infantería y una briga-

da acorazada desde la vecindad de Mamayev Kurgan, hacia Rynok y Orlovka, en el Nordoeste y el Oeste de Stalingrado. El ataque constituyó un fracaso, y Chuykov criticó con aspereza la forma en que se había puesto en práctica por Yeremenko, alegando que se había preparado con precipitación innecesaria, que fue lanzado en momento inoportuno y contra el grueso de las fuerzas del Cuarto Ejército, que todavía estaban enteras, pues no se habían visto sometidas a la dureza de la lucha, y que fue lanzado a plena luz del día, a pesar de la superioridad alemana en el aire.

Resulta dudoso, a juzgar por el propio testimonio de Chuykov, con respecto a los efectivos de su ejército, el 19 de septiembre, que hubiera podido soportar un ataque total del Sexto Ejército durante tiempo suficiente para que el Frente de Stalingrado pudiera lanzar su contraataque. Sin embargo, es cierto que el ataque fracasó, y que el Sexto Ejército pudo rechazarlo sin retirar efectivos del frente del Sesenta y Dos Ejército, aparte de la aviación. Sin embargo, esto prueba tan sólo que el ataque estuvo mal ejecutado, no que el intento fuera malo; y que las dos divisiones que llegaron como



... y los defensores rechazaron los ataques atrincherados en los escombros..

Aunque echa la culpa de la mayoría de estos fallos al general Gordov, el antiguo comandante del Frente (que se ha convertido en el blanco de todas las culpas, al igual que Hitler en el caso de las alemanas), las alegaciones van también dirigidas hacia el superior de Gordov: Yeremenko. Es cierto que lo mismo Chuykov que Yeremenko tenían en grado sumo el temperamento de "prima donna", que con frecuencia caracteriza a los militares que triunfan, y que los relatos de Yeremenko sobre los incidentes de su carrera han sido acogidos con aire de duda por otros generales, pero en esta ocasión resulta difícil aceptar compltamente las acusaciones de Chuykov. El mismo confiesa que Paulus todavía no había enviado a la lucha contra la ciudad al grueso de su Sexto Ejército, e implica que no debería haberse lanzado el contraataque del Frente de Stalingrado hasta que el grueso del Sexto Ejército estuviera sumergido de pleno en el combate.

refuerzo específico para el contraataque (las de Gorishny y Batyuk) habían de resultar tan valiosas en el futuro como lo hamía sido lo de Rodimstsev. El Frente de Stalingrado reanudó su ataque el día 20, y a las 02.00 horas del 21 Yeremenko telefoneó a Chuykov para avisarle que una brigada acorazada había logrado atravesar las posiciones alemanas y pronto entraría en contacto con el Sesenta y Dos Ejército en la zona de Orlovka. El estado mayor del Sesenta y Dos Ejército se mantuvo en vela toda la noche, en espera de que se confirmara la entrada en contacto, pero Yeremenko resultó ser un optimista que se adelantó a los hechos en cuatro meses y cinco días.

La mayor parte del Sur de la ciudad se encontraba ahora en manos alemanas, pero en la parte Sur de los alrededores había un gran edificio, el elevador de grano, defendido por unos 30 guardias y 18 hombres de la "Infantería Naval" (no eran infantes de marina, sino marineros a quien el Alto Mando había obligado a aceptar el servicio de las armas en tierra en vista de la falta de efec-

tivos). Los marineros ganaron una magnífica reputación en todos los lugares donde combatieron, y los que lucharon en el elevador eran una raza particularmente dura del Artico, que habían sido enviados a dicha posición la tarde del día 17, para reforzar la guarnición de guardias.

El elevador fue atacado por un batallón alemán, y la lucha duró cinco días. Al final, se hizo participar en la lucha a elementos de tres divisiones alemanas (29.ª Motorizada, 14.ª Panzer y 94.ª de Infantería), pero hasta el día 22 no se consiguió capturar el elevador, cuando apenas quedaban supervivientes en la guarnición y los que quedaban estaban sin agua ni municiones. Esta acción mostró, en resumen, cómo podía hacerse que escalara el envío de fuerzas alemanas para la toma de Stalingrado, con sólo una firme defensa por parte de grupos de hombres relativamente pequeños, que continuaban luchando en la retaguardia alemana.

En el centro de la ciudad la situación era crítica. Las tropas alemanas, con el apoyo de los carros, intentaron penetrar hacia la orilla izquierda del río Tsaritsa, el 21 de septiembre. Y lo hubieran conseguido de no ser por el intenso fuego de la artillería sobre la orilla oriental del Volga. El 23 de septiembre, los hombres de Rodimstsev fueron desplazados de la plataforma central de desembarco. Casi toda la retaguardia del Sesenta y Dos Ejército quedaba ahora expuesta al fuego alemán, mientras que sólo podían utilizarse las plataformas al Norte de la ciudad, y, naturalmente, únicamente durante la noche. A la división de Batyuk, que acababa de llegar, se la



encomendó la misión de liquidar las fuerzas alemanas en la plataforma central de desembarco, así como de hacerse cargo del firme control del valle de Tsaritsa.

Chuykov envió a buscar a Batyuk y le instruyó detenidamente acerca del empleo de pequeños grupos de combate, puesto que no estaba seguro de que Batyuk se hubiera dado cuenta de que la situación era muy diferente a la instrucción de tiempos de paz, donde las unidades eran mucho mayores, hasta que, finalmente, Batyuk (quien, de hecho había estudiado las peculiaridades de la lucha de calles en Stalingrado antes de que su división cruzara el Volga, y había tomado medidas al efecto) cortó la arenga de su comandante con pocas y bien elegidas palabras: "He venido a luchar, no a desfilar. Mis regimientos tienen siberianos...", después de lo cual Chuykov le dejó que siguiera adelante con su trabajo.

En menos de una hora, a las 10,00 del 23 de septiembre, los hombres de Batyuk fueron enviados al ataque, descendiendo por la orilla del Volga hacia la plataforma de desembarco, mientras que Rodimstsev, con 2.000 hombres de refuerzo, atacaba hacia el Norte. Pero los alemanes estaban bien atrincherados, y a pesar de dos días de lucha encarnizada no lograron desplazarles. Sin embargo, Paulus no pudo ampliar sus penetraciones, y a partir de la noche del 24, la lucha comenzó a apagarse. El Sesenta y Dos Ejército había quedado dividido en dos, pero todavía se mantenía en acción.

Izquierda y abajo: **El primer estancamiento.**



Hitler cambia el equipo

Al mismo tiempo que se luchaba encarnizadamente en las ruinas de Stalingrado, se producían dramáticos acontecimientos en el cuartel general de Hitler. La ofensiva contra los yacimientos petrolíferos del Cáucaso se había detenido a corta distancia de sus objetivos, y el Führer, que nunca había tenido mucha confianza en sus generales, buscaba cabezas de turco; por consiguiente envió a uno de los pocos militares que gozaban de su confianza, al coronel-general Jodl de OKW, al Cuartel General del Grupo de Ejército "A" para que averiguara el porqué de que su comandante en jefe, el mariscal de campo List, no realizaba progresos más satisfactorios. Jodl regresó, e informó que List había actuado exactamente de acuerdo con las instrucciones recibidas de Hitler, pero que el terreno y la fuerte resistencia rusa se habían combinado contra él.

Hitler sufrió uno de sus arrebatos de mal humor y ordenó la sustitución de Jodl, pero, de hecho, Jodl, quien creía que "a un dictador, como cuestión de necesidad psicológica, nunca debe recordársele sus propios errores, a fin de que conserve su confianza en sí mismo", nunca volvió a violar su pensamiento, y no fue sustituido. Pero List lo fue el 10 de septiembre. Y lo mismo ocurrió con el general von Wietersheim, comandante del XIV Cuerpo de Ejército Panzer, y a continuación el general von Schwedler, del IX Cuerpo de Ejército Panzer —el primero, por oponerse al empleo de los Panzer para mantener abierto el pasillo Rynok, desde el Don al Volga, una tarea más idónea para la infantería, y el segundo, por la sugerencia "derrotista" de que la concentración de tal número de fuerzas en el extremo de un saliente, con flancos vulnerables, podría ser peligroso para el Sexto Ejército—. Estas destituciones, sin embargo, quedaron eclipsadas por la marcha del coronel-general Halder, jefe del Alto Estado Mayor, en el Cuartel del Alto Mando, el 24 de septiembre.

Ya era hora de que los planificadores en el Cuartel del Alto Mando OKH dirigieran su atención al inmediato invierno, e intentaran predecir dónde se produciría la próxima ofensiva de invierno del Ejército Rojo; la mayoría de las opiniones coincidían en que sería en la mitad del frente, y, por consiguiente, lo mismo Halder que el comandante en jefe del Grupo de Ejército en el Centro, mariscal de campo von Kluge, estaban preocupados y a la espera de refuerzos, de los cuales no era posible disponer a causa de la tensión de los acontecimientos en el Sur. Casi todos los días se identificanban en el sector central nuevas divisiones soviétcas, que después de permanecer en acción durante unos días, desaparecían a la reserva, detrás del frente central, conforme creían Kluge y Halder.

Las relaciones personales entre Hitler

y Halder se habían deteriorado durante meses, y una discusión, relativamente trivial, sobre la misteriosa desaparición de estas divisiones soviéticas, se disparó y alcanzó proporciones extraordinarias. Halder fue destituido el 24 de septiembre. Su sucesor, Zeitzler, fue ascendido por encima de las cabezas de mejores y más veteranos generales; su fuerte era la logística. Hitler deseaba tener a sus órdenes a un hombre que pudiera llevar a sus tropas donde él deseaba que estuvieran, y Zeitzler tendría capacidad para hacerlo; por consiguiente, ingresó en la pandilla de aduladores, que, de forma creciente, llenaban el OKW y el OKH. Desde ese momento, Hitler ejercería un control mucho más directo del que le había permitido Halder.

El primer ayudante de Hitler, el general Schmundt, fue ascendido a la jefatura de la Oficina de Personal del Ejército, y Paulus (que durante toda su carrera mostró ser un buen cortesano y un buen soldado) le envió sus felicitaciones, y esto también tuvo un efecto desproporcionado en el curso de la Batalla de Stalingrado, porque Schmundt le confió que se pensaba en él como sustituto de Jodl, en el cargo de jefe de Estado Mayor en el OKW. Se dio a entender a Paulus que la rápida captura de Stalingrado contribuiría considerablemente a aumentar sus posibilidades, y, por consiguiente, éste comenzó a preparar su vuelta a los pasillos del poder a través de las ruinas de Stalingrado —lo cual era una lástima, porque su inteligencia era más adecuada para jefe de Estado Mayor que para comandante de campo.

El tema de la misteriosa desaparición de las divisiones soviéticas estaba más vinculado a Stalingrado de lo que pensaban los propios alemanes en aquellos días. Aunque la corte de Stalin podía ser tan bizantina como la de Hitler, el Stavka, de forma general, carecía del aire febril de intriga que envolvía el cuartel general de Hitler. A veces, glacialmente lenta para moverse, era, en líneas generales, un lugar de intencionada contemplación, en lugar de febril actividad, y Stalin interfería menos en la labor de su Estado Mayor que Hitler en la del suyo. Al igual que Schwedler, el Stavka se había interesado en el prolongado y expuesto flanco alemán a lo largo del Don, y, como ya hemos mencionado, el segundo comandante supremo, Zhukov, y el jefe del Estado Mayor, Vassilevsky, habían visitado las cabezas de puente soviéticas a través del Don, a principios del mes de septiembre.

Al regresar a Moscú, celebraron una conferencia, en la cual se preparó un plan preliminar para realizar una contraofensiva, y fue por este motivo por el cual nuevas divisiones soviéticas comenzaron a aparecer y desaparecer del frente central. Recibían su bautismo de fuego en lugares relativamente poco peligrosos del frente central, y a continuación eran retiradas a la reserva, como muy bien pensaban los alemanes. Pero no se quedaban en el centro, sino que eran enviadas a la zona de Stalingrado, porque se encontraba en marcha un gran movimiento de pinza, cuyo objetivo era, nada menos, que dejar aislados al Sexto Ejército y al Cuarto Ejército Panzer, y cuantas otras fuerzas cayeran en la trampa.

Debía mantenerse la atención germana concentrada sobre Stalingrado, y, por consiguiente, era indispensable continuar en la ciudad. Pero convertir Stalingrado en una máquina de picar carne, como habían hecho los alemanes en Verdún, en 1916, y como Paulus parecía preparado a hacer, no era ni elegante ni una solución posible, dada la escasez de hombres por la que atravesaba el Ejército Rojo. Además, la cabeza de puente en Stalingrado era tan pequeña, que intentar amontonar gran número de fuerzas allí crearía grandes problemas de logística, y expondría a las amontonadas unidades a un homicidio gigantesco, a manos de la Luftwaffe y la infantería germana —cuyas posibilidades, a pesar de las deficiencias de sus líderes más superiores, eran realmente formidables.

En cualquier caso, la decisión de no luchar una batalla de agotamiento no era, por consiguiente, completamente voluntaria. Ese tipo de lucha no tenía el favor de Zhukov, el único alto comandante soviético que, hasta la fecha, había conseguido poner en retirada a un enemigo con superioridad numérica —en Moscú, el año anterior—, y quien, para conseguirlo, consideró necesario dar una orden "prohibiendo de forma categórica" los ataques frontales contra los puestos fortificados. Por consiguiente, se reforzó al Sesenta y Dos Ejército lo suficiente para mantenerlo en pie y que pudiera continuar la lucha, pero la abrumadora mayoría de las divisiones que la reserva del Stavka envió entre el primero de septiembre y de noviembre, no fueron a la ciudad, sino a las zonas de

concentración, al Norte de la curva del Don. Las necesidades de Chuykov eran grandes, y recibió el equivalente a diez divisiones; pero, aproximadamente, el triple de esa cifra —27 divisiones— fueron destinadas a las zonas de concentración, detrás del Frente de Stalingrado.

También fue necesario reestructurar el mando. Se abolió la doble responsabilidad de Yeremenko, y los frente recibieron nuevos y confusos nombres. El Frente de Stalingrado se convirtió en el Frente del Don, y quedó bajo el mando del teniente general K. K. Rokossovsky, mientras que el Frente del Sudeste, fue rebautizado con el nombre de Frente de Stalingrado, y quedó bajo el mando de Yeremenko. También se estableció un nuevo Grupo de Ejército, el Frente Sudoeste, bajo el mando del teniente general N. F. Vatutin. En el momento adecuado, ocuparían las posiciones a la derecha de las fuerzas de Rokossovsky, pero, por el momento, se mantuvo secreta su existencia, y sus tropas permanecieron detrás de la línea del frente, entrenándose, equipándose y preparándose.

El éxito del plan soviético dependía de dos factores: el primero, la estimación general del Stavka, de que el poderío germano había iniciado una curva de lento descenso, y que no dispondrían de grandes reservas estratégicas disponibles que lanzar a la lucha cuando se iniciara la ofensiva soviética, y el segundo, del continuado éxito de los Setenta y Dos y Sesenta y Cuatro ejércitos para mantener comprometido a gran número de fuerzas alemanas en la zona de Stalingrado. Esto, a su vez, dependía de la habilidad del Sesenta y Dos Ejército para seguir luchando en la ciudad, porque tan pronto como cayera Stalingrado, el Sexto Ejército estaría en situación de dedicar parte de sus fuerzas, lo mismo su propia infantería que los carros del Cuarto Ejército Panzer, a la defensa del flanco Norte.

La cabeza de puente sobre el Volga estaba formada solamente por la parte Norte de la ciudad, consistente en la factoría de tractores, la planta de armamentos, conocida como "Barricadas", y la acería "Octubre Rojo", así como cierto número de fábricas más pequeñas, que se extendían a lo largo de la orilla del Volga, por encimo del Mamayev Kurgan, y con los grupos de casas para sus obreros, situadas directamente a poniente de las fábricas. Bajo el doble estímulo —la esperazan del ascenso y el temor de la proximidad del invierno ruso, que ya comenzaba a llamar a las puertas—, el 4 de octubre, Paulus lanzó su más fuerte ataque hasta entonces.

Aunque la mayor parte del Sesenta y Dos Ejército estaba con la moral alta, todavía, de cuando en cuando, se presentaban problemas de moral. A finales del mes de septiembre, Chuykov comenzó a sentir sospechas de los informes recibidos por radio de dos brigadas que quedaron aisladas del cuerpo principal del ejército, y luchaban, independientemente, al Sur del Tsaritsa. Al investigar el asunto, descubrió que el comandante y el cuartel general de la formación habían abandonado a sus hombres y se habían instalado en la isla de Golodny, en el Volga, desde donde daban falsos informes acerca de la marcha de la lucha, transmitiéndolos al Cuartel General del Ejército. Chuykov ha guardado silencio en cuanto a los castigos que impuso, pero sin duda fueron rigurosos en extremo.

Sin embargo, esta situación se descubrió demasiado tarde, porque el 26 de septiembre, una de las brigadas dejadas a su destino abandonó sus posiciones, hizo acudir a los transbordadores y huyó a través del río. La otra brigada fue retirada antes de que pudiera hacer lo mismo, siendo trasladada por transbordadores hasta la zona de las factorías, donde, bajo las órdenes de nuevos mandos, tuvo una buena actuación. La retirada había dejado libres las manos alemanas a la izquierda del Sesenta y Dos Ejército, y se iniciaron los preparativos para otro gran ataque alemán contra el Mamayev Kurgan, que era en ese momento el pivote del extremo meridional de la precaria posición que Chuykov había logrado mantener en la ciudad.

La confianza alemana se encontraba en ese momento en su fase culminante, especialmente entre las tropas que, de hecho, luchaban. Su superioridad en el aire continuaba siendo casi absoluta, porque aunque dos nuevas flotas aéreas soviéticas estaban desplegadas un poco más al Norte, eran preparadas para la contraofesiva y no entraban todavía en la lucha por miedo a descubrir el juego. Nuevas formaciones de Alemania —la mayoría de ellas, unidades especializadas, tales como ingenieros y destacamentos lanzallamas—, eran incorporadas al frente para que participaran en la gran hoguera, y no se tomaban cuidados especiales para camuflar las intenciones de los nuevos ataques que se organizaban. Tan seguros se sentían de sí algunos, es-



Los que se fueron: Arriba izquierda: **El coronel general Halder, jefe del Estado Mayor.** Arriba derecha: **El mariscal de campo List, comandante en jefe del Grupo de Ejército A.—Los que vinieron:** Abajo izquierda: **El teniente general K. K. Rokossovsky, comandante en jefe del Frente Sudoeste.** Abajo derecha: **El general N. F. Vatutin, comandante del Primer Frente Ucraniano.**

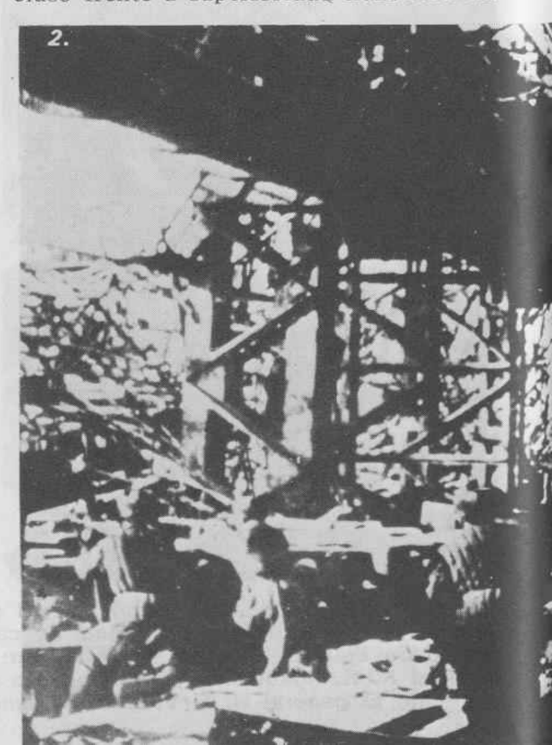
pecialmente los que hasta entonces no habían participado en la lucha, que gritaban a las posiciones rusas (las cuales, con frecuencia, se encontraban al otro lado de la calle o en el edificio inmediato): "¡Rusos! ¡Mañana, Pum, Pum!", poniendo así sobre aviso a sus curtidos enemigos y dándoles oportunidad para que tomaran las medidas adecuadas.

La cabeza de puente se había reducido tanto, que casi podía cubrirse bajo el fuego de las pequeñas armas, y moverse por ella a la luz del día era sinónimo de suicidio. Los avances o retrocesos en la batalla se medían por metros, y la unidad básica de combate era entonces el francotirador o el grupo de asalto, formado por una mezcla de armas, normalmente armas automáticas, granadas de mano, "cócteles Molotov", ametralladoras y rifles anticarros, o, aveces, algún cañón anticarro. No había lucha en las calles, en el sentido normal de la palabra, puesto que salir a descubierto resultaba muy peligroso, y la mayoría de los combates tenían lugar junto a los edificios en ruinas. Los grupos de asalto normalmente estaban formados de seis a ocho hombres cada uno. Su misión consistía en penetrar en un edificio, e iban armados con armas automáticas ligeras, granadas, dagas y palas (que, con frecuencia, se utilizaban, como hachas también).

Estaban apoyados por un grupo de refuerzo que seguía al primero tan pronto como el grupo de asalto se encontraba en el interior, y que establecía un campo de fuego en torno al objetivo, para evitar la aproximación de refuerzos enemigos. Para este fin, los grupos de refuerzo llevaban armamento más pesado, con ametralladoras pesadas y armas automáticas, morteros, rifles anticarros o cañones, palancas, picos y explosivios. Finalmente, se utilizaban grupos de reserva, cuya misión era apoyar a los grupos de asalto, protegiendo los flancos contra ataques enemigos, y, en caso necesario, dispuestos a cubrir la retirada de los grupos de asalto y refuerzo. Estas pequeñas unidades, sumamente especializadas, consiguieron grandes éxitos, y debido al reducido tamaño de la unidad básica de ataque, el grupo de asalto, era posible formar grupos de este tipo de tamaño y composición muy variada, conforme con la naturaleza del objetivo que se intentara alcanzar.

En la defensa, los grupos de asalto estaban equipados con cañones anticarros para el piso bajo, ametralladoras en los pisos más altos, e infantería en todas las alturas, incluido el sótano. El Sesenta y Dos Ejército, gracias a su especializada estructura y tácticas, se mostró superior en la lucha cuerpo a cuerpo, incluso frente a superioridad numérica del





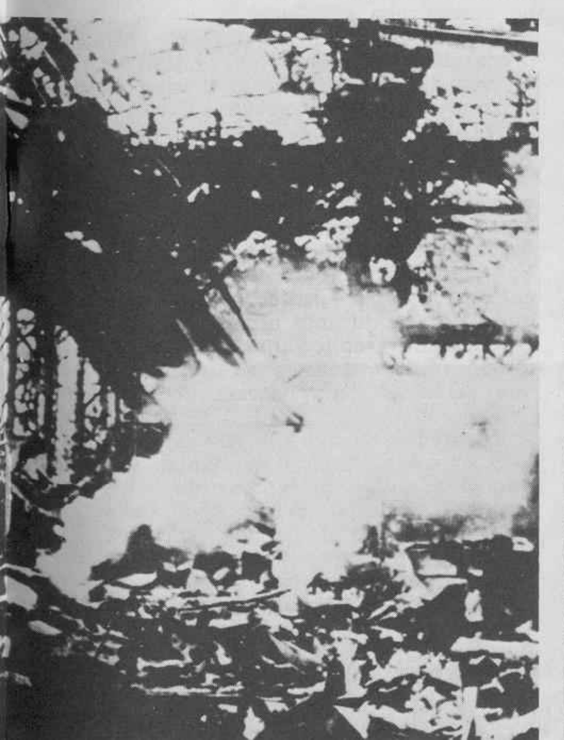
La lucha en las calles:
1. **Avanza un grupo de asalto ruso.**
2. **Una vez en el interior, la lucha era violenta y sin cuartel.**
3. **Los grupos de apoyo impiden la aproximación de los refuerzos enemigos.**
4. **Los alemanes nunca alcanzaron la pericia de los rusos. Tropas de la Luftwaffe, arrogantemente, se mantienen en pie, incitando al enemigo a la matanza.**

enemigo, y la negligencia de Paulus para adoptar métodos especiales con los que hacer frente a las condiciones excepcionales, mostró de nuevo la falta de recursos de los líderes germanos para hacer frente a la situación. Contra la habilidad y astucia de las tácticas especializadas de Chuykov, su única alternativa fue concentrar cada vez mayor número de fuerzas en el extremo del saliente —justamente donde deseaba Zhukov.

Chuykov había triunfado al forjar el Sesenta y Dos Ejército, transformándolo en una unidad sumamente competente en la lucha de casa por casa, y sus tácticas de mantenerse pegado al enemigo habían dado buenos resultados. En muchos de los sectores donde la lucha alcanzaba los niveles de mayor ferocidad, la Luftwaffe, o bien quedaba reducida a la impotencia, o, por el contrario, bombardeaba indistintamente a uno y otro bando. Todos los indicios señalaban que se preparaba un gran ataque alemán. El Sesenta y Dos Ejército necesitaría toda su habilidad y espíritu de combate.

Las informaciones recogidas durante las misiones de reconocimiento y el poco cuidado que ponían los propios alemanes en ocultar sus intenciones, hizo posible saber, hacia el 26 de septiembre, que la ofensiva de Paulus sería montada desde la dirección Gorodishche-Razgulyayevka, contra los bloques de casas de "Barricadas" y de las factorías de "Octubre Rojo". Desde estos mismos bloques continuarían hacia las propias factorías y la orilla del Volga, situadas detrás de ellas. Era un hecho que cada consecutivo ataque alemán reducía más y más el limitado espacio de que disponían Guykov y sus hombres para maniobrar. Por consiguiente, al tener noticia de que se encontraban en camino refuerzos (la 193.ª División de Infantería del general Smekhotvorov empezaría a cruzar el día 27, y que el día 30 seguiría la 308.ª de Infantería del general Guartiev, y que a éstas le seguiría el 3 de octubre la 37.ª de Guardias del general Zholudev), Guykov intentó desbaratar los planes de Paulus mediante un bombardeo constante por parte del grupo de artillería de la orilla Este, y el fortalecimiento de las defensas en el sector Norte de la ciudad, que en esos días eran mantenidas débilmente por la 112.ª División de Infantería, que estaba sumamente agotada, y por una brigada de carros, muy diezmada.

La situación en el Mamayev Kurgan era de nuevo motivo de ansiedad, puesto que los alemanes se encontraban en sus faldas Sur y Occidental, a poco menos de cien metros de distancia de la cumbre. Quizá, un fuerte contraataque aquí restauraría la situación; podría incluso desbaratar los planes de Paulus de





3



4

atacar las factorías, obligándole a enviar las tropas al centro de la ciudad otra vez —con lo cual, y a su paso por la carretera Gumrak-Stalingrado, podrían ser sometidas al fuego de la artillería. Sin embargo, la mayor parte del ejército tendría que permanecer en sus posiciones para poder soportar las ofensivas de Paulus, y, finalmente, sólo podrían utilizarse las diezmadas divisiones de Gorishny, Batyuk y Rodimtsev.

Chuykov se mostraba tan preocupado con la idea de que sus subordinados pudieran reincidir en las prácticas de tiempo de paz, de intentar realizar ataques con grandes formaciones, que se creyó en la necesidad de indicar en su orden de ataques (Orden del Ejército No. 166, del 26 de septiembre): "De nuevo advierto a todos los comandantes de unidades y formaciones que no realicen operaciones de combate con unidades completas, tales como compañías y batallones. La ofensiva debería realizarse principalmente sobre la base de armas pequeñas, con armas automáticas, granadas de mano, botellas de mezcla inflamable y rifles anticarro...".

Después de un bombardeo de sesenta minutos por parte de la artillería, la infantería se puso en movimiento a las 06,00 horas del día 27, pero después de avanzar ligeramente, se vio obligada a buscar refugio ante el ataque de los caza-bombarderos a las 08,00. A las 10,30 se lanzó un gigantesco ataque alemán contra el Mamayev Kurgan y el grupo de casas de "Octubre Rojo". Tres divisiones alemanas, la 24.ª Panzer, la 100.ª de Infantería y la 389.ª de Infantería, intervinieron en la operación. La 100.ª era una nueva división, y en cuanto a la 389.ª, había sido reforzada recientemente. Chuykov se había anticipado a Paulus en sólo cuatro horas y media, y había comenzado la fase más difícil para el Sesenta y Dos Ejército.

La Luftwaffe cubrió totalmente con sus bombas la cabeza de puente, y la fortificación de la 95.ª División de Gorishny, en la cumbre del Mamayev Kurgan, quedó prácticamente borrada del mapa. El Cuartel General del Ejército, situado bajo el saliente del Volga, estuvo sometido a ataque aéreo durante todo el día, y el depósito abierto de petróleo adyacente al Cuartel General comenzó a arder, cubriendo toda la zona con una capa de humo negro y asfixiante. Hacia el mediodía, los teléfonos comenzaron a crear problemas y las conexiones de radio dejaron de funcionar. Sin duda, había graves problemas en el frente, pero en el Cuartel General era imposible conocer la seriedad de la situación.

Los jefes del Sesenta y Dos Ejército se dispersaron, por consiguiente, para investigar. Chuykov fue a la división de Batyuk, Krylov a la de Gorishny y Gurov a la formación acorazada. Cuando regresaron, se encontraron que muchos de sus oficiales del estado mayor habían levantado el campo, por consiguiente, compararon entre sí las notas que habían tomado, pero llegó la noche antes de que tuvieran una visión completa de la situación. En el Norte, los alemanes habían penetrado en las posiciones minadas, arrollando a los puestos de vanguardia de la 112.ª División, y en algunos lugares la hicieron retroceder hasta casi dos kilómetros, penetrando en el bloque de casas de "Barricadas", mientras que en el centro, la división de Gorishny había sido desplazada del Mamayev Kurgan, después de sufrir grandes pérdidas, y lo que quedaba de dicha división se mantenía aferrada de forma precaria a la falda del Nordeste. "Una batalla más como esta —pensó Chuykov—, y estaremos en el Volga."

Krushchev telefoneó desde el Cuartel General del Frente, y Chuykov le informó que, a pesar de los esfuerzos del Sesenta y Dos Ejército, la superioridad alemana en número de hombres y equipo comenzaba a colocarles en situación ventajosa, pero que su Consejo Militar preparaba los planes para destruir la fuerza, atacando hacia la ciudad desde la zona de Razgulyayevka.

"¿Qué ayuda necesita?", preguntó Krushchev.

"No me quejo de la aviación, que está luchando heroicamente, pero el enemigo tiene dominio del aire. La Luftwaffe es su baza decisiva en el ataque. Por consiguiente, sólo pido mayor ayuda en este campo: protección aérea, aunque sólo sea durante unas horas al día."

Krushchev replicó que el Frente hacía todo cuanto estaba a su alcance, pero que vería si podía hacerse un esfuerzo extra.

Esa noche (la del 27 al 28 de septiembre) se envió a los comandantes y a los miembros políticos del Partido a los refugios y a las trincheras, para elevar al máximo la moral de los soldados, al mismo tiempo que dos regimientos de Smekhotvorov eran transportados a través del río y enviados a lugares estratégicos del extremo occidental de los edificios "Octubre Rojo". La artillería ma-

Arriba y centro: El depósito abierto de petróleo, alcanzado por la Luftwaffe el 27 de septiembre.

Una nube de humo negro se cernió sobre la ciudad todo el día.

chacó el Mamayev Kurgan durante toda la noche, a fin de que los alemanes que se encontraban en la cima no tuvieran tiempo para atrincherarse, y al día siguiente se organizó un contraataque por la división de Batyuk y los restos de la de Gorishny.

La Lutfwaffe volvió de nuevo a la carga en la mañana del 28, lanzando contra las tropas soviéticas todo cuanto encontraron. No existen notas de que se lanzara ningún fregadero, pero sí existen pruebas de que se lanzaron trozos de metal, arados, ruedas de tractores y latas vacía (todo ello, a centenares) sobre las cabezas de los hombres de Chuykov. Naturalmente, con sus correspondientes bombas. Mantuvieron ataques constantes contra las tropas, los transbordadores y el Cuartel General del Ejército. Quedaron inutilizados cinco o seis transbordadores de carga, las llamas de los depósitos de petróleo llegaron hasta el refugio del Consejo Militar, y el propio cocinero personal de Chuykov, Glinka, resultó herido en "la cocina", que era sencillamente el agujero formado por un obús al explotar.

Sin embargo, Chuykov presintió un rayo de esperanza. Los ataques de los alemanes le parecía que no tenían coordinación y eran más lentos que anteriormente. Además, la promesa de Krushchev de mejorar el apoyo aéreo había dado fruto, y el general del Aire Khryukin, de 32 años de edad, prestó al Sesenta y Dos Ejército el mayor apoyo aéreo que jamás había tenido, con cuya aportación se inició el contraataque con algunas posibilidades de éxito. No se consiguió reconquistar la cumbre, pero se hizo insostenible para los alemanes, y se convirtió durante algún tiempo en tierra de nadie, sometida a intenso fuego de artillería por ambos bandos.

La lucha del 28 de septiembre, por consiguiente, se había desarrollado razonablemente bien para el Sesenta y Dos Ejército, pero su situación continuaba siendo precaria en extremo, por lo cual el Stavka volvió a estudiar su anterior decisión de reforzar la zona del Sesenta y Dos Ejército con parquedad, especialmente teniendo en cuenta que el ataque lanzado por el Sesenta y Dos Ejército contra Kuporosnoye, el 27 de septiembre, tampoco tuvo éxito, dejando al Sesenta y Dos aislado, como anteriormente. Los refuerzos comenzaban a llegar a Stalingrado, pero no se trataba de divisiones de infantería y carros para el Sesenta y Dos o Sesenta y Cuatro ejércitos. En esta ocasión, eran batallones de ametralladoras y tropas para "zonas fortificadas", en su mayoría (casi todas eran formaciones estáticas, la mayoría de las cuales estaban integradas por veteranos y cuya finalidad era la defensa estática), y no estaban destinadas a la ciudad.

La orden del Stavka consistía en fortificar las islas del Volga y la orilla

Para finales de septiembre, los alemanes dominaban todos los cruces del río, Derecha: **y estaban trayendo refuerzos.**





oriental, entre Sredne-Pogromnoys y Gromki. La artillería en la orilla oriental fue reorganizada para formar parte de las defensas, al mismo tiempo que continuaba prestando apoyo a las tropas de la ciudad, y desde la reserva del Stavka se enviaron nueve batallones de ametralladoras y una división de rifles. Por consiguiente, la situación en la Zona Fortificada número 159 arrojaba la presencia de doce batallones de amtralladoras y artillería, y un número de formaciones, incluyendo la 43.ª Brigada de Ingenieros, que inmediatamente puso manos a la obra de colocar minas a lo largo de la orilla oriental.

Caso de que los alemanes consiguieran penetrar a través de estas defensas y atacar hacia el Norte, hacia la orilla oriental, las divisiones soviéticas que se agrupaban al Oeste del río, detrás del Don, quedarían en peligro. Entonces se derrumbaría el gran plan para envolver al enemigo, y el cazador se convertiría en cazado. Por consiguiente, era necesario poner una defensa *detrás* del Sesenta y Dos Ejército.

El Stavka protegía sus mejores bazas. Ahora que se habían perdido la mayoría de transbordadores de carga, el transporte de hombres y municiones a través de la ciudad sería cada vez más difícil, y también quedaban gran número de heridos en la ciudad, a los que no había sido posible evacuar durante la noche. Mientras tanto, los alemanes trasladaban refuerzos de infantería y carros hasta los edificios inmediatos a "Octubre Rojo", y estaba a punto de entrar en erupción lo que hasta entonces había sido el relativamente tranquilo saliente de "Orlovka".

El saliente de Orlovka estaba formado por una penetración de unos ocho kilómetros, hacia el Norte de la ciudad, y tenía una anchura de kilómetro y medio en su istmo, justamente al Este de Orlovka. Los alemanes que rodeaban el saliente (elementos de la 16.ª Panzer, 60.ª Motorizada, y divisiones de infantería 100.ª y 389.ª) tenían como primordial misión proteger el flanco Norte del Cuarto Ejército contra cualquier intento de Yeremenko de penetrar y liberar a las fuerzas sitiadas en Stalingrado. En tanto las tropas soviéticas en el interior del saliente se mostraran tranquilas, los alemanes no les prestarían mucha atención. Chuykov, por su parte, no tenía fuerzas sobrantes para intentar actos dramáticos en partes relativamente remotas del sector que ocupaba el Sesenta y Dos, por consiguiente, se abstenía de provocar a los alemanes en dicha zona, en la que la guarnición era relativamente débil. Sin embargo, Paulus observó cierto peligro en la continuada existencia del saliente. Si Yeremenko lograba establecer contacto con el saliente, su flanco izquierdo sobre el Volga, en Latashanka, quedaría cortado, y si Chuykov situaba alguna de sus nuevas divisiones en el saliente, el



flanco de las fuerzas alemanas que atacaban en el área de la factoría sería vulnerable.

Con la iniciación de la ofensiva en la parte Norte de la ciudad, que conduciría a un gran ataque en la zona de la factoría, resultaba evidente que había llegado el momento de que Paulus intentara liquidar el saliente de Orlovka, y puso manos a la obra para realizarlo. Quedaron rápidamente arrolladas las débiles fuerzas de esta zona, y en vista de los informes de inteligencia que hablaban de la concentración de carros e infantería de las divisiones 14.ª Panzer y 94ª de Infantería, en los barrancos "largo" y "empinado" de Vishnevaya, y en el cementerio de "Octubre Rojo", era evidente que se preparaban nuevos ataques contra las factorías de tractores y "Barricadas". Por consiguiente, Chuykov decidió que no tenía nada que hacer en el saliente de Orlovka, y retiró de allí a la mayor parte de la brigada de infantería de Andryusenko, la reforzó con un regimiento de anticarros y dos compañías de Gorokhov, y se preparó para lanzar un contraataque tres días más tarde, sobre los edificios de "Barricadas".

La 39.ª División de Infantería de Guardias de Guryev comenzó a cruzar el Volga esa noche del 30 de septiembre. Solamente contaba con la mitad de sus efectivos, pero como se conocía el valor y pericia de sus hombres, Chuykov decidió que tomara posiciones entre la Fábrica del Silicato y la calle Zuyevskaya, puesto que pensaba utilizarla en su contraaque contra el grupo de casas las "Barricadas". Sin embargo, al día siguiente, sus vecinos de la izquierda, la división de Smekhotvorov, sufrieron un grave revés cuando los alemanes consiguieron abrir una brecha en sus posiciones, y lo más probable era que lograran penetrar en la factoría "Octubre Rojo". Por tanto, se tomó la decisión de desplegar la 39.ª de Guardias detrás de los hombres de Smekhotvorov, con instrucciones de transformar los edificios de la factoría en posiciones fortificadas. El 1 de octubre, las dos puntas del movimiento en pinza alemán se unieron en el saliente de Orlovka, dejando aislado al 3.er batallón de Andryusenko, el único que no había sido retirado. El regimiento tenía tan sólo 200 municiones por rifle, y comida para dos días, a pesar de lo cual mantuvieron la resistencia durante cinco días, y, el último, el 7 de octubre, 120 supervivientes consiguieron alcanzar las líneas del Sesenta

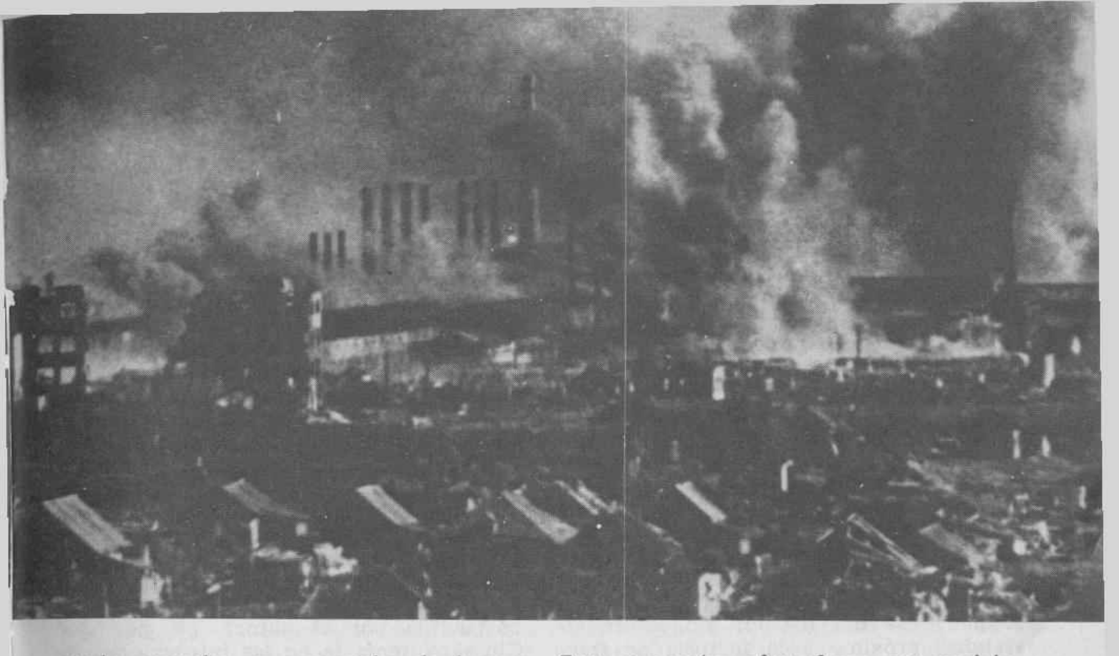


Ahora las fábricas se convirtieron en el centro de la batalla.

y Dos Ejército, dejando tras de sí 380 muertos y heridos.

La posición del Sesenta y Dos Ejército empeoraba con rapidez. La división de Smekhotvorov había tenido problemas desde el mismo día de su llegada; el primero había perdido a los comandantes de tres regimientos y tres batallones, y en menos de una semana de acción sus hombres habían quedado reducidos a 2.000. Afortunadamente, se estaba agrupando al otro lado del Volga otra división de refuerzo, la 308.ª de Infantería del coronel Gurtyev, la mayor parte de cuyos hombres eran siberianos. En los sectores de Batyuk y Rodimtsev, en el centro de la ciudad, los alemanes estaban a punto de ser rechazados, a pesar de lo cual continuaban aumentando su presión. Un batallón de alemanes, disfrazados con uniformes del Ejército Rojo, habían intentado penetrar a lo largo del barranco "empinado" del Volga, pero se descubrió su artimaña y el batallón fue destruido. La división de Smekhotovorov tenía que ceder terreno, y los alemanes se acercaban más y más a la factoría "Octubre Rojo", y por si Chuykov no tuviera suficientes problemas, su Puesto de Mando sufrió un nuevo ataque.

Poco más de una semana antes se prendió fuego el petróleo del depósito sobre el Puesto, y desde entonces había



estado envuelto en una nube de humo negruzco que hacía prácticamente intolerable las condiciones del trabajo. Pero al menos constituía una cortina de humo contra los ataques de la Luftwaffe. El 2 de octubre, sin embargo, se lanzó contra el puesto un intenso ataque de artillería, y en esta ocasión se reventaron algunos de los depósitos, inundando con petróleo en llamas el mismo puesto, las barcazas semihundidas y el Volga. Los cables de teléfono se prendieron fuego, la radio sólo funcionaba de forma intermitente, y no había ruta para escapar, por consiguiente, Chuykov ordenó a los mandos del estado mayor que se ocultaran en los refugios que todavía estaban intactos y que mantuvieran contacto con las tropas mediante la radio. El fuego duró varios días: el puesto estuvo sometido al bombardeo y era imposible dormir, pero, según Chuykov, quizá lo más irritante durante esos días eran las continuas llamadas por radio del general G. F. Zakharov, jefe del Estado Mayor de Yeremenko, con preguntas insignificantes y cuyo único propósito era comprobar si el Cuartel General del Ejército continuaba existiendo.

A partir de ese momento la presión alemana se intensificó de forma gradual. Por todas partes, en el Norte de la ciudad, se reducía lentamente el perímetro soviético, y la factoría "Octubre Rojo" quedó bajo el ataque directo alemán, pero hasta ese momento los hombres de Guryev seguían aferrados a sus posiciones, y lo mismo podía decirse de las divisiones que estaban en el centro de la ciudad. Pero se presentó un nuevo peligro, cuando, el 4 de octubre, las patrullas de Chuykov establecieron la presencia de tres divisiones de infantería y dos Panzer, en un frente de cinco kilómetros, entre el Mechetka y la Colina 107,5, al Norte del mismo. La Factoría de Tractores estaba a punto de ser atacada.

El día anterior se había notificado a Chuykov que la División de Infantería de Guardias (general Zholudev) iba a cruzar hasta Stalingrado esa noche. Había llegado sin sus cañones anticarros, a causa de la escasez de barcas, y por alguna razón, no aclarada, su Cuartel General no pudo cruzar esa primera noche, por consiguiente, se colocó a sus regimientos bajo el mando directo del Cuartel General del Ejército, y rápidamente se les envió a posiciones a la derecha de los hombres de Gurtyev, para defender la Fábrica de Tractores. A la noche siguiente, se les unieron los carros ligeros de la 84.ª Brigada Acorazada —no fue posible transportar, a través del río, a los carros medios. Los carros ligeros eran inútiles contra los carros de combate alemanes Mk III y IV, por consiguiente, fueron atrincherados para ser utilizados como puntos estáticos de artillería.

Los refuerzos llegaron justamente a

tiempo, porque apenas habían llegado a sus posiciones, cuando, el 4 de octubre, se lanzó el más importante ataque alemán contra la Fábrica de Tractores, con elementos de las divisiones 14.ª Panzer, 60.ª Motorizada y 389.ª de Infantería. Los guardias de la 37.ª rechazaron los ataques y los alemanes no consiguieron ninguna ventaja. El 6 de octubre fue un día tranquilo, que utilizaron los alemanes para reagruparse, y Yeremenko, considerando que esto era una prueba de agotamiento alemán, incitó a Chuykov a que utilizara su 37.ª de Guardias para un contraataque al día siguiente, pero el contraataque nunca se produjo, porque los alemanes se adelantaron con un ataque a gran escala, en el que participaron dos divisiones de infantería y un gran número de carros. La 37.ª de Guardias se vio obligada a retroceder lentamente, haciendo que los alemanes pagaran un elevado precio por cada pie que avanzaban, y la principal conquista alemana ese día fue un bloque de viviendas, próximo a la factoría de tractores. A las 18,00 horas, los cohetes *Katyuska* lograron un fortuito, pero fantástico éxito, al borrar casi completamente con una sola andanada a un batallón completo al Oeste del puente del ferrocarril, sobre el Mechetka. Esto hizo que las pérdidas alemanas de Paulus se elevaran ese día a casi cuatro batallones —realmente, un precio muy alto por sólo un bloque de casas. Hubo una pausa para reconsiderar la situación.

La tregua duró unos cuatro días, pero era evidente que la lucha sería realmente encarnizada cuando se reanudara otra vez. Ambos bandos se reagruparon, y el Sesenta y Dos Ejército se preparó para resistir los renovados ataques contra la fatoría de tractores. Yeremenko ordenó un contraataque contra los barrios occidentales de la Fábrica de Tractores, que se lanzó el 12 de octubre, y en el cual tomaron parte la 37.ª de Guardias y un regimiento de la división de Gorishny. Este contraataque refleja la tensión existente entre los principales protagonistas soviéticos, y Chuykov, escribe: "No esperábamos grandes resultados del contraataque, pero pensamos que *en esta ocasión* el comandante del Frente tenía algún motivo para pedir al Sesenta y Dos Ejército que montara el ataque" (en bastardilla por el autor). ¿Y por qué Chuykov tenía fe en las intrucciones de Yeremenko *en esta ocasión*? Sencillamente, había recibido notificación de que el Sesenta y Dos Ejército se le racionaría en breve el suministro de municiones, lo cual siempre es sintomático para un comandante de que en algún lugar se está montando una gran ofensiva. Se



mantenía el más completo secreto acerca de la contraofensiva. El propio Yeremenko hacía tan sólo menos de quince días que había sido informado acerca del "Plan Urano", como se había bautizado a la ofensiva. Pero esta señal era inconfundible.

Teniendo en cuenta las características de la lucha en Stalingrado, el contraataque de Chuykov tuvo gran éxito, porque los hombres de Zholudev conquistaron más de 300 metros, y los de Gorishny, unos 200, pero fue todo lo que pudieron avanzar. Lucharon durante todo el día 13 sin conseguir avanzar un solo paso, y el 14, Paulus lanzó cinco divisiones, dos de ellas Panzer, contra las fábricas de Tractores y "Barricadas".

El 14 de octubre, se produjo el momento más crítico para el Sesenta y Dos Ejército. La Luftwaffe realizó unas 3.000 misiones, mientras que en tierra las divisiones 14.ª y 24.ª Panzer, la 60.ª Motorizada, la 100.ª y la 389.ª de Infantería atacaron en tromba a las divisiones de Zhulodev, Gorishny y Gurtyev, así como a la 84.ª Brigada Acorazada. Poco antes del mediodía, quedó rota la línea del frente de Zholudev; a través de la brecha abierta en dicho frente penetraron 180 carros de combate, algunos de los cuales se dirigieron hacia la Fábrica de Tractores, y otros, hacia el Mechetka, para tomar por la retaguardia a la 112.ª División, situada en su proximidad. Durante todo el día, la lucha fue confusa, y al caer la noche, los alemanes habían rodeado tres costados de la Fábrica de Tractores y luchaban en los talleres. En torno a sus muros, yacían 3.000 alemanes muertos, prusianos orientales de la 24.ª Panzer e infantes de la 389.ª División de Essen, así como numerosos centenares de los guardias de Zholudev. Esa noche, los transbordadores del Volga evacuaron a 3.500 heridos soviéticos, la cifra más alta de cualquier día aislado de lucha.

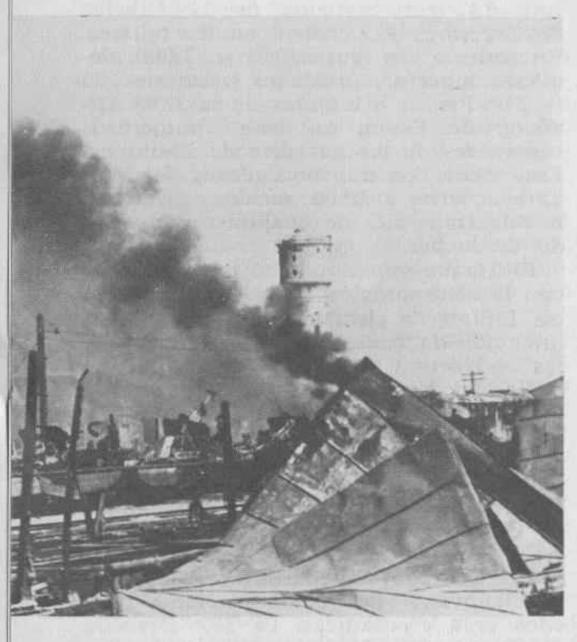
El ataque se reanudó al día siguiente, con la incorporación de la 305.ª División de Infantería alemana, puesto que era intención de Paulus ampliar sus conquistas al Norte y al Sur, a lo largo de la orilla del Volga. Y estuvo a punto de triunfar; el Sesenta y Dos Ejército había quedado dividido, los prusianos de la 24.ª División Panzer alcanzaron la orilla del Volga, en el extremo Norte de la Fábrica de Tractores, y el Grupo Norte de Chuykov (tres brigadas de infantería y los muy pocos supervivientes de la 112.ª División) quedaron cercados en Spartanovka; las comunicaciones con ellos eran esporádicas. La 37.ª División de Guardias de Zholudev había sido desplazada de la Fábrica de Tractores y lo

La Fábrica de Tractores.

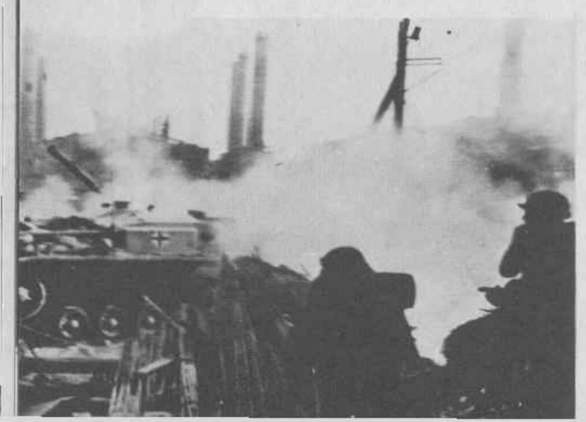




En las zonas ferroviarias y los patios de las fábricas la lucha se recrudeció.





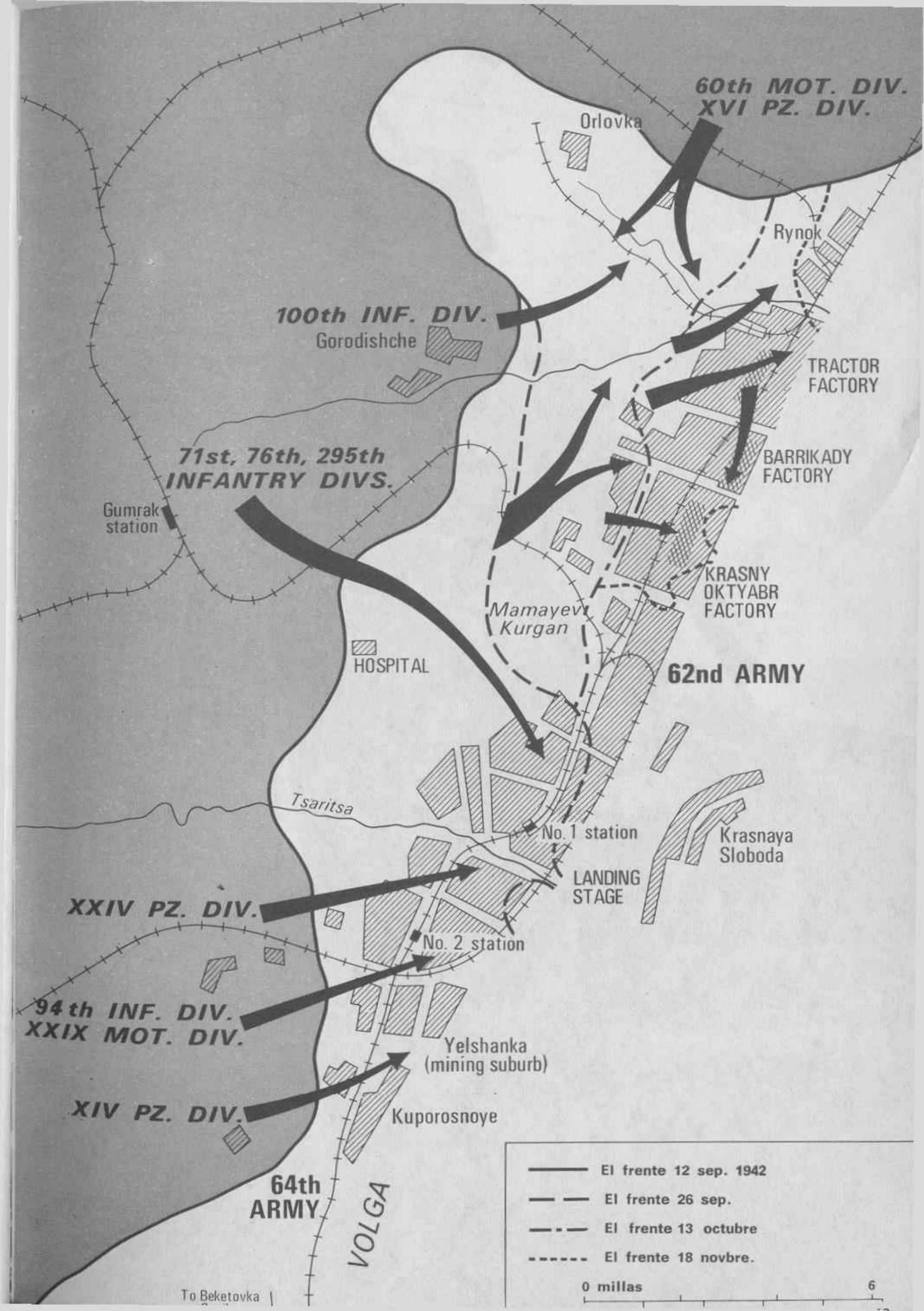


que quedaba de la división luchaba como guarniciones separadas, la mayoría de ellas en los grupos de casas de la Fábrica de Tractores.

La división de Gorishny pasaba también momentos difíciles, y los infantes alemanes habían conseguido penetrar y situarse a unos 350 metros del Cuartel General del Ejército. Los cables telefónicos ardían pasto de las llamas, no sólo en el Puesto de Mando, sino también al otro lado del río, en el puesto de mando de emergencia. Existía la posibilidad de que pudieran comunicar con el Ejército y la Artillería del Frente en la orilla Este, y Chuykov se vio obligado a considerar la probabilidad de que en esta ocasión resultara destruido el Curtel General del Ejército y comunicó con Yeremenko, pidiéndole permiso para enviar algunas secciones del cuartel general al otro lado del Volga, aunque comprometiéndose al mismo tiempo a que él personalmente, Gurov y Krylov, permanecerían en la ciudad. Yeremenko rechazó la petición. El ver cómo se retiraba el Cuartel General tendría un gran impacto sobre las tropas que luchaban en primera línea en momento tan crucial.

Por consiguiente, continuaron en sus puestos, y para la noche del 16 de octubre se había frenado una vez más el ataque alemán. Las divisiones de Zholudev y Gorishny perdieron el 75 por ciento de sus hombres el 15 de octubre, pero las pérdidas de los atacantes alemanes fueron tan elevadas, que la ofensiva de Paulus quedó paralizada de nuevo. Comenzaba a notar la falta de hombres —ya había tenido que recurrir a otras partes del Grupo de Ejército B para conseguir tropas que difícilmente podían concederle, incluso en el Ejército de Reemplazos de Alemania. Por consiguiente, no podía esperar refuerzos, mientras que, por otro lado, los soviéticos todavía no habían agotado sus recursos. Un regimiento de la 138.ª División de Rifles del general Lyudnikov ya había cruzado a la ciudad, otros dos llegaron la noche del 16 al 17 de octubre, e inmediatamente fueron enviados a reforzar los sectores de las divisiones en manos de Zholudev y Gorishny.

Chuykov consideraba que no podía dejar abandonado ningún sector de su frente durante mucho tiempo. Observó una gran fuerza alemana que se agrupaba y tomaba posiciones, desde las cuales podrían atacar la fábrica "Octubre Rojo", y tuvo que tomar medidas para hacer frente a tal eventualidad. Al mis-


60th MOT. DIV.
XVI PZ. DIV.
Orlovka
Rynok
100th INF. DIV.
Gorodishche
TRACTOR
FACTORY
71st, 76th, 295th
INFANTRY DIVS.
BARRIKADY
FACTORY
Gumrak
station
KRASNY
OKTYABR
FACTORY
Mamayev
Kurgan
HOSPITAL
62nd ARMY
Tsaritsa
No. 1 station
Krasnaya
Sloboda
LANDING
STAGE
XXIV PZ. DIV.
No. 2 station
94th INF. DIV.
XXIX MOT. DIV.
Yelshanka
(mining suburb)
XIV PZ. DIV.
Kuporosnoye
64th
ARMY
VOLGA
El frente 12 sep. 1942
El frente 26 sep.
El frente 13 octubre
El frente 18 novbre.
0 millas
6
To Beketovka



Abajo: **El atacante.** Derecha: **El defensor.**



mo tiempo temía que Paulus estuviera tramando algo en los sectores más tranquilos, al Sur de la fábrica, e intentara un ataque sorpresa allí mientras la mayor parte del Sesenta y Dos Ejército estaba plenamente comprometido en la zona de la fábrica, aunque los hechos demostraron que había sobrestimado la astucia de Paulus en esta ocasión.

Yeremenko había hablado a Chuykov el día 15, y, convencido de que Chuykov estaba un poco desmoralizado (no dice por qué, pero es posible que su petición de trasladar parte del Cuartel General del Ejército al otro lado del río tuviera algo que ver. En verdad, hubiera sido un milagro si el ánimo de Chuykov no hubiera sufrido un poco bajo el impacto de los acontecmientos, pero la capacidad de Yeremenko para el optimismo, con o sin razón, era notable), decidió visitarlo. Después de un fallido intento para cruzar el río, tuvo suerte en el segundo. Chuykov no se mostró muy contento durante la visita. A lo largo de toda la batalla, hizo todo lo posible para evitar la presencia de personalidades, lo cual consideraba una carga y una distracción. Pero la visita concluyó sin que se aireara ninguna desavenencia, y Yeremenko partió de madrugada, después de acceder a una nueva petición de Chuykov de recibir más refuerzos (en pequeñas unidades, en lugar de divisiones), así como municiones. Sin embargo, el humor de Chuykov no mejoró lo más mínimo cuando le comunicaron su cupo de munición para el mes siguiente, que sólo duraría un día de intensa lucha; las fuertes protestas sólo consiguieron un pequeño aumento. Sin duda, algo muy importante se estaba cociendo.

La noche del 17, el Sesenta y Dos Ejército trasladó de nuevo su puesto de mando a un lugar sobre la orilla del río, situado a casi un kilómetro al Sur del Barranco Banny, y a la misma distancia del Mamayev Kurgan. Allí habían de permanecer hasta que hubiera pasado la batalla. Los alemanes continuaron ganando terreno hacia la fábrica "Octubre Rojo", el día 18, y, a final de la mañana, arrollaron el flanco derecho de Smekhotvorov, amenazando con dejar aisladas algunas de las unidades de la división de Gurtyev, situadas a continuación; por consiguiente, para conjurar este peligro, Chuykov ordenó que algunos de los hombres de Gurtyev se retiraran entre 200 y 300 metros: era la primera vez que había ordenado una retirada en la ciudad, desde que se hizo con el mando del ejército.

Los días 19 y 20 fueron relativamente tranquilos, teniendo en cuenta lo que era Stalingrado. Los alemanes continuaron atacando el grupo Norte, aislado en Spartanovka, e igualmente mantuvieron la presión sobre las fábricas, pero sin alcanzar ningún éxito importante. Paulus no recibía más refuerzos, pero todavía podía reorganizar y retirar otras fuerzas del Sexto Ejército de los sectores más tranquilos del largo frente, mientras que los refuerzos para el Sesenta y Dos Ejército tropezaban con dificultades físicas mucho mayores. El Servicio de Inteligencia informó de la concentración de nuevas unidades alemanas en la zona de edificios de "Barricadas", y las unidades de intendencia del Sesenta y Dos Ejército tuvieron que aportar en este caso hombres. Los herradores, sastres, zapateros, mecánicos y otros fueron integrados en compañías de infantería y trasladados en barcas hasta la ciudad.

El 21 de octubre, los alemanes volvieron a atacar las fábricas de "Barricadas" y "Octubre Rojo", así como los últimos transbordadores del Sesenta y Dos Ejército, pero sin que pudiera decirse que tuvieran ningún éxito. Al día siguiente, sin embargo, aumentó la presión al lanzar Paulus al ataque a la 79.ª División de Infantería, con apoyo de carros. Al caer la tarde, había quedado rota la línea soviética en la fábrica "Barricadas". Los alemanes avanzaban sobre ella, a lo largo de las vías muertas, y una compañía de rifles automáticos, de la 79.ª División de Infantería, había alcanzado el extremo Nordoeste de la acería "Octubre Rojo". Al día siguiente, volvió a intensificarse la presión, y al caer la tarde, las dos terceras partes de la fábrica "Barricadas" se encontraban en manos alemanas, mientras que pequeños grupos alemanes, armados con



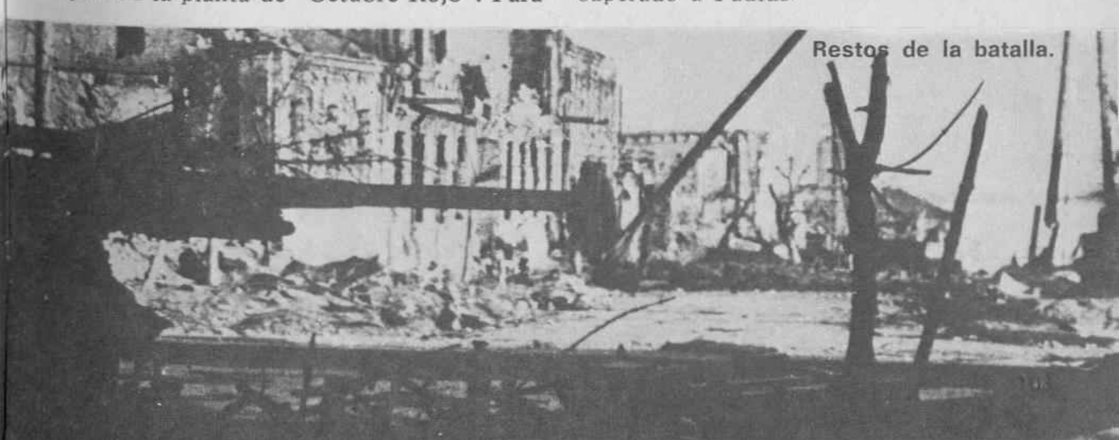
metralletas, penetraron en los talleres de la planta "Octubre Rojo".

Ambos bandos comenzaban a debilitarse conforme las divisiones de Paulus se consumían en la lucha al ritmo de una división cada cinco días, o incluso en menos tiempo, en la zona de las factorías. Era evidente que no podía mantener su presión de forma indefinida, mientras que, por otro lado, las fuerzas soviéticas en la ciudad habían quedado divididas, la fábrica de tractores y la mayor parte de "Barricadas" habían caído en manos alemanas, y se luchaba en el interior de la de "Octubre Rojo", donde los ametralladores soviéticos, desde el interior de los altos hornos apagados, intentaban rechazar a los alemanes, situados al otro lado de la fundición. Prácticamente, habían dejado de existir la 37.ª División de Guardias, la 308.ª y la 193.ª de Infantería, pues, entre todas ellas, tenían tan sólo unos centenares de hombres.

El 25 se renovó el ataque sobre el grupo Norte, situado en Spartanovka, se perdió el núcleo central y las tropas de Gorokhov se retiraron hacia el río, pero después de dos días más de lucha —en que los cañones de la Flotilla del Volga de la Marina soviética causaron gran número de bajas entre los alemanes que atacaban— el Sexto Ejército fue rechazado. Más al Sur, las cosas marchaban mal para Chuykov, conforme las tropas de la 79.ª División alemana mantenían su empuje hacia la planta de "Octubre Rojo" y llegaron al Cuartel General de la 39.ª de Guardias de Guryev, sobre el cual comenzaron a lanzar granadas de mano. Chuykov, de forma apresurada, envió una compañía de la Guardia del Cuartel General del Ejército, que alivió la situación, pero no pudo regresar a su puesto de mando, y tuvieron que permanecer con la división de Guryev en la planta de "Octubre Rojo". Para colmo, el mismo día (27 de octubre), los ametralladores alemanes llegaron a un punto situado entre las plantas de "Barricadas" y "Octubre Rojo", a menos de 400 metros del Volga, quedando bajo el fuego directo de las ametralladoras alemanas el último lugar de desembarco sobre el Volga de que disponía el Sesenta y Dos Ejército.

Afortunadamente, otra división de refuerzos soviética —la 45.ª División de Infantería de Sokolov— había comenzado a cruzar durante la noche, y dos batallones de la misma habían conseguido llegar a la ciudad antes de la madrugada del 27. Fueron colocadas en posiciones entre las dos fábricas, con órdenes de que no permitieran que los alemanes se acercaran al río, lo cual consiguieron hacer hasta esa tarde, cuando su flanco izquierdo tuvo que retroceder unos cien metros. Un día de lucha había costado a las 45.ª División la mitad de los hombres de sus primeros batallones y el desembarco de las restantes unidades de la división sería lento y difícil; podría llevar de dos a tres días. ¿Pero podría el Sesenta y Dos Ejército continuar luchando durante tanto tiempo? Paulus ocupaba ahora el 90 por ciento de la ciudad, y la totalidda del 10 por ciento soviético estaba bajo su fuego. Los hombres de Chuykov sólo ocupaban el Mamayev Kurgan, unos pocos edificios de la factoría y un estrecho pasillo sobre la orilla del Volga, de varios kilómetros de longitud, pero con unos cientos de metros de anchura solamente.

De forma increíble, consiguieron mantener sus posiciones, e incluso pudieron montar un pequeño contraataque con tres carros "remendados". La lucha continuó hasta el 30 de octubre, pero los ataques alemanes eran cada vez más débiles. De nuevo, el Sesenta y Dos Ejército había superado a Paulus.


Restos de la batalla.

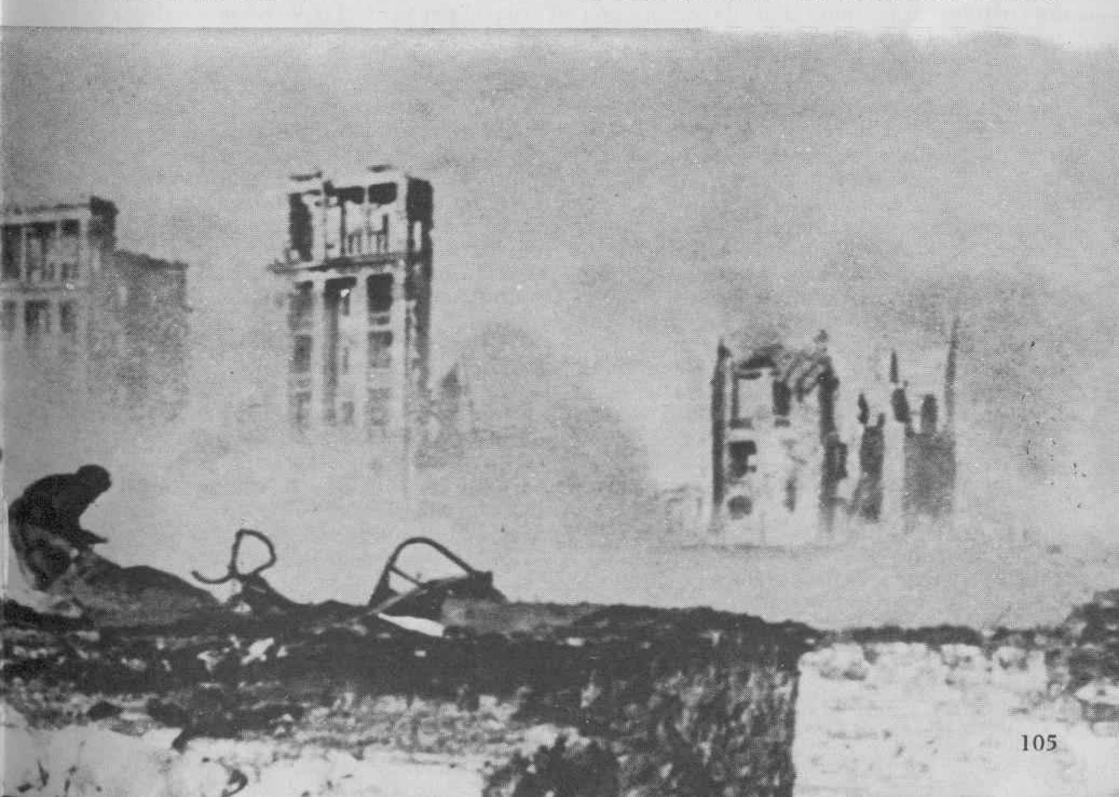
Tambien tendremos fiesta en nuestra calle



Todavía se habían de producir más ataques por parte del Sexto Ejército, y Chuykov habría de vivir momentos de ansidedad, pero ninguno igualaría a los que su ejército había pasado ya. No quedaban dudas de que la ofensiva alemana no alcanzaría los objetivos establecidos en la primavera; pronto llegaría el invierno y la guerra de agotamiento del verano había dejado a la Wehrmacht mal preparada para enfrentarse con él. Los hombres del Sesenta y Dos Ejército no lo sabían, pero ya, el 14 de octubre, Hitler había suspendido las operaciones ofensivas en todo el frente, excepto en Stalingrado y en un pequeño sector del frente de Stalingrado. Tampoco sabían nada, naturalmente, por conducto oficial, porque la más absoluta seguridad ocultaba los preparativos de la contraofensiva; pero a través de rumores, que tenían la misma fuerza en el Ejército Rojo que en otros lugares, en el ambiente había un algo muy importante. En primer lugar, se había reducido el cupo de municiones, las idas y venidas de los jefes superiores del Stavka, el discurso de Stalin el 7 de noviembre, con motivo del 25 aniversario de la Revolución, con su misteriosa declaración: "También tendremos una fiesta en nuestra calle".

Yeremenko informó a Chuykov que los alemanes planeaban suspender su ofensiva contra el Sesenta y Dos Ejército, y retirar las tropas de la ciudad hacia los flancos y la retaguardia. Todavía no lo iban a hacer, pero a buen entendedor con palabras le bastan, y Chuykov interpretó esta curiosa declaración como una invitación para mantener al Sexto Ejército en la ciudad, hostigando al enemigo. Shumilov lanzó al Sesenta y Cuatro Ejército a una pequeña ofensiva en la zona Sur, en Beketovka, cuya finalidad aparente era liberar a la ciudad, pero lo que en realidad pretendía era distraer la atención alemana de los acontecimientos en el Don.

Era conveniente, caso de ser posible, evitar que los ojos alemanes vieran lo que sucedía al Norte del Don. El equipo del Stavka —el general del Ejército, Zhukov, el coronel general Vassilevsky—, todos ellos rostros familiares en los cuarteles generales del Frente del Don, habían visitado el frente otra vez más, al principio de noviembre, trayendo con ellos en esta ocasión a un visitante, el coronel general de Artillería N. N. Voronov, el comandante de la Artillería del Ejército Rojo. El 3 de noviembre, Zhukov inició la ronda final de conferencias con todos los jefes hasta el nivel



de comandante de división, primero, en el Cuartel General del Quinto Ejército Acorazado del nuevo Frente Sudoeste, después, una nueva conferencia para sus colegas en el Frente del Don, y, finalmente, otra para los comandantes de la pinza del Sur, en el Cuartel General del Frente de Stalingrado.

El alcance del plan era muy vasto, y lo mismo podía decirse de las fuerzas reunidas para realizarlo. Desde el Oeste al Este, a lo largo del Don, desde Veshenskaya al comienzo de la gran curva, y desde allí, a través del Volga, en Yerzovka, se encontraban cinco ejércitos —el Quinto Acorazado, el Veintiuno del Frente Sudoeste, el Sesenta y Cinco, el Vtinticuatro y el Sesenta y Seis del Frente del Don. Al Sur, los reforzados ejércitos Cincuenta y Siete y Cincuenta y Uno, del antiguo Frente de Stalingrado, ya habían ocupado los desfiladeros, junto a una serie de lagos. En total, la fuerza estaba formada por más de un millón de hombres, con trece mil quinientos cuarenta y un cañones y morteros, ochocientos noventa y cuatro carros de combate y mil ciento quince aviones. El que los alemanes apenas se dieran cuenta de su existencia, y de que fuera demasiado tarde para reconocer su objetivo constituyen un tributo a la habilidad de ocultación y seguridad del Ejército Rojo, y son, al mismo tiempo, un reproche para el Servicio de Inteligencia de Hitler y sus generales, pero, sin duda, también influyó la suerte.

A pesar de la enormidad de la fuerza, no era excesivamente grande para la tarea que se le había encomendado. En números, era ligeramente inferior a las fuerzas totales del Eje en el área, puesto que éstos superaban el millón de hombres, con unos diez mil cañones y morteros, seiscientos setenta y cinco carros y unos mil doscientos aviones. Por consiguiente, sólo en carros y cañones superaba el Ejército Rojo a su enemigo. Teniendo esto en cuenta, y de acuerdo con el buen principio militar de atacar al enemigo en su punto más débil, Zhukov y sus colegas del Stavka planearon concentrar sus carros, cañones y aviones contra las fuerzas rumanas, situadas a ambos lados de los ejércitos Sexto y Cuarto Panzer —el Tercero rumano, en el Don, y el Cuarto rumano, al Oeste de los lagos situados al Sur de Stalingrado.

Se sabía que estos ejércitos rumanos estaban deficientemente equipados, se mostraban disgustados y, con frecuencia, en malas relaciones con los alemanes (pocos podían comprender qué hacían en Rusia, a gran distancia de sus hogares). Además, debido a la escasez de tropas alemanas, se hizo necesario buscar una aportación rumana; Hitler se había visto obligado a ceder ante los deseos del líder rumano, Mariscal Antonescu, y utilizarlas como formaciones completas, en contra de la opinión de los generales alemanes, que querían integrarlas en formaciones alemanas, a fin de fortalecer su resistencia. Su equipo era lamentablemente inadecuado, especialmente en lo que se refería a carros y armas anticarros, y, para colmo, la situación del Octavo Ejército italiano, que estaba situado inmediatamente al Oeste del Tercer Ejército rumano, no era mucho mejor. Por consiguiente, cabía esperar poca ayuda de ese flanco si el Tercer Ejército rumano se encontraba con problemas.

Debido a lo inadecuado de su equipo y a su poco entusiasmo por la causa, los rumanos no habían tomado ninguna acción contra las cabezas de puente soviéticas en la orilla Occidental del Don, en Serafimovich y Kletskaya, pero habían observado con preocupación su presencia, y no pudieron por menos de descubrir, a pesar de las severas medidas soviéticas de seguridad, que se procedía al refuerzo de dichas posiciones.

El comandante rumano, coronel general Dumitrescu, en más de una ocasión había advertido del peligro que representaban las cabezas de puente soviéticas, y aunque no se había ofrecido voluntario para intentar eliminar dichas posiciones enemigas, haciendo uso de sus tropas, por otro lado, sí había requerido la presencia de unidades alemanas de carros y anticarros en el sector del Tercer Ejército.

Hitler no creía que las cabezas de puente del Ejército Rojo sobre el Don representaban ningún peligro, y de aquí su tendencia natural a considerar aniquilados a los rusos antes de que los acontecimientos demostraran esta tesis. Esta opinión pareció justificada por una estimación del Servicio de Inteligencia militar, que reconocía que el Ejército Rojo "carecía de reservas de importancia para

Concentración de fuerzas. Buen número de fuerzas rusas —infantería, carros ligeros y escuadrones de T-34 fueron concentrados para las batallas del movimiento envolvente.


Кутузов

llevar a cabo operaciones militares". Examinando los acontecimientos de manera retrospectiva, parecía increíble que pudiera formularse tal estimación, pero en aquellos días se creía que los territorios soviéticos sometidos a la ocupación alemana tenían el 40 por ciento del total de la población de la Unión Soviética. Las pérdidas del Ejército Rojo ya superaban la cifra total de los efectivos militares con que éste había comenzado la guerra, y el empleo de veteranos reservistas, marineros y hombres reclutados en Siberia eran motivos suficientes para pensar que "la apisonadora rusa se quedaba sin fuerzas rápidamente". Sin embargo, la forma en que esta estimación, basada forzosamente en información inadecuada, en conjeturas y aproximaciones, había sido transformada por Hitler y su Alto Cuartel General en artículo de fe, hace que desmerezcan los procedimientos utilizados por los cuarteles generales de las fuerzas armadas de Alemania.

De todas formas, aunque Hitler no parecía inclinado a tomar muy en serio las preocupaciones de los rumanos, accedió al envío de algunos efectivos de carros y anticarros, y ordenó que, el 10 de noviembre, el XLVIII Cuerpo de Ejército Panzer pasara al sector del Tercer Ejército rumano. Ya habían caído las primeras nieves del invierno cuando el Cuarto Ejército Panzer salió para Serafimovich, llevando consigo algunas unidades de la 14.ª División Panzer.

El Cuerpo estaba formado por la 22.ª División Panzer alemana y una división rumana de carros, y estaba desorganizada. Tenía gran número de carros checoslovacos anticuados y muy pocos de los mejores carros alemanes Mk III y IV; se le había retirado el Regimiento Panzer Grenadier unos meses antes, y su batallón de Ingenieros de Asalto había sido reclamado por Paulus para su empleo en Stalingrado. Había estado inactivo desde el mes de septiembre, situado detrás del Octavo Ejército italiano, y debido a la escasez de combustible, muchos de los motores de los carros no se habían puesto en marcha desde hacía dos meses, mientras que los carros habían sido atrincherados, camuflados y protegidos contra la escarcha con paja y juncos. Cuando la división alemana recibió órdenes de desplazarse, no fue posible poner en marcha sesenta y cinco de sus ciento cuatro carros, y después de intensos esfuerzos, solamente cuarenta y dos quedaron en orden de marcha. La razón era sencilla. La paja había atraído a los ratones, que habían penetrado en el interor de los carros en busca de comida. Inexplicablemente, los ratones se habían aficionado al gusto del aislamiento que cubría los cables eléctricos, de forma que, cuando se intentó poner en marcha los carros, se produjeron numerosos corto circuitos, y algunos de ellos ardieron a causa de las chispas. La otra formación, la 1.ª División Panzer rumana, no tuvo que enfrentarse con este específico problema, pero de sus ciento ocho carros, todos, menos diez, eran modelos anticuados checos 38-T, que de ninguna forma podían enfrentarse con éxito a los soviéticos T-34 ó KV-1. Conforme el XLVIII Cuerpo de Ejército Panzer se deslizaba, lanzando chispas, hacia su nuevo sector, pocos de los sirvientes de los carros pudieron haber considerado el episodio como un buen augurio para la inminente batalla, ni su moral se hubiera elevado de haber sabido que esta estrafalaria colección de vehículos estaban siendo colocada precisamente en la senda de la punta ofensiva formada por carros de combate soviéticos —el Quinto Ejército Acorazado del teniente general P. L. Romanenko, una formación con sus efectivos completos, con cientos de T-34, carro de tamaño medio, que estaba considerado como el mejor del mundo en aquellos días.

Noviembre comenzó mal para Alemania. El día 4, el ejército de Rommel, en Africa, comenzó su larga retirada hasta Trípoli, y el día 8, las fuerzas norteamericanas desembarcaban en el Norte del Africa francesa. Hitler consideró necesario invadir la Francia no ocupada, inmovilizando así a formaciones que podían haber sido trasladadas con rapidez al Frente Oriental, adonde habían de trasladarse posteriormente tantas unidades estacionadas en la Europa Occidental. En medio de las crisis así surgidas, Hitler abandonó el Cuartel General de Viannitsa, para trasladarse a Munich, puesto que el 9 de noviembre de 1942 era el aniversario del fracasado intento para apoderarse del poder en Baviera, en 1923, y debía hablar en el acto conmemorativo en la Burgerbraukeller. ¿Y qué significaba el desastre en Africa y el peligro que se cernía en el Frente Oriental, comparados con la oportunidad de revivir viejos recuerdos y pronunciar un engañoso discurso, relatando el éxito en la guerra bajo su inspirada dirección, con especial énfasis, en que "ninguna potencia de la tierra podrá desalojarnos de Stalingrado"?

Volviendo de nuevo a la ciudad, digamos que Chuykov se encontraba con un nuevo problema: el hielo del Volga. Debido al gran cauce del río y su situación relativamente meridional, a veces, tarda semanas, e incluso meses, en quedar completamente helado. Una vez que la temperatura alcanza los 15 grados bajo cero, grandes masas de hielo se desplazan hacia el Sur, haciendo imposible la navegación, aunque, cuando la temperatura desciende por debajo de ese punto, las masas de hielo se solidifican e inmovilizan, permitiendo el tráfico rodado o a pie sobre la gruesa capa de hielo. La gran masa de hielo se encontraba ahora en movimiento hacia el Sur, y Chuykov temía que Paulus lanzara otra ofensiva durante el período en que el Sesenta y Dos Ejército no podría utilizar sus rutas de suministro, por consiguiente, ya había hecho cuanto estaba de su mano, a fin de almacenar cuanto fuera posible durante los pocos días que aún quedaban de navegación, y había estrictas órdenes de prioridad —primero, hombres y municiones; segundo, alimentos; tercero, ropa de abrigo.

Pero, sin embargo, Chuykov no consiguió que los servicios de intendencia comprendieran que un soldado aterido de frío y hambriento, aunque con municiones, es mejor que un soldado con buena ropa, el estómago lleno, pero sin poder disparar. El segundo jefe de los Servicios de Intendecia del Ejército Rojo, general Vinogradov, estaba al mando, en la orilla oriental, y tenía sus propias ideas. Por consiguiente, el Sesenta y Dos Ejército recibió un aluvión de orejeras y botas de fieltro, y pronto sus almacenes rebosaron con exceso de alimentos y ropa de abrigo, y Chuykov tuvo que convencer a Krushchev para que interviniera y que hiciera desaparecer a Vinogradov, después de lo cual, el Sesenta y Dos Ejército comenzó a pedir, tomar prestado o sustraer cuantas municiones pudo. Los antiguos marineros y pescadores construyeron rústicamente sus propias embarcaciones, de forma que los métodos más ortodoxos de navegación se vieron suplementados por otros medios para el paso de municiones durante los pocos días que el río permanecería abierto al tráfico marítimo. También se trajeron alimentos, y Chuykov acumuló una reserva de 12 toneladas de chocolate. Con cierta privación, el ejército tenía suministro para dos semanas.

Las patrullas confirmaron que Paulus estaba reagrupando sus efectivos para intentar, una vez más, el último asalto. Llegaron a esa conclusión al comprobar que la 54.ª División de Infantería, la única formación del Sexto Ejército no comprometida todavía, había sido trasladada a la ciudad. Con toda claridad, la ofensiva alemana sería inmediata —el temor de Chuykov de que Paulus intentara coordinarla con la interrupción de la navegación en el río resultó completamente justificado.

A las 06.30 horas del 11 de noviembre, Paulus inició su último intento para capturar la ciudad, utilizando para ello siete divisiones (las 14.ª y 24.ª Panzer, la 100.ª Ligera, la 44.ª, 79.ª, 305.ª y 389.ª de Infantería), con elementos de la 161.ª y de la 294.ª, transportadas por aire desde Rossosh y Millerovo. Fueron colocadas a lo largo del frente, de casi cinco kilómetros, comprendidos entre la calle Volkhovstroyevskaya y Banny Gully, de foma un tanto sorprendente, teniendo en cuenta que habían recibido duro castigo en la lucha durante las semanas precedentes. Las tropas de Chuykov opusieron resistencia en choque frontal, y el aislado grupo Norte, bajo el mando del coronel Gorokhov, intentó aligerar la presión lanzando un contraataque desde el puente del ferrocarril, sobre la boca del Mechetka, contraataque que se diriga hacia la Fábrica de Tractores.

Después de cinco horas de encarnizada lucha cuerpo a cuerpo, que se había convertido en la norma de la batalla, Paulus lanzó al ataque a su reserva táctica, que rebasó el flanco derecho de la 95.ª División de Gorishny y llegó hasta el Volga, a la altura de la planta de "Octubre Rojo", cubriendo una distancia de casi 600 metros a lo largo del Volga. La 138.ª División de Lyudnikov quedó aislada del resto del Sesenta y Dos Ejército; éste quedó dividido en tres grupos —el de Gorokhov, al Norte, en Spartanovka; la división de Lyudnikov, sobre el Volga, al Norte de la factoría "Octubre Rojo", y el núcleo principal, al Sur de la última brecha alemana y hasta el Mamayev Kurgan.

Pero en esta ocasión, el Sesenta y Dos Ejército no sentía la tensión de los días críticos del pasado, porque los defensores sabían que éste era el último intento de Paulus, y aunque se luchaba con dureza, el apoyo de la Luftwaffe carecía de la fuerza que había mostrado en octubre, y los hombres de Richthofen, de 3.000 vuelos diarios, habían reducido su número a un tercio, aproximadamente.



El último intento para capturar la ciudad. La infantería alemana, al ataque.



El Ejército Rojo resiste.





Arriba: **Imperceptiblemente, la marea cambiaba de sentido.**
Derecha: **Zhukov planea el contraataque.**

Las pérdidas soviéticas fueron muy elevadas durante la lucha del 11 al 12 de noviembre (el 118 Regimiento de Guardias tenía 250 hombres al comenzar la lucha el día 11, y perdieron 244 en las primeras cinco horas y media), pero en esta ocasión todos comprendían que el final de la lucha estaba muy próximo.

Como era de esperar, la tarde del día 12, el ataque alemán comenzó a desvanecerse, aunque todavía continuó la lucha, y la división de Lyudnikov se encontró en una situación muy precaria. Chuykov se encargó de llamarle por radio, para informarle que había fuerzas en camino. Esto era un simple engaño, y estaba destinado a los oídos alemanes. De hecho, Chuykov no podía prestarle ninguna ayuda a corto plazo, y la única forma en que la división de Lyudnikov podía intentar aliviar la presión enemiga era retrocediendo lentamente, edificio por edificio. Entonces, en toda la ciudad, el Sesenta y Dos Ejército comenzó a contraatacar, bloque por bloque, casa a casa, habitación por habitación. De forma casi imperceptible, la marea comenzaba a cambiar de sentido.

La tarde del día 18, Chuykov y sus mandos superiores celebraban una reu-



nión en su refugio. El ambiente estaba un tanto deprimido. Se encontraban preocupados por la falta de hombres, puesto que Yeremenko no había cumplido su promesa de enviar nuevos refuerzos.

El teléfono sonó. Era el Cuartel General del Frente: "Pronto daremos una orden. Esté alerta para recibirla".

Se miraron entre sí. ¿Qué sería? De pronto, Gurov, el "Miembro del Consejo Militar", se dio una palmada en la frente: "¡Ya sé lo que es! ¡Es la orden de la gran contraofensiva!"

Y así era. Al día siguiente deberían atacar los frente Sudoeste y Don, desde la zona de Kletskaya, dirigiendo su avance sobre el gran puente del Don, en Kalach. El Frente de Stalingrado iniciaría la ofensiva el día 20, desde el área de Raygorod, también con dirección hacia Kalach, mientras que el Sesenta y Dos Ejército debía hostigar y distraer a los alemanes en la ciudad mediante una serie de contraataques, a fin de evitar que pudiera desplegar fuerzas hacia otros sectores. Zhukov había cebado bien su trampa. Ahora estaba a punto de hacerla saltar.

Zhukov hace saltar la trampa



Para los soldados alemanes del Sexto y Cuarto ejércitos Panzer, el 19 de noviembre comenzó como un día cualquiera. Al frente de ellos se encontraba el bloque de hielo que hoscamente se desplazaba Volga abajo, y detrás, las chimeneas de los suburbios de Stalingrado, que lanzaban su mudo reproche según sobresalían entre las ruinas. Al aclarar el cielo con las primeras luces del día comenzaron los primeros disparos. Era mañana de niebla y ni los aviones alemanes ni los soviéticos habían hecho su acto de presencia. Los alemanes habían iniciado otro ataque el día anterior, aunque sin el entusiasmo mostrado una semana antes, porque el cántaro había ido a la fuente en exceso, y tan sólo su disciplina les mantenía en la brecha. Todo parecía indicar que se pasarían el invierno destruyendo gradualmente a los duros "ivanes", que formaban los grupos de asalto de Chuykov; aquello distaba mucho de la guerra de rápidos movimientos del verano.

La verdad es que la guerra de movimiento, con rápidos desplazamientos, había entrado en una nueva fase a unos cien kilómetros al Nordoeste de Stalingrado. A las 07,30 horas, los cañones y morteros del Voronov— con un total de trescientas cincuenta unidades— lanzaron una cortina de fuego, que duró ochenta minutos, contra el Tercer Ejército rumano. Al terminar el bombardeo, a través de la neblina y el humo de los disparos avanzó, ola tras ola, la infantería soviética contra los sorprendidos rumanos, apoyada por la amenazadora presencia de más de doscientos carros T-34. El Quinto Ejército Acorazado arrolló el flanco izquierdo rumano, mientras que el IV Cuerpo Acorazado del Veintiún Ejército de Christyakov machacaba el flanco derecho. Durante algún tiempo se tuvo la impresión de que los rumanos mantenían sus posiciones, pero pronto los T-34 penetraron en sus líneas y formaciones mixtas de carros y caballería, alcanzaron las zonas de retaguardia del Tercer Ejército, ametrallando al Cuartel General, destrozando las unidades de reserva cuando trataban ponerse en marcha y adelantándose y dispersando a la infantería de primera línea, que intentaba la retirada.

Los rumanos se derrumbaron, y sus divisiones se desmoronaron conforme huían hacia la retaguardia, llenas de pánico. La imperturbable infantería soviética continuaba avanzando con perseverancia, sitiando a los patéticos grupos de rumanos, que huían desesperadamente, en tanto que las fuerzas móviles se reagrupaban para efectuar sus inmediatas misiones —el I Cuerpo Acorazado de-





A través de la niebla...
los sorprendidos rumanos.





Izquierda: **Las instrucciones antes de la batalla.** Abajo izquierda: **Avanzan los carros.** Arriba: **Las baterías de cohetes Katyuska dan la señal para el comienzo de la cortina de fuego.**

bía tomar rumbo Sudeste, camino del Don; el XXVI Cuerpo Acorazado, hacia Kalach y su puente; el IV Cuerpo Acorazado, hacia Golubinsky; en realidad, todos ellos se dirigían hacia la retaguardia del Sexto Ejército, sin que ningún obstáculo se alzara en su camino, excepto el raquítico XLVIII Cuerpo Panzer, con sus carros roídos por los ratones. En primer lugar, este cuerpo recibió instrucciones de dirigirse hacia el Nordeste, contra el IV Cuerpo Acorazado, pero tan pronto se puso en camino, recibió nuevas instrucciones de girar y marchar hacia el Nordoeste, contra la fuerza mucho mayor y más peligrosa (I y XXV) del Quinto Ejército Acorazado.

El XLVIII Cuerpo de Ejército hizo cuanto pudo, pero los ratones habían efectuado su trabajo a conciencia, y los desafortunados sirvientes tuvieron que hacer frente a un nuevo problema; no disponían de protección contra la nieve para las cadenas de los carros, por consiguiente, los pocos que pudieron ponerse en marcha resbalaban sin freno sobre las estepas heladas. Consiguieron atravesarse en el camino de los carros de Romanenko y causar algún daño, pero eran veinte contra, por lo menos, una fuerza diez veces superior, y el Quinto Ejército Acorazado tenía prisa. Giraron a izquierda y derecha, en torno a la obstrucción, aceptaron la pérdida del diez por ciento de los carros como un azar de la guerra, y continuaron su apresurada marcha hacia el Sudeste, sin apenas perder ritmo. En la madrugada del día 29, el XXVI Cuerpo Acorazado se encontraba en la localidad de Perelazovsky, y quedó destruido el Cuartel General del V Cuerpo de Ejército rumano. Se habían asignado cuatro días al Quinto Ejército Acorazado para que llegara a Kelach, y ya había cubierto más de la tercera parte del camino.

En la madrugada del día 29 se inició el ataque de Yeremenko, hacia Kalach, desde el Sur, con el Cincuenta y Un Ejército y hacia la retaguardia del Sexto Ejército, en Stalingrado, desde el Sudeste, con el Cincuenta y Siete Ejército. Aquí igualmente habían elegido los sectores en los que estaban situados las fuerzas rumanas como objetivos ideales para el ataque. Yeremenko se encontraba al frente de la fuerza más pequeña, dos ejércitos, en lugar de los cinco que operaban en el Norte, y cuyo mando había intentado conseguir durante esas largas semanas pasadas en Moscú; pero, al menos, se encargaba de un ataque importante, y como escribió posteriormente, "no había nada más agradable para los que habían conocido la amargura de la retirada y la sangrienta tarea de muchos meses a la defensiva".

El ataque de Yeremenko era también una tenaza de dos puntas. A su derecha, disponía de parte del Sesenta y Cuatro y el Cincuenta y Siete ejércitos, con una fuerza formada por seis divisiones de infantería, que debía dirigirse hacia la retaguardia del Sexto Ejército, y cuando hubieran abierto una brecha, el XIII Cuerpo de Ejército Mecanizado y el IV de Caballería se lanzarían contra Sovetsky, y desde allí hacia Kalach, para formar así el anillo del movimiento envolvente en el que quedaría atrapado el mayor grueso del Grupo B de Ejército.

Las fuerzas que se oponían al ataque de Yeremenko estaban formadas por el VI Cuerpo del Cuarto Ejército rumano, con cuatro divisiones de infantería y caballería, un tanto reforzadas por la 29 División Motorizada alemana.

En esta ocasión, también la niebla dificultaba la visión, y el ataque que se había programado para las 08,00 horas tuvo que ser retrasado, primero, hasta las 09,00, y, después, hasta las 10,00 horas. Finalmente la niebla comenzó a levantarse, y a las 10,00, una serie de andanadas de morteros *Katyuska* señaló el comienzo del bombardeo artillero. A las 15,00, las defensas del Eje se habían debilitado en todos los sectores, y las fuerzas móviles se pusieron en movimiento, cubriendo el horizonte con el rugido de los motores.

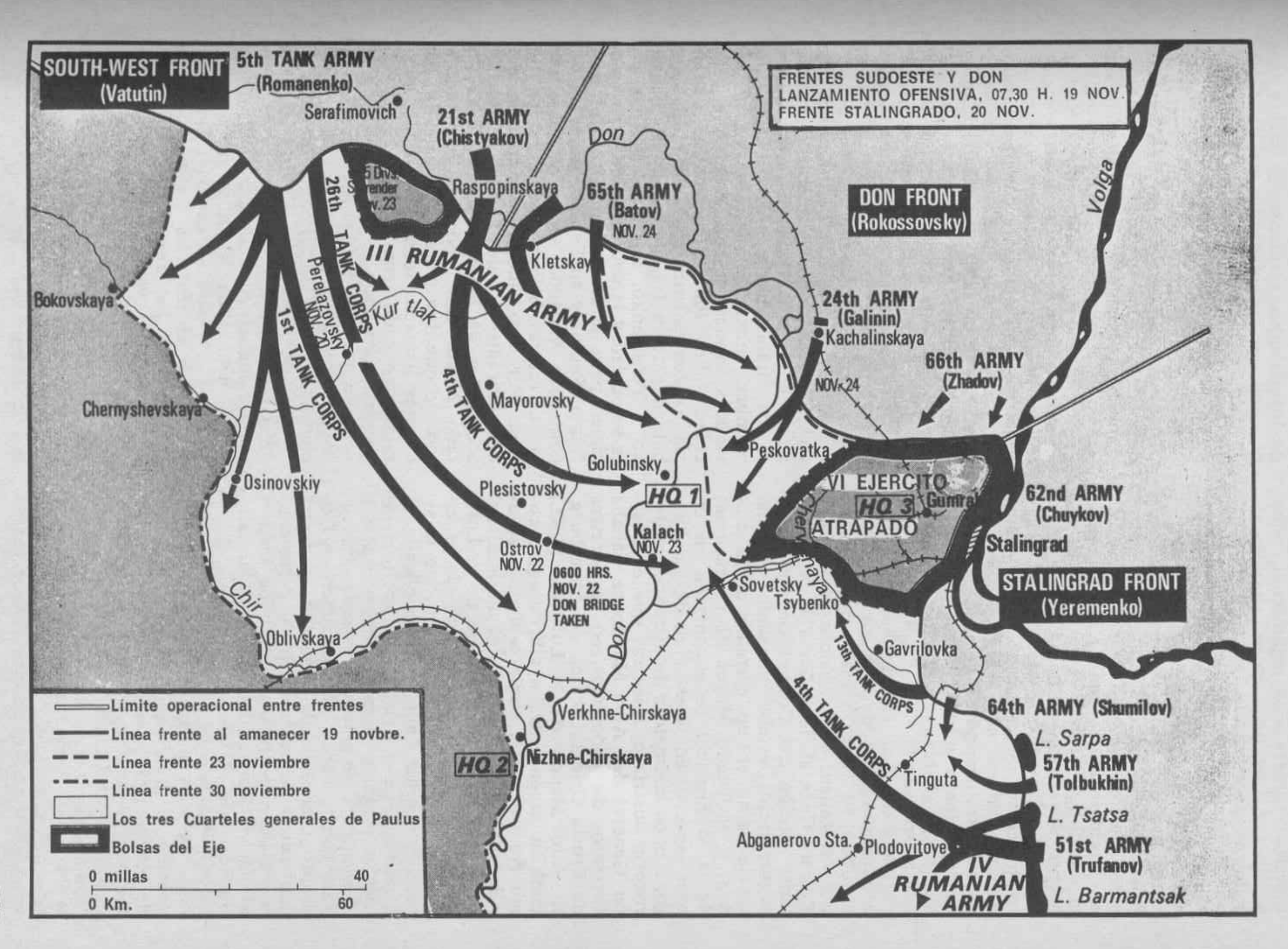
La clave del éxito de la operación fue, naturalmente, el avance de los carros y la caballería sobre Kalach. Pero éstos, en sí, podían crear solamente un cerco simbólico, que habría de transformarse en uno auténtico, con la presencia de fuerzas de infantería. Por tanto, el plan soviético de ataque en el sector Norte, del cual se encargaba personalmente el propio Zhukov, comprendía una serie de ataques secundarios, algunos de los cuales tenían por objetivo el fragmentar las fuerzas del Eje en la zona, mientras que lo que se perseguía con otros ataques era crear un "frente de cerco exterior", que implicaba el establecimiento de fuerzas en posiciones desde las cuales podrían rechazar cualquier intento de socorrer a las fuerzas de Paulus, una vez que hubieran sido sitiadas. Por consiguiente, mientras el Cuerpo Acorazado de Romanenko se dirigía hacia el Sudeste y Kalach, su infantería marchaba hacia el Sudoeste y el Sur para establecerse a lo largo de la orilla oriental del río Chir. Por otro lado, el Sesenta y Cinco y el Veinticuatro ejércitos de Rokossovsky, pertenecientes al Frente del Don, mantenían ocupadas a las divisiones alemanas en la pequeña curva del Don, mientras que su otro ejército, el Sesenta y Seis, mantenía comprometido el flanco del Sexto Ejército en el pasillo entre el Don y el Volga.

El Grupo B de Ejército había tenido alguna sospecha (aunque excesivamente vaga y muy tardía) del golpe que se preparaba a lo largo del flanco Norte de su frente, pero el ataque de Yeremenko al Sur de Stalingrado les cogió completamente por sorpresa, y la única formación de cierta importancia en la zona Sur era la 29 División Motorizada, mandada por el general Leyser. Al igual que había sucedido con el XLVIII Cuerpo de Ejército Panzer, en el Norte, sus jefes se mostraban confusos a causa de las órdenes contradictorias recibidas, y, además, habían visto dificultados sus movimientos por la huida de los rumanos, pero, afortunadamente, los ratones no habían creado problemas en sus carros. En la mañana del día 20 de noviembre, el comandante del Cuarto Ejército Panzer, general Hoth, envió la división para cerrar la brecha abierta por la fuerza mixta del Cincuenta y Siete y el Sesenta y Cuatro ejércitos soviéticos, y en el curso de la mañana infligieron un importante revés local al XIII Cuerpo de Ejército Mecanizado, deteniendo temporalmente el avance soviético.

Cuando todavía se peleaba en esta batalla, Hoth recibió noticias de que el Cincuenta y Un Ejército soviético había resquebrajado el frente rumano más al Sur, y se preparó para enviar a su división a remediar esta situación también. Mientras tanto, el comandante de la fuerza móvil soviética, el IV Cuerpo de Ejército Mecanizado, tuvo conocimiento del grave revés sufrido por sus colegas mas al Norte, y, al llegar a la zona de Zety, detuvo su avance, temiendo tener que luchar una batalla defensiva. Puesto que sus fuerzas representaban la punta Sur del movimiento de tenaza sobre Kalach, existía el peligro de que toda la operación quedara paralizada, pero de hecho, la 29 División Motorizada recibió órdenes de regresar a Stalingrado para defender el flanco Sur de las posiciones allí establecidas, y a pesar del contratiempo temporal para el XIII Cuerpo de Ejército Motorizado, resultó relativamente fácil hacer que la ofensiva reanudara la marcha.

El único problema que todavía tenía que resolver Yeremenko era el de poner en movimiento, una vez más, el IV Cuerpo de Ejército Mecanizado. Para conseguirlo, envió un avión al general Volsky, comandante del Cuerpo de Ejército, con una "petición categórica" de que siguiera adelante con la misión que se le había encomendado. Volsky cumplió las órdenes y no creó nuevos problemas, reanudando su avance el día 22, y llegando a Kalach veinticuatro horas después. La actuación de su Cuerpo de Ejército, de hecho, le valió el ascenso a la categoría de "Guardias".

La lenta reacción de los alemanes a los cataclismos de los flancos del Sexto



FRENTES SUDOESTE Y DON
LANZAMIENTO OFENSIVA, 07,30 H. 19 NOV.
FRENTE STALINGRADO, 20 NOV.
SOUTH-WEST FRONT (Vatutin)
5th TANK ARMY (Romanenko)
Serafimovich
21st ARMY (Chistyakov)
Raspopinskaya
Don
65th ARMY (Batov) NOV. 24
DON FRONT (Rokossovsky)
Volga
III RUMANIAN ARMY
Kletskaya
26th TANK CORPS
Kur tlak
Perelazovsky NOV. 20
1st TANK CORPS
Bokovskaya
24th ARMY (Galinin)
Kachalinskaya
66th ARMY (Zhadov)
NOV. 24
4th TANK CORPS
Mayorovsky
Chernyshevskaya
Peskovatka
Golubinsky
HQ 1
Osinovskiy
Plesistovsky
VI EJERCITO ATRAPADO
HQ 3
Gumrak
Chervlenaya
62nd ARMY (Chuykov)
Stalingrad
Kalach NOV. 23
Ostrov NOV. 22
0600 HRS. NOV. 22 DON BRIDGE TAKEN
Sovetsky
Tsybenko
STALINGRAD FRONT (Yeremenko)
Chir
Oblivskaya
Don
Gavrilovka
13th TANK CORPS
Verkhne-Chirskaya
64th ARMY (Shumilov)
L. Sarpa
HQ 2
Nizhne-Chirskaya
4th TANK CORPS
Tinguta
57th ARMY (Tolbukhin)
L. Tsatsa
Abganerovo Sta.
Plodovitoye
51st ARMY (Trufanov)
IV RUMANIAN ARMY
L. Barmantsak
Límite operacional entre frentes
Línea frente al amanecer 19 novbre.
Línea frente 23 noviembre
Línea frente 30 noviembre
Los tres Cuarteles generales de Paulus
Bolsas del Eje
0 millas 40
0 Km. 60

Ejército requiere una explicación, puesto que el Ejército alemán, después de todo, se enorgullecía, no sin razón, de la excelencia del trabajo de su Estado Mayor y de la rapidez con que reaccionaba ante situaciones inesperadas. Durante todo el otoño, el Sexto Ejército había tentado al destino al concentrar parte tan considerable de su poderío en el extremo más avanzado y al subestimar la capacidad soviética para explotar este hecho. Alemania ya había sufrido una serie de crisis en otros teatros de guerra en el curso del mes, y cabría pensar que sus líderes se encontraban en sus puestos, trabajando día y noche para encontrar una respuesta a los problemas que se les habían acumulado de forma tan inesperada.

¡Nada de eso! Hitler, después de las conmemoraciones de Munich había marchado a su retiro en las montañas en Berchtesgaden, en los Alpes bávaros. El Cuartel General de la Zona 1, la importante sección del Cuartel General de la Wehrmarcht, estaba instalado circunstancialmente en un extremo de la ciudad, y el Estado Mayor de operaciones de la Wehrmacht se encontraba en un tren especial, en la estación de Salzburgo, a unos kilómetros de distancia, en territorio austríaco, mientras que el Cuartel General del Alto Mando se hallaba a cientos de kilómetros, en las forestas de Prusia Oriental, cerca de Angerburg. El Alto Mando de la Luftwafe (OKL) también se encontraba allí, aunque, como era frecuente, nadie sabía con seguridad dónde podría estar el mariscal del Reich y comandante en jefe de la Luftwaffe, Hermann Goering (después se supo que estaba en París). Para que la situación resultara aun más complicada, el Cuartel General del Sexto Ejército también se encontraba en movimiento. Hasta el momento de iniciarse la contraofensiva soviética había estado situado en Golubinsky, al Oeste del Don, pero se había construido un cuartel general permanente en Nizhne-Chirskaya, a unos sesenta kilómetros abajo del Don, en su confluencia con el Chir.

Se había proyectado que sirviera como Cuartel General del Sexto Ejército durante el próximo invierno, y disponía de excelentes comunicaciones con el Cuartel General del Grupo B de Ejército, con el Cuartel General del Alto Mando y con el Cuartel General de la Wehrmacht. Por consiguiente, cuando el cuartel general en Golubinsky se vio amenazado por el avance de los carros de Romanenko, e incluso de forma más próxima por las avanzadas del IV Cuerpo Acorazado, que operaba en vanguardia del Veintiún Ejército de Christyakov, el 21 de noviembre se evacuó con toda precipitación el cuartel general de Golubinsky, y después de una retirada desesperada durante toda la noche, sus componentes llegaron a Nizhbe-Chriskaya, en la mañana del 22 de noviembre. Paulus afirmó que había ido a Nizhne-Chirskaya para hacer uso de sus excelentes facilidades de comunicación y familiarizarse personalmente con la situación antes de hacer que su cuartel general regresara a la bolsa que se estaba formando; pero Hitler, por otro lado, imaginó que abandonaba a sus tropas en las horas difíciles, e inmediatamente le ordenó que estableciera su cuartel general en el aeródromo de Gumrak, situado en las afueras de Stalingrado.

Cualquiera que fuera el motivo para efectuar el cambio, lo cierto es que el Sexto Ejército no tuvo dirección durante los vitales días del 21 al 23 de noviembre, mientras que las fuerzas soviéticas avanzaron con inexorable velocidad sobre 200 kilómetros de distancia, existentes entre las líneas de las que habían partido las fuerzas de Romanenko y Yeremenko. En momentos en que la velocidad y la coordinación eran esenciales para poder salvar algo del naufragio, Paulus y su Estado Mayor se encontraban viajando arriba y abajo por las carreteras heladas de la estepa del Don. Por otro lado, resulta por lo menos extraño el que Paulus se hiciera acompañar de tantos mandos de su Estado Mayor hasta Nizhne-Chirstaka, si todo lo que deseaba era realizar allí unas cuantas llamadas telefónicas, pero, naturalmente, cada comandante tiene sus propios métodos.

Y no es que Paulus hubiera estado completamente inactivo. En la propia ciudad de Stalingrado, conforme con las órdenes de Weichs, del Cuartel General del Grupo de Ejército, había puesto término a todos los ataques, y había retirado elementos de las divisiones Panzer 14, 16 y 24, para su envío al Don, con el fin de enfrentarlas a las columnas soviéticas de los frentes del Sudoeste y del Don, que avanzaban, y en la tarde del día 22, él y su jefe de Estado Ma-

La velocidad era un elemento esencial conforme la infantería rusa avanzaba por la estepa del Don.



yor, general Schmidt, se trasladaron por avión hasta el nuevo cuartel general, en Gumrak.

En ese momento, los acontecimientos se desarrollaban con tal rapidez, que resultaba difícil seguir su curso. El frente rumano se había derrumbado por completo, y las fuerzas soviéticas de choque se desplazaban con gran rapidez por la campiña cubierta de nieve a ambas orillas del Don. Si de verdad iban a establecer un sólido anillo de cerco, un ejército u otro debía cruzar el río, que, naturalmente, estaba helado en su superficie, pero que no podría soportar el peso de los carros y la artillería pesada. Solamente existía un puente —en Kalach—, y el problema consistía en capturarlo antes de que los alemanes pudieran volarlo. Un ataque ortodoxo no tendría éxito, puesto que ya se habían colocado las cargas explosivas, y la única esperanza residía en un rápido golpe de mano, antes de que los soldados que hacían guardia sobre el puente pudieran darse cuenta de lo que sucedía.

El XXVI Cuerpo de Ejército Acorazado del general Rodin se apoderó del pueblo de Ostrov la noche del día 21 al 22 de noviembre. Desde allí, y por carre-

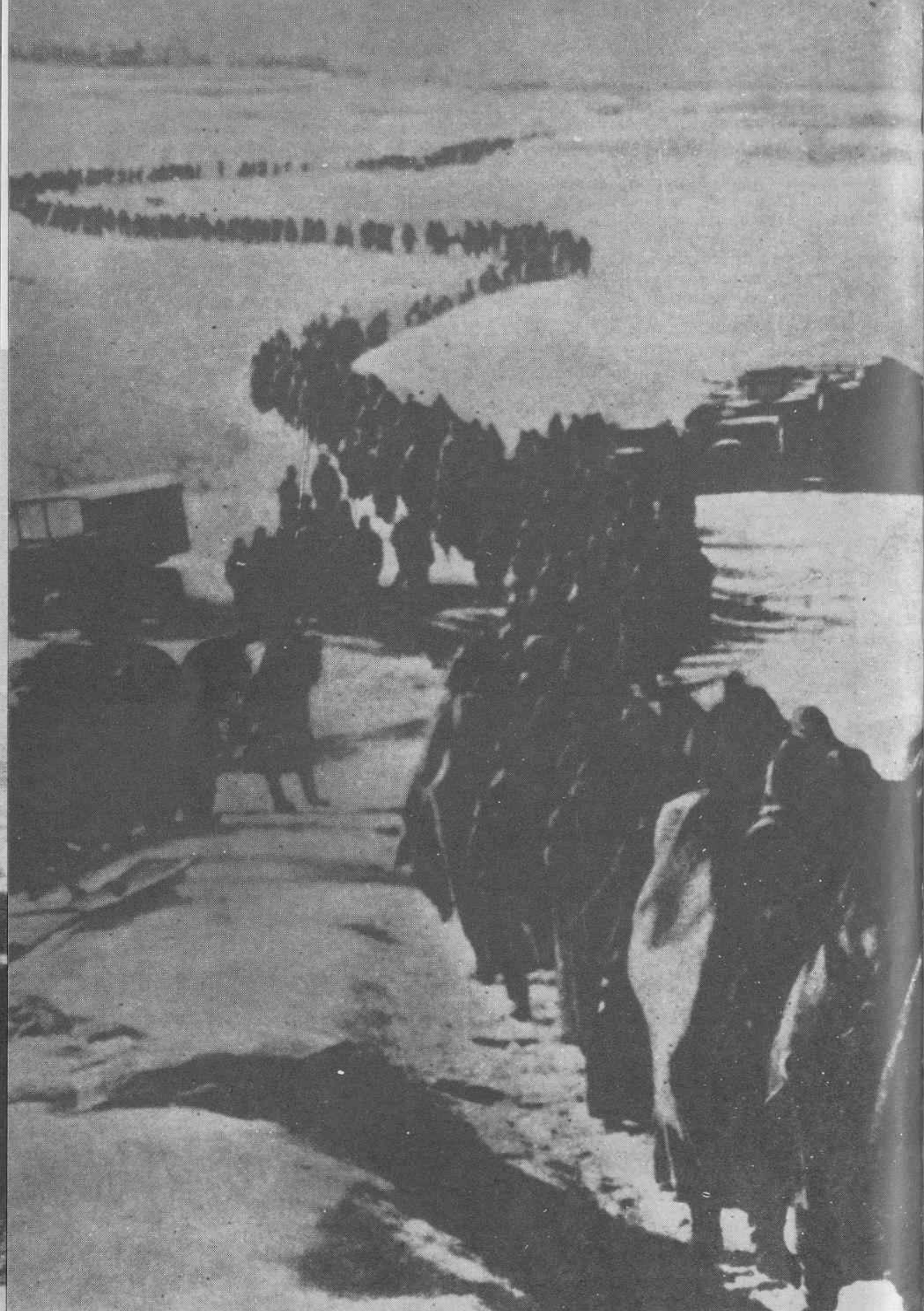


tera, una columna móvil tardaría unas tres horas hasta el puente, caso de que pudiera avanzar sin despertar sospechas. Por consiguiente, decidió que valía la pena intentar un golpe de audacia, y organizó una columna de cinco carros, con dos compañías de infantería, en camiones y un coche blindado. Al frente de la columna iba el comandante de la 14 Brigada Motorizada de Rifles, el teniente coronel G. N. Filippov. La columna se formó en la carretera Ostrov-Kalach, lista para marchar a las 03,00 horas, y Filippov se acomodó en el vehículo que rompía marcha. "Enciendan las luces", ordenó. Intentarían hacerse pasar por alemanes. ¡Con toda seguridad, las tropas que guardaban el puente no esperarían que una columna soviética intentara llegar hasta el puente sin ningún tipo de encubrimiento, y mucho menos con los faros a la máxima intensidad!

Las siguientes tres horas pasaron con una tensión prácticamente insoportable para el resto de las fuerzas de Rodin, que estaban listas para la marcha tan pronto como recibieran noticias. Poco antes de las 06,00 horas, los hombres de Filippov llegaron junto al puente, y parte del destacamento descendió de los

Los Stormoviks, sobre el campo de batalla.





vehículos para intentar apoderarse de la orilla derecha, tan pronto como se diera la señal, mientras que el resto continuó marchando hacia el puente y desapareció en la oscuridad de la noche. Unos minutos después, un cohete se elevó hacia el cielo desde la orilla izquierda. Lo habían conseguido; el puente se encontraba en manos soviéticas e intacto. No contento con esto, el destacamento intentó a continuación capturar la localidad también, pero este intento era excesivamente ambicioso para dos compañías y cinco carros. Los alemanes ya habían sido alertados; los rechazaron y obligaron a retroceder e intentaron recuperar el puente. La pequeña fuerza de Filippov se vio sometida a fuerte presión durante muchas horas, pero, finalmente, llegó el grueso de las fuerzas de Rodin, que liberaron al destacamento y capturaron la ciudad.

Mientras que el Cuerpo de Ejército Acorazado avanzaba a toda marcha, la infantería cerraba el cerco en torno a los grupos de rumanos que habían quedado atrás, en el Norte. Los IV y V Cuerpos de Ejércitos rumanos quedaron cercados en el pueblo de Raspopinskaya, y se convirtieron en la primera gran redada de prisioneros, cuando, a la caída de la tarde del día 23, el jefe general de Brigada, Stanescu, destacó a un oficial portando una bandera blanca para tratar de las condiciones de rendición. Al recibir condiciones satisfactorias, su fuerza, formada por cinco divisiones, capituló, y ventisiete mil oficiales y soldados iniciaron su marcha al cautiverio.

En la tarde del día 23, tambén se produjo un acontecimiento de mayor importancia que el simple cerco de las unidades que se rindieron en Raspopinskaya, a pesar de lo trascendente que este hecho era de por sí. A las 16,00 horas, las avanzadas del cuerpo de ejército de Volsky, que habían capturado los edificios de las granjas de Sovetsky, observaron cómo se acercaban algunos carros desde el Norte. Durante algunos momentos, resultó difícil saber a qué bando pertenecían. Pero conforme se acercaron, identificaron las rechonchas y familiares siluetas de los T-34. Era el IV Cuerpo de Ejército del general Kravchenko, que abría brecha a las fuerzas del Frente Sudoeste, desde Kalach.

Veintisiete mil oficiales y soldados rumanos marchan camino de su cautiverio.

Se había cerrado la puerta detrás del Sexto y Cuarto ejércitos Panzer, y sólo quedaba echar el candado. También ese mismo día se completó esa operación, porque al caer la tarde, las avanzadas de infantería del Veintiún Ejército alcanzaron el Don, en las proximidades de Kalach, cuya ciudad había caído en manos soviéticas poco antes de las 14,00 horas, ante un ataque conjunto, realizado por dos brigadas de carros de Romanko. Todavía se desconocía la importancia del éxito conseguido, incluso en el Stavka, que creía que habían sitiado a unos ochenta y cinco mil hombres de las fuerzas del Eje, cuando, en realidad, en el cerco había veinte divisiones alemanas y dos rumanas, además de gran número de unidades individuales y de especialistas, con un total de trescientos treinta mil hombres.

Con ello se tenía la medida exacta del éxito logrado por el Sesenta y Dos Ejército: al mantener sus posiciones en Stalingrado, habían conseguido atraer un número creciente de tropas alemanas a aquella zona, y prepararon el terreno para llevar a cabo un golpe de proporciones épicas. Habían soportado una extraordinaria presión, y ahora se cambiaban los papeles, porque los sitiadores se convertían en sitiados, y las tropas alemanas, rumanas y croatas que habían resultado cercadas iban a sufrir todas las experiencias por las que había pasado el Sesenta y Dos Ejército, pero con los agravantes de que el sufrimiento sería más largo, además de la inclemencia del frío, el hambre y la desesperación, porque, a diferencia de lo que le ocurría al Sesenta y Dos Ejército, ellos no defendían un trozo de su patria, a las orillas de un río, que constituye para los rusos una "historia líquida", de tanto valor emotivo como pueda tener el Támesis para los ingleses.

Ellos eran los soldados de un ejército conquistador, un ejército cuya brillante acción dependía de la convicción de una superioridad profesional, en la misma forma que la ideología de sus líderes políticos dependía de una teoría de predominio racial. La disciplina y el temor al cautiverio a manos de los *Untermensch* les mantendría en sus puestos, pero llegaría el momento en que habrían de preferir la *posibilidad* de muerte en un campo de concentración soviético a la *seguridad* de la muerte a causa del frío, el hambre, la enfermedad o una bala rusa.

«El Sexto Ejército estará en su puesto en Pascua»

Al principio, las reacciones alemanas ante el cerco fueron muy diversas. Algunos de los comandantes de posiciones más inferiores pensaron que era necesario evacuar Stalingrado inmediatamente, mientras todavía fuera posible retroceder hacia el Oeste. Otros se mostraban reacios a abandonar las posiciones de Stalingrado, no sólo por el esfuerzo que había sido preciso realizar para ganarlas, sino porque los sótanos y las ruinas ofrecían por lo menos un buen refugio contra el duro invierno ruso. De todas formas, cualquiera que fuera la decisión definitiva, todo el mundo se mostraba de acuerdo en la necesidad de defender la retaguardia del Ejército. Este era un requisito previo indispensable para cualquier futura acción. Quedaba claro que no podría conseguirse ni el repliegue ni la resistencia en las posiciones, si el Ejército Rojo arrollaba las posiciones alemanas desde la retaguardia.

De momento, Weichs había previsto varias alternativas en la lucha, y al considerar la posibilidad de un movimiento envolvente, el 21 de noviembre ya había dado órdenes al Sexto Ejército para que se mantuviera en Stalingrado y en las posiciones a lo largo del Volga, "pasara lo que pasara", y que igualmente se preparara para el repliegue. Pero antes de que pudiera pensarse en la retirada, era necesario resolver cierto número de problemas, y entre ellos, el más importante era el del combustible. Debido a la escasez general de combustible, todas las formaciones alemanas estaban faltas de suministros, y fue necesario dar prioridad a aquellas que tenían misiones móviles. Desde el mes de septiembre, lo mismo el Sexto Ejército que las formaciones del Cuarto Ejército Panzer, que luchaban con él, habían necesitado poco combustible para las operaciones que debían realizar, y, por consiguiente, sus raciones habían sido reducidas.

Las municiones tampoco abundaban, y Paulus estimó que tenían alimentos para seis días solamente. Por consiguiente, envió un mensaje por radio al Grupo B de Ejército, en la tarde del día 22, diciendo que pensaban mantenerse en Stalingrado, pero que no podría realizar su plan a no ser que consiguiera cerrar su frente en el Sur y recibiera abundantes suministros por aire. Al mismo tiempo solicitaba carta blanca para abandonar el frente Norte y Stalingrado, caso de considerarlo conveniente. Sus peti-



Ahora, el Sexto Ejército estaba a la defensiva... y se aproximaba el invierno.

ciones tuvieron una respuesta prácticamente inmediata, y no de Weichs, sino del mismo Hitler. El Sexto Ejército debe permanecer en sus puestos y "debe saber que estoy haciendo lo necesario para ayudarlo y socorrerlo. Daré mis órdenes en el momento adecuado".

Paulus realizó una nueva tentativa en la mañana del día 23, y Weichs apoyó su petición al recalcar al Cuartel del Alto Mando la imposibilidad de disponer de suministros adecuados por aire. Incluso antes de recibir contestación, Paulus celebró una conferencia con los comandantes de los Cuerpos de Ejército, y envió un mensaje personal a Hitler, explicando cómo había empeorado la situación en el frente desde el día anterior. Eran inminentes las penetraciones soviéticas en el Sur y el Sudoeste, muchas de las baterías de campo, así como las anticarro, no disponían ya de municiones, y el ejército tenía que enfrentarse a la posibilidad de "ser aniquilado en un futuro próximo", a no ser que se abandonaran los frentes del Este y el Norte, y se concentraran todas las fuerzas, para intentar escapar, en el Sur o el Sudoeste (a lo largo de la orilla Oriental del Don y hasta Rostov), para lo cual pedía autorización. Incluso si se aprobaba esta petición sería necesario abandonar abundante material, pero se salvaría una pequeña proporción, así como la mayoría de los hombres. De nuevo, pidió permiso para tener libertad de acción.

La repuesta de Hitler llegó a la mañana siguiente en forma de una *Führerbefehl* (una orden del Führer, precisamente la orden de mando que no dejaba ninguna libertad de acción). No sólo no se realizaría ninguna retirada, sino que todas las unidades del Sexto Ejército, que todavía estuvieran en la parte Oeste del Don, deberían replegarse hacia la parte más Oriental, justamente hacia el interior de la bolsa. La orden terminaba con las palabras: "Es necesario mantener a cualquier precio los actuales Frentes del Volga y del Norte. Llegan suministros por aire".

La cuestión del suministro aéreo era crucial en la decisión de Hitler y requiere un examen más detenido. Ya se ha indicado que los comandantes soviéticos creían que había unos ochenta y cinco mil hombres de las fuerzas del Eje en la bolsa, pero en realidad el número ascendía a trescientos treinta mil. Sólo fue posible establecer estas cifras después de la batalla, y en el momento en que se produjo la cuestión del suministro aéreo, incluso los alemanes no sabían con certeza el número de hombres a los que había que enviar suministros. El Estado Mayor de Operaciones creía que eran unos cuatrocientos mil; el Intendente del Ejército, general Wagner, estimó que serían unos trescientos mil; unos doscientos mil bajo mando.

Por consiguiente, las discusiones en cuanto al número de aviones necesarios se desarrollaron en un ambiente de gran incertidumbre, y las cifras que, finalmente, fueron acordadas eran estimativas tan sólo. Sobre la base de las cifras del general Wagner, se decidió que sería preciso suministrar unas seiscientas toneladas diarias, para cuya tarea se necesitarían unos trescientos trimotores Junker 82, los caballos de batalla de la Luftwaffe. Desde el primer día quedó claro que no se disponía de la cifra de trescientos, y mucho menos de los aviones adicionales para sustituir a los que estaban siendo reparados, averiados en los despegues y aterrizajes en los improvisados aeródromos, o derribados por los cazas soviéticos y el fuego antiaéreo, que harían que la cifra real de aviones necesarios se elevara a las quinientas unidades.

En estas circunstancias, el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, general Jeschonnek, expresó tantas dudas, en cuanto a las posibilidades de efectuar el suministro por aire, que desde el principio quedó claro que no estaba seguro de que fuera factible. Goering, sin embargo, no quiso escuchar las prudentes opiniones de sus consejeros, y tampoco prestó atención a los detalles, en cuanto a las posibilidades reales, y se comprometió a que la Luftwaffe suministraría al Sexto Ejército desde el aire. Esto era lo que Hitler quería escuchar, y ordenó que se mantuvieran las posiciones en Stalingrado, con la esperanza de que la Luftwaffe, de una forma u otra, pudiera realizar un milagro. Al mismo tiempo Hitler también abrigaba la esperanza de que la recuperación soviética pudiera ser anulada gracias al mayor talento de los generales alemanes, y para restablecer la situación, el día 20 de noviembre eligió al mariscal de campo Erich von Manstein, el conquistador de Crimea, el cual había desmostrado su valía en las campañas de Francia y Rusia, y que en ese momento estaba destinado en el sector Norte del Frente.

Recibió instrucciones del Cuartel del Alto Mando para que formara un nuevo Grupo de Ejército en la curva del Don, entre los Grupos de Ejército A y B,



tomando bajo su mando el Sexto Ejército, el Cuarto Panzer, así como el Tercero rumano, con la misión de "paralizar los ataques enemigos y reconquistas las posiciones que antes ocupábamos". Teniendo en cuenta que dos de los tres ejércitos ya estaban de hecho sitiados, y que el Tercero estaba siendo destrozado por los carros soviéticos, es innecesario decir que se trataba de una tarea imponente, incluso para un general del calibre de Manstein.

El tiempo obligó a Manstein y a su Estado Mayor a viajar en tren. Sin embargo, los viajes por ferrocarril estaban sujetos a una serie de azares (las líneas ferroviarias eran el objetivo predilecto del creciente número de guerrilleros soviéticos), y hasta el día 24 no llegó al Cuartel General del Grupo B de Ejército, donde encontró a Weichs y al jefe de su Estado Mayor, von Sodenstern, en estado de profundo abatimiento. No pudo averiguar si el Sexto Ejército había recibido las órdenes que él envió antes

Izquierda: **El mariscal de campo Eric von Manstein.** Abajo: **La Luftwaffe, alardeó Goering, mantendría suministrado al Sexto Ejército.**

de iniciar el viaje, de mantener el control del puente de Kalach a cualquier precio, pero de todas fomas eso poco importaba, puesto que el puente se había perdido dos días antes, y cuando Manstein llegó a Novocherkassk, el lugar de su cuartel general, ya no disponía de fuerzas.

Cinco de las siete divisiones del Tercer Ejército rumano habían desaparecido en la rendición de Raspopinskaya, y aunque los ejércitos sitiados de Stalingrado continuaban existiendo, su libertad de acción quedaba tan limitada con la *Führerbefehl,* dada dos días antes, que apenas podía hacer nada con ellos. Peor aun, Zhukov no había permanecido cruzado de brazos mientras el tren de Manstein circulaba lentamente a través de Rusia. Había enviado numerosas unidades de infantería a través del Don para establecer frentes sólidos hacia el Este y el Oeste, cuya finalidad era evitar una penetración para soocrrer o liberar al Sexto Ejército, o cualquier intento de retirada de éste. Tenían fuerte apoyo de la artillería y morteros *Katyuskas,* así como más de mil cañones anticarros.

De poco valían las improvisaciones brillantes; lo que Manstein necesitaba eran fuerzas. Para que su tarea resultara más complicada, pensó en la posibilidad de que los rusos atacaran hacia la costa Sur, llegando a Rostov, con lo cual también quedaría aislado el Grupo A de Ejército. En efecto, se había encomendado esta tarea a Vatutin y Yeremenko, pero para una fase posterior de la operación, y su importancia era secundaria a la destrucción de las fuerzas de Stalingrado. Por consiguiente, y en virtud de su inferior prioridad, se dedicaron menos fuerzas y suministros a esta fase, con lo cual Yeremenko no pudo alcanzar sus objetivos. Manstein habría de enfrentarse a este problema posteriormente, y el respiro que le dieron fue bien explotado.

Mientras el frente de Grupo de Ejército del Don se mantenía con una mezcla de unidades formadas, aproximadamente, con personal de intendencia y de tierra de la Luftwaffe, así como hombres que regresaban de permiso, Manstein bombardeaba el Cuartel General del Alto Mando, con peticiones de fuerzas, las cuales comenzaron a llegar en los primeros días de diciembre, y entre las que figuraban el XI Panzer de la Reserva del Cuartel del Alto Mando, el VI Panzer de Europa Occidental, las divisiones 62, 294 y 336 de Infantería, dos divisiones



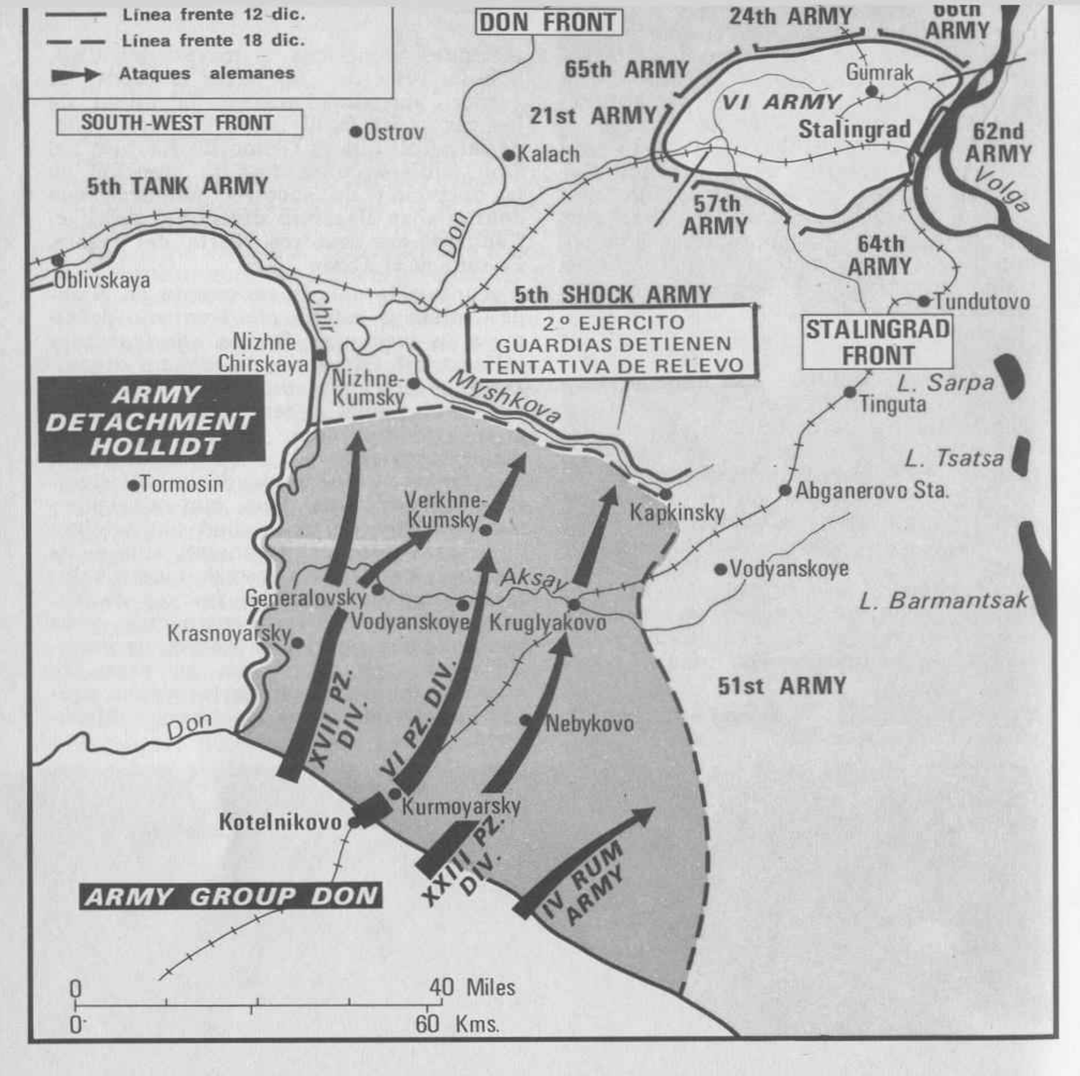
de Campo de la Luftwaffe y una de tropas de montaña. También se llevó hasta la línea del frente a lo que quedaba del XLVIII Cuerpo de Ejército Panzer, y cuando se comprendió que Zhukov no proyectaba, por el momento, ningún ataque importante a través del Chir, sino que su objetivo inmediato era mantener allí las fuerzas para consolidar el cerco, mientras que los siete ejércitos concentrados en torno a Stalingrado continuaban su tarea de aniquilar al Sexto Ejército, todo el mundo respiró más tranquilo.

Las fuerzas sobre el río Chir se reagruparon y constituyeron el "Destacamento del Ejército Hollidt" (así se llamaba su comandante), y consiguieron mantener su cabeza de puente en Nizhne-Chirskaya, a sólo cuarenta kilómetros del perímetro occidental del Sexto Ejército. Los intentos soviéticos para eliminar estas fuerzas y cruzar el río fueron frustrados por el Onceavo Ejército Panzer, en una serie de acciones, brillantemente dirigidas, que temporalmente eliminaron la amenaza de nuevas penetraciones soviéticas a través del Chir, aunque tuvieron que pagar el precio de perder, aproximadamente, la mitad de los carros de la división. Por otro lado, permitieron que el Grupo de Ejército del Don pudiera concentrar su atención en la operación de socorro, mientras que continuaban llegando divisiones desde el Cáucaso, los sectores Norte del frente, Polonia y el Oeste.

Aunque la cabeza de puente en Nizhne-Chirskaya estaba relativamente próxima a las fuerzas de Stalingrado (cuarenta kilómetros), Manstein decidió no organizar el principal intento de socorro desde allí, puesto que, al ser en teoría la elección evidente, sería también el sector mejor fortificado por los rusos. Además, el intentar la operación desde allí significaría el cruce del Don, con oposición; por consiguiente, se inclinó por realizar el intento desde el Sudoeste, aunque la distancia era en este caso de ciento veinte kilómetros. Aquí, las fuerzas de Yeremenko no eran tan compactas, y se tardaría más tiempo en conseguir reforzarlas, y, por otro lado, en lugar de atravesar el Don, sólo sería preciso cruzar los pequeños ríos de Aksay y Myshkova.

Izquierda y abajo: **El fuego antiaéreo ruso cierra el anillo.**





Wintergewitter: **El intento para romper el cerco.**

Conforme con el plan, al que se le dio el nombre de *Wintergewitter* (Tempestad de Invierno), la fuerza de liberación, bajo el mando del general Hoth y el Estado Mayor del Sexto Ejército Panzer (que no tenía ninguna misión específica, porque la mayor parte de dicho ejército se encontraba en el interior de la bolsa), podría, o bien dirigirse en línea recta hacia Stalingrado, o, por el contrario, si la resistencia soviética era muy fuerte, digirse hacia el Norte, a lo largo de la orilla derecha del Don, hasta la cabeza de puente de Nizhne-Chirskaya, donde el XLVIII Cuerpo de Ejército Panzer podría unirse a ellos para intentar un ataque conjunto a través del corto trecho que desde allí les separaría de la ciudad. Cualquiera que fuera la variante del plan llevado a la práctica, el Sexto Ejército debería intentar romper el cerco y aproximarse a la fuerza de liberación tan pronto como recibiera la señal de *Donnerschlagg* (Trueno).

Pero *Donnerschlagg* tropezaba con una dificultad, en el sentido de que resultaba sumamente improbable que el Sexto Ejército pudiera mantener las posiciones que ocupaba (y que conforme con las estrictas instrucciones de Hitler, es-



La artillería ligera móvil avanza para apoyar el contraataque.

taba obligado a mantener), y al mismo tiempo poder intentar replegarse hacia el Grupo de Hoth, pero esto quedó encubierto en la orden de operaciones de Manstein, de forma que no llamara la atención de Hitler; de hecho, intentaba presentar al Führer un hecho consumado al liberar al Sexto Ejército y después retirarlo de posición tan expuesta.

Para agrupar las fuerzas para la *Wintergewitter,* se necesitó algún tiempo. El LVIII Cuerpo de Ejército Panzer fue retirado del Grupo A de Ejército, que se mostraba muy reacio a desprenderse de él, y tuvo que hacer frente a grandes problemas en las carreteras llenas de barro, mientras se replegaba hacia Maykop, desde donde seguirían su marcha en tren, puesto que el deshielo durante el día creaba problemas en el Cáucaso. Cuando llegaron a dicha localidad, se encontraron con que el número de plataformas disponibles no era suficiente, y algunos de los carros, así como la totalidad de la artillería pesada, tuvieron que quedarse atrás. El Alto Mando de la Wehrmacht mostró una gran desgana a que saliera de la reserva la 17 División Panzer, y, al fin, llegó con diez días de retraso. Sin embargo, se agrupó una fuerza de trece divisiones, entre ellas, la 6, 17 y 23 Panzer, y Manstein pensó que no podía posponer el ataque más tiempo, y lo inició el 12 de diciembre. Detrás de las fuerzas atacantes quedaba una masa de camiones, tractores y autobuses, cargados con trescientas toneladas de suministros, dispuestos y a la espera de que los carros de Hoth entraran en contacto con el Cuarto Ejército para lanzarse a lo largo del pasillo tan pronto como éste quedara abierto.

Al principio tropezaron con poca oposición soviética. El Cincuenta y Un Ejército tenía ocho divisiones y contaba con el apoyo del IV Cuerpo Mecanizado, y era indudable que carecían de fuerza suficiente para detener el avance alemán, aunque podía (y así lo intentó) retrasarlo. Este retraso tenía su propia importancia, porque el intento real de detener a Hoth debería hacerse en el río Mynshkova, entre Verkhne-Kumsky y Kapkinsky, y era necesario trasportar hasta esa zona a las fuerzas que deberían cumplir tal misión.

La razón de todo esto es que la segun-

da fase de la ofensiva soviética (Operación "Saturno) se había lanzado hacia el Norte, donde un grupo de ataque del Frente Sudoeste, bajo el mando de Vatutin y del inmediato Frente de Voronezh, bajo el mando del general Golikov (recientemente ascendido, después de actuar como segundo de Yeremenko en Stalingrado), se lanzó contra el Octavo Ejército italiano, situado sobre el Don medio, después de lo cual debía avanzar contra las fuerzas alemanas, a lo largo del Chir, destruirlas y obligarlas a retirarse hacia Millerovo y Rostov, detrás del Grupo A de Ejército y del Don.

Los temores de Manstein coincidían con los proyectos del Stavka, pero con una ligera variante. En lugar de que Yeremenko avanzara Don abajo (aunque también se había planeado esta posibilidad), se había formado el Segundo Ejército de Guardias, bajo el mando del general R. Y. Malinovsky, para tomar parte en esta ofensiva, y se le había asignado la tarea de salir de Kalach, con rumbo a Rostov y Taganrog. Sin embargo, cuando se comprendió que la ofensiva de Hoth era un ataque en serio, con posibilidades de éxito, se decidió trasladar el Segundo Ejército de Guardias al río Myshkova.

El ejército estaba fresco, sin el agotamiento de anteriores batallas, y tenía seis divisiones completas de rifles, un cuerpo de ejército mecanizado y unidades de especialistas. Había un regimiento de carros en cada uno de los dos cuerpos de ejército de infantería (de tres divisiones cada uno), y, como correspondía a las formaciones de Guardias, estaban equipadas con mejor artillería, ametralladoras y armas automáticas, que los ejércitos soviéticos normales. Muchos de sus hombres procedían de la Marina, y proporcionaban una fuerte estructura a las divisiones. En resumen, constituían una poderosa fuerza, y el único problema consistía en que llegaran a Myshkova antes que Hoth. No era un ejército motorizado, y, por tanto, su infantería tendría que recorrer a pie una distancia de hasta doscientos kilómetros y hacer frente a las caprichosas alternativas que caracterizan al temprano invierno ruso: hielo durante la noche y el deshielo de día.

La ofensiva de los frentes Sudoeste y Voronezh se lanzó sin la presencia del Segundo Ejército de Guardias, y pronto comenzó a tener sus efectos más al Sur. Los italianos quedaron destruidos rápidamente, y los grupos soviéticos de asalto comenzaron a desplazar al Destacamento de Ejército Hollidt de sus posiciones, las cuales se encontraban en la orilla occidental del Chir, e incluían la cabeza de puente de Nizhne-Chirskaya. Esto significaba que no habría posibilidad de ayuda del XLVIII Cuerpo de Ejército Panzer, y que no existía ya la alternativa de un avance a lo largo de la orilla oriental del Don; ahora era el ataque en línea directa o nada. Al quedar sólo una alternativa, el 17 de diciembre Manstein pudo enviar el XVII Panzer al ala izquierda del Grupo de Hoth, aumentando así de forma notable la potencia de sus fuerzas móviles.

Gracias a esto, Manstein tuvo una notable preponderancia de fuerzas blindadas sobre las fuerzas soviéticas que se le oponían, aunque resultaba sumamente peligroso continuar con la operación en vista del inminente colapso del Frente Norte y Oeste del Grupo de Hoth. Pero abandonar el intento significaba dar por perdido todo el Sexto Ejército, porque el colapso del frente sobre el Chir ponía en grave peligro los aeródromos de suministro. El puente aéreo había quedado muy lejos de cumplir las esperanzadas promesas de Goering, pero sin el deficiente puente aéreo el Sexto Ejército podría resistir tan sólo unos días, por consiguiente, la penetración se había convertido en asunto de la mayor urgencia.

De forma un tanto extraña, Paulus no mostraba mucho entusiasmo en ese momento. Parecía que se conformaba con que Hoth consiguiera abrir una brecha hasta donde se encontraban sus fuerzas, y la posibilidad de que Hoth lo consiguiera se reducía cada hora que pasaba, porque los elementos de vanguardia del Segundo Ejército de Guardias comenzaban a desplegarse a lo largo del Myshkova; las pequeñas unidades soviéticas ya habían sido colocadas bajo el mando de Malinovsky, y también había llegado una nueva formación acorazada —el VII Cuerpo de Ejército Acorazado—, bajo el mando de un dinámico comandante que estaba consiguiendo gran prestigio como un estratega de la guerra de carros, el general P. A. Rotmistrov. Detrás de las líneas del Segundo Ejército de Guardias se encontraba otra formación soviética, que ya había sufrido con rigor la dureza de la lucha, pero que todavía podía pelear —el Quinto Ejército de Choque del general Popov. Hoth había perdido su carrera contra el tiempo.

La única forma de salvar la operación consistía en que el Sexto Ejército cayera

sobre la retaguardia de las fuerzas soviéticas en el Myshkova, por lo cual Manstein se puso en contacto con Paulus, el cual se mostró evasivo. A continuación se puso en contacto con Zeitzler, en el Cuartel General del Alto Mando, y le pidió que "tomara medidas inmediatas para que se iniciara el repliegue del Sexto Ejército hacia el Cuarto Ejército Panzer", pidiéndole que, en efecto, ordenara a Paulus el repliegue, o, por lo menos, que persuadiera a Hitler para que cambiara la orden que mantenía al Cuarto Ejército atado a la ciudad. Tampoco recibió respuesta a esta petición. Por consiguiente, después de haber pasado gran parte del 18 de diciembre en vanos intentos de resolver el problema por teléfono y radio, decidió hacer una gestión más personal, para lo cual envió esa tarde a su primer jefe de Inteligencia, el comandante Elsmann, hacia la zona sitiada para que expusiera sus puntos de vista a Paulus.

Elsmann marchó desde Novocherkassk hasta el aeródromo de Morozovskaya, desde donde despegó con las primeras luces del día, aterrizando en Gumrak a las 07,30 horas del día 19. Inmediatamente fue llevado al Cuartel General del Ejército, en las proximidades. Después de exponer el plan de Manstein para un despliegue, Paulus procedió a explicar con énfasis las dificultades para realizarlo. El Jefe de Operaciones y el Intendente General del Ejército repitieron los puntos de vista de su jefe, pero ambos expresaron la opinión personal de que una retirada inmediata no sólo era imperativa, sino igualmente factible.

El Sexto Ejército estará en su puesto cuando llegue la Pascua.

Sin embargo, fue el jefe del Estado Mayor, el general Arthur Schmidt, quien dio la respuesta definitiva. Era un ferviente nazi y un hombre de carácter, que, conforme se prolongaba el sitio, se convirtió en el auténtico comandante del Sexto Ejército. "Es imposible intentar la huida ahora... el Sexto Ejército estará en su puesto cuando llegue la Pascua. Lo que todo el mundo debe hacer es suministrarle mejor". Elsmann discutió con ellos durante todo el día, pero sin resultados, y Paulus, eventualmente, citó la *Führerbefehl,* que excluía la posibilidad de una retirada.

Cuando Elsmann regresó a última hora del día 19, Manstein estudió la posibilidad de deponer a Paulus y Schmidt, pero había tan pocas probabilidades de obtener la aprobación del Cuartel del Alto Mando y Hitler sin largas negociaciones, que, finalmente, abandonó tal idea. El día 20 intentó de nuevo que Zeitzler realizara nuevas gestiones, pero sin resultado, y, finalmente, a las 18,00 horas ordenó a Paulus que comenzara "la *Wintergewitter* lo antes posible, haciendo





Cualquiera que fuera la dirección de las fuerzas alemanas, se encontraban con la infantería o los carros rusos, que les cerraban el paso.

hincapié: "es esencial que el *Donnerschlag* siga inmediatamente al ataque de la *Wintergewitter*".

La única respuesta de Paulus fue un bombardeo de palabras. Para reagruparse para el ataque, dijo, necesitaría seis días y se correrían graves riesgos en el Norte y el Oeste del perímetro. Las tropas estaban muy debilitadas, y como quiera que habían tenido que sacrificar los caballos para tener carne para comer, su movilidad era muy baja para tal tarea, especialmente con frío intenso. Manstein rechazó todas estas excusas, y Paulus, finalmente, explicó que era imposible cumplir sus instrucciones porque el avance requería recorrer unos cincuenta kilómetros, y sólo tenía combustible para unos veinte. En otras palabras: no podía moverse.

Como quiera que Paulus argüía dificultades técnicas y Zeitzler había demostrado su inoperancia, Manstein realizó un último intento en la forma de una petición personal a Hitler. El día 21, por la tarde, telefoneó al Führer para intentar persuadirle de que el Sexto Ejército debía replegarse inmeditaamente. Todo lo que hizo Hitler fue repetirle los argumentos expuestos por Paulus. "Paulus sólo tiene combustible suficiente para veinticinco o treinta kilómetros, como máximo. El mismo dice que no puede intentar el repliegue ahora."

Así quedó echada la suerte del Sexto Ejército. El comandante del Ejército arguyó la falta de combustible y la orden del Führer. El Führer se negó a modificar la orden porque el comandante del Ejército había explicado que carecía de combustible. Uno por otro, el ejército fue hacia el abismo.

En el Myshkova, Hoth, al igual que en el otoño de 1941, se mostró lo bastante anticuado como para creer que las órdenes del comandante del Grupo de Ejército debían cumplirse hasta la última coma. Durante varios días, había dado la batalla a las fuerzas de Malinovsky. Había conseguido atravesar el río en un lugar próximo a Nizhne-Kumsky, y rodeado a varias unidades, cuyo tamaño se aproximaba al de un regimiento. Sus hombres luchaban con la eficacia característica del soldado alemán, aunque con pocas esperanzas de éxito. Un correo, que resultó capturado y llevado ante el jefe de Estado Mayor del Segundo Ejército de Guardias, el general Biryuzov, confesó: "Nuestros soldados se consideran sentenciados a muerte...".

En su punto más próximo, el grupo de Hoth se encontraba a tan sólo treinta y cinco kilómetros del perímetro del Sexto Ejército, donde los soldados del sitiado ejército podían ver los fogonazos de los cañones que iluminaban el cielo nocturno hacia el Sur, y escuchar el ruido de las explosiones cuando el viento soplaba en su dirección. Por consiguiente, se había elevado su moral en los días que precedieron a las Navidades. El día 22, Hoth realizó su intento final, lanzando más de sesenta de sus carros contra un regimiento de la 24 División de Rifles (Guardias), que se encontraban en el flanco derecho de Malinovsky.

El regimiento estaba formado, principalmente, por marineros de la Flota del Pacífico, quienes, como si quisieran mostrar su desprecio hacia el "suave" invierno de la Rusia europea, se deshicieron de sus capotes, y lucharon en las temperaturas por debajo de cero, equipados con sólo sus chaquetas del uniforme naval. Después de luchar varias horas, los carros de Hoth tuvieron que reconocer la superioridad del enemigo y retirarse. Cayó la noche, y en su puesto de mando Malinovsky resumió los resultados del día: "Hoy, finalmente, hemos detenido el formidable enemigo. Ahora seremos nosotros los que nos lancemos al ataque".

Y así lo hicieron los Guardias del Segundo Ejército el día de Nochebuena. Hoth disputó una serie de tenaces acciones de retaguardia en su retroceso hasta su punto de partida, en Kotelnikovo, pero cuando, al fin, se detuvo, había sido obligado a retroceder hasta un punto situado a cien kilómetros más allá. En el perímetro Sur del Sexto Ejército, los soldados observaban cómo cada noche los fogonazos se alejaban más y más, hasta que, finalmente, desparecieron. Igualmente sobre el río Chir, donde los soldados del extremo occidental del perímetro de Stalingrado habían contemplado los fuegos artificiales de la cabeza de puente sobre Nizhne-Chirskaya, a unos cuarenta kilómetros, el cielo, finalmente, se tornó grisáceo, y con ello acabaron las posibilidades del Sexto Ejército.

El día de Año Viejo, Biryuzov trabajaba en el Cuartel General del Segundo Ejército de Guardias, cuando introdujeron en su despacho a un oficial de Rotmistrov, el cual era portador de una invitación para la Fiesta del Año Nuevo. El jefe de Estado Mayor era un hombre solemne y torvo, y su primera reacción fue considerar aquello como una frivolidad injustificada. Sin embargo, después lo pensó mejor, y, poco antes de la medianoche, se dirigió hacia el cuartel general del comandante de los blindados, en Kotelnikovo. En el camino observó un carro alemán, que había resultado incendiado, y, empujado por su curiosidad, dirigió su linterna hacia él. Estaba camuflado para la lucha en el desierto —sin duda, era uno de los refuerzos preparados para Rommel, para la campaña de Africa. Encogiéndose de hombros —no sentía simpatía por los angloamericanos—, continuó su camino.

Al abrir la puerta del Cuartel General de Rotmistrov se detuvo sorprendido. Allí se encontraban los más altos mandos, incluso el jefe del Estado Mayor, Vasilevsky, en torno a un árbol de Navidad. En una mesa próxima había gran variedad de frutas, vinos franceses, queso de Holanda, mantequilla y tocino entreverado de Dinamarca y toda clase de conservas de Noruega. En todas ellas se leía el sello "Sólo para alemanes". "No todos mis hombres saben leer alemán", dijo Rotmistrov, "y por consiguiente, debido a su falta de educación, se han apoderado de las viandas. Pero tendremos que devolver las velas a Hitler para que pueda encenderlas en señal de duelo por el Sexto Ejército."

Unos días antes, el Sexto Ejército había tenido también su fiesta especial —la Comida de Navidad. Consistía en seis onzas de pan, tres de pasta de carne, una de mantequilla, una de café. Al día siguiente tuvieron otro plato extra: dos albóndigas de carne de caballo por hombre.

Aniquilamiento

En Stalingrado el frío era cada vez más intenso. El Sesenta y Dos Ejército había dejado de ser un puesto sitiado para convertirse en parte de un anillo de hierro, formado por siete ejércitos. Además de sus viejos camradas de armas del Sesenta y Cuatro Ejército, estaban el Veintiuno, Veinticuatro, Cincuenta y Siete, Sesenta y Cinco y Sesenta y Seis; todos estaban a la espera de dar el último golpe y acabar con la presa. Chuykov todavía tenía problemas, naturalmente. Druante semanas, las masas de hielo habían descendido, rodando y dando tumbos por el Volga, imposibilitando prácticamente la tarea de aprovisionamiento. Habían tenido que recurrir al lanzamiento de suministros desde el aire, utilizando los pequeños aviones PE-2, conocidos como "la máquina de coser". Pero estos lanzamientos resultaban muy azarosos: una desviación de cien metros sobre el punto a que iban dirigidos significaba su caída en manos alemanas; cien metros en otras dirección, y entonces caían en las aguas del Volga.

El 16 de diciembre, a las 16,00 horas, aproximadamente, llamó la atención de Chuykov el estrépito producido por algo similar a un choque monumental. Salió corriendo fuera de su refugio y pudo contemplar una inmensa masa de hielo que se desplazaba desde atrás de la isla Zaytsevsky arrollando todo cuanto encontraba en su camino, y que se detuvo justamente frente al refugio. Por fin, el Volga había quedado solidificado, y a la mañana siguiente se habían tendido sobre el mismo varias carreteras, formadas por tablones, de forma que los suministros llegarían ahora con relativa facilidad y al mismo tiempo podrían llegar nuevas divisiones de refresco para sustituir a las sufridas y agotadas que habían soportado el mayor peso de la batalla, las cuales podrían recuperar así sus perdida fuerzas.

Además, se podría establecer contacto con la división de Lyudnikov, que había quedado aislada, lo cual se logró el 23 de diciembre. Al día siguiente, lo que quedaba de las divisiones de Sologub, Smekhotvorov y Zholudev, así como los supervivientes de dos regimientos de infantería fueron trasladados a la reserva, donde serían reformados. Incluso, mientras se procedía a la evacuación de dichas divisiones, los hombres de Guryev comenzaron a desplazar a los debilitados alemanes fuera de la factoría "Octubre Rojo". Se lanzó un fuerte ataque contra Mamayev Kurgan, pero los defensores no cedieron en sus posiciones, y ahora comenzaron a mostrar que habían aprendido bien las lecciones que antes les diera el Sesenta y Dos Ejército.

A pesar del hambre y de lo desesperado de sus posiciones, no se produjo ningún colapso, en tanto creyeron que Manstein se encontraba camino de socorrerlos. Incluso cuando esa esperanza se esfumó, el ejército se debilitó paulatinamente sin mostrar grietas. Durante diciembre, unos 80.000 hombres, aproximadamente, la cuarta parte de los sitiados, murieron a causa de las heridas, el hambre y las enfermedades. Pero el resto continuó luchando, y el comandante soviético del Frente del Don, general Rokossovsky, decidió que sería necesario realizar una nueva operación para someterlos.

El principal ataque se realizaría desde el Oeste, y estaría a cargo del Sesenta y Cinco Ejército de Batov y el Veintiuno de Chistyakov, y su objetivo sería dividir a las tropas sitiadas. El Sesenta y Seis Ejército (Zhadov) y el Veinticuatro



(Galanin) deberían atacar simultáneamente desde el Norte, mientras que el Cincuenta y Siete (Tolbukhin) y el Sesenta y Cuatro (Shumilov) lo harían desde el Sur. Al Sesenta y Dos Ejército se le asignó la tarea de mantener a los alemanes lo suficientemente ocupados para que no pudieran retirar fuerzas con las que hacer frente a los ataques de los otros ejércitos, e igualmente evitar cualquier intento de retirada a través del Volga, cuyas aguas habían quedado heladas. El ataque quedó fijado para el 10 de enero de 1943.

Sin embargo, el representante del Stavka, general de Artillería Voronov, decidió, en primer lugar, hacer una oferta de honorable capitulación, y por consiguiente, el 8 de enero envió a unos oficiales con bandera blanca hasta las líneas alemanas, con una oferta de paz. La oferta, redactada en papel del Stavka, era una mezcla interesante de guerra sicológica del siglo XX y etiqueta militar del siglo XIX. Decía:

"AL COMANDANTE DEL SEXTO EJERCITO ALEMAN SITIADO EN STALINGRADO, CORONEL GENERAL PAULUS, O A SU REPRESENTANTE.

"El Sexto Ejército alemán, las formaciones del Cuarto Ejército Panzer y las unidades de refuerzo agregadas han permanecido completamente sitiadas desde el 23 de noviembre de 1942. Unidades del Ejército Rojo han sitiado a este grupo de fuerzas alemanas con un sólido anillo. Se ha comprobado que no hay esperanzas de que sus fuerzas sean liberadas por un ataque de las tropas alemanas desde el Sur y el Sudoeste. Las tropas alemanas enviadas en su ayuda han quedado destruidas por el Ejército Rojo, y los supervivientes de esas fuerzas se retiran hacia Rostov. Los aviones alemanes de transporte, que les suministran insuficientes raciones de alimentos, municiones y combustible, se han visto obligados a cambiar sus aeródromos con frecuencia, debido al rápido y triunfal avance del Ejército Rojo, y tienen que volar hasta las posiciones sitiadas desde aeródromos muy alejados. Además, la aviación rusa está infligiendo graves pérdidas de aviones y hombres al transporte aéreo alemán. Su ayuda a las tropas sitiadas se está convirtiendo en algo meramente simbólico.

"La situación de las tropas sitiadas es grave. Sufren los efectos del hambre, el frío y las enfermedades. El severo invierno ruso acaba de comenzar; todavía



Arriba. Izquierda: **Tan sólo algunos afortunados pudieron escapar porque** (abajo, izquierda) **el tiempo impedía los vuelos.** Arriba: **Sin escape.**

nos esperan duras heladas, fuertes vientos y grandes ventiscas, y sus soldados no disponen de uniformes de invierno y se encuentran en condiciones insalubres en extremo.

"Usted, como Comandante, y todos los mandos de las fuerzas sitiadas, comprenden perfectamente que no tienen posibilidades reales de romper el cerco. Su situación es desesperada y carece de fundamento continuar la resistencia.

"En vista de lo deseperado de su situación, y para evitar el insensato derramamiento de sangre, proponemos que usted acepte las siguientes condiciones de capitulación:

"1. Todas las fuerzas alemanas bajo su mando y su estado mayor cesarán la resistencia.

"2. Usted hará entrega de todo el personal, armamentos, así como de todo el equipo militar y de las propiedades militares que se encuentren en funcionamiento.

"Garantizamos la vida y seguridad de todos los oficiales, suboficiales y soldados que cesen las hostiliddaes, así como de que, una vez terminada la guerra, serán devueltos a Alemania o a cualquier otro país al que deseen marchar.

"Todo el personal de las fuerzas que se rindan podrá retener su uniforme militar, sus medallas y distintivos de graduación, efectos personales, objetos de valor, y, en el caso de los jefes, sus espadas.

"Se habilitarán raciones normales inmediatamente para los oficiales, suboficiales y soldados que se rindan. Se prestará atención y cuidados médicos a todos los heridos, enfermos o con síntomas de congelación.

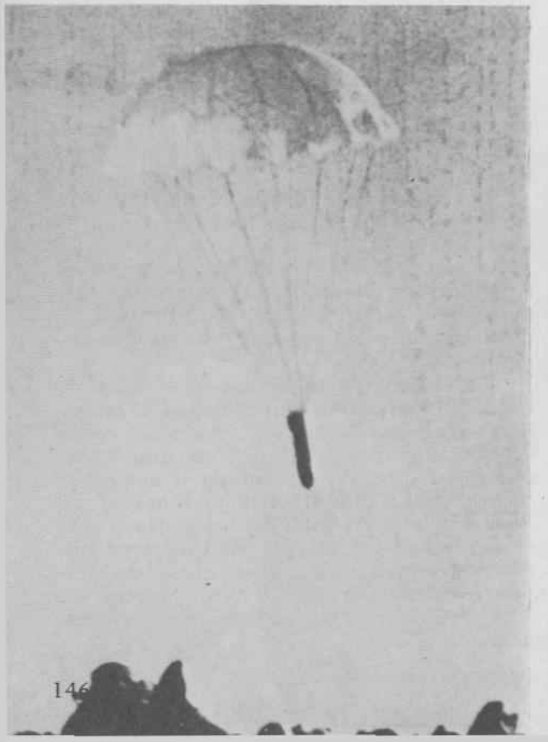
"Se espera su respuesta por escrito a las 15,00 horas de Moscú, del 9 de enero de 1943, la cual habrá de ser entregada por un representante personalmente nombrado por usted, quien deberá acudir en un vehículo ligero con una bandera blanca, utilizando la carretera que sale de la vía muerta de Konny hasta la estación de Kotliban.

"Su representante será recibido por oficiales rusos, debidamente autorizados, los cuales se encontrarán en la zona "B", kilómetro 0,5, Sudeste de la vía muerta 564, a las 15,00 horas, el 9 de enero de 1943.

"Caso de que nuestra propuesta de capitulación sea rechazada por usted, nos sentimos obligados a informarle que las fuerzas del Ejército Rojo, así como las Fuerzas Aéreas, se verán forzadas a emprender el aniquilamiento de las fuerzas alemanas sitiadas, de cuya destrucción usted será responsable."

El ultimátum estaba firmado por Voronov, en nombre del Stavka, y por Rokossovsky, como Comandante en Jefe del Frente del Don, y no puede dudarse de sus considarables efectos persuasivos, con sus menciones de los horrores del invierno, que todavía no había llegado, su descripción fría, pero precisa (como pudo comprobar Paulus) del fracaso de la operación de socorro, la promesa de alimentos y tratamiento médico y el tono caballeresco, así como el llamamiento al tradicional sentido de la cortesía militar con la frase "de que los jefes podrían conservar sus espadas". Para conseguir un mayor impacto sobre la moral de las tropas, se lanzaron copias de la oferta a los hombres de Paulus.

Pero a pesar de la tentación de las condiciones ofrecidas, Paulus no estaba dispuesto todavía a abandonar, o quizá carecía de fuerza de voluntad suficiente para oponerse a la determinación de Schmidt. Por consiguiente, las condiciones fueron rechazadas, y Voronov puso manos a la obra de cumplir la amenaza expresada en el último párrafo del ultimátum. Quería poner rápido fin a la operación, puesto que los siete ejércitos comprometidos en Stalingrado podrían ser utilizados en mejor forma en otro lugar, para transformar la ofensiva en una total destrucción del frente alemán en el Sur. La Operación "Anillo", consistente en la disección y aniquilamiento del Sexto Ejército y las unidades a él agregadas, tenía que seguir adelante.





La operación había sido cuidadosamente planeada, porque los altos mandos del Ejército Rojo tenían un elevado concepto del soldado alemán, que les obligaba a planear con cuidado lo que iban a llevar a la práctica. Frecuentemente, los generales de Hitler, cuando se trataba de los soldados rusos, consideraban necesario o expediente ignorar su calidad. El Führer exigía constantemente de sus tropas la realización de milagros, pero el Stavka, como correspondía a los designios de un régimen declaradamente ateo, no confiaba en lo sobrenatural.

Para la Operación "Anillo", contaba con siete ejércitos, mientras que Paulus disponía de las fuerzas equivalentes a dos (el Sexto, la mayoría del Cuarto Panzer, numerosas unidades individuales, dos divisiones rumanas de infantería y un batallón de separatistas croatas). Pero un ejército soviético era, en número, aproximadamente, equivalente a un cuerpo de ejército alemán, y dos de los ejércitos (Sesenta y Dos y Sesenta y Cuatro) tenían sus efectivos muy mermados. De hecho, los alemanes disponían de mayor número de hombres y carros en el interior de la bolsa que las fuerzas soviéticas del cerco, aunque el Ejército Rojo tenía una superioridad de artillería de tres a dos, y una superioridad en el aire de tres a uno.

Izquierda: **Los suministros quedaron reducidos al lanzamiento ocasional en paracaídas.** Centro: **¿Alimentos o municiones?** Abajo: **¡Alambre de púas para la última defensa!**



Además, existía una extraordinaria diferencia entre las tropas del Frente del Don, debidamente vestidas, con ropas de invierno y bien alimentadas y que presentían la victoria, y los hambrientos, mal vestidos y muertos de frío soldados del Sexto Ejército. De igual forma, no era posible comparar los T-34 de las fuerzas móviles de Rokossovsky, bien pertrechadas de municiones y combustible, con los carros alemanes Mk III y IV, prácticamente inmóviles e impotentes, por falta de ambas cosas. Sin embargo, Voronov no corrió ningún riesgo, y la operación se realizó como si los alemanes estuvieran descansados y fuertes.

Inició la maniobra a las 08,05 horas de la mañana del 10 de enero, con un bombardeo de artillería, que duró cincuenta y cinco minutos, y en el que intervinieron miles de cañones y morteros, así como cientos de aviones; a continuación, a las 09,00, se produjo el asalto contra Stalingrado, con un ataque a través de la ciudad, desde Vertyachi hacia la factoría de "Octubre Rojo", cuyo objetivo era dividir en dos las fuerzas de Paulus. Al mismo tiempo se produjeron ataques secundarios desde Tsybenko hacia la estación de Basargino y desde Yerzovka hacia Gorodishche.

Una vez más, el castigado suelo de Stalingrado tembló bajo el impacto de las bombas y los proyectiles, y en los partes de guerra aparecieron los nombres que se habían hecho famosos meses antes —los del río Rossoshka, Pitomnik y Tsaritsa. Pero en esta ocasión, la secuencia se produjo como en una película pasada a gran velocidad, puesto que mientras que, en el otoño, Paulus utilizaba divisiones y luchaba contra tropas bien alimentadas, Voronov empleaba ejércitos y luchaba contra un enemigo hambriento, aterido por el frío y desmoralizado, sin alimentos, municiones o esperanza. En estas circunstancias, es digno de encomio que el soldado alemán pudiera continuar luchando, pero así lo hizo, aunque sabía que la suya era una causa perdida.

Incluso, a pesar de su resistencia, no cabía esperar que pudieran rechazar la embestida soviética. Y lo que Paulus tardó semanas en capturar, Voronov y



De nuevo en la ciudad.

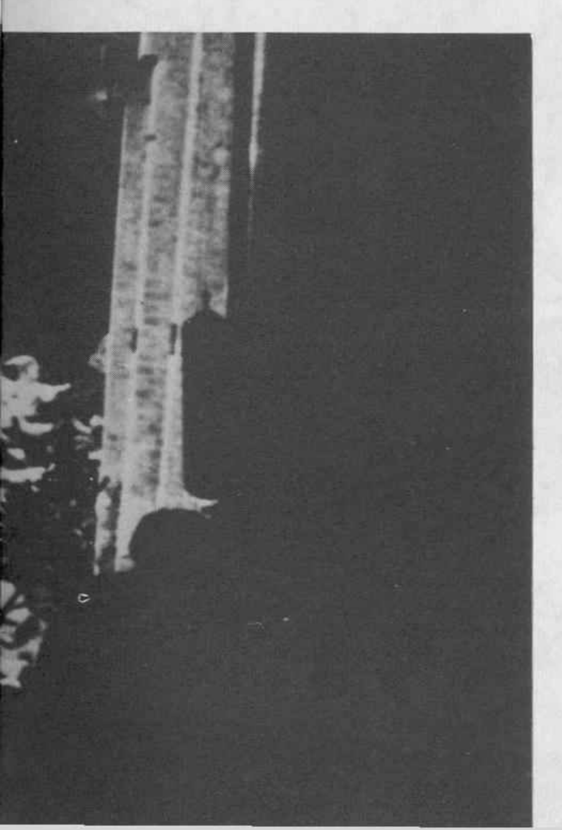


La infantería rusa.

El asalto a través de las ruinas.

Rokossovsky lo reconquistaron en cuestión de días. La fuerza principal (la totalidad del Sesenta y Cinco Ejército, junto con las fuerzas del Veintiuno y Veinticuatro) alcanzaron la orilla occidental del Rossoshka el día 13; los alemanes fueron desplazados del río Chervlenaya, y el día 14 perdieron su principal aeródromo de suministros, situado en Pitomnik. Al llegar la tarde del 16, el perímetro en manos alemanas se había reducido de noventa kilómetros cuadrados a menos de cuarenta. Para recibir pertrechos sólo contaban con el aeródromo auxiliar de Gumrak; y si la Luftwaffe no había podido cumplir la tarea de suministrar trescientas toneladas diarias, con raciones de hambre (nunca tuvo posibilidades de suministrar las seiscientas toneladas necesarias para la adecuada subsistencia de la guarnición sitiada, y su mayor proeza fue el suministro de doscientas ochenta toneladas en un día), contando con dos aeródromos, no había ninguna esperanza de que el Sexto Ejército pudiera continuar subsistiendo contando únicamente con el aeródromo de Gumrak.

Las escenas ocurridas en los aeródromos durante esos días de enero resultan auténticamente indescriptibles. Cuando un avión aterrizaba, dando saltos sobre la pista cubierta de nieve, era necesario realizar la descarga a gran velocidad, porque, con frecuencia, la artillería soviética bombardeaba la zona, y los cazas soviéticos sobrevolaban la zona, listos para caer sobre la fácil presa que eran los aviones de transporte alemanes cuando se disponían a aterrizar o despegar, y grupos volantes de tanques T-34 bombardeaban periódicamente los aeródromos. Entonces se procedía a la carga, mientras los turbados oficiales del Control de Movimientos y de la *Feldgendarmerie*, pistola en mano, se veían obligados frecuentemente a descubrir a los desertores y apartarlos de los que debían emprender el vuelo de regreso. A veces, un oficial vendado, que no tenía ninguna herida bajo las vendas de su brazo, el coronel que había redactado los documentos con instrucciones para ser trasladado a otro lugar, a fin de realizar "una misión especial" con el Grupo de Ejércitos del Don, o el sargento que había disparado contra sí mismo para producirse una herida.



Mientras tanto, los heridos esperaban en vano en sus camillas ser llevados a los aviones, preguntándose (cuando todavía no habían perdido el sentido) si, finalmente, se verían a bordo, y caso de que así ocurriera, si saldrían con vida de los ataques de las formaciones de cazas soviéticos y de los cientos de potentes cañones antiaéreos que los sovitéicos haban colocado en la estepa, a lo largo de las rutas que debían recorrer los transportes alemanes. Finalmente, todo quedaba listo para la marcha; el avión rodaba hasta el extremo de la pista, ganaba velocidad y se elevaba en el aire, llevando aferrado a la cola (en por lo menos dos ocasiones) a un pobre diablo, aterrorizado, que cuando, finalmente, cedían sus manos por efecto del frío, encontraba la muerte al caer a tierra.

Esa era la trágica realidad que intentaban encubrir las jactanciosas declaraciones de la radio nazi, y los comunicados militares que repetidamente hablaban de la "obstinada resistencia frente a fuerzas abrumadoramente superiores". En el frente, la infantería luchaba heroicamente, pero a sus espaladas, el organismo comenzaba a descomponerse. Eran como la cáscara del huevo, que ocultaba el contenido en su interior; y al igual que la cáscara del huevo, estaba a punto de quedar rota. Voronov y Rokossovsky planeaban ya su destrucción,

al poner en marcha la fase segunda y final de la Operación "Anillo".

En la tarde del 17, los alemanes se encontraban de nuevo en el perímetro defensivo interior de la propia ciudad, y se produjo una calma inquietante conforme el Frente del Don comenzó a reagruparse, dispuesto a dar el golpe de gracia. El aeródromo de Gumrak cayó en manos soviéticas el día 21, y al día siguiente se inició la fase final de la Operación "Anillo". La infantería y la artillería jugaron los principales papeles, especialmente esta última. En la línea del frente, ocupado por el Veintiuno, Cincuenta y Siete y Sesenta y Cuatro ejércitos, prácticamente había un cañón o un mortero cada cinco metros, aproximadamente, con un total de cuatro mil cien a lo largo de veintidós kilómetros.

Ningún ejército podría resistir durante mucho tiempo el peso de un ataque así, y el día 25, el Frente del Don había alcanzado el centro de Stalingrado. En el grupo de casas de la factoría "Octubre Rojo" y en el Mamayev Kurgan, los carros del Veintiún Ejército, mandado por Chistyakov, de pronto se encontraron con que los hombres que tenían delante de sí no eran tropas alemanas, sino soldados soviéticos. La fuerza principal del Sesenta y Dos Ejército ya no estaba aislada del Frente del Don.

Ahora Paulus ocupaba una zona de



El aeródromo recapturado, con los aviones de la Luftwaffe en tierra.

solamente sesenta kilómetros cuadrados, y sus fuerzas se encontraban divididas en dos grupos, al igual que había ocurrido con las fuerzas de Chuykov durante tantas semanas. Su destrucción era cosa de días nada más.

Lo mismo los generales alemanes que los soviéticos, así como los teóricos militares, se muestran de acuerdo en que, hasta el 24 de enero, el Sexto Ejército cumplía una útil misión para Alemania, al mantener entretenidos allí a los ejércitos soviéticos; de forma especial, la ofensiva de Yeremenko hacia Rostov tropezaba con el problema de la falta de hombres a causa de la continuada resistencia del Sexto Ejército, y no pudo alcanzar su objetivo de cortar la retirada del Grupo A de Ejército desde el Cáucaso. Pero para el día 24 no hubo lugar a dudas de que el Grupo A de Ejército conseguiría escapar a través de Rostov, y que el Sexto Ejército, cuyo último aeródromo, el de Gumrak, había caído en manos enemigas tres días antes, era incapaz ya de retener a ningún ejército soviético.



Algunos comandantes habían comenzado a negociar la rendición individual de las unidades bajo su mando, a pesar de las órdenes existentes en sentido contrario, y ya no tenía sentido el continuar la resistencia. A las 16,45 del día 24, Manstein recibió una comunicación del Sexto Ejército, que, entre otras cosas, decía: "... Existen condiciones espantosas en la zona de la ciudad, donde unos veinte mil soldados, heridos y sin asistencia, buscan refugio en las ruinas. Con ellos se encuentran otros veinte mil hombres hambrientos y con síntomas de congelación, así como soldados que vagan errantes, la mayoría de ellos sin armas... Se realizará la última acción de resistencia en los alrededores de la ciudad, en la parte Sur de Stalingrado el 25 de enero... Es posible que las posiciones de la Factoría de Tractores puedan continuar la lucha durante algún tiempo más..."

Manstein realizó su último intento por teléfono para persuadir a Hitler que permitiera la rendición. Pero en vano. El comandante Zitzewitz, enlace del Cuartel del Alto Mando destacado en Stalingrado, había salido en uno de los últimos aviones que lograron despegar de Gumrak el día 20, y el día 23 hizo un intento similar en una entrevista personal con el Führer. Pero Hitler había perdido contacto con la realidad, y hablaba de enviar un solo batallón de los nuevos carros medios Panther (que ni siquiera se habían probado) para abrir un pasillo a través de cientos de kilómetros de territorio dominado por los soviéticos, que separaban el Grupo de Ejército del Don y Stalingrado. Zitzewitz quedó estupefacto por la reacción, pero hizo todo lo posible para que Hitler se diese cuenta de la realidad. Habló del hambre, de los hombres con síntomas de congelación, de la falta de pertrechos, de los heridos sin asistencia y terminó con la abrupta declaración: "ya no es posible ordenar que las tropas de Stalingrado continúen luchando hasta el último cartucho, sencillamente porque

ya no pueden luchar y han gastado su último cartucho".

Hitler le atravesó con la mirada. "El hombre se recupera con rapidez", dijo, y envió una comunicación por radio a Paulus. "Se prohíbe la rendición. El Sexto Ejército mantendrá sus posiciones en tanto le quede un hombre y una bala, y con su heroico comportamiento realizarán una inolvidable aportación al establecimiento de un frente defensivo y a la salvación del mundo occidental".

Y así fue cómo el Sexto Ejército quedó condenado a su fatal destino con una sórdida mentira. Ya no realizaba ninguna aportación, inolvidable o no, al establecimiento de un frente defensivo. Y caso de que así fuera, los pueblos de Europa Occidental, ocupados por los alemanes, no podían considerar al régimen que había destruido su libertad e independencia en 1939 y 1490 como una aportación a la "salvación del mundo occidental".

Paulus había tenido que trasladar su cuartel general desde Gumrak, cuando los soviéticos ocuparon el aeródromo, y se instaló personalmente, así como su Estado Mayor, en el bajo de un gran almacén, el "Univermag", situado en las afueras, en la parte occidental de la ciudad. El 30 de enero, el general Shumilov, del Sesenta y Cuatro Ejército, que ocupaba ese sector, se enteró de esta circunstancia, e inmediatamente organizó un destacamento móvil, formado por carros e infantería de la 38 Brigada Motorizada, a la que agregó un batallón de ingenieros, con la misión de limpiar de minas la zona en torno al gran almacén. Con el destacamento se encontraba el oficial de Inteligencia de la brigada, el teniente Ilchenko. A las 06.00 horas del día 31 habían rodeado al almacén y comenzaron a bombardearlo.

Unos minutos después, un oficial alemán salió por una puerta lateral e hizo gestos para que se acercara un oficial enemigo. Ilchenko cruzó la calle, y el oficial alemán dijo: "Nuestro jefe quiere hablar con su jefe".

"Nuestro jefe está ocupado. Tendrá que tratar conmigo", respondió Ilchenko, y junto con dos de sus hombres fue llevado al bajo, donde se reunió con Schmidt y con el general Rosske, del Estado Mayor de Paulus. Rosske dijo que la rendición se negociaría tan sólo con los representantes del mando del Frente o del Ejército. Ilchenko informó por radio a Shumilov sobre lo ocurrido, quien inmediatamente envió a sus jefes de Operaciones e Inteligencia, los coroneles Lukin y Ryzhov. A su llegada, negociaron primero con Rosske y después con Schmidt, quien dijo: "Paulus no contesta a ninguna de nuestras preguntas desde ayer", aunque, de cuando en cuando, desaparecían en la habitación, donde yacía nervioso en una cama, fumando ininterrumpidamente. El Estado Mayor de Paulus se negó a negociar la rendición del grupo Norte, que se encontraba entonces bajo el mando del general Strecker, y en cuanto al grupo situado al Sur, accedieron a su capitulación, aunque hicieron constar que no disponían de medios para dar a conocer la orden a sus tropas.

Finalmente, se acordó que la orden sería transmitida por oficiales de ambos ejércitos, y los coroneles Ryzhov y Mutovin del Estado Mayor del Sesenta y Cuatro Ejército, fueron designados para acompañar a los oficiales del Estado Mayor alemán en esta tarea. Tan sólo cuando hubieron salido, se permitió al coronel Lukin entrevistarse con Paulus. Se dio una hora al Cuartel General del Sexto Ejército para recoger, y mientras se ocupaban en esta tarea llegó el jefe del Estado Mayor de Shumilov, el general Laskin, con la misión de conducir a Paulus y a Schmidt hasta el Cuartel General de Shumilov, en Beketovka.

Shumilov esperaba su llegada con impaciencia y curiosidad. Al fin se abrió la puerta y por ella entró un hombre alto y canoso, con el uniforme de coronel general. Llevado por la fuerza de la costumbre, levantó el brazo para hacer el saludo nazi; a continuación, tímidamente, bajó el brazo, y dijo: "Buenos días", en lugar de *Heil Hitler*.

Austeramente, Shumilov le pidió sus documentos de identidad. Paulus palpó sus bolsillos y presentó su cartilla militar. Shumilov, decidido a no cometer errores, la examinó, y, a continuación, le pidió los documentos acreditativos de que Paulus era el Comandante en Jefe del Sexto Ejército. Afortunadamente, Paulus tenía esos documentos también (Shumilov no ha explicado qué hubiera hecho en caso contrario), y, finalmente, el puntilloso comandante del Sesenta y Cuatro Ejército le preguntó si eran ciertos los informes de que había sido ascendido a mariscal de campo. (Lo eran; Hitler le había ascendido con la esperanza de que ésto le haría morir luchando.)

Schmidt había estado escuchando la conversación con creciente impaciencia,





La rendición del mariscal de campo Paulus... y de su ejército.

y no podía soportar más tiempo que no se le permitiera intervenir en ella. Con un orgullo, quizá completamente fuera de lugar, en aquellas circunstancias afirmó, en tono ceremonioso: "Ayer, por orden del Führer, se ha concedido al coronel general von Paulus el grado de general mariscal de campo, el más alto del Reich".

Shumilov creía que un jefe de Estado Mayor debía hablar solamente cuando se dirigieran a él; por consiguiente, se volvió a Paulus, y dijo: "Entonces, ¿puedo informar al Stavka de que las tropas de mi ejército han hecho prisionero al *mariscal de campo* Paulus?"

"*Jawohl*", fue la respuesta.

Durante el interrogatorio oficial que siguió, Paulus recobró su buen estado de ánimo, al darse cuenta que podrían esperar de sus captores un trato humano, y cuando se sirvió la comida, su humor mejoró con respecto a semanas anteriores. Pidió vodka, sirvió a cada uno de los oficiales de su Estado Mayor y propuso un brindis: "Por los que nos han derrotado, por el Ejército Rojo y sus líderes". Todos se levantaron y bebieron.

El grupo Norte del general Strecker resistió solamente un poco más, y ante la presión de los ejércitos Sesenta y Dos, Sesenta y Cinco y Sesenta y Seis, también capituló el 2 de febrero de 1943. Hubo tres días de luto nacional en Alemania, y durante varias semanas, incluso el propio Hitler pareció haber perdido la fe en su genio militar, de forma que durante un breve período, Manstein gozó de una libertad de acción que pocos generales habían disfrutado ese año. Hizo buen uso de esa libertad, e infligió un serio revés a los ejércitos de Golikov y Vatutin, los cuales se habían desplegado excesivamente, recuperando parte del terreno perdido al Norte del Don. Pero la campaña de Stalingrado realmente había terminado el 2 de febrero de 1943, puesto que ninguna victoria táctica posterior podría borrar lo ocurrido en la orilla del Volga.

Las cifras sólo pueden expresar parcialmente la importancia militar de la victoria. Casi la totalidad de cinco ejércitos del Eje habían quedado borrados al llegar el deshielo —todo el Sexto Ejército, la mayor parte del Cuarto Ejército Panzer, cinco de las siete divisiones del Tercer Ejército rumano, casi todas las del Cuarto Ejército rumano y el Octavo Ejército italiano. Quedaron com-

pletamente destruidas treinta y dos divisiones y tres brigadas. Además, otras dieciséis divisiones perdieron más de la mitad de sus hombres, y muchas otras tuvieron que abandonar gran parte de su equipo para poder escapar. Nunca se sabrá con absoluta precisión la cifra total de bajas del Eje en forma de muertos, heridos, desaparecidos o prisioneros, pero se acercaban a la cifra de un millón quinientos mil, entre agosto de 1942 y febrero de 1943. Por otro lado, se perdieron quinientos carros y cañones de asalto (aproximadamente, la producción de siete meses), y tres mil aviones (por lo menos, la producción de cuatro meses). En total, con el equipo perdido entre agosto y febrero, se podrían equipar, aproximadamente, setenta y cinco divisiones.

Sin embargo, estas cifras sólo ilustran parte de la historia. Los generales alemanes pudieron racionalizar la derrota, al igual que hicieron con la de Moscú, al señalar los varios errores cometidos por Hitler. Después de la guerra, muchos de ellos, en sus memorias, volvieron a luchar la batalla, y en esta ocasión la ganaron. Si se hubiera seguido el plan original de Halder; si Kleist y Ruoff hubieran iniciado sus movimientos posteriormente, a fin de que ambos v Hoth hubieran podido situarse en torno al Frente Sur, en lugar de empujarlo en rápida huida hacia el Cáucaso; si no se hubiera enviado a Hoth al Sur en ayuda de Kleist, el cual no la necesitaba; si Hitler no hubiera trasladado algunas divisiones a Europa Occidental; si todas estas cosas, y algunas otras, se hubieran hecho de forma distinta, el resultado hubiera sido diferente.

Pero en este tipo de coyunturas existe un fallo fatal: cuando se examinan detenidamente, se observa que se supone que el enemigo repetiría exactamente los mismos hechos, mientras que en la vida real, las acciones de cada bando se ven, hasta cierto punto, determinadas por las de sus adversarios. Si los alemanes se hubieran conducido de otra forma, las reacciones del Stavka también habrían sido diferentes; el Stavka también cometió errores, siendo el más evidente el de la ofensiva de Jarkof, en mayo. El historiador, que después escribe sobre este acontecimiento, dispone de información que no tenía el general que dirigía la operación en aquel momento, y cualquier batalla, pero de forma especial una de la escala y complejidad de Stalingrado, es ún acontecimiento dinámico, en el cual es necesario tomar decisiones con frecuencia y rapidez, contando con información insuficiente. Es evidente que una gran proporción de los acontecimientos tendrán un mal desenlace, otros llegarán a tener incluso un desenlace desastroso. Y todo lo que cabe decir es que las decisiones tomadas por los generales soviéticos con frecuencia resultaron más acertadas que las de los alemanes, y que pocas de las decisiones que resultaron equivocadas alcanzaron la categoría de desastre.

Haciendo un examen de toda la situación general, la flexibilidad e imaginación de la defensa soviética, y la audacia del plan de la contraofensiva, concebido y ejecutado primordialmente por Zhukov y Vasilevsky, eran el fruto de una alta capacidad militar, de superior calidad al rutinario enfoque, semejante al de una máquina de picar carne, adoptado por los comandantes del Grupo B de Ejército y del Sexto Ejército, y fue la superioridad en el mando, y no en el número de hombres, la que decidió la lucha. Es cierto que todo aquello era una empresa arriesgada y un juego de azar, y que el Stavka tuvo suerte en sus jugadas, primero, al conseguir con su habilidad mantener al Sesenta y Dos Ejército, a pesar de su situación aislada, y después, al conseguir reunir las grandes fuerzas de ataque para la contraofesiva, sin que los alemanes descubrieran su presencia. Los líderes alemanes, por otro lado, jugaron a la carta de su habilidad para eliminar de la lista de combatientes, en sólo unos meses, a un país con el doble del potencial de soldados que Alemania.

El hecho de que estuvieran tan cerca de alcanzar su objetivo constituye el mejor elogio a su habilidad en cuanto a la ejecución de un plan, más que un reconocimiento de su buen juicio, al elegir, en primer lugar, un objetivo de tales proporciones.

En el lado soviético, también existen diferencias, aunque a un nivel más personal, en cuanto a cuáles de los generales, "los del Sur", o "los moscovitas", jugaron un papel más importante en la consecución de la victoria. En tiempos de Stalin, estas discusiones no podían producirse, puesto que todos los éxitos emanaban de su genio. Pero, una vez muerto, todos estos argumentos cobraron mayor violencia, porque habían estado encumbrándose durante todo el tiempo que permanecieron reprimidos. Kruschev, que había servido en el Sur desde el

principio de la guerra, se sintió afectado por todo cuanto constituyera un ataque contra "los generales del Sur", considerándolo una afrenta personal.

Sin embargo, es un hecho indiscutible que muchos de los generales enviados a la zona de Stalingrado para rastaurar la situación allí, habían desempeñado una brillante tarea en la batalla de Moscú: Zhukov, Vasilevsky, Yeremenko, Golikov, Vatutin, Rokossovsky, G. F. Zakharov (el jefe de Estado Mayor de Yeremenko), Batov (Sesenta y Cinco Ejército), Zhadov (Sesenta y Seis Ejército), y que todos esos hombres volvieron a jugar importantes papeles; Zhukov, el mando supremo, así como todos los comandantes del frente, de hecho habían tenido los puestos de mando en el campo de batalla, en la defensa de Moscú. Durante la supremacía de Kruschev, se minimizó la importancia de estos hombres, realzándose y exagerándose, por el contrario, la importancia de los "locales", especialmente la de Kruschev.

Un hombre que hasta la fecha no ha sido mencionado en absoluto es Georgy Malenkov, quien, como miembro de la secretaría de Stalin, pasó mucho tiempo en el lugar de la lucha, y probablemente jugó un papel más importante que Kruschev, al mantener informado a Stalin y al conseguir que se movilizara la maquinaria del Partido en apoyo de la operación de Stalingrado. Sin embargo, poco o nada se sabe de sus actividades allí, porque, al caer en desgracia, en 1955, le han convertido en un ser desconocido, cuyo nombre casi nunca se menciona, y cuya presencia en Stalingrado se ignora.

Sin embargo, no queda lugar a dudas de que le corresponde a Zhukov el papel estelar en la preparación de la "trampa" y en su ejecución. Como Segundo Comandante Supremo, él era el soldado de mayor graduación que intervino en la operación, y, desde luego, nunca fue un figurón ni en ésta ni en ninguna de las batallas en que participó antes o después. El Sesenta y Dos Ejército fue el queso de la trampa, y la forma en que Chuykov lo utilizó, especialmente con el desarrollo de tácticas de pequeñas unidades para acoplarse a las condiciones muy especiales (jamás se ha producido un sitio *dentro* de una ciudad que alcanzara escala o duración comparables), permitió al Sesenta y Dos Ejército mantener sus posiciones y, por consiguiente, distraer una gran fuerza alemana en su avanzada y vulnerable posición, tiempo suficiente para permitir agrupar las fuerzas que intervinieron en la contraofensiva. Igualmente, sin las frenéticas e inspiradas improvisaciones de Yeremenko, el 23 de agosto, es dudoso que el Sesenta y Dos Ejército hubiera dispuesto de tiempo suficiente para desarrollar las tácticas que con tanto éxito empleó contra las fuerzas alemanas, muy superiores, especialmente en el aire.

Las fuentes soviéticas publican muy escasos datos, en cuanto a las pérdidas del Ejército Rojo, pero es evidente que fueron muy inferiores a las de los alemanes, puesto que las cifras alemanas muestran que después de mayo de 1942, no se produjo el "cerco" de gran número de tropas soviéticas, tampoco cayeron en sus manos muchos heridos soviéticos, y que las bajas por hambre o frío eran insignificantes comparadas con las sufridas por los alemanes, y que las divisiones que sufrieron mayor castigo fueron las enviadas a Stalingrado. Las bajas de estas divisiones fueron, a veces, muy elevadas, pero la mayoría de los heridos pudieron ser evacuados al otro lado del Volga, donde se supone que la mayoría de ellos tuvieron una buena posibilidad de recuperación. En cuanto al número de muertos, las cifras de los cadáveres exhumados en Stalingrado para su entierro en otros lugares, arrojan los totales de ciento cuarenta y siete mil doscientos alemanes y cuarenta y seis mil setecientos soviéticos.

De los trescientos treinta mil hombres cercados en el interior del perímetro original (del cual, la zona de la ciudad constituía tan sólo una pequeña parte), solamente noventa y un mil salieron por su pie, después de la capitulación. Estos hombres se encontraban muy débiles a causa del frío y la falta de alimentos, y el tifus ya había hecho acto de presencia poco antes de la rendición. Se produjo una epidemia de tifus poco después del traslado de los prisioneros a campos provisionales de concentración en la zona de Beketovka-Krasnoarmeysk, como resultado de la cual murieron cincuenta mil de los debilitados supervivientes, y del resto, muchos de ellos murieron en las marchas a los campos situados en el interior, la mayoría en Asia Central. Los prisioneros alemanes estuvieron condenados a realizar trabajos forzados, y los últimos de estos prisioneros regresaron en 1955. En total, sólo regresaron a Alemania cinco mil de los noventa y un mil hombres que se rindieron en Stalingrado.

¿Y que pensó Hitler de todo esto? Se quedó sin hablar al conocer la rendición, y profetizó después que los generales serían torturados y se verían obligados a realizar alocuciones antinazis en la radio de Moscú. Es cierto que, en efecto, participaron en emisiones, pero no está claro que fueran torturados, por lo menos ninguno de los que regresaron después de la guerra han hecho acusaciones de haber sido gravemente maltratados. Unos veinticuatro generales cayeron cautivos, y, a diferencia de lo ocurrido con los hombres bajo su mando, la mayoría de ellos vieron el final de la guerra. Paulus fue un activo miembro del "Comité de Oficiales Libres", de tendencia antinazi, aunque llevaba al cortesano tan profundamente en su naturaleza, que es imposible saber si "había visto la luz" o si, por el contrario, se había adaptado para servir a un nuevo amo —quizá, lo último, puesto que después de la guerra prefirió vivir en la zona soviética de Alemania.

Aparte de las consecuencias militares de la derrota, lo más notable fue el cambio permanente en la balanza del número de soldados. Para darnos idea, diremos que, cuando en noviembre de 1942, el Ejército Rojo comenzó su contraofensiva, existía, aproximadamente, una igualdad en cuanto al número de hombres. Siete meses y medio después, al comienzo de la batalla de Kursk, los soviéticos tenían una superioridad en cuanto a número de hombres, de más de dos a uno; también tuvo importantes consecuencias de tipo político. En Munich, lugar de nacimiento del movimiento nazi, se produjeron disturbios entre los estudiantes, y aunque fueron ahoga-



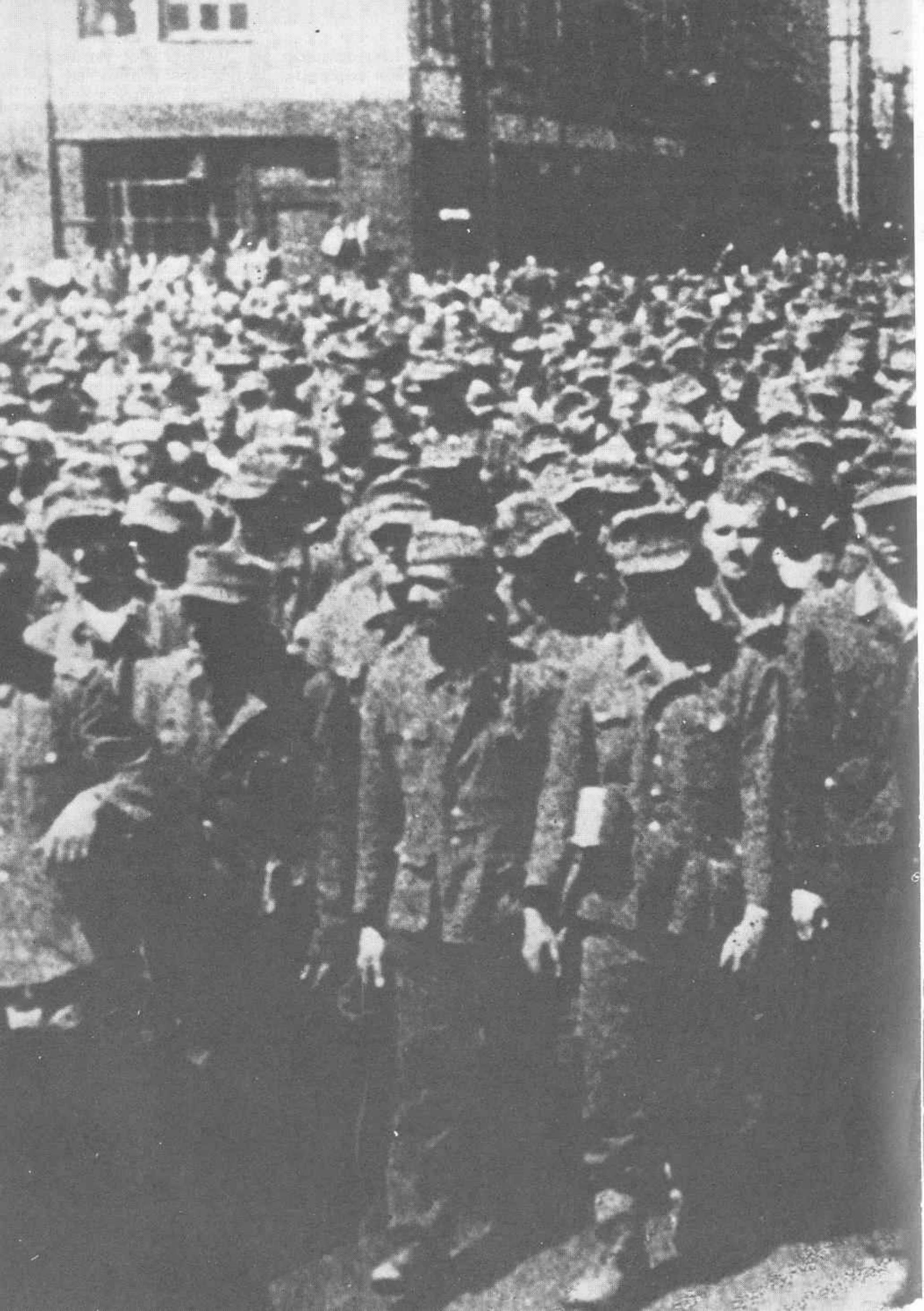
dos de forma brutal, mostraron que habían comenzado a producirse algunas grietas en la fachada de la unidad alemana que Hitler representaba.

A partir de ese momento, cualquier soldado alemán enviado al Frente Oriental era un héroe y un mártir. En el Oriente Medio, en la zona del Asia Menor, cualquier esperanza alemana de arrastrar a Turquía a la guerra se esfumó ante la realidad, al igual que los ambiciosos sueños de atacar a los británicos por la retaguardia, cortando las fuentes aliadas de suministro de petróleo procedente del Oriente Medio, o de detener la corriente de suministros que llegaban a Rusia a través del Irán.

Pero la suprema ironía es que Alemania pudo continuar luchando durante otros dos años y tres meses, después del fatal día de febrero en que se terminó la rendición en Stalingrado. Aunque nunca consiguió poner sus manos en el petróleo del Cáucaso, el éxito de sus químicos industriales, al conseguir fabricar petróleo a partir del carbón, la permitió mantener a sus ejércitos y su economía en movimiento, aunque es justo reconocer no sin ciertas vicisitudes, causadas más por el bombardeo aliado de las refinerías que por la falta de primeras materias o capacidad de refino. Los temores de Hitler, en cuanto a sus propios suministros de petróleo, que le llevaron a instar a sus ejércitos a una tarea muy superior a la relativamente sencilla obra de desbaratar el suministro *soviético* de petróleo, y a una fatal división de fuerzas, en virtud de la cual no consiguió ni la conquista del Cáucaso ni la del Volga.

Al fin, todo fue innecesario...







Bibliografia

The Years of Stalingrad, Alaxander Worth, Barrie and Rockcliffe 1944
Russia at War 1941-1945, Alexander Worth, Barrie and Rockcliffe 1944
Juggernaut, Malcolm Mackintosh, Secker and Warburg
Hitler's War on Russia, Paul Carrel, Harrap
Stalingrad, Yeremenko, Moscow 1961
Barbarossa, Alan Clark, Hutchinson 1965
Soviet History of WW2, Gallagher, Fred Praeger NY 1963
The Memoirs of Marshal Zhukov, Moscow 1965
The Battle for Stalingrad, Vasili Chuikov, Holt, Rinehart and Winston, 1964
A History of Russia, Nicholas V Riasanovsky, OUP 1963
Russia 1917-1964, J N Westwood, Batsford 1966
The Soviet Army, B H Liddell Hart (Ed), Weidenfeld and Nicolson 1956

Al publicar la colección **Historia de la Segunda Guerra Mundial,** la editorial San Martín emprende una empresa apasionante y sin precedentes en el mercado del libro de bolsillo: analizar minuciosamente un acontecimiento de proporciones tan inmensas como la II Guerra Mundial y ofrecer al público el resultado de tal análisis en la forma de amenos volúmenes, imparcial y rigurosamente escritos y complementados con gran profusión de fotografías, mapas y diagramas. Cada aspecto de la guerra es sometido a un cuidadoso estudio y presentado de forma clara y lúcida. La colección está formada por cuatro series: **Batallas,** como Pearl Harbour, Stalingrado, Kursk...; **Campañas,** como las del Afrika Korps, Sicilia o Rusia; **Armas,** como submarinos, aviones, armas secretas alemanas, fuerzas acorazadas, etcétera; **Personajes,** como Rommel y Patton.

Escritores y expertos de todas las nacionalidades han contribuido con sus obras a esta importantísima serie, utilizando las fuentes de información más completas y al día.

De igual importancia son las fotografías, cuya autenticidad histórica está avalada por instituciones como el Museo Imperial de Guerra inglés; la importantísima editorial Ullstein, de Alemania; Sado-Opera Mundi, de Bruselas; Novosti, de Moscú. Todos ellos han puesto sus archivos a disposición de nuestro equipo editorial. Además, se han examinado cientos de colecciones fotográficas privadas de toda Europa, obteniéndose así ilustraciones hasta ahora totalmente inéditas.

Librería Editorial San Martín se enorgullece de presentar al público de habla española esta serie, que edita conjuntamente con grandes firmas norteamericanas, inglesas, francesas, alemanas e italianas.

Pearl Harbour, por A. J. Barker.
Libro de Batallas n.º 1.

La Batalla de Inglaterra, por Edward Bishop.
Libro de Batallas n.º 2.

Afrika Korps, por Kenneth Macksey.
Libro de Campañas n.º 1.

Armas Secretas Alemanas, por Brian Ford.
Libro de Armas n.º 1.

Kursk, por Geofrey Jukes.
Libro de Batallas n.º 3.

Gestapo SS, por Roger Manvell.
Libro de Armas n.º 2.

General Patton.
Libro de Personajes n.º 1.

Stalingrado, por Geofrey Jukes.
Libro de Batallas n.º 4.

Comando, por Peter Young.
Libro de Armas n.º 3.

Bombardeo de Europa, por Noble Frankland.
Libro de Campañas n.º 2.

Luftwaffe, por Alfred Price.
Libro de Armas n.º 4.

Golfo de Leyte, por Donald Macintyre.
Libro de Batallas n.º 5.

Fuerzas de choque del desierto, por Arthur Swinson.
Libro de Campañas n.º 3.

Código: Libros de Batallas, rojo. Libros de Campañas, verde. Libros de armas, azul.

SAN MARTIN

HISTORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

batallas

libro n.º 4

Stalingrado... la ciudad contra la cual Hitler lanzó divisiones completas en ataques suicidas, y los rusos las aniquilaron en las más encarnecidas batallas de la Segunda Guerra Mundial... Cuando todo hubo acabado, el que fuera orgulloso Sexto Ejército alemán, con 330.000 hombres había quedado borrado del mapa.

